

U

178

5

JUAN

AUTÓNOMA DE NUEVA

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

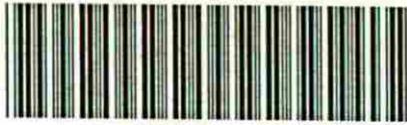
EROUVE

LA ROSA DE
LOS MERLAD

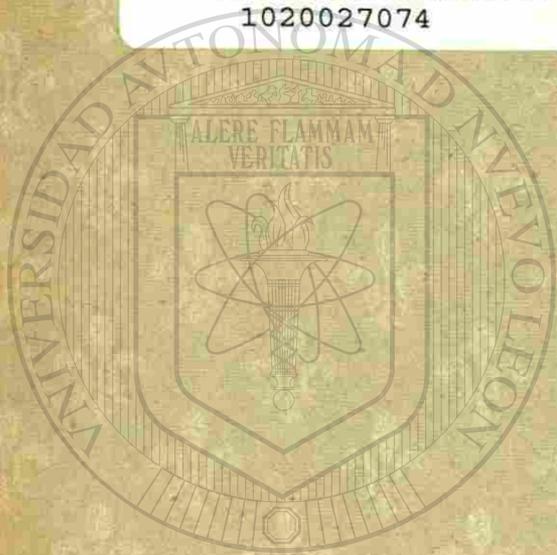
P02625

A53

R682



1020027074

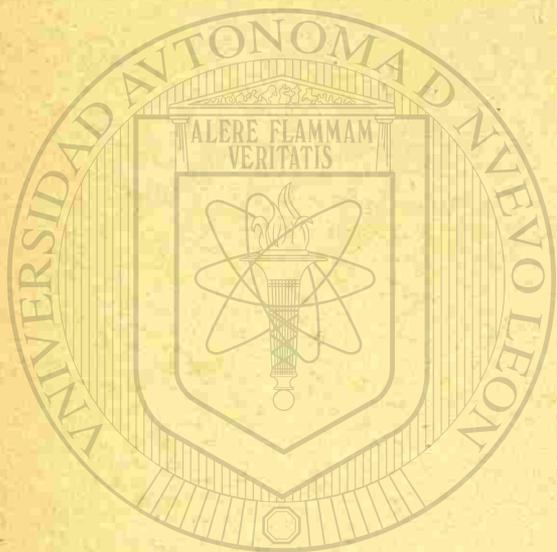


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



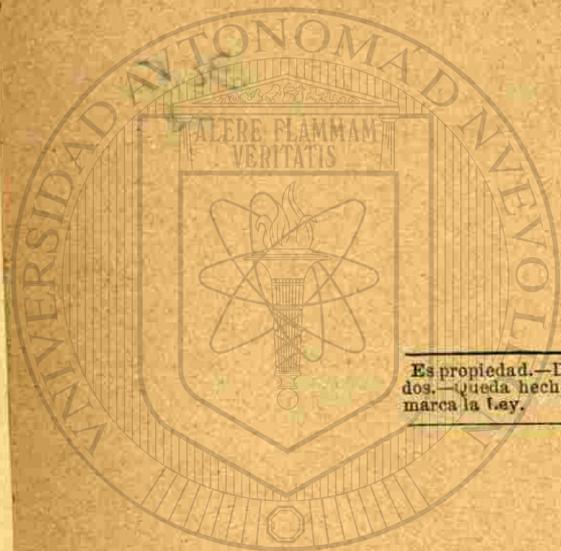


Núm. Clas. N
Núm. Autor M 56725
Núm. Adg. 30579
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasifco _____
Catálogo dy

LA ROSA DE LOS MERCADOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

30579



Es propiedad.—Derechos reservados.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

CÁRLOS MEROUVEL

LA ROSA DE LOS MERCADOS

Version española



"ALFONSO REYES" ®

85642

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MADRID, 1890

SÁENZ DE JUBERA HERMANOS
Editores

10 — CAMPOMANES — 10

30579

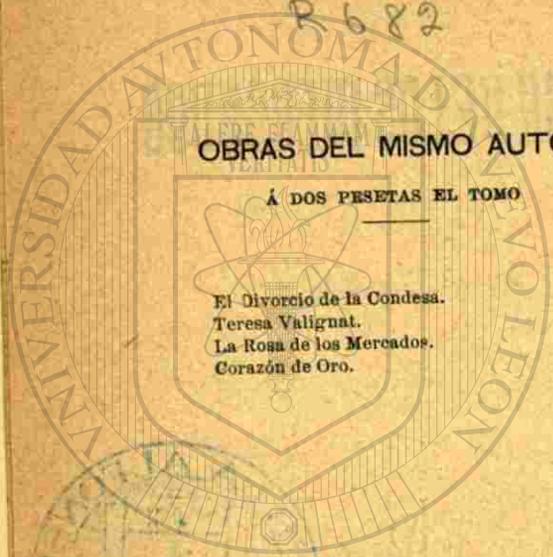
MADRID, 1890.—Tipografía Franco-Española, 26-Bailén-26.

833
M.

PA 2625

.E53

R682



OBRAS DEL MISMO AUTOR

A DOS PESETAS EL TOMO

- El Divorcio de la Condesa.
- Teresa Valignat.
- La Rosa de los Mercados.
- Corazón de Oro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA ROSA DE LOS MERCADOS

I

HACE unos treinta años que el departamento de Calvados, célebre por sus opulentos valles, estaba aún, lo mismo que otros de la Normandía, poco menos que virgen de caminos de hierro.

No se oían los estridentes silbidos de las locomotoras de la Compañía del Oeste, ni en los bosques frondosos de Vive, en la llanura de Caen, ni en las hermosas praderas de Dive, la divina, en Touque ó en la Vie, así llamada sin duda porque siembra y prodiga la riqueza y la fertilidad en sus orillas.

A pesar de eso, Trouville, esa población habitada por pescadores y que más tarde se ha convertido en una prolongación y sucursal del Boulevard, empezaba á la sazón á extenderse olvidando su modesto origen.

Durante la canícula invadía una población exótica y flotante, extraña y mundanal, que deslumbraba con su lujo á los marinos y boyeros del país, de los que la mayor parte adornaban aún su cabeza con el tan clásico como ridículo gorro de algodón.

Mientras tanto, la piqueta hacía su oficio

cambiándolo todo, y en la costa elevábanse algunas casas de aspecto extraño, *villas* italianas ó *chalets* suizos, y el Alcalde, calzado con almadreñas, presenciaba y dirigía la operación de abrir nuevas vías; pero esto no era más que un embrión que debía servir de fundamento más tarde á la nueva población, y todos los habitantes del territorio conservaban bien ó mal las antiguas costumbres sencillas y caseras, hijas de un pasado que muy pronto iba á desaparecer en el olvido.

En esa época, y en el camino que iba desde Trouville á Pont-Lévêque, y como á una media legua del puerto y en el sitio á que llegan hoy las últimas casas de Touque, veíase como una granja bastante espaciosa y con el techo cubierto de balago, formando un cuadro casi regular y terminada por la parte del camino con uno de esos porches que son característicos de esa parte de Normandía y que era muy pintoresco, pero estaba deslucido por los años y un uso constante.

A ese edificio conociábase en el país con el nombre de Casa de los Godin.

En esa época, relativamente antigua, los pescadores de ese puertecito lo mismo que los de Ouistreham, Grandcamp, Dieppe, y en general todos los de la costa de Normandía, vendían en subasta su pesca á los que se dedicaban á enviarla por su cuenta y riesgo á Paris ó á las ciudades y aldeas del interior, y á estos últimos se les daba el nom-

bre de pescaderos, playeros ó tratantes de la playa.

Los Godin habían sido playeros ó pescaderos, de padres á hijos; pero su misión se limitaba á surtir las pescaderías de los pueblos inmediatos, como Bernay, Pont-Lévêque ó Lisieux, á los que llevaban ellos mismos su mercancía, valiéndose para ello de carros, siendo este un trabajo muy rudo, por el que tenían que pasar viajando noches y días sin descanso.

Desde Trouville á Orbec no había quien no conociese á los Godin, y el representante ó cabeza de familia de estos era en 1858 Juan Godin.

Era hombre de unos cincuenta y cinco años, pelo de color de ladrillo rojo, barbudo y despeinado, tez atezada por la intemperie, curtida la piel, mirada dura, nariz gruesa, corta y aplastada, lo mismo que si en ella le hubiesen dado un martillazo.

Tenía un carácter muy vivo, temperamento sanguíneo, pocas carnes, elevada estatura, y cuerpo fuerte y bien desarrollado.

De carácter en exceso irritable, no permitía que jamás le contradijesen, y cuando levantaba la voz, esa voz cascada que salía de una larinje expuesta de continuo á las corrientes de aire y á las nieblas nocturnas, daba un puñetazo en la mesa con su tremendo y membrudo puño, y cuantos vivían en su casa echábanse á temblar y habríanse metido en el agujero de un ratón.

En resumen, que el pescadero Godin era

un bruto, pero en cambio poseía dos cualidades muy notables, el afán de ahorrar, llevado hasta el extremo de rayar en la avaricia, y una actividad increíble.

A cambio de estas dos cualidades tenía un defecto muy grande, su afición á la bebida fuese ésta la que quisiese, vino, sidra, calvados ó cerveza, pues todas le parecían bien, porque ese hombre de carácter brutal, tenía además un estómago en que todo cogía en grandes cantidades.

Juan Godin no podía quejarse de su oficio, porque si no era rico, en cambio perteneciale la casa, así como unas cuatro ó cinco tierras de labrantío ó de prados que valían muy buenos francos en un país en que una pradera pequeña equivale á una modesta fortuna.

La verdad era que dos ó tres de esas tierras debíalas á la generosidad de su vecino el conde de Kerhoët, Oficial de marina, de origen bretón, cuyo castillejo elevábase de una eminencia de la costa, á setecientos ú ochocientos metros más allá de la casa de los Godin, y servía, por entonces, de término á los paseos de los bañistas de aquella época, aficionados á las ruinas y edificios antiguos.

Esta liberalidad del Conde tenía una explicación.

Juan Godin casóse con Francisca Maigret, ama de gobierno de los Kerhoët, y robusta normanda de pronunciadas formas, cuya belleza y ahorros impresionaron al pescadero.

El Conde se quedó sin madre siendo aún muy niño, y Francisca fue la encargada de cuidarle, y por esa causa le profesaba un cariño filial.

Juan Godin no tenía motivos de queja, y podía estar satisfecho de su casamiento, porque siendo Francisca muy inteligente, enérgica y laboriosa, secundóle en todo, llegando en poco tiempo á ser el alma de la casa.

Por desgracia en los primeros tiempos de su unión tuvo una niña á la que crió pasionalmente y quiso amamantar ella misma, y esto contribuyó á que Francisca tuviese que descuidar su trabajo durante algún tiempo y á que el pescadero empezase á aborrecer á la niña que tenía la culpa de que disminuyesen sus ganancias y le privaba además de la compañera de sus viajes y de su mejor auxiliar.

—¡Peste! ¡Maldita la falta que hacías!— solía decir á Teresita, que dormía tranquilamente en su cuna, y al decirlo amenazábala con el puño cerrado.

Era indudable también que, dotado de un carácter sombrío, estaba muy celoso de la superioridad de su mujer y de los cumplimientos que la dirigían tanto á una hermosura, de la que debía haberse manifestado orgulloso, como á la amenidad del trato de la pescadera, y que no pasaban de ahí porque Francisca era honrada bajo todos conceptos; pero esto no impedía que su esposo le hubiese concebido algunas sospechas acerca

de su paternidad, sospechas que, aun cuando carecían de toda base, no eran por eso menos vigorosas y tenaces.

No se atrevía, sin embargo, á manifestarlas porque Francisca le dominaba, y con un gesto le obligaba á callarse.

Al cumplir Teresa los quince años, exigió el pescadero con una obstinación que nada pudo vencer, que la joven entrase en casa de los Méraud.

Estos eran otros pescaderos que tenían por entonces muy alto su pabellón en los Mercados, y sostenían con los Godin constantes relaciones de amistad y de negocios.

A pesar de la oposición de Francisca y de lo inquebrantable de su voluntad, hubo de ceder ante las amenazas cada día más temibles del pescadero, que acabó por consagrarse por completo al culto de la botella, dando lastimosos espectáculos todos los días á su esposa y á su hija, hasta que Francisca, rendida y resignada, cedió para tener alguna tranquilidad.

Enviaron á Teresa á los Mercados de París del mismo modo que si fuese un cesto de salmónes ó de lenguados, de esto hacía tres años, y una mañana apeóse, dolorida y cansada de su viaje en diligencia, en la administración de ésta en la calle de Bouloi.

Recibióla en persona Nicolás Méraud, que era un mocito de recia musculatura, originario de Caen y que servía de corredor y agente á sus compatriotas, á los que robaba todo lo que podía, sosteniendo de ese modo

en la calle de Montorgueil un importante comercio.

Sus hermanas, que obraban siempre de acuerdo con él, eran revendedoras en los Mercados, en los que el *clan* de los Méraud constituía una verdadera potencia.

En la época en que Teresa Godin llegó á París, era una joven robusta, alta, fresca y apetitosa, como el racimo en la parra, ó un albérchigo en el espaldar, y á Méraud admiráronle su hermoso cabello castaño, su cutis transparente y sus ojos negros de expresiva mirada, y la besó en las mejillas sin hacer ningún cumplimiento y con la misma satisfacción del que se apodera de algo del enemigo.

Para Nicolás Méraud, solterón empedernido, calavera y vividor, al que no le preocupaba nada, todas las mujeres, excepción hecha de las de su familia, eran iguales y las trataba como á un enemigo con el que estaba todo permitido.

Al día siguiente de su llegada á París colocaron á Teresa en un puesto de pescado, bajo la dirección de Artemisa Méraud, marimacho de formas pronunciadas, gestos atrevidos y dotada de una lengua muy suelta, notable por la excesiva riqueza de su vocabulario de plazuela.

Artemisa estaba encargada de la reventa de los pescados de agua dulce, anguilas, carpas, barbos, truchas, así como de la de los cangrejos, que el astuto corredor acaparaba y revendía después á otros pescadores

más pobres, realizando grandes ganancias con la ayuda de sus revendedoras.

En los primeros tiempos de su permanencia en París escribía Teresa muy á menudo á su familia; pero pasaron seis ó siete meses y sus cartas fueron haciéndose más raras, trasluciéndose en ellas crecientes tristezas, un profundo desaliento y un cansancio de la vida, que hacían que la buena Francisca se impresionase dolorosamente, mientras que el pescadero continuaba sumido en la mayor indiferencia y frialdad.

Esto sucedía en los últimos días de Marzo de 1858, año en que la primavera se retrasó en esos países de ordinario tan favorecidos por la naturaleza y únicamente la hierba crecida y de un verde de oscuros matices anunciaba la proximidad de la estación en que renace la naturaleza.

Las ramas, que pasaban por cima de la tapia de barro y paja que cerraba el porche de la granja, estaban sin hojas, y por lo descarnadas, semejábanse á brazos de esqueletos que se agitaban con siniestro ruido moviéndose á impulsos de un violento viento Noroeste que silbaba como una legión de víboras ó de gatos enfurecidos.

Habíase hecho de noche, la obscuridad densa y negra envolvía todo, y grandes nubarrones grises y compactos pasaban tan bajos, que parecía tocaban la pradera que se extendía al otro lado del camino frente á la casa y que llegaba hasta las orillas de la Touque, muy ancho en estos sitios, en lo que

se oía, entre la obscuridad, el rumor de la marea ascendente.

El camino estaba completamente desierto porque á los habitantes de ese país no les agradaba andar á deshora fuera de su casa, siendo en aquella época preciso que mediase una necesidad muy urgente para ponerse en camino, y si obraban así no era porque tuviesen miedo, sino por costumbre.

Los habitantes de Trouville, excepción hecha de los pescadores, boyeros y pastores ó de los pescaderos, acostumbran á acostarse con las gallinas, y no encendían luces, á no obligarles la necesidad.

Una noche, á eso de las nueve, hallábanse en la cocina de la granja, que era una habitación grande y ahumada, con chimenea alta y profunda, dos hombres y una mujer sentados ante una larga mesa gruesa como un madero.

Los tres tenían la barba apoyada en la palma de la mano y sendos jarros de sidra delante de ellos, y casi á su lado, en un rincón y cerca de la chimenea, dormía un erialdo con la cabeza caída sobre la pared y la boca abierta.

Este último llevaba una blusa de lana como las que suelen usar los marineros y pescadores.

—De manera que según se ve no queréis cedermé ese erial, señor Ledru,—dijo uno de los dos hombres llenando de tabaco la pipa que se había apagado.

—¡Ah! ¡Se conoce que tenéis ganas de

broma, amigo Godin, porque ese erial es una hermosa tierra de las de primera!

—También mil doscientos francos es una bonita cantidad,—insinuó la mujer.

—No tendría ningún inconveniente en hacer por vos un sacrificio, vecina, pero el que me pedis es muy grande. Ciento cincuenta pistolas; esa es mi última palabra para que veáis que no me aparto de la razón.

—Ese campo es pequeño,—objetó Godin.

—¿Y qué es lo que queréis? ¿Todos los terrenos del común? Pues habéis de saber que mi campo necesita unas cuantas horas para labrarse.

—¡Bah! Me parece que no.

—Os digo que sí.

—Apostemos.

El vendedor se sonrió maliciosamente.

—No tendría ningún inconveniente en jurarlo, pero no lo apostaría, porque cuesta mucho trabajo ganar el dinero para tirarlo luego en esas tonterías.

Dejó Godin la pipa sobre la mesa y miró fijamente á su interlocutor.

—Diez escudos en vino,—dijo,—es todo lo que vale.

El vecino de Godin empezaba á ablandarse pero intentó el último esfuerzo.

—No os apuréis, amigo Godin, que no me corre prisa el deshacerme de él, ya lo pensaréis mejor. Me marche, se hace tarde, y no estoy acostumbrado como vos á andar á deshora por esos caminos de Dios. Otro día hablaremos.

Levantóse haciendo un esfuerzo visible, porque indudablemente estaba dispuesto á ceder y terminar el asunto.

—Un trago y en paz, señor Ledru.

—A vuestra salud,—contestó trincando el aldeano.

En el mismo momento llamaron á la puerta que daba al camino, y el perro, sujeto con una cadena á un tonel colocado en un rincón del patio, ladró con furia.

—¿Qué será?—dijo Francisca.

Despertóse al ruido el criado y se estregó los ojos.

—¡Ves á enterarte de lo que pasa, haragán!—ordenó con voz dura el pescadero.

—Abrid, Hipólito,—añadió su ama con más dulzura.

El criado salió de la cocina y volvió al poco rato.

—Es una carta para vos, mi ama,—dijo presentando una á la pescadera.

—¿Tan tarde?

—Según dicen, hace dos días que el peatón se la dió á Claudina para que la trajera, y á ésta se la olvidó en el bolsillo y no se atrevió á decíroslo. Ahora me la dió y echó á correr.

Miró Francisca la carta y se puso encendida como un ascua.

—¡Ah! ¡Dios mío!—exclamó.

—¿Qué demonios te pasa?—preguntóla brutalmente su esposo.

—¡Nada, que me dió un calambre, pero ya pasó!—dijo.

Y con la mirada le indicó al vendedor del campo que no quería marcharse y buscaba un pretexto para reanudar la conversación y terminar el negocio.

El pescadero comprendió inmediatamente el significado de la mirada de su esposa.

— ¡Está bién, amigo Ledru, pediremos consejo á la almohada, y más adelante hablaremos del asunto.

El aldeano dió media vuelta sobre los talones después de haber distribuido unos cuantos apretones de manos.

— Buenas noches, amigo Godin y compañía. Buenas noches y salud.

Quedáronse solos, y el pescadero interrogó con la mirada á su esposa.

— Lee, — contestó Francisca dándole la carta.

— No, lee tú.

— Vale más que leas tú.

Acercó Juan Godin el papel á una vela que humeaba en un candelero y cuya llama hacía oscilar caprichosamente el viento que penetraba por las rendijas de la pared y de los desvencijados marcos de puertas y ventanas, y con mucha dificultad deletreó las primeras palabras.

Querida madre:

Tengo que darte una mala noticia por la que vas á maldecirme, á rechazarme quizás, y sin embargo, puedo jurarte que soy muy desgraciada.

¡Estoy perdida, deshonrada!

¿Por qué no me tuviste siempre á tu lado?

El rostro del pescadero cubrióse de pronto de escarlata, y las venas de su cuello seco como un haz de cuerdas, se hincharon poniéndose muy negras.

De un sorbo apuró el contenido de su vaso, y al acabar lo tiró á la chimenea, en cuyas losas se estrelló en mil pedazos.

Al oír el ruido el criado dió un salto en su silla.

— ¿Qué es lo que pasa, mi amo? — preguntó.

De la boca del pescadero se escapó una blasfemia; pero Francisca permaneció impassible.

Continuó en la misma postura y con la cabeza apoyada en las palmas de las manos miró con extraordinaria fijeza á su marido.

— ¡Sigue! — dijole con dulzura.

Obedecióle sin darse cuenta de la fascinación que sobre él ejercía su penetrante mirada, y se dispuso á continuar la lectura.

Antes de hacerlo volvióse hacia el criado que se había instalado otra vez en su sitio, y tenía los pies casi entre las cenizas, á la que caían algunos carbonos.

— Hazme el favor de marcharte, pero en seguida, — dijo.

— Ahora voy, patrón.

— Vete á la cuadra y entérate allí de lo que estoy haciendo.

Hipólito se puso en pie con la misma cal-

ma de un perro al que echan de un sitio en que está caliente.

La curiosidad impulsábale, sin embargo, á quedarse allí.

Era Hipólito un mocetón de unos veinte años, mal conformado, cabello semejante á esas hebras que coronan las mazorcas de maiz, y una fisonomía de rasgos tan mal trazados, que parecía uno de esos muñecos mal hechos á navaja por un alsaciano novicio; pero en cambio, en sus expresivas miradas adivinábase la fidelidad y adhesión del perro.

—Hipólito es de casa, de la familia casi,—observó Francisca, y no debemos tener secretos para él; puede quedarse.

Prontunció la pescadora estas palabras con firmeza, y tal vez deseosa de proporcionarse una ayuda ó una defensa.

—Que se quede,—gruñó el pescadero.

Sentóse otra vez el criado con visible satisfacción.

—Sigue leyendo,—dijo Francisca.

No es posible que os figuréis lo que sufro desde hace un año; durante mucho tiempo hice todo lo posible por ocultar mi estado, más ahora ya es imposible, y no sé lo que será de mí.

No me echéis de tu casa, madre mía, pues pienso buscar un refugio á vuestro lado.

Llegaré de noche porque de día creo me moriría de vergüenza, y si encuentro la puerta cerrada, el río no está lejos y me arrojaré de cabeza.

Así, madre, acabarán mis penas, y mi hija y yo iremos á parar al mar, y tal vez éste no nos rechace.

No me atrevo á decirte que te abrazo.

¿Qué dirá mi padre, Dios mío?

Vuestra hija,

TERESA GODIN.

A esta lectura siguió uno de esos silencios abrumadores y que duró largo tiempo.

Francisca no se movió, observando con ansiedad las alteraciones del rostro de su esposo.

En las miradas del pescadero reflejábanse su cólera y su vergüenza, y en vano esperó Francisca á que brillase en ellos un destello de compasión ó de ternura, porque ésta no apareció.

—Todo lo que tengo que decir es que la prohibo ponga aquí los pies,—dijo de pronto estrujando con rabia el papel entre sus dedos y dirigiendo á todos lados coléricas miradas.—Sí, estoy dispuesto á permitir que se muera antes en medio de una carretera, que á dejarla entrar aquí. No la conozco, no quiero consentir que entre aquí.

—¡Ah! ¡Patrón, por Dios!—intercedió Hipólito.

—Cuidate de lo que te importe.

—¿Quién te pide á tí ningún parecer, mal pastor.

—¡Oh! ¡Patrón!—dijo ofendido el criado. Hay que advertir que en Normandía, en

donde los carneros son excelentes, los pastores tienen una fama que no tiene nada de olor de santidad, y por eso semejante calificativo es casi una injuria.

Herido en su amor propio volvióse Hipólito cara á la lumbre.

—¿Y crees que estoy dispuesto,—siguió diciendo el pescadero con acento colérico,—á permitir que venga aquí esa muchacha para que por su culpa seamos la irrisión del país? Aquí no es posible ocultar nada, y en adelante no podremos presentarnos en ninguna pescadería sin que todo el mundo nos señale con el dedo diciendo al vernos pasar: *¡Ahí están los Godin, su hija es esto y lo de más allá, y ha vuelto de París Dios sabe cómo!* ¡Miserable! Lo que está sucediendo ahora lo había yo previsto siempre, porque desde muy niña se acostumbró á mentir. Desde que tenía seis años fue protegida por tí, y la defendías tuviese ó no razón; ¡todo era bueno tratándose de ella! ¡Pobres de nosotros, en buen lío nos metió!

Impasible en la apariencia dejó Francisca pasar ese flujo de palabras y escuchó con mucha atención los rumores que se oían fuera de la casa.

Callóse el pescadero sin poder respirar, y entonces, sin alterarse, replicóle su mujer.

—Vale más que te calles y nos dejes en paz, porque bien sabes que tienes la culpa de todo lo que pasa.

—¿De qué tengo la culpa?

—¡De lo que sucede!

Creyó Francisca que su marido iba á contestar con una explosión de cólera; pero Godin se contentó con ponerse á horcajadas en su silla y echarse á reír.

—¡Siempre dices lo mismo! ¡No sabes más canción que esa! ¡La defiendes en todo y por todo!—contestó.—Me figuraba que me ibas á decir eso mismo, ¡que tengo la culpa de lo que sucede! ¿Quieres hacerme el favor de decirme por qué?

—La odiabas,—respondió Francisca,—y no puedes decirme por qué causa; pero lo que sí es cierto, es que no la tragabas ni á buenas ni á malas. Eso es en tí como una enfermedad y á toda costa necesitabas deshacerte de ella.

—Lo que dice el ama es la verdad,—afirmó Hipólito desde su rincón.

El pescadero le miró de una manera furibunda.

—Escúchame y cállate,—le dijo Francisca con mucha gravedad.—¡Enviar á París á una muchacha de quince años, hermosa como la que más, porque Teresa lo es, y dejarla allí abandonada, sin los consejos de una madre ó el apoyo de un padre, es un crimen que clama justicia, y merece castigo, y ahora le recibimos, y yo la primera! Cedi, y caí en mi falta, y recibo el castigo por no haber sabido resistirme á tu voluntad, y debí haberlo aun cuando hubiese regañado contigo.

¡Es mi hija y la quiero ahora lo mismo que antes de que cometiera tan grave falta; sí, la quiero porque es la hija de mis entrañas y

creo que no la podemos dejar en medio del arroyo. Mira, Juan, mira, lo mejor que puedes hacer es ocuparte de tu trabajo y de tus negocios y déjame á mí que haga lo posible para arreglarlo todo. Dices que todo el mundo nos señalará con el dedo, peor para nosotros; mas convéncete de que tienes tú la culpa. Lo que tú crees que va á ser comidilla de nuestros vecinos puede ocultarse, y creo que no haya necesidad de irse por ahí dando voces y contando la historia por puentes y carreteras.

—También en esto tiene razón el ama, patrón,—indicó Hipólito.

Como vulgarmente suele decirse, el pescadero tascó el freno y no dijo nada.

Casi en el mismo instante el reloj de madera pintada que estaba colgado á un lado de la chimenea detúvose un momento, y de pronto oyóse un gran rechinamiento de engranajes y cadenas al que sucedió el del timbre, dando diez campanadas vibrantes y claras.

—¡Las diez!—exclamó el pescadero poniéndose en pie.

—Las barcas van á tomar tierra, patrón,—respondió Hipólito.

—Si, ¡maldición! Vamos á llegar cuando los vecinos hayan arramblado con todo y no queden más que desperdicios, ¡esa maldita pécora tiene la culpa!—dijo furioso Juan Godin.

—Con calma, mi amo,—replicó el criado con alguna firmeza,—no olvidéis que aun

cuando os quisiereis estrellar de cabeza contra la pared, el mal está ya hecho. No podéis remediarlo y tened presente que la juventud es muy frágil, sobre todo allá abajo, según dicen.

—En fin, veremos,—murmuró Juan Godin entre dientes.—Voy á llegar tarde al mercado y necesito ganar algunos sueldos para pagar el campo de ese condenado Ledru que me conviene mucho, y esto sin contar con el Médico. Vete á la cuadra y engancha en seguida.

Suspirando levantóse el criado de su refugio al lado de la chimenea y abrió la puerta por la que penetró una violenta ráfaga de viento que apagó la luz al mismo tiempo que un torbellino de lluvia mojaba la entrada.

—¡Qué tiempo más perro!—exclamó el criado.—Lo que es hoy, los pescadores bien pueden decir que no han ido á una fiesta. Valdría más tener buenas rentas para no necesitar salir con una noche como ésta, ¿no os parece lo mismo, patrón?

Este, por toda respuesta, le dió un empujón para echarle fuera.

—Acaba pronto,—ordenó.

Y dirigiéndose á Francisca que no se movía, añadió:

—¿Vienes, ó no?

—Quiero esperar. Se me metió en la cabeza la idea de que llega hoy y hasta me parece que la oigo entre el ruido de la lluvia.

—Estás loca si crees que viene hoy.

—Sí, lo creo.

—Los parroquianos pondrán mala cara.

—Peor para ellos, ¿y si encontrase la puerta cerrada? ¿No leiste lo que dice?

—¿Acaso se hace siempre lo que se dice?

—La conozco y tiene un corazón muy animoso y sé de lo que es capaz. Lo haría y por lo tanto me quedo.

—Como quieras, ¿y si no la da la gana de venir en quince días?

—La esperaré quince días. Como la pasa un trabajo quiero que encuentre aquí á su madre ¿lo oyes? ¿Lo quiero!

—No soy sordo.

A estas palabras sucedió el ruido del carro que sacaban del cobertizo, de los caballos que relinchaban en la cuadra, de los arneses con cascabeles que les ponían mezclándose todo esto con el murmullo de algunas frases entrecortadas acerca del malestado del tiempo y de la borrasca que en aquellos momentos se desencadenaba con extraordinaria fuerza.

Godin se quedó solo en el umbral de la puerta contemplando el cielo que estaba más obscuro que la galería de una mina de carbón, y el criado, que había tenido que renunciar á tener la luz encendida, enganchara á tientos los caballos.

—¿De modo que te empeñas en quedarte?—dijo el pescadero dirigiéndose otra vez á su mujer.

—¿No te da vergüenza el insistir en que me marche?

—Haz lo que quieras, pero ten presente

que si quieres vivir en paz, debes ocultar á tu hija en el granero, y que cuanto antes se marche de aquí será mejor para todos.

—Está bien. ¿Se te olvidaba alguna cosa? ¿Llevas el capote?

—No hay cuidado que se me olvide.

—Dí á los parroquianos que pronto iré á verlos; que no se apuren por mí.

—Y tú, acuérdate de lo que te dije. ¡Deseo que se haga mi voluntad!

—Lo pensaré.

—Abre, Hipólito, —ordenó el amo.

El criado mientras tanto había terminado la operación de enganchar los caballos.

Al mismo tiempo que el criado abría la puerta del corral, y de sus goznes escapábase un plañidero rechinamiento, se deslizó muy arimada á los pilares una sombra que se ocultó bajo el cobertizo en uno de los rincones más oscuros.

El perro gruñó y se movió en su cubil, pero no ladró ni dió ninguna señal de alarma.

Era tan oscura y tenebrosa la noche, que ni el amo ni el criado vieron nada, por más que al pasar casi tocó la sombra al criado en el brazo.

Salió del patio arrastrada por dos peones blancos y huesosos una especie de carreta baja de cuatro ruedas y cubierta con un toldo hecho de velas, y de todo desprendíase un olor muy fuerte á pescado.

El carromato guiado por Godin tomó el camino de Trouville, y al poco rato el ruido de los cascabeles de los caballos y el de los

fastazos del pescadero se perdió entre el estrépito de la borrasca que iba en aumento.

Cerró Francisca la puerta del corral, atravesó éste con mucha ligereza, porque la lluvia torrencial lo había transformado en pocos minutos poco menos que en un estanque, en el que desaparecían los estercoleros, y entró en la cocina, en la que una linterna de luz mortecina apenas alumbraba.

En el momento en que para cerrarla empujaba la puerta, se arrojó á su cuello una joven cuyas ropas estaban chorreando agua y se pegaban á su cuerpo.

La joven apoyó la cabeza en el hombro de la pescadera, y llorando amargamente y sollozando murmuró con profundo desconuelo:

— ¡Madre! ¡Madre mía!

Retrocedió Francisca y contempló con doloroso asombro el rostro demacrado de su hija, y dejándose llevar de un arranque de apasionada ternura la estrechó sobre su pecho diciéndola al mismo tiempo:

— ¡Ven, hija mía! ¡No tengas miedo y cuéntamelo todo!

II

En el día que ocurrían estos sucesos, y á la misma hora, la hermosa fragata de guerra *Diana* franqueaba, á pesar del mal tiempo

los formidables pasos de la rada de Brest.

En medio de las enormes rocas contra las que habríanse estrellado infaliblemente á desviarse de su camino, sirviéronla de guía los faros de Toulungelet, Saint Mathieu, Portzic, Camaret y Petit Minou.

A bordo de la fragata reinaba una alegría muy grande, lo que era muy natural, porque desde hacía diez y ocho meses estaba navegando por las aguas de Filipinas, Borneo y Japón, á miles de leguas de las costas francesas.

Es un momento de enternecimiento, un momento encantador aquel en que dejando á un lado toda falsa sensibilidad, se vuelve á poner el pie en el suelo de la madre patria.

En el fondo de la rada brillaban como otras tantas estrellitas las luces del puerto y de la ciudad destacándose de entre la obscuridad.

Iban á anclar, y Oficiales y marineros todos permanecieron sobre el puente latíendoles con fuerza el corazón.

La persona que no haya estado ausente de la patria durante muchos años ó sufrido ese destierro en medio de la soledad infinita de los Océanos y vivido separada de los seres á quien más se quiere, no puede comprender la intensidad de la emoción de esos soldados del deber que regresan á su país natal.

Entre esos hombres, á los que embelesaba la idea de respirar los aires natales, encontrábase uno en quien no obstante de lo impenetrable de su rostro, ese embeleso supe-

fastazos del pescadero se perdió entre el estrépito de la borrasca que iba en aumento.

Cerró Francisca la puerta del corral, atravesó éste con mucha ligereza, porque la lluvia torrencial lo había transformado en pocos minutos poco menos que en un estanque, en el que desaparecían los estercoleros, y entró en la cocina, en la que una linterna de luz mortecina apenas alumbraba.

En el momento en que para cerrarla empujaba la puerta, se arrojó á su cuello una joven cuyas ropas estaban chorreando agua y se pegaban á su cuerpo.

La joven apoyó la cabeza en el hombro de la pescadera, y llorando amargamente y sollozando murmuró con profundo desconuelo:

— ¡Madre! ¡Madre mía!

Retrocedió Francisca y contempló con doloroso asombro el rostro demacrado de su hija, y dejándose llevar de un arranque de apasionada ternura la estrechó sobre su pecho diciéndola al mismo tiempo:

— ¡Ven, hija mía! ¡No tengas miedo y cuéntamelo todo!

II

En el día que ocurrían estos sucesos, y á la misma hora, la hermosa fragata de guerra *Diana* franqueaba, á pesar del mal tiempo

los formidables pasos de la rada de Brest.

En medio de las enormes rocas contra las que habríanse estrellado infaliblemente á desviarse de su camino, sirviéronla de guía los faros de Toulungelet, Saint Mathieu, Portzic, Camaret y Petit Minou.

A bordo de la fragata reinaba una alegría muy grande, lo que era muy natural, porque desde hacía diez y ocho meses estaba navegando por las aguas de Filipinas, Borneo y Japón, á miles de leguas de las costas francesas.

Es un momento de enternecimiento, un momento encantador aquel en que dejando á un lado toda falsa sensibilidad, se vuelve á poner el pie en el suelo de la madre patria.

En el fondo de la rada brillaban como otras tantas estrellitas las luces del puerto y de la ciudad destacándose de entre la obscuridad.

Iban á anclar, y Oficiales y marineros todos permanecieron sobre el puente latíendoles con fuerza el corazón.

La persona que no haya estado ausente de la patria durante muchos años ó sufrido ese destierro en medio de la soledad infinita de los Océanos y vivido separada de los seres á quien más se quiere, no puede comprender la intensidad de la emoción de esos soldados del deber que regresan á su país natal.

Entre esos hombres, á los que embelesaba la idea de respirar los aires natales, encontrábase uno en quien no obstante de lo impenetrable de su rostro, ese embeleso supe-

raba en cien codos al de los demás: era el Capitán de la fragata.

Jacobo de Kerhoët tenía á la sazón treinta y seis años, y en concepto de cuantos le conocían, era uno de los Oficiales más distinguidos de la marina francesa.

Su padre, conde de Kerhoët, marino como él, vióse obligado á retirarse siendo aún muy joven á consecuencia de una grave herida, y entonces se instaló con su esposa, hija de un antiguo Magistrado normando, el barón de Morville, en el castillejo de este nombre, que dominaba desde la altura de la granja de los Godin.

En ese sitio educóse Jacobo con entera libertad, lo mismo que un aldeano ó un pescador, y sin recibir hasta los doce años más lecciones que las de su padre, que se consagró por completo á su educación.

Al llegar á los doce años, el futuro Capitán por cuyas venas corría buena sangre bretona, sabía ya dirigir como el marinero más diestro una barca de pesca, una red ó un bichero, y manifestaba á cuantos querían oírle que no sería nunca más que un marino.

En esa época murió el Conde, dejando á su hijo una renta de nueve á diez mil francos, y el huérfano del que Francisca no se había separado ni un momento, entró primero en un colegio y más tarde en la Escuela naval.

En pocos años recorrió los primeros escalones, y muy joven aún consiguió llegar, gracias á haber prestado notables servicios, al

empleo de Capitán de fragata que le aseguraba esa posición tan envidiada por todos los Oficiales de marina: el mando á bordo.

Era muy difícil encontrar otro que fuese más digno que él, y debemos añadir que pocos Jefes eran tan estimados de sus inferiores ni les inspiraban tanta confianza.

Era el conde de Kerhoët, hombre de mediana estatura y de un vigor extremado en proporción de sus formas, y armonizando con ellas, poseía una de esas fisonomías que una vez vistas se olvidan con dificultad, consistiendo su carácter principal en la sonriente firmeza y calma invariable de su rostro, al que no se traducían jamás las emociones que experimentaba el alma por muy punzante que éstas fuesen.

El Capitán, que tenía el cabello oscuro, recta la nariz, mirada á la vez altiva y dulce, delgados los labios y pálida la tez, parecía haber nacido predestinado para mandar á los hombres y agradar á las mujeres.

Había conseguido esto último, y si bajo su levita de uniforme palpitaba con fuerza su corazón como el de cualquiera de sus contra-maestres al que esperaba su compañera, era porque él también iba á ver á una mujer, á la que idolatraba.

¡Su esposa!

Hacia cinco años que se habían casado.

Durante una recalada que duró bastante tiempo hecha en Marsella, se unió á una rica heredera, cuya hermosura y riqueza trastornó más de una cabeza.

Alta y esbelta, resplandeciente de fresca y tallada como una estatua en mármol por desconocido é incomparable artista, con los labios de púrpura y dientes de marfil, parecíase Valentina Fontanet con sus rasgados ojos negros, llenos de fuego y la abundante y sedosa cabellera que coronaba una frente soberbia como la de una diosa ó una de esas hermosas griegas de las que tal vez descendía, y pasaba con justa razón por ser la estrella de la Provenza, de un país en que no escasean las hermosuras.

Dió la preferencia al Conde, á pesar de que la hacían la corte hombres de más elevada posición, en una época en que Jacobo era sólo Teniente de navio, ofreciéndole una mano que éste, asustado por los millones de la heredera, no se atrevía á pedir, suplicándole al mismo tiempo que continuase su carrera.

Calculábase la fortuna que ofreció al Conde en doscientos cincuenta mil francos de renta, ganados en parte por el padre de Valentina, armador y banquero en Marsella y propietario en París, en donde solía pasar largas temporadas en un gran hotel, ó mejor palacio, en Cours-la-Reine.

No le costó al Conde gran trabajo aceptar la proposición de su futura, porque por mucho que la amase tenía verdadero cariño á su profesión, á la que no habría renunciado sin acentuada contrariedad.

Celebróse el casamiento y fue para el marido un acontecimiento de esos que no se olvidan en la vida y origen de una serie con-

tinuada de felicidades, porque Valentina se reveló como mujer espiritual cariñosa y de carácter enérgico.

Al principio el Teniente se ausentó durante cortas temporadas, porque destinado unas veces al Ministerio de Marina, y otras prestando servicio en el puerto de Cherbourg, residía en París, entre cuya alta sociedad brilló la hermosura de la Condesa, produciendo gran sensación.

Durante el primer año de su unión, tuvieron los Condes un hijo, y su felicidad fue tan completa como es posible en lo humano, y diez y ocho meses antes de la época en que empieza esta narración, y á poco de nombrar á Kerhoët Capitán de fragata, encargáronle de una misión en el extremo de Oriente.

Creyóse en un principio que esa misión sólo duraría seis ó siete meses, pero se prolongó más por inesperadas complicaciones, y por instrucciones emanadas del Ministerio de Marina.

La Condesa, que hacia dos años había heredado á sus padres, vivió durante su forzada viudez en su casa de París en el mayor aislamiento, y entregada por completo á la educación de su hijo y al que profesaba entrañable cariño.

Hallábase á la sazón en todo el esplendor y desarrollo de su belleza.

Si hay alegría alguna en el mundo para unos esposos que ni un momento dejaron de quererse, es la de verse después de larga separación.

Al aparecer el buque en el horizonte, las manos mueven con febril agitación los pañuelos, hinchanse los pechos, y lágrimas de felicidad empañan los ojos.

Con mucha frecuencia consultó el Capitán durante el viaje su cronómetro y calendario con la misma ansia que el colegial espera á que lleguen las vacaciones ó el preso su libertad, y no obstante, ser muy avanzada la hora á que entró la fragata en el puerto, permanecía en el puente intentando explorar con la vista y á través de la obscuridad lo que pasaba en los muelles.

Creyó que así podría descubrir entre la multitud reunida en el muelle de piedra para recibir á la fragata, una silueta, la de una mujer de esbeltas formas y elegante traje en la que habría reconocido sin gran esfuerzo á la mujer evocada por el deseo.

Era imposible que la Condesa no tuviese noticia de su llegada, y debía esperarle en los muelles tan ansiosa y palpitante como él.

Había adelantado la llegada cargando con la responsabilidad de abreviar el itinerario marcado para ganar algunos días, presentándose antes de la fecha en que le esperaban, que estaba fijada al mes siguiente.

Tan grande era la fiebre del amor que le dominaba, que contaba con una casualidad, con la adivinación del alma, con esa presciencia, doble vista que nos avisa la proximidad, el acto de acercarse el ser amado.

En vano dirigió el Conde sus miradas á todas partes, porque ese conjunto de curio-

sos, padres, hermanos ó esposas que acudían presurosos á recibir á la tripulación de la *Diana* cuando desembarcase, no vió á nadie que se pareciese á la Condesa.

La hermosa provenzala estaba ausente, y el corazón del marino se oprimió dolorosamente, siendo esta ausencia una horrorosa decepción para él que habría sido capaz de atravesar toda Francia, de un extremo á otro para ver antes á su adorada.

Fue en vano que para tranquilizarse se dijese y repitiese que no era posible que estuviese enterada del día de su llegada, y que su presencia en aquellos sitios sólo podía ser efecto de un milagro.

La impaciencia hizo que se crispasen de una manera nerviosa los dedos, y dando las últimas órdenes, desembarcó.

La tripulación de la fragata se dispersó delante de él, dando gritos de alegría por las calles que, á pesar de la violenta borrasca que se desencadenaba en aquellos momentos sobre la ciudad, estaban llenas de animación y de luces.

Echó á andar Kerohët por la calle de Siam muy despacio, como si temiese que apresurándose iba á salir antes al encuentro de una mala noticia; pero no obstante, en el momento en que divisó las ventanas del hotel en que creía podía encontrar algunas cartas, recobró alguna esperanza.

Allí tal vez encontraría la explicación de esa ausencia, pero esta esperanza tardó muy poco tiempo en disiparse.

—No hay nada, Capitán,—le dijeron.
Y esta fue toda la contestación que recibió á sus preguntas.

Pasó una noche horrorosa, dominándole, á pesar de su probada energía los más siniestros presentimientos de que había ocurrido una catástrofe.

Fue inútil que hiciera esfuerzos acudiendo al razonamiento para calmarse, porque le asaltaron como otros tantos horribles fantasmas de cruel pesadilla las suposiciones más increíbles.

Las horas parecieronle siglos, y esperó con anhelo á que llegase el día, que al fin llegó, y desde sus primeras horas, enfermo de espíritu y presa de mortal inquietud, trató el Conde de cumplir con sus deberes presentándose en la Prefectura marítima para llenar los requisitos que impone la ordenanza; hecho esto se marchó para encargar coche y caballos.

En aquellos momentos hubiera deseado tener alas para poder volar á París.

En la época en que ocurrieron estos sucesos la línea férrea no llegaba más que hasta Mans y desde Brest á Mans había que recorrer una distancia que era aproximadamente la de ciento cincuenta leguas.

El conde de Kerhoët prodigó el dinero á manos llenas para que á los trotones del país que tiraban de su carruaje les naciesen alas, y el dinero casi siempre produce los efectos que se desean.

Al día siguiente, rendido por los vaivenes

de una antigua carroza que databa del primer imperio, llegó á las dos de la tarde al patio de la estación en el momento mismo en que iba á salir un tren.

Ocupó precipitadamente un asiento y exhaló un suspiro de satisfacción, porque cada minuto que pasaba le acercaba á su esposa.

¡A su esposa! Es decir, á todo lo que adoraba en este mundo, á lo que ansiaba con un deseo de amante, á la mujer por la que habría sacrificado todo sin vacilar lo más mínimo; sí, lo habría sacrificado todo por ella, excepción hecha de su honra de caballero y de marino.

Durante el viaje y mientras se deslizaban rápidamente por delante de la ventanilla del vagón, cuya lentitud maldecía, las aldeas, granjas, prados y árboles, cual otras tantas fantasmagóricas visiones, recordó los términos en que estaba escrita la última carta de Valentina, de esa carta que conservaba con precioso cuidado, como una emanación del ídolo, un perfume de la flor preferida, ó un talismán contra los pesares y la nostalgia de la separación.

Esa carta respiraba en todas sus fases el amor y ternura.

Te amo, decíale Valentina, y eres mi alegría y orgullo, y jamás mis miradas se fijarán en otro que no seas tú.

En todas sus frases revelábase una adoración sin límites.

Y pasados diez y ocho meses de separación y en los momentos en que se hallaba á dos pasos de ella, si comparaba con la estación de Francia las inmensas distancias que antes le separaban de ella, no acudía á su encuentro recorriendo esa tan corta distancia para reunirse con él, para adelantarse, aunque no fuese más que un día, una hora, y arrojarse en sus brazos.

¿Qué diferencia tan grande entre ambos!

¿Cuántos meses pasó contemplando con fija mirada el mar, examinando con atención cuantas velas veía dibujarse en el horizonte!

Mientras duró ese viaje, viaje que podían haber hecho juntos y muy juntitos, no se movió el Conde de su rincón dominándole un cruel abatimiento que iba creciendo por momentos, abismado por completo en sus cavilaciones é insensible por completo á cuanto pasaba á su alrededor.

La locomotora silbó con más frecuencia, y las casas sucediéronse unas á otras casi sin interrupción; habían llegado á los arrabales de París, y á los pocos minutos divisaron la gran ciudad iluminada por millares de luces que fulguraban en medio de la obscuridad de la noche.

El silbato de la máquina lanzó al aire por última vez sus estridentes notas, y el tren se deslizó entre dos murallas deteniéndose al fin bajo una bóveda.

Habían llegado; respiró el Capitán á sus anchas y se disiparon los fantasmas, ¿qué era lo que tenía que temer?

¿Acaso Valentina pudo prever su regreso?

¿Cómo había podido hacerlo para averiguar la fecha exacta?

¿Quién iba á decírselo?

Con la ligereza de un grumete saltó Jacobo de Kerhoët del vagón, pasó con la velocidad de un proyectil por medio de los aduaneros y empleados de la estación para tomar por asalto el primer carruaje vacío que encontró, diciendo al cochero:

—A Cours-la-Reine. Diez francos por la carrera.

Con una oferta como esta no hay penca en París, así no tenga más que tres patas, que no vuele lo mismo que un hipócrifo.

III

Sin embargo de esto, el cochero, un respetable anciano que había debido ser Notario en los buenos tiempos de pasadas bienandanzas ya desvanecidas, inclinó la cabeza, encogió los labios castañeteando la lengua con aire de duda, sacudió un ligero fustazo en el huesoso lomo del penca, y éste echó á andar con el paso propio de los caballos de los coches de punto.

Comprendió inmediatamente Jacobo la

Y pasados diez y ocho meses de separación y en los momentos en que se hallaba á dos pasos de ella, si comparaba con la estación de Francia las inmensas distancias que antes le separaban de ella, no acudía á su encuentro recorriendo esa tan corta distancia para reunirse con él, para adelantarse, aunque no fuese más que un día, una hora, y arrojarse en sus brazos.

¿Qué diferencia tan grande entre ambos!

¿Cuántos meses pasó contemplando con fija mirada el mar, examinando con atención cuantas velas veía dibujarse en el horizonte!

Mientras duró ese viaje, viaje que podían haber hecho juntos y muy juntitos, no se movió el Conde de su rincón dominándole un cruel abatimiento que iba creciendo por momentos, abismado por completo en sus cavilaciones é insensible por completo á cuanto pasaba á su alrededor.

La locomotora silbó con más frecuencia, y las casas sucediéronse unas á otras casi sin interrupción; habían llegado á los arrabales de París, y á los pocos minutos divisaron la gran ciudad iluminada por millares de luces que fulguraban en medio de la obscuridad de la noche.

El silbato de la máquina lanzó al aire por última vez sus estridentes notas, y el tren se deslizó entre dos murallas deteniéndose al fin bajo una bóveda.

Habían llegado; respiró el Capitán á sus anchas y se disiparon los fantasmas, ¿qué era lo que tenía que temer?

¿Acaso Valentina pudo prever su regreso?

¿Cómo había podido hacerlo para averiguar la fecha exacta?

¿Quién iba á decírselo?

Con la ligereza de un grumete saltó Jacobo de Kerhoët del vagón, pasó con la velocidad de un proyectil por medio de los aduaneros y empleados de la estación para tomar por asalto el primer carruaje vacío que encontró, diciendo al cochero:

—A Cours-la-Reine. Diez francos por la carrera.

Con una oferta como esta no hay penca en París, así no tenga más que tres patas, que no vuele lo mismo que un hipócrita.

III

Sin embargo de esto, el cochero, un respetable anciano que había debido ser Notario en los buenos tiempos de pasadas bienandanzas ya desvanecidas, inclinó la cabeza, encogió los labios castañeteando la lengua con aire de duda, sacudió un ligero fustazo en el huesoso lomo del penca, y éste echó á andar con el paso propio de los caballos de los coches de punto.

Comprendió inmediatamente Jacobo la

falta que había cometido; pero era demasiado tarde, porque la lluvia que caía á torrentes contribuía á que se veían muy pocos coches en los alrededores y no tuvo más remedio que resignarse con su suerte.

El peñco siguió su marcha con una lentitud tan acompasada como desesperante, y de vez en cuando el ex Notario le dirigía una ligera reprensión que no turbaba en lo más mínimo la invencible y sin duda inveterada apatía de su compañero, pues los dos pobres viejos habían nacido el uno para el otro.

Esa lentitud que tanto irritaba y excitaba los nervios del conde fuéle no obstante de gran utilidad.

En un momento en que el cochero al llegar al fuerte de los Inválidos, se inclinó á la ventanilla para preguntarle el número de la casa á que se dirigían, vió Kerhoët una mujer bajita que pasaba por el muelle con la falda recogida y resguardándose de la lluvia bajo un gran paraguas.

Aquella mujer cruzó á dos pasos del carruaje, y el Conde en vez de responder al ex Notario, cuyo caballo se había parado sin que nadie se lo mandase, se asomó á la ventanilla y gritó:

—¡Florencia!

Asombrada ésta volvió la cabeza y su fisonomía reveló una admiración profunda, mejor dicho, un gran terror.

—¡El señor!— exclamó.

Y se quedó como clavada en la acera.

Saltó el Conde del carruaje, dió los diez

francos ofrecidos al viejo, que se quedó sorprendido por una liberalidad tan inmerecida, y sin cuidarse de la lluvia, entabló una conversación muy interesante con la mujer que acababa de encontrar.

Era esta nada menos que la señorita Florencia Carpiquel, una de las dos doncellas de la condesa de Kerhoët.

Tenia poco cuerpo y era delgada como un clavo á pesar de la proverbial abundancia de las cocinas de los Kerhoët, negra como un topo y fea como un pescado cuando éste se empeña en serlo, lo que no siempre sucede.

En cambio tenía otras condiciones que la convertían poco menos que en una notabilidad, que nadie como ella sabía componer un vestido, peinar á su señora ó arreglar un encaje.

Una célebre modista de la calle de la Paz, fue quien se la recomendó á Valentina.

Poseía Florencia Carpiquel un carácter vivo como la pólvora, y era, además, muy activa y callada.

No se podía precisar su origen; era parisién, es decir, había nacido en los arrabales, de padres á los que nadie conocía ni sabía qué fue de ellos.

La pobre muchacha no los había conocido tampoco, y tuvo que llevar la vida de esas infelices criaturas aprendizas de los talleres de modista ó de costura, á las que vemos todos los días cuando no tienen más que siete ú ocho años, cruzar, ir y venir por las calles con su caja de cartón colgada del brazo.

Con un aprendizaje de la vida como ese no se desarrolla en el corazón la lástima hacia las penas de los demás, porque se tienen demasiado presentes los propios sufrimientos, y esto contribuye á que domine el egoísmo.

—¿Y tu ama?—preguntó bruscamente el conde Kerhoët.

Esta pregunta probaba hasta qué punto dominaban sus preocupaciones al Capitán, porque de otro modo, él, que era la corrección y la cortesía personificadas, no se habría atrevido jamás á tutear á Florentina.

Abrió la doncella de la Condesa desmesuradamente sus negros y vivarachos ojillos y no contestó.

—¿En dónde está?

Mordióse Florencia los labios é hizo un imperceptible movimiento de espaldas que significaba:

—¡No lo sé!

—¿Hablarás ó no?—preguntó con dureza el conde de Kerhoët.

—¡Eh! ¿Y qué quiere el señor que le diga?

Experimentó Jacobo un agudo dolor en las sienas.

—¿No quiere entrar el señor Conde en el hotel?—añadió Florencia.

—¿Está Valentina?

El Conde obtuvo esta vez una respuesta más categórica.

—Siento mucho tener que decir al señor que la señora condesa está viajando.

—¿Por dónde?

Repitió su gesto.

—Eso es lo que no sé.

—¡Vas á hacer que me condene!—exclamó el desgraciado.

De pronto ocurriósele una idea; tal vez se había cruzado en el camino con su esposa.

—¿Fue á Brest?—interrogó.

—No lo creo.

—Vamos á ver si nos entendemos,—dijo procurando calmarse porque empezaba á acabársele la paciencia,—porque parece que estamos jugando á los despropósitos. Me ocultas alguna cosa, pues aquí hay un enigma que quiero conocer, ¿puedo entrar en el hotel sin que nadie me vea?

—Sí.

—¿De qué medios hay que valerse?

—Tengo en el bolsillo una llave de la puerta del jardín que dá á la calle de Bayard.

—Es preciso á todo trance que todo el mundo ignore que estoy dentro,—replicó el Conde en cuyo espíritu iba formándose, aunque de una manera confusa, un plan,—no sé lo que pasa, quiero enterarme y luego veremos...

No terminó la frase, porque un relámpago centelleó en sus ojos grises.

—Venid,—dijo Florencia.

Encamináronse hacia la esquina de la calle de Bayard, siguiendo el muelle, y Florencia metió la llave en la cerradura de una puertecilla de escape medio oculta entre las hiedras que caían desde lo alto de la tapia

30579

del jardín, y separándose á un lado para dejar pasar á su amo, dijo á éste:

— Pasad, señor Conde.

Hízolo así el Capitán penetrando en un frondoso jardín en cuyo fondo elevábase el hotel Fontanet construido por el padre de Valentina.

En la casa no se veía ni una sola luz y todo parecía dormido.

— Los criados están en sus cuartos, — dijo Florencia, — ó han salido para ir al teatro ó á visitar á sus amigos, pues desde que se marchó la señora disfrutan de entera libertad.

En el piso bajo, y al entrar en el vestíbulo, acarició el rostro del marino un aire tibio impregnado de ese perfume peculiar de la mujer y de olores escogidos, y algunos objetos que vió sobre los muebles le recordaron á la que buscaba y que no se hallaba allí para recibirle.

¡Sus presentimientos no le habían engañado!

¿Qué había sido de Valentina?

¿Por qué huía?

Y se preguntó esto último, porque esa ausencia en los momentos en que sabía iba á llegar él tenía las apariencias de una huida, y resolvió poner en claro ese misterio.

En aquella casa podía mandar y se decidió á hacerlo.

— Sígneme, — dijo á Florencia abriendo la puerta de una habitación que generalmente serviale de despacho.

Obedecióle Florencia y á la sazón estaba completamente tranquila, y su rostro seco como una pasa no dejaba traslucir la menor emoción.

Bien miradas las cosas, los negocios de los demás no eran los suyos é importábanla muy poco.

No pudo, sin embargo, por menos de experimentar una ligera zozobra al observar el aspecto del Capitán, el que después de encender una vela, bajó las cortinas de las ventanas para impedir que se viese desde afuera la luz, y en seguida echó la llave á la puerta y corrió el cerrojo.

Miró Florentina al reloj, hermoso grupo de bronce de Glodión, y vió que los minutos marcaban las once, que diera en el mismo momento.

Sentóse Jacobo ante su mesa, y abriendo un cajón sacó de él unas cuantas fotografías, todas ellas de Valentina, entreteniéndose en examinarlas durante un momento y dejándolas luego á un lado.

En su ánimo reñía empeñada lucha la duda porque le repugnaba interrogar á una criada convirtiéndola en la confidente de sus angustias y dolores, pero por otra parte impulsábale á hacerlo la más terrible de todas las curiosidades.

Triunfó al cabo de su emoción, y después de haberse mordido los labios hasta hacerse sangre, empezó á hablar á Florencia con un tono casi tranquilo indicándola un asiento al lado del suyo.

—Sentáos ahí,—ordenó,—y hablemos. Sentóse Florencia y el Capitán la contempló con fijeza.

—Aquí sucede,—empezó á decir,—algo muy extraño, y presiento una desgracia. Quiero saberlo y lo sabré todo. Espero que me prestaréis ese servicio y que no me negaréis nada.

—¿Qué es lo que deseáis que haga?

—Que me digáis con entera sinceridad cuanto sepáis, y si de buena voluntad me prestáis ese servicio, os prometo que lo recompensaré de una manera regia, ¿ignoráis realmente cuál es el sitio en que se halla vuestra señora?

Florencia vaciló ante decir ó no una mentira.

—Es imposible que lo ignoréis,—siguió diciendo el Capitán,—porque sois demasiado inteligente y astuta para que hagan nada delante de vos sin que os apercibáis de ello. Esto dejando aparte que Valentina tenía mucha confianza en vos.

—En eso precisamente consiste el error.

—¿Cómo?

—Porque la señora no me puede ver, y sólo hace caso de esa muchacha, de esa provenzala, que vino con ella de Marsella.

—¿De Benita?

—Sí.

—Me parece muy natural, porque Benita se crió al lado de la condesa, ¿cuánto tiempo hace que ésta se marchó?

—Unos quince días.

—¿Sola?

—No, la acompañó Benita.

—¿Decís que ésta es la persona en quien tiene más confianza?

—La señora la tiene siempre á su lado, y no creo que en las actuales circunstancias cometiera la imprudencia de separarse de ella. Benita es su mano derecha.

—¿Qué circunstancias son esas?—preguntó el Conde.

Mordióse los labios la señorita Carpiquel.

Era Benita una muchacha muy linda, que los señores Fontanet colocaron al lado de su hija durante la infancia y adolescencia de ésta, y como tenía poco más ó menos la misma edad que la Condesa, gozaba de todos sus favores.

A pesar de la diferencia de posición que existía entre ambas, profesábanse tanto cariño como si fuesen dos hermanas.

Benita era muy linda, tanto como fea Florencia; sonriente, mientras que su compañera parisién, cuya edad no podía precisarse, pues al parecer tendría de treinta y cinco á cuarenta años, era antipática, amarillenta, arrugada, rancia, en una palabra.

En todo su conjunto tenía Florencia en la tez el ácido y agrio de esas mujeres que están condenadas á celibato forzoso, y por eso sin duda alimentaba en secreto contra su colega favorita unos celos horrorosos.

En algunos momentos, y á no temer el castigo habríala estrangulado ó por lo menos arañado, y es justo manifestar desde luego,

que, su aversión á Benita, era el único odio que sentía, porque dejando á un lado á la provenzal, hombres y mujeres eran completamente indiferentes á Florencia, que poseía, además, la preciosa cualidad de saber ocultar con mucha maña sus íntimos pensamientos.

El disimulo es lo que constituye la fuerza de las mujeres.

El Conde no perdió de vista ni un solo momento el rostro de Florencia, y vió pasar por él una expresión extraña que sólo duró un segundo.

Era indudable que la señorita Carpiquel gozaba en aquellos momentos observando las punzantes angustias que pasaba el Conde.

Conocía á fondo el secreto de Valentina de Kerhoët, y sin duda quería venderlo á un precio tan elevado por lo menos como el que la dieran por callarse.

—Escucha,—dijo el marino,—te miro y no te pierdo de vista. Te pedí que me hablasen con franqueza y cada una de las palabras que me estás diciendo es una mentira.

—¡Oh!

—Y si no mientes, al menos me ocultas la verdad; ¿cuánto te ofreció la Condesa para comprar tu silencio?

Florencia descubrió sus baterías.

—Diez mil francos,—respondió.

Llevóse Jacobo la mano al corazón; no le era posible abrigar ninguna duda.

—¿Se trata de una falta muy grave?—balbuceó haciendo un esfuerzo.

—De las más graves que puede haber.

—¿Tiene un amante?

—¡Diantre! Es probable que sí.

—¡Habla!

—¡Sabes que eso es una falsedad!

—Entonces la desgracia es cierta, porque...

—¡Acaba de una vez!

—Porque la señora Condesa va á dar á luz.

—¡Ah!

—Puede que lo haya hecho ya á estas horas.

—¿En dónde está?

—Si hablo, la señora me echará de su casa.

—No temas nada. Más adelante abandonarás esta casa con cualquier pretexto plausible, y no servirás á nadie más que á mí. Ignoro aún lo que decidiré, pero necesito una persona que me ayude y tú eres inteligente. Puedes ser esa persona si quieres, y en cuanto á tu porvenir, no tienes nada que temer, porque lo aseguraré con largueza.

—Tengo confianza en vos, señor Conde, porque sois honrado. La señora no me dijo adónde iba, y se hubiera guardado mucho de hacerlo; pero en cambio escuché tras la puerta, ¿por qué desconfiaban de mí? ¡Peor para ellos! La señora Condesa se refugió en Morville, en donde conoce al matrimonio encargado de cuidar el castillo y á un Médico de las cercanías, y allí está en vuestra casa, en ese sitio tan aislado. Según he podido comprender fue á causa del Médico por lo que escogió ese lugar.

—¿Ese Médico es el doctor Montel?

—Sí, vuestro amigo, un hombre excelente, según oí decir. De todos esos detalles me enteré escuchando las conversaciones de Benita, con la señora, que cuenta, además, con el guarda Savard, que es un hombre sencillo y muy fiel.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Completamente segura.

—Bien, ¿y su cómplice?

—Lo que voy á decir os asombrará mucho.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que no sé quien es.

—Lo que si es seguro, —respondió Florencia con descaro, — es que os engañó... á no ser que...

—¡Habla y déjate de reticencias! Cuéntame la verdad y te prometo que no tendrás de qué arrepentirte.

—A menos que no hayáis regresado á Francia sin que yo lo sepa después de la época en que os embarcasteis.

—Pero tendrás alguna sospecha, algún indicio.

—Ninguno.

—Ha debido venir á esta casa aunque no haya sido más que de visita.

Agitó Florencia la cabeza con un movimiento negativo.

—Escuchad, quiero confesároslo todo. Intenté averiguarlo, porque mi curiosidad estaba excitada, y no pude conseguir nada.

—¿No me engañas?

—¿Y con qué objeto ó interés? — replicó con sonrisa y acento cínico Florencia.

El Conde, que estaba pálido como un espectro, se puso en pie.

—¿Qué vais á hacer, señor? — preguntóle Florencia.

—¿Acaso lo sé? Estoy anonadado y me pregunto si sueño ó estoy despierto. ¡Valentina!

—Es natural, señor Conde, que os asombréis. A mí me sucedió lo mismo, pero de la que podéis estar seguro es de que en esto casa no hay nadie que sepa en qué estado se halla mi señora. Es imposible que os imaginéis cuantas precauciones tomé.

—¿Dices que nadie se enteró?

—¡Nadie!

Quedóse pensativo el Conde y dijo como si estuviese hablando solo.

—Estuve en lo cierto al creer que nadie sospechaba mi viaje, no lo esperaban, y es preciso que no se enteren de que estuve aquí.

—¿Qué decís? — le interrogó Florencia.

—Primero meditaré y luego resolveré, mientras tanto permanecerás en tu puesto sin revelar á nadie ese secreto. Procuraré hacer tu suerte pagándote bien; pero en cambio me servirás fielmente. Ahora ábreme la puerta del jardín.

—¿Os marcháis?

—Sí.

—¿A dónde vais?

—A Morville.

—¡A matar á la Condesa!—exclamó Florencia.

Tembló al decirlo porque no era en el fondo ni feroz ni sanguinaria, y además, porque temía que sus diez mil francos desapareciesen como el humo.

Sonrióse con extraordinaria amargura el Capitán.

—Esa venganza sería demasiado buena para ella; tranquilízate, que ni siquiera me verá. Ven,—dijo.

Saliéronse ambos de la casa procurando hacer el menor ruido posible.

Florencia abrió la puertecilla de escape del jardín y el marino salió á la calle diciendo:

—Espera mis órdenes y no te marches de esta casa hasta ese día.

Inclinóse la doncella.

El Conde llevóse el dedo á los labios recomendándola el silencio, y desapareció.

Al volver al salón oyó Florencia dar las doce en el reloj del salón.

—¡Qué aventura!—se dijo.—¡Tanto peor para ellos! ¡Que se arreglen como puedan!

IV

A alguna distancia de Touque y á la orilla del camino de Dozulé, al lado opuesto de la casa de los Godin, veíase otra de aspecto humilde, que más se semejaba á un curato de aldea que á otra cosa, rodeada de un jardinito con rectos paseos adornados con alhucema y tomillo.

A pesar de su aspecto modesto no carecía de encantos.

Cubrían sus blancas paredes vigorosos rosales trepadores que rodeaban las ventanas sirviéndolas de marco, y que gracias á la prodigiosa fertilidad del suelo, encaramábanse hasta la cornisa y las chimeneas.

A la derecha y tras de algunos avellanos extendíanse las dependencias de la casa inmediatas á un seto que cercaba unos pastos, y entre ellas se encontraba la cochera, cuadra y graneros del Médico, porque lo era el dueño de ese tranquilo retiro, propio de un sabio.

Antonio Montel, que así se llamaba, era natural del país, é hijo de uno de los colonos del castillo de Morville.

Siendo muy niño llamó Antonio la atención al párroco por la precocidad de su inte-

—A Morville.

—¡A matar á la Condesa!—exclamó Florencia.

Tembló al decirlo porque no era en el fondo ni feroz ni sanguinaria, y además, porque temía que sus diez mil francos desapareciesen como el humo.

Sonrióse con extraordinaria amargura el Capitán.

—Esa venganza sería demasiado buena para ella; tranquilízate, que ni siquiera me verá. Ven,—dijo.

Saliéronse ambos de la casa procurando hacer el menor ruido posible.

Florencia abrió la puertecilla de escape del jardín y el marino salió á la calle diciendo:

—Espera mis órdenes y no te marches de esta casa hasta ese día.

Inclinóse la doncella.

El Conde llevóse el dedo á los labios recomendándola el silencio, y desapareció.

Al volver al salón oyó Florencia dar las doce en el reloj del salón.

—¡Qué aventura!—se dijo.—¡Tanto peor para ellos! ¡Que se arreglen como puedan!

IV

A alguna distancia de Touque y á la orilla del camino de Dozulé, al lado opuesto de la casa de los Godin, veíase otra de aspecto humilde, que más se semejaba á un curato de aldea que á otra cosa, rodeada de un jardinito con rectos paseos adornados con alhucema y tomillo.

A pesar de su aspecto modesto no carecía de encantos.

Cubrían sus blancas paredes vigorosos rosales trepadores que rodeaban las ventanas sirviéndolas de marco, y que gracias á la prodigiosa fertilidad del suelo, encaramábanse hasta la cornisa y las chimeneas.

A la derecha y tras de algunos avellanos extendíanse las dependencias de la casa inmediatas á un seto que cercaba unos pastos, y entre ellas se encontraba la cochera, cuadra y graneros del Médico, porque lo era el dueño de ese tranquilo retiro, propio de un sabio.

Antonio Montel, que así se llamaba, era natural del país, é hijo de uno de los colonos del castillo de Morville.

Siendo muy niño llamó Antonio la atención al párroco por la precocidad de su inte-

ligencia, y después de algunos estudios preliminares de aquél, se encargó de él y enseñó muy pronto al discípulo todo lo que sabía el maestro, y éste aconsejó á los padres del muchacho, que gozaban de una posición bastante regular, que le llevasen á un colegio.

En el colegio, Antonio Montel, que tenía la misma edad de Jacobo de Kerhoët y que había sido su compañero de la niñez, contrajo con él una de esas amistades que rara vez se ven, que duran tanto como la vida, son menos frágiles que los amores, más duraderas y preciosas que estos.

En la época en que terminaba sus estudios murieron los padres de Antonio, lo que causó gran sentimiento á éste que entró en posesión de una fortuna poco cuantiosa, que le permitía disponer de tres ó cuatro mil francos de renta.

Era el Doctor hombre poco ambicioso, muy apegado al hermoso valle en que naciera, y terminada su carrera establecióse allí, y no se casó por tener un carácter algún tanto hipocondriaco y selvático, ó mejor dicho, excesivamente tímido.

Así vivió con gran modestia acompañado de una anciana criada que cuidaba en el corral, gran cercado inmediato al jardín, un verdadero ejército por lo numeroso, de volátiles de todas las clases, pavos reales y de la India, patos y gallinas, acompañándola en el desempeño de sus labores un aldeano joven, encargado á su vez del cuidado de la

cuadra y de lavar los coches del amo, ruda tarea que no desempeñaba muy bien, y no por culpa suya, sino porque el Médico no se daba un momento de reposo, recorriendo montes y valles para visitar una clientela que le adoraba.

Bajo un aspecto rústico y modales que no se distinguían por su amabilidad, ocultaba Antonio Montel un alma de temple superior y un corazón de oro.

Semejábase con su rostro, siempre afeitado con mucho esmero, su cabello obscuro, rudo y corto, la mirada viva y penetrante, los acentuados rasgos de su rostro, la severa cabeza y la atezada faz, á un monje que para viajar con más comodidad hubiese cambiado su hábito con blanca ó negra capucha por una levita obscura abrochada hasta la barba y un sombrero hongo.

A la noche siguiente de la llegada del conde de Kerhoët á Paris una completa obscuridad y profundo silencio rodeaban la casa del doctor Montel, de la que sólo se escapaba alguna luz por las rendijas de una ventana del cuarto bajo, la de su despacho, iluminado por una lámpara colocada sobre la mesa.

Eran las nueve nada más; pero los habitantes de Touque estaban entregados al sueño.

El mal tiempo había cesado, y en un cielo en que sólo se veían algunas blancas nubes, se deslizaban rápidamente empujadas por una violenta brisa que soplabá del

mar, millares de estrellas fulguraban cual inmensa colección de brillantes.

De la lluvia de la vispera no quedaban señales y al mal tiempo sucedió una temperatura agradable.

Por el camino de Lisieux acercóse á la casa del Médico un negro carruaje de campo que se detuvo ante la puerta y del que bajó un viajero embozado hasta los ojos.

—Me esperaréis en Trouville, en el *Brazo de oro*,—dijo con acento seco volviéndose al criado, — allí iré á buscaros. Tenedlo todo preparado para poneros en marcha inmediatamente y no os inquietéis si tardo.

El criado se inclinó y dió un fustazo al caballo, un percherón gris de redondas ancas y fuerte musculatura, que al recibir el latigazo continuó su camino al trote largo.

El recién llegado debía conocer mucho aquellos sitios, porque en vez de acercarse á la puerta y tirar del cordón de la campanilla, se alejó algunos pasos y saltó por cima la tapia de cerramiento, que tenía unos tres pies de alto, y atravesando el jardín por su parte más estrecha, en la que separaba á la carretera de la casa, llamó con los nudillos en los cristales de la ventana en que se veía alguna luz.

—¡Antonio!—dijo.

Oyóse dentro del despacho ese ruido que producen las sillas al moverse, abrióse la ventana, y el doctor Montel se asomó á ella.

La luz de la lámpara que llevaba en la mano iluminó de lleno el rostro del recién

llegado, y lo mismo que Florencia en los muelles de Cours-la-Reine, retrocedió el Médico asombrado.

—¡Jacobó!—balbuceó.

—Sí, yo soy.

—¡Qué vienes á hacer aquí, desventurado!

—Quiero hablarte.

—Sabes...

—Lo sé todo.

—Entra.

—Deseo que nadie se entere de que estoy aquí.

—¿Y quién quieres que lo sepa? Estoy seguro de que á estas horas soy el único que está levantado.

Pasaron unos cuantos segundos y los dos amigos estaban sentados frente á frente en el despacho.

No creo que sea preciso describir ese despacho, que como casi todos los de los Médicos de aldea, tenía en el conjunto y detalles notable sencillez.

A un lado libros, al otro frascos y redomas con sus etiquetas y colocados en un estante de pino sin pintar y apenas labrado; una gran mesa de madera pintada, algunos grabados, entre otros uno representando á Hipócrates rechazando los presentes de Artajerges, y otro á Andrés Vesal dando la lección de cirugía, y á esto y á unas cuantas sillas de paja reduciase todo el mobiliario.

Algunas veces la ciencia está mejor representada en esos severos refugios que en los palacios de algunos ilustres charlatanes,

y así sucedía en el caso presente, porque el doctor Montel era un hombre muy trabajador y un sabio excesivamente modesto.

Y aparte de esto, era, además, un filósofo amigo del derecho y de la justicia, y los pobres de Touque y de sus alrededores podían justificarlo.

—No podemos perder tiempo,—dijo el marino.—¿Puedo ó no contar con tu amistad?

—¿Lo dudas?

—Es que pienso ponerla á prueba.

—¿Serías capaz de obligarme á que cometiese un acto que mi conciencia reprueba?

—Tal vez.

—Me asombra el oírte hablar así, porque sé que eres el honor personificado.

—Hay momentos en la vida en que se pierde toda noción de honra y justicia, y en los que habla más alto la pasión que el deber.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Que me hallo en uno de esos momentos que son decisivos en la vida del hombre. La Condesa está en Morville.

—Puesto que lo sabes no intentaré ocultártelo.

—Si se refugió en esa casa cuando pudo escoger tantas otras, es porque estaba segura de que podía contar con tu complicidad, ó mejor dicho, con tu generosidad, para ayudarla.

—Y tuvo razón al creerlo; pero ten presente que más que nada fue por cariño hacia tí, por lo que trataba de ocultarte el

horroroso secreto que debe emponzoñar tu vida.

—No es posible, amigo mío, lo que deseas.

—¿Por qué?

—Porque la casualidad se encargó de revelármelo. Impulsado por el deseo de ver cuanto antes á esa mujer á la que adoraba con ciega idolatría, hice todo lo posible para adelantar el viaje, y en la travesía gané quizás un mes. Ahora comprendo que era la fatalidad la que me impulsaba; la desgracia no puede ser más completa, porque una miserable criada me lo reveló todo.

—¿Todo?

—Sí, todo, excepción hecha del nombre del que me deshonoró.

—Dí que te engañó y vendió.

—Hablo como habla la sociedad.

—¿Qué piensas hacer?

—Embarcarme inmediatamente, desaparecer. Con facilidad y en secreto obtendré del Ministro una orden, pero creo que antes debo castigar.

—¿De qué manera?

—Para conseguirlo necesito que me ayudes.

—Ignoro aún lo que te propones hacer, pero antes escúchame, y ten muy presente lo que voy á decirte, porque hay en el fondo de este asunto un misterio que me asombra y no acierto á comprender. El día trece de este mes, y en una lóbrega noche llegó la Condesa acompañada únicamente de una

de sus doncellas, y á pie se marchó á Morville, encerrándose en esa casa, tan abandonada desde tu infancia, que puede decirse está inhabitable. Al llegar mandó que fuesen á su habitación esos dos ancianos criados que están á tu servicio, los esposos Savard, guardianes de la casa, y yo estaba presente, porque de antemano habíame escrito una carta muy lacónica rogándome que fuese. Allí, con voz conmovida, jurónos que te amaba más que á su vida, y que si tú llegabas á sospechar en qué estado se hallaba se mataría sin vacilar un momento. Ni una sola vez trató de disculparse, manifestándonos que cedió á la persecución de un amante en un momento de vértigo, de locura y que apenas puede explicarse como fue. Manifestónos, además, que desea hacer que desaparezca, criándolo y educándolo lejos de ella, el fruto, no de un amor culpable, sino de un momento de demencia, y de rodillas nos pidió á nosotros, que sabíamos tus amigos, que acudiésemos en su auxilio. Valiéndose de todos los medios y extratajemas posibles consiguió ocultar su estado á los ojos de todos, y contaba con nuestro cariño hacia tí y nuestra compasión por su desdicha para obtener una ayuda á cambio de la que nos profesaba eterno reconocimiento. Nos juró que consagraría su vida á reparar su falta con una fidelidad y adhesión sin límites. ¡Cuánto hubiera dado porque hubieses podido oírlo! Derramó abundantes lágrimas de sus ojos, y en verdad que fue un espectáculo con-

movedor ver á aquella mujer joven, hermosa y rica, humillarse de aquella manera ante dos pobres criados y un Médico de aldea. El anciano Savard y su esposa prometieron á la Condesa que harían lo que les pedía. ¡Y por mi parte debo añadir que hice lo mismo!

—¿Crees próximo el alumbramiento?

—Se espera de un momento á otro.

—¿De modo que Valentina desea ocultar al recién nacido?

—Sí, quiere encargarlo á cualquier nodriza del campo.

—¿Y su nombre?

—Le presentaremos al registro como hijo de padres desconocidos.

—Según eso, en mi casa no habrá ningún bastardo,—dijo el Conde.

—Sin duda.

—¿Y mi hijo Jorge será mi único heredero, no del dinero, que en eso tengo poco que ver, sino del apellido de Kerhoët, que deseo dejarle sin manchilla?

—Así es.

—Es algo, pero no bastante.

—¿Y qué más puedes exigir?

El marino se apoyó de bruces sobre la mesa y bajando la voz contestó:

—¿No te dije que deseaba castigar?

—¿A la Condesa?—preguntó el Médico.—

¡Oh! ¡Si hubieses visto, amigo mio, sus lágrimas y oído sus lamentos, comprenderías que estaba bastante castigada!

—¿En qué te fundas para creer que se trata de ella sola?

—Pues de quién entonces, ¿del otro?

—Sí, de su cómplice, al que no conozco y quiero conocer.

—En fin, ¿quieres decirme cuál es tu proyecto?

No sin pena observó el doctor Montel los cambios profundos que el dolor imprimía en el rostro de su amigo.

Los ojos del Capitán hundiéronse en sus órbitas, y en su frente marcábanse visiblemente algunas arrugas, del mismo modo que el surco bajo el arado, y la tez lívida contribuía á que resaltase la rojiza inflamación de sus párpados.

Fue un cambio brusco, un trastorno repentino.

—¡Ah! ¡Te dá miedo verme!—exclamó el marino que adivinó el pensamiento de su amigo.—¡Te cuesta trabajo reconocerme, y te preguntas cuales son los crueles designios que pueden enjendrar la fiebre, la cólera y la más amarga y furiosa de las decepciones en un cerebro trastornado para que de ese modo cambie en pocos minutos el aspecto del rostro! ¡Sí, amigo mio, en dos días envejecí veinte años, y esta mañana al mirarme al espejo me asusté de mi propia cara. Es que mi vida en adelante no tiene objeto y que por muy acostumbrado que esté á afrontar cara á cara las tempestades, las hay que hacen mella en el ánimo más sereno y no basta ser valiente. No quiero ocultarte que si un pensamiento fijo no me hubiese sostenido al llegar á Paris, habríame levantado la tapa de

los sesos al entrar en mi casa abandonada y cuando adquirí la certidumbre de que era verdad lo que presentía acerca de esa odiosa traición que disculpa alguna puede atenuar. Me dirás que es una necedad ¡pase! una cobardía, ¡conformes! pero esa idea perseguíame sin cesar llegando hasta el extremo de convertirse en una manía. Así se acaba en un minuto, ¿qué digo en un minuto? en un segundo y no sufre más, ¡y yo sufro de una manera espantosa! Ya sabes de lo que son capaces los atacados de una de esas calenturas ardientes que tú combates, y que esos infelices quieren matarse, destrozándose la cabeza contra las paredes ó para huir por cualquier medio á la enfermedad que les affige. Pues todos los tormentos de la más cruel de las enfermedades no igualan ni con mucho á las torturas del miserable al que una catástrofe tan inesperada como inmerecida lo deja sin el reposo, la alegría y la honra de su vida. ¿Qué más quieres que te diga? ¡Idolatraba á esa mujer, me da vergüenza decirlo, y creo... que la amo aún!... Será una cobardía, todo lo que quieras, pero es la verdad. En esa mujer tenía puestas todas mis esperanzas, constituía mi orgullo, y para ella trabajaba, correspondiéndola la mitad de mis pensamientos y de mis proyectos, y lo mismo cerca que lejos, tenía su imaginación siempre ante mi vista lo mismo en los mares de la China que cuando estaba en su dormitorio ó tocador. ¡Valentina! ¡Siempre Valentina, y nadie más que Valentina! ¡Esa era

para mí la única mujer que existía en el mundo, y la única flor de mi vida!; Y ahora todo está ajado y manchado! No sé lo que me haría si tuviese la debilidad de volver al lado de esa mujer cuya traición me mata. Hago esfuerzos para odiarla, para matar ese amor con el desprecio, y lo que más me asusta es que bajo mi cólera fermenta aún tanta pasión y tantos deseos como odio. Por eso me decidí y tomé una resolución; pienso desaparecer, marcharme de Francia, é iré tan lejos, que la distancia tal vez borre su recuerdo maldito. Sí, el mar me llevará á donde quiera, al otro extremo del mundo, á donde me lleve mi deber de marino, pues no quiero volverla á ver. De hoy en adelante todo mi cariño se concentrará en mi hijo Jorge, que puede que algún día me condene por ese voluntario destierro cuyas causas no podrá comprender ni adivinar, y creará que es abandono ó indiferencia, pero á pesar de eso, deseo elevar entre su madre y yo infranqueable barrera y quiero que en el porvenir me odie ésta tanto como la aborrecí yo por la felicidad perdida.

En esas razones me fundo para querer arrancar de sus brazos á ese bastardo de que me hablabas hace un momento, á ese niño al que no podrá menos de querer; sí, quiero quitarlo de en medio.

Al pronunciar estas últimas palabras, pasado el primer momento de exaltación, había recobrado el marino la expresión rígida y helada de su rostro.

Recalcó estas frases mirando fijamente al Médico, que frunció el entrecejo.

—Supongo,—dijo,—que no me crearás capaz de cometer un crimen.

—No exijo tanto de tu amistad,—contestó el Conde,—no se trata de matar, pues bien miradas las cosas, esa pobre criatura no tiene nada que ver con los azares á que debe la vida.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—¿No tienes que ir á casa de los Godin?

—¿Quién te lo dijo?

—Francisca, que está sola con su hija.

—¿La has visto?

—Estuve una hora en su casa. Francisca me quiere con toda su alma; la pobre mujer me sirvió de madre y sabes que en casa considerábamos á los criados como de la familia.

—¿Y bien?

—Voy á decirte lo que deseo y lo que harás, lo mismo que Francisca, por cariño hacia mí.

—¡Habla!

—Teresa vá á dar á luz. Probablemente será esta misma noche,—siguió diciendo el Capitán.—¿Crees que vivirá su hijo?

—No.

—¡Pobre mujer! ¡Cuánto sufre y ha sufrido! En París ocultaba su falta, y aquí el padre Godin, ese borracho perdido que nunca pudo verla, la trata de una manera indigna. Esta noche, sin ir más lejos, desmayóse la infeliz después de un escándalo en que su padre la insultó y hasta amenazó. Ese hom-

bre no tiene entrañas. Francisca cree, como tú, que ese niño ó niña no vivirá. Me dijo que te había consultado y me contó cual fue tu respuesta.

—¿A dónde quieres ir á parar?

—Escucha. A Francisca la dije: No sois ricos y yo te daré todo lo que quieras, y con el dinero podrás ayudar á tu hija sin que se entere tu marido, y á cambio te voy á proponer un trato; me entregarás tu nieto vivo ó muerto, á cambio de otro que te traeré. Es preciso que este trato sea un secreto que no salga de entre nosotros dos, y que ni tu hija sospeche nada. De este modo la señora condesa de Kerhoët cuidará y educará, si vivé, al hijo de una pescadera del Mercado seducida por un *Lovelace* de la calles de Montorgueil ó de la Piroutte, y Teresa, la cangrejera, criará al fruto del adulterio de la Condesa. Ni una ni otra sabrán una palabra hasta el día en que se me antoje revelarlas el secreto: en eso consistirá mi venganza, y al alejarme dejaré tras de mí una fuente inagotable de llanto para aquellas personas por cuya falta sufro horribles torturas. ¿Quién es capaz de adivinar qué dolores puede ocasionar eso á la orgullosa millonaria? Seré el único que tenga en mis manos el hilo de esa intriga, y te juro que haré lo que se me antoje para devolver á los demás el daño que me hicieron.

—Pero no tienes presente, amigo mío, que es imposible ese cambio,—replicó el Médico.

—No hay nada imposible si tú quieres.

—¿Es un crimen!

—¿Y á la perfidia de Valentina, cómo la calificas?

—Abandónala, y si no puedes perdonar, sepárate de tu esposa.

—¡No! ¡Porque así podría entregarse con entera libertad á su amante! ¡Arrastrar por los suelos de un Tribunal un honrado apellido! ¡Servir de diversión á un público ávido de escándalos! ¡Jamás!...

—Pero...

—Y quedaría impune un acto que mancha un apellido por cuyo honor habría derramado toda la sangre de mis venas.

—Ese honor no está nunca sujeto á los caprichos de una mujer.

—El mundo no tiene compasión, y el ridículo hace más daño que una bala.

—Es que nadie está enterado de la falta de la Condesa.

—Hay un hombre, su cómplice, que no lo ignora, y la conquista de Valentina es de esas de que puede jactarse.

—Y si me niego á acceder á lo que pides, ¿qué harás?

—Como gustes. Si te niegas, desde aquí me marchó á Morville, busco á Valentina, la mato, y á continuación me levanto la tapa de los sesos.

—¿Jacobo!

Por toda contestación el Capitán sacó un revólver del bolsillo.

—El arma está dispuesta; me figuré que

ibas á resistirte. ¡Escoge entre dos males!

—Mi conciencia no me permite escucharte.

—Te lo manda la amistad que me profesas, te juro que si se tratase de tu felicidad ó de tus intereses, no vacilaría lo más mínimo. Desde luego has de comprender que el daño no es tan grande como te figuras, pues me conoces y sabes que no soy un miserable. Teniendo ese niño en mi poder, porque no pienso abandonarlo nunca, siguiéndole siempre con la vista y colocándole al alcance de mi mano, y esto es de mi incumbencia, sabré más tarde ó más temprano lo que hoy me oculta, y podré disponer mi venganza para saborearla el día que se me antoje. No tengo prisa, puedes creerme, y estoy dispuesto á esperar para que sea más completa y ruidosa. Antes vivía para querer, en adelante viviré para odiar, ó mejor, para castigar. Ese acto, que será culpable, que juntos vamos á llevar á cabo, ¿quién es capaz de sospecharlo, de imaginarlo siquiera? ¡Nadie! Por mi parte no he de ir preguntándolo por ahí, y francamente, es muy discreto, y en cuanto á ti, me consta que eres prudente y de carácter muy firme. ¿te decides, ó no?

—Te quiero como á un hermano...

—Obra entonces como si lo fueras.

—¿Y cómo lo vamos á hacer?

—Entraré en Morville por la escalera medio derruida de la torrecilla. Esa escalera comunica con el cuarto tocador y con el dormitorio de la Condesa, que no pudo escoger

otra mejor, y lo que debes procurar es que Benita no se vuelva del lado de su ama en el momento en que nazca el niño. Pasarás luego á ese cuarto, en el que te esperaré con el hijo de Teresa Godin para que me entregues el de la Condesa; lo demás corre de mi cuenta.

—Lo haré puesto que así lo exiges; pero ese va á ser el eterno remordimiento de mi vida. Hasta hoy he podido decir con la cabeza muy alta que no tenía que reprocharme ninguna acción vituperable.

—No se sufre con males que se desconocen. Ni la Condesa ni Teresa se enterarán de lo que hemos decidido, y en cuanto á mí, tengo bien tranquila la conciencia. Castigo, y al hacerlo no lo hago con tanta dureza como me permite mi derecho, y si hay aquí algún verdadero condenado, ese soy yo, amigo mío, no lo olvides.

A manera de ardiente lava que se desborda de un volcán, escapáronse de los ojos enrojecidos del marino algunas ardientes lágrimas.

El Médico reprimió con dificultad su emoción y esas lágrimas le decidieron.

—Te conozco mucho, Jacobo,—dijo con acento conmovido,—y una vez que tanto te empeñas, te obedezco, y cree que esa es la mejor prueba que puedo darte. Mi conciencia, á la que no acalla ni ciega la pasión, habla con más fuerza que la tuya, y esto es lo natural. Y no lo es, ni tampoco justo, el arrebatarse esos hijos á sus madres

alterando el orden establecido por Dios.

—Vamos pronto, porque Francisca me encargó que te avisase.

—Vamos, pues.

Púsose en pie el doctor Montel, exhaló un profundo suspiro y se acercó á un armario, que abrió para sacar una botella de cordial, y una copa que llenó apurósela de un sorbo.

—No me encuentro bien,—dijo,—y presiento que mi complacencia de ahora me va á pesar toda la vida, y tengo necesidad de tomar fuerzas.

Dió unos cuantos paseos por el despacho, y terminados que fueron sacó de un estuche algunos instrumentos, que metió en un ancho bolsillo del gabán, y cogiendo el sombrero se dirigió hacia la puerta.

Al acercarse á su amigo hizo un esfuerzo para sonreír.

—A la verdad,—dijo,—creo que más que de otra cosa tenemos el aspecto de dos conspiradores, ¡me figuro que no tengo la cara de un hombre honrado!

—Ven,—contestó el Capitán.

—¡Vamos! La suerte está echada y es tarde para retirarnos,—replicó el Médico cerrando la puerta tras sí;—pero hay que confesar que es muy duro. ¡Si al menos fuese para hacer la felicidad de esas pobres criaturas!

—¡Quién sabe!—murmuró el Conde.—¡La vida es una lotería!

Los dos amigos atravesaron el jardín, y

en el momento en que abrían la valla que daba al campo; detúvose el Médico.

Oíase ruido de pasos, alguien se acercaba con mucho apresuramiento, y á los pocos minutos vieron á un anciano aldeano muy sofocado.

—¿Sois vos, padre Savard?—preguntó el Médico.

—El mismo, señor Montel.

—¿Ocurre alguna novedad?

—Sí, por desgracia,—contestó el anciano suspirando.

—¿Qué pasa?

—Creo que esa señora no sale de esta noche.

—¡Ah!

Estremecióse el Conde, que se había ocultado tras unas matas al ver acercarse al aldeano.

—¿Querréis decir que se acerca el momento?—observó el Médico á manera de rectificación.

—Sí, doctor Montel, y que pide de un modo que parte el corazón que vayáis á su lado.

—Está bien; voy en seguida.

—No perdáis tiempo, si lo tenéis á bien,—añadió el guarda con insistencia.—La señora está muy inquieta, y la criada que vino con ella de París está muy asustada; como que no se hallan muy al corriente de esos asuntos.

—Os sigo; id delante por el atajo.

Marchóse malhumorado y cabizbajo el

pobre anciano, murmurando entre dientes:

—¡Qué aventura, Dios mío! ¡Qué mal negocio! ¡Qué diría el señorito Jacobo si lo supiese? ¡Y pensar que obramos así por servirle!

—¡Pobre viejo! ¡Qué susto me hizo pasar el buen Savard! ¡si lo supiese!—se dijo Jacobo de Kerhoët.

Tembló éste por la vida de la mujer de la que provenían todas sus desdichas, pero á la que debía también inolvidables alegrías.

Al imaginar que la veía cadáver, su corazón, que se movía desordenadamente, dejó de latir de pronto y experimentó una sensación de angustia.

El Médico distrajo á Jacobo de sus penas cavilaciones.

—No hay que perder ni un minuto,—dijo,—la casualidad te sirve á pedir de boca.

Recorrieron con ligero paso una parte del camino que cruzaba por entre las dormidas casas de la aldea, y al poco tiempo llegaron á la de los Godin, aislada, á la salida de Touque, hacia Pont-le-Evêque.

En el fondo de la costa destacábanse los techos negros y recortados en sus cornisas por las siluetas del lino cárdeno ó la siempreviva.

Un débil rayo de luz escapábase á través de las rendijas de la ventana de una especie de guardillón ó granero colocado sobre el tejado, y en el momento en que el Médico apoyaba la mano en el pestillo de la puerta

para entrar, oyóse un grito ronco, salvaje, indefinible, que desgarró el silencio de la noche é hizo estremecer al Conde hasta el fondo de sus entrañas.

—¡Qué á tiempo llegamos!—exclamó Montel.—¡Apresurémonos!

V

A cualquiera que hubiese estado acostumbrado á las comodidades de la vida moderna, habríale parecido que el castillo de Morville no reunía condiciones para que se pudiese habitar en él, y que tan sólo servía para un cenobita ó un filósofo de la escuela estóica.

Desde hacía veinticinco años que las arañas tejían libremente sus telas sin temor á las escobas ó zorros de los criados, y los ratones, que con sus numerosas familias habíanse instalado en todo el castillo, sólo tenían que temer á las aves nocturnas y á los gatos salvajes que entraban y salían con entera libertad.

Había llegado el período respetable de los hundimientos, y las almenas de una de las torrecillas estaban en el suelo, y su techo empezaba á seguir el mismo camino, quedando únicamente en pie los escalones de

pobre anciano, murmurando entre dientes:

—¡Qué aventura, Dios mío! ¡Qué mal negocio! ¡Qué diría el señorito Jacobo si lo supiese? ¡Y pensar que obramos así por servirle!

—¡Pobre viejo! ¡Qué susto me hizo pasar el buen Savard! ¡si lo supiese!—se dijo Jacobo de Kerhoët.

Tembló éste por la vida de la mujer de la que provenían todas sus desdichas, pero á la que debía también inolvidables alegrías.

Al imaginar que la veía cadáver, su corazón, que se movía desordenadamente, dejó de latir de pronto y experimentó una sensación de angustia.

El Médico distrajo á Jacobo de sus penas cavilaciones.

—No hay que perder ni un minuto,—dijo,—la casualidad te sirve á pedir de boca.

Recorrieron con ligero paso una parte del camino que cruzaba por entre las dormidas casas de la aldea, y al poco tiempo llegaron á la de los Godin, aislada, á la salida de Touque, hacia Pont-le-Evêque.

En el fondo de la costa destacábanse los techos negros y recortados en sus cornisas por las siluetas del lino cárdeno ó la siempreviva.

Un débil rayo de luz escapábase á través de las rendijas de la ventana de una especie de guardillón ó granero colocado sobre el tejado, y en el momento en que el Médico apoyaba la mano en el pestillo de la puerta

para entrar, oyóse un grito ronco, salvaje, indefinible, que desgarró el silencio de la noche é hizo estremecer al Conde hasta el fondo de sus entrañas.

—¡Qué á tiempo llegamos!—exclamó Montel.—¡Apresurémonos!

V

A cualquiera que hubiese estado acostumbrado á las comodidades de la vida moderna, habríale parecido que el castillo de Morville no reunía condiciones para que se pudiese habitar en él, y que tan sólo servía para un cenobita ó un filósofo de la escuela estóica.

Desde hacía veinticinco años que las arañas tejían libremente sus telas sin temor á las escobas ó zorros de los criados, y los ratones, que con sus numerosas familias habíanse instalado en todo el castillo, sólo tenían que temer á las aves nocturnas y á los gatos salvajes que entraban y salían con entera libertad.

Había llegado el período respetable de los hundimientos, y las almenas de una de las torrecillas estaban en el suelo, y su techo empezaba á seguir el mismo camino, quedando únicamente en pie los escalones de

blanca piedra, medio gastados por el paso de varias generaciones, rodeando en espiral al pilar central que les servía de sostén.

Ese era el camino que el Conde debía recorrer pocos minutos más tarde.

Parte del piso principal habíase venido abajo y caído á las salas del inferior, llenándolo todo de escombros.

Entre esas paredes que tenían seis piés de grueso, bajo las labradas y cuadradas vigas de aquellos artesonados, en aquellas habitaciones sombrías semejantes á celdas de un monasterio, habíase criado Jacobo de Kerohët y exhalado sus padres el postrer suspiro.

Allí era donde pasó sus doce años primeros alegres, porque gozaba la sana y bienhechora libertad de los campos, en medio de las verdes praderas, á la sombra de corpulentos y añosos árboles y respirando el aire salino y vivificante del mar que se veía rielar desde el fondo de las profundas ventanas, ó de las azoteas, desde las matas que cubren las alturas en que se constituyó ese nido de halcones, cuatrocientos ó quinientos años antes de venir nosotros al mundo.

¿Por qué habíase escogido la Condesa ese retiro en que todo la recordaba á su marido ultrajado y ausente, cuando hubiérase hallado más segura y más ignorada en cualquier aldea de los alrededores de París?

Se comprende con facilidad que así lo hiciese, porque desde el día que se celebró su casamiento, el Conde había visitado con fre-

cuencia, y aunque sólo fuese por algunas horas, esos sitios tan pintorescos en que pasara su infancia.

Desde esa época y sabiendo la Condesa cuan grande era la amistad que unía al Conde y al Médico, y sobre todo, el cariño que profesaba á Morville, propúsose Valentina reedificar el castillo aumentando sus dependencias y comodidades, y ese proyecto aplazado de día en día fue la causa de que el edificio acabase de arruinarse, pues dejaron de cuidarlo en la creencia de que había que derribar la mayor parte.

Interin llegaba el momento de empezar la restauración, abandonaron á Morville, sus jardines llenáronse de hiervas de todas clases: la hiedra cubrió con su espeso manto verde las restantes paredes y los muebles reducíanse á polvo; pero á pesar de eso, Jacobo conservaba hacia esas ruinas el mismo cariño que se tiene á un padre ó el respeto que se profesa á las reliquias de los que se ha venerado en vida.

El recuerdo de sus padres vagaba por aquellas ruinas, y el marino sostenía con fervor su culto, cuyo templo era el castillo.

Acompañábale Valentina en todas sus escursiones que tenían el carácter de una peregrinación.

Por aquella época empezaron á estar de moda las playas normandas, y la Condesa concibió el proyecto de construir allí una casa que estuviese en relación con el próximo estado de su fortuna.

Morville reunía condiciones admirables para el proyecto de la Condesa, lo mismo por el sitio elevado en que se hallaba, como por lo espacioso de su elevada meseta, desde la que se domina un paisaje tan admirable como extenso, condiciones todas que se prestaban á una instalación suntuosa y casi régia.

Las praderas y campos que le rodeaban producían unos doce mil francos, á lo que se reducía la fortuna del Conde, y formaban un parque natural, al que para embellecerlo sólo faltaban algunos ligeros arreglos.

Estudió en secreto ese asunto con objeto de proporcionar una sorpresa á su marido, y esto la proporcionó ocasión de apreciar la honradez á toda prueba del fiel Savard, guarda de Morville, y de su esposa, aldeana tan sencilla como fiel á sus amos, y trabó también amistad con el doctor Montel, el íntimo amigo del Capitán.

Al llegar el momento en que su estado angustioso la obligó á tomar una determinación, dijese que en ninguna parte estaría mejor ni tendría la seguridad de que guardasen su secreto como en Morville, porque la adhesión de Montel y de los esposos Savard hacia su esposo haría que se convirtiese en un deber.

Creó que si esas tres personas se unían á ella en un pensamiento común, la ayudarían á ocultar ese desastre al hombre al que estaban unidos por una amistad tan sólida, y que más adelante protegerían, si era preci-

so, al niño ó niña cuya existencia veíase obligada á ocultar.

Presentóse una noche en Morville, y conforme á lo que el Médico relatara á Jacobo, Valentina se humilló ante los tres, dejando á un lado su orgullo, haciéndoles una confesión completa, en la que no dejó envuelto en la sombra más que un detalle, el del nombre de su cómplice.

Para que la amparasen y protegiesen sólo invocó ante Montel y los dos ancianos servidores el nombre de Jacobo de Kerhoët, apelando al cariño que tenían á éste.

Conmovióles su arrepentimiento, sus lágrimas, y prometieron el secreto que la Condesa arrancó á su compasión.

Su plan, ese plan engendrado por la fiebre y por el delirio que la dominaban desde que ese mal era irreparable, habría salido bien, á no haber tropezado con el grano de arena que la casualidad arrojó en los engranajes de la máquina, ó sea el inesperado regreso del Conde y la revelación de Florencia Carpiquel, que evitó que el Médico tuviese que revelar nada á su amigo, porque éste al franquear el umbral de la humilde casa lo sabía todo y no necesitaba más que su complicidad para llevar adelante los proyectos que tenía respecto á los habitantes de Morville.

A la misma hora en que el Médico y su amigo entraban en casa de Godin, Valentina, la hermosa Valentina, hallábase postrada en un lecho antiguo de retorcidas colum-

nás y rojas cortinillas, colocado en una destartada é inmensa habitación del piso principal del castillo.

Extraño espectáculo, casi fantástico, era, en verdad, el que ofrecía aquella habitación blanqueada ó empañada por espesas capas de polvo que cubría las paredes; el techo, formado por ahumadas y negruzcas vigas, inmensa chimenea, en la que ardía mediano montón de leña, que despedía tanto humo como calor, é iluminado todo el conjunto, más bien por el resplandor de la lumbre, que por la luz de dos bujías, que en aquella inmensidad más bien se parecían á dos faros apenas visibles en la obscuridad de la noche.

Por cima de las sillas y tirados cual los restos del naufragio en la playa después de la tempestad, veíanse lujosas ropas, faldas riquísimas de seda, enaguas de fina batista, abrigos de preciosas pieles, encajes magníficos ó alhajas de mucho valor.

La hermosura de que la naturaleza había dotado á Valentina de Kerhoët era de esas que se califican de esculturales, y se comprendía al verla que aquellas formas tan soberbias habrían de resistir los estragos del tiempo.

En aquella época contaba escasamente veintitantos años.

Su negra cabellera suelta por cima de la almohada formaba á manera de sombrío marco, sobre el que se destacaba de un modo admirable la mate blancura de su tez.

Ni una sola arruga se veía en aquella

frente tersa; sus cejas sedosas se arqueaban sobre sus ojos sombreados por largas y obscuras pestañas que atenuaban su febril fulgor, y sobre sus hombros medio desnudos caían las deshechas trenzas de la negra cabellera.

Con sus dientes blancos y apretados mordía la Condesa sus labios rojos como la sangre, para ahogar los quejidos que el dolor la arrancaba, al mismo tiempo que tenía tendido el brazo sobre la ajada colcha de seda y descoloridas flores, que la mano estrujaba convulsivamente.

A la cabecera del lecho de la Condesa hallábase sentada una joven, teniendo entre sus manos una de las de ésta.

El tipo de esta última, la amiga mejor que la criada, era distinto en todo del de su señora.

Benita, cuyo padre había estado como marinero al servicio del señor Fontanet, ofrecía ese tipo tan vulgar entre las hijas de Marsella y de las costas de la Provenza.

Era pequeña de cuerpo, morena lo mismo que una tunecina, de ojos tan vivos como un basilisco, de carácter despierto y violento á la par, y capaz de amar ó de odiar hasta perder la vida, y en aquellos momentos fijaba sus sombrías miradas, por las que pasaba á intervalos un fulgor parecido al reflejo del oro, en su señora.

Una racha de un fuerte vendaval hizo que crujiesen los cristales, poco seguros en los plomos de las desvencijadas ventanas.

—¡Qué noche más espantosa, Virgen Santa!— exclamó la provenzala con ese acento que sazona las menores palabras de la misma manera que la pimienta las salsas más sosas.—¡Qué noche! ¡Cuándo acabará! ¡Oh! ¡Lo que es estas noches del Norte!...

Ahogó Valentina un grito de dolor desgarrando con los dientes la batista del pañuelo.

Benita se inclinó hacia su señora y la besó en la frente.

—No tengáis miedo,—la dijo para tranquilizarla.

Y dejándose arrastrar por un arranque contra el Médico y el guarda, añadió:

—¡Qué tortuga! ¡Pues no tarda poco en volver! ¡Y ese Médico que no viene!

—¿Qué hace?—murmuró la Condesa.

—No puede tardar mucho, señora, su casa no está muy lejos, y hace mucho rato que se marchó el guarda, ¡qué despacio andan en este país!

Con mucha delicadeza enjugó el sudor que humedecía el pálido rostro de su señora.

—¡Cuántas veces le maldigo!—murmuró la Condesa.

—¿A quién?

—¡A él!

Y al decir esto buscó su mirada á algún ser invisible en el vacío.

En el corredor inmediato, el cual estaba embaldosado con grandes losas de piedra, y con el que comunicaba el salón por una puerta lateral, resonaron algunos pasos.

—¡Es el Médico!—exclamó Benita.—¡Al fin viene!

Se equivocaba, no era el Médico, sino Savard, al que seguía el doctor Montel á poca distancia.

Mientras el Médico entraba por una puerta, un hombre se deslizó por otra atravesando el jardín hasta llegar al pie de la torre-cilla, cuya puerta que empujó, cedió á sus esfuerzos.

Al pie de esa torre cubrían el suelo piedras y pedazos de pared llenos de tierra y de malezas, y á pesar de eso, al recién llegado, que sin duda conocía mucho aquellos lugares, le bastó con la dudosa claridad de las estrellas para llegar hasta la escalera de piedra que iba á parar al primer piso del castillo.

Ni un solo momento se detuvo para elegir su camino, y bajo la capa y envuelto en paños de lana llevaba un bulto inerte.

Al llegar al cuarto-tocador se escondió en un rincón procurando ocultarse tras un cortinaje hecho pedazos, y su espera no fue muy larga.

Oyó de pronto un grito de dolor que le hizo estremecer hasta las fibras más íntimas de su corazón, y á esto se redujeron todas las quejas de la enferma.

Oyó á continuación que su amigo daba algunas órdenes en alta voz á la doncella, luego que se cerraba y abría la puerta resonar en el corredor un paso muy ligero que se alejaba.

Atrevióse entonces á moverse y levantó la cortina que separaba el cuarto-tocador de la habitación en que había oído el gemido.

Valentina, que tenía el rostro blanco como un sudario, había reclinado la cabeza sobre las almohadas, iluminándola con su macilenta luz las dos bujías.

Presentóse el Médico en el tocador y se verificó un rápido cambio entre los dos hombres, que no dijeron ni una palabra, y el Conde, como un ladrón sorprendido *in fraganti*, echó á correr y bajó apresuradamente la escalera de piedra.

Nadie se había enterado de su presencia.

Al salir del jardín echó á correr con toda la velocidad que le permitían sus piernas, internándose en el escarpado sendero que baja en pendiente hasta la aldea.

Persegúiale el recuerdo de la pálida cabeza que entreviera durante un momento, pero á ese recuerdo mezclábase una alegría feroz.

El recién nacido que llevaba en sus robustos brazos, no pesaba en ellos más que un gorrión en las garras de un aguilucho, y en él tenía la realización de su venganza.

Volvió el señor Montel al lado de la hermosa enferma y lanzó una exclamación de pena.

—¡Una niña! ¿Vivirá?—murmuró.

Dejóla en la cama al lado de la Condesa, y ésta abrió desmesuradamente los ojos é interrogó con una mirada en que se traslucía gran terror al Médico. La muerte de la

niña habría sido la libertad, la redención para ella, el olvido quizás de la falta; pero el instinto maternal despertóse con fuerza en su corazón, más poderoso que el sentimiento de conservación y del honor.

—¡Quiero que viva, Doctor! ¡Dádmela!

Obedeció el Médico y vió con profunda sorpresa que al recibir las ardientes caricias de la Condesa la niña hacía un movimiento.

Acercóse al lecho, é inclinándose observó que respiraba, aunque débilmente.

—¿Podremos salvarla?—murmuró.

—¿Qué es lo que se necesita?—preguntó ansiosamente la Condesa.

—Una buena nodriza.

—¡Os juro que lo seré, aun cuando sepa perderme!

—¡Tened cuidado con lo que decís, y acordáos de vuestra promesa! ¡Que su existencia se deslice ignorada de todos! ¡Que nadie sepa que vive!

—¡Ah! ¿Y qué me importa el mundo ante mi hija? ¡Que viva ella aunque me pierda yo!

—¿Y Jacobo?—respondió con sencillez Montel.

—¡Es verdad! ¡Olvidaba al inocente, perdonadme!

La niña les dejó oír ese vagido propio de los recién nacidos.

—¡Te querré más que á mi vida!—dijo Valentina prodigándola sus besos y caricias.

En los momentos en que esto ocurría en

el castillo de Morville, entraba el Conde en casa de Godin, en la que le estaba esperando la pescadora con mucha ansiedad, porque el alumbramiento de Teresa había sido muy doloroso.

—Me está pidiendo sin cesar á su hijo.

—Tomad, aquí la tenéis; es niña como la que me llevé.

Al verla no pudo Francisca contener una exclamación de asombro.

—¡Oh! ¡Qué robusta es!

Era verdad; la Condesa había dado á luz una criatura preciosa y robusta.

—Quiero que la llaméis Rosa, Rosa Godin,—dijo el conde Kerhoët con acento imperioso, sacando un fajó de billetes de Banco y dándoselos á la pescadora.—Guárdalos y escóndelos, pues son para ti sola, y en adelante te daré cuanto necesites. Ayudarás á tu hija cuando ésta lo necesite, pero no olvides nunca que mis deseos son los de que Rosa se erie y eduque como una hija del pueblo, al igual de su madre, y que ignore en absoluto á quién debe su nacimiento. Más adelante veremos lo que hay que hacer; ¿me prometes ahora no revelarlo á nadie?

—Sí.

—Sobre todo á tu marido y á tu hija.

—Así lo haré.

—¿Suceda lo que quiera?

—Sí.

—Con esa condición te daré una fortuna.

—Tened presente, señor Jacobo, que es

por cariño hacia vos por lo que obro así, y no por otra cosa, ¡bien lo sabéis!

La dignidad con que la pescadora pronunció estas palabras conmovió al marino hasta el fondo de su alma.

—Bésame y abrázame,—la dijo.

Con conmovedora sencillez, replicóle Francisca:

—¿Por ventura no sois poco menos que hijo mío?

Inclinóse el marino dominado por viva emoción, dió un beso en la frente de su no-driz y se alejó apresuradamente.

Volvióse Francisca al desván en que estaba Teresa, rendida por el dolor, y con los ojos medio cerrados, y acostada en su humilde lecho.

—Aquí tienes á tu hija,—la dijo.

Hizo un esfuerzo Teresa para incorporarse y la recibió en sus brazos.

—¡Pobrecilla!—exclamó dándola un beso con maternal ternura.

Las dos niñas habían encontrado cada una su madre.

Esto pasaba en la noche del 27 de marzo de 1850...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

10 de 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Al día siguiente, y á las dos de su tarde, presentóse el capitán Jacobo de Kerhoët en el despacho del Ministro de Marina.

En pocos días había cambiado de una manera notable el aspecto del Conde, que parecía haber pasado penosa y larga enfermedad.

Al Ministro llamóle la atención el trastorno que revelaba la fisonomía del marino, y le miró con atención.

—Excelencia, —dijo Kerhoët, —vengo á veros para pedir os un favor.

Era Ministro á la sazón el Almirante Laspierre, uno de los marinos franceses más distinguidos.

—Aquí no hay excelencia, —contestó sonriendo, —sino un camarada que desea servir, ¿qué es lo que pedís? ¿Una licencia?

—Al contrario, quiero embarcarme otra vez.

—¿Tan pronto, y acabáis de llegar!

—Es igual, quiero marcharme.

—¿Cuándo?

—Lo más pronto posible.

—¡Ah! —exclamó el Ministro.

—Me sucedió una desgracia, excelencia, una de esas desgracias que aniquilan al hom-

bre, costándole mucho trabajo reponerse. Deseo huir de París.

—¿Durante mucho tiempo?

—Sí, durante muchos años, y por razones que no son del caso, deseo hasta que se ignore que estuve aquí. Si tenéis alguna misión que desempeñar en el otro extremo del mundo, sea peligrosa ó no, os suplico encarecidamente que me encarguéis de ella.

El Ministro, que era hombre que sabía apreciar el valor de cuantos le rodeaban, no hizo ninguna objeción.

Comprendió en seguida que para que el capitán Kerhoët le hiciese semejante petición y quisiese desterrarse voluntariamente cuando tenía un título, riqueza y estaba casado con una de las mujeres que más llamaban la atención en París por su belleza, debía tener motivos muy poderosos para ello.

—¿Estáis bien decidido? —le preguntó.

—Sí, Almirante.

—¿Estáis satisfecho de la tripulación de vuestra fragata?

—Tengo tanta confianza en todos y cada uno de ellos como en mí mismo.

—¿Se halla la *Diana* en estado de hacerse á la mar.

—Mañana mismo, si se quiere.

—Está bien, —dijo el Almirante, quedándose pensativo durante algunos momentos.

—No tenemos establecimientos ni factorías en el mar de las Indias, y todas las naciones se mueven para formarlos en los puertos que están desocupados; pongo, por tanto,

nuestros intereses en vuestras manos y buscad lo que deseamos, estando dispuestos á hacer toda clase de sacrificios. De modo que en estas condiciones solo dependerá de vos el volver pronto ó permanecer allí mucho tiempo.

—Os doy las gracias, mi Almirante; lo que me concedéis colma con exceso mis deseos, porque es más de lo que pedía.

—Los ministros cambian y yo me iré como se fueron los demás, pero mientras esté en el poder dirigirme confidencialmente vuestros informes, y cuantas comunicaciones creáis convenientes, pidiéndome lo que necesitéis. Haré todo lo que queráis, porque tengo confianza en vos.

No añadió más, ni lo necesitaba, porque, como hombres de privilegiadas inteligencias habíanse comprendido inmediatamente.

El Capitán se puso en pie para despedirse.

—¿Os marcháis?—preguntó el Ministro.

—Dentro de una hora estaré muy lejos de aquí.

—Las instrucciones llegarán á Brest al mismo tiempo que vos, y en seguida podréis haceros á la mar. ¡Hasta la vuelta, amigo mío!

Estrechó Jacobo con mucha afección la mano que le tendía el Ministro, y se retiró.

A los tres días de verificarse esta entrevista, levaba anclas la fragata *Diana*, saludándola el cañón de los fuertes, atravesaba la rada y franqueaba á toda vela los pasos de la boca para perderse como un átomo casi

invisible en las inmensidades del Océano Atlántico.

Largo tiempo permaneció el Capitán en la toldilla contemplando con melancólica mirada las costas francesas, y no se separó de su sitio hasta que se perdieron de vista en el horizonte.

Cuando esto sucedió y se confundieron con las olas y vió que estaba sólo, muy sólo, en medio del Océano, separóse lentamente de la toldilla y se metió en su camarote.

Sentóse ante su mesa, y apoyando la cabeza en las palmas de las manos, secos y enrojecidos los ojos, permaneció inmóvil y sumido en una desesperación sin límites.

A contar desde aquel momento empezaba una nueva vida para él, vida de aislamiento, de amargos y penosos recuerdos.

La mujer á la que amaba con toda la energía de que era capaz, habíale hecho traición, y el honor, ese honor inflexible que para Jacobo era su regla de conducta y su ley, elevaba en adelante infranqueable muro entre su esposa culpable y él.

El bretón estaba dotado de un carácter de temple superior, pero el golpe que acababa de recibir era de esos que rinden á las naturalezas más privilegiadas y enérgicas.

Toda la noche pasaba echado de bruceas sobre la mesa entregado á cavilaciones tan sombrías como penosas, sufriendo mucho á pesar de su fuerza de voluntad.

Al verse separado de su hija, de esa esposa de la que en vano esforzabase para

arrancar la imagen de su corazón, y á la que seguía amando, al recordar en lo más recóndito de su memoria aquella cabeza pálida é inanimada que entreviera durante un momento en la semiobscuridad del salón de Morville, figurósele que todo su ser se desgarraba, y que con la tierra de que se alejaba por momentos abandonábale la vida.

Amaneció y subió al puente, y allí vióse rodeado de los Oficiales, y de sus robustos marineros que se movían apresuradamente de una á otra parte, obedeciendo á los pitos de los contramaestres, para ejecutar las maniobras necesarias.

La fragata se deslizaba rápidamente cortando las aguas con su dorado tajamar.

La fresca brisa que soplabá con fuerza del Norte daba en las sienas al Capitán, y contribuyó á que poco á poco fuese disipándose la fiebre que le consumía.

Dirigió una prolongada mirada al mar, y su corazón se dilató:

— ¡Al menos me quedas tú y el infinito! ¿Quién sabe si esto no será el olvido?

Así salió vencedor de esa lucha encarnizada sostenida contra el amor y los recuerdos; empero á contar desde ese día, viósele sonreír muy pocas veces, y su rostro adquirió la rigidez del metal, rigidez que no abandonó jamás.

Mostróse siempre muy cariñoso y cortés con sus inferiores, dió pruebas de que era justo, bueno, y de fría intrepidez ante los mayores peligros y todo esto hizo que con el

tiempo llegase á ser el tipo perfecto del marino y una de las glorias de la marina francesa.

Nadie, excepción hecha del Ministro, sospechó que una inmensa desgracia obligaba á Kerhoët á hacer el sacrificio de las alegrías de la familia y de los placeres de la ostentación que le permitía el estado de su fortuna y los que no lo comprendieron ó adivinaron, tomaron su resolución por heroísmo ó desmedido cariño á su profesión.

A los quince días de ocurrir los sucesos de la noche del 27 de marzo regresó la Condesa á su hotel de Cours-la-Reine y encontró una carta procedente de Brest, que había llegado durante su ausencia.

Asustóse mucho al abrirla temiendo la llegada de su esposo, porque creyó que éste lo sabía todo y que iba á pedirle cuentas de su inexplicable ausencia; pero Florencia Carpiquel que se hallaba casualmente á su lado la tranquilizó manifestándola que el Capitán no se había presentado en el hotel Fontanet.

Según manifestó Florencia, de haber estado el Capitán en París, habríale visto ella, pues mientras estuvo fuera su señora no se había separado ni un momento de su puesto, por lo que podía tener completa confianza en ella.

La carta distinguiase por su extremado laconismo.

Hé aquí lo que decía:

Mi querida Valentina:

Hace años que os empeñasteis en que no abandonase mi carrera, y esto por vuestra parte era una prueba de gran generosidad, porque sabéis el aprecio en que la tengo; pero hoy, por desgracia, comprendo su rigor, pues acabo de recibir por el correo la orden de volverme á hacer á la mar sin detenerme más que lo indispensable.

Apresuré mi regreso por todos los medios que estaban á mi alcance considerándome feliz al creer que os iba á ver, y me marché desesperado, mas no hay otro recurso que obedecer.

*Velad por nuestro hijo y enseñadle á querer á este padre al que no verá tampoco.
¡Os ama siempre!*

JACOBO DE KERHÖET.

Presentóse al Ministro de Marina, y el Almirante la manifestó que efectivamente había elegido á Kerhoët para una misión muy delicada para la que no podía nombrar á otro, y Valentina tuvo que conformarse con esa explicación.

—No sabe nada,—dijose al principio.

El éxito era superior á sus esperanzas, y cuando volviese el Capitán, el tiempo habría sido encargado de borrar las huellas de la falta, y mientras tanto, proponíase repararla dando pruebas repetidas á su esposo de ese cariño sin límites de que estaba lleno su corazón, y porque le amaba sincera y apa-

sionadamente y ni un solo instante dejó de amarle.

El porvenir se encargará de explicarnos esta que parece extraña inverosimilitud.

El estado próspero de su fortuna permitía á Valentina asegurar la existencia de su hija, del fruto del adulterio, sin tocar en nada á la herencia del hijo legítimo, ¿qué le importaba el dinero? ¡Lo que la convenía era salvar el honor y el cariño de Jacobo!

El doctor Montel fue quien se encargó de las diligencias necesarias para arreglarlo todo, presentando la criatura conforme se había convenido, en el registro de la Alcaldía de Touque.

Con los nombres de Marta María bautizaron é inscribieron á la niña, sin que á esos nombres acompañase más apellido, y á la que tenía Teresa Godin en su poder diéronla el nombre de Rosa.

La influencia de que gozaba el Médico en la aldea y sobre el Alcalde y el encargado del registro, hizo que se hablase poco de esos nacimientos.

De la presencia de la Condesa en el castillo no se enteró nadie, y más adelante, cuando llevaron la niña, gracias á los cuidados del Médico, á una nodriza que vivía en la aldea de Fresnes, á unas dos leguas de la casa de Godin, tuvo Marta por compañera y comensal durante los diez primeros años á Rosa Godin, á la que la unió una de esas amistades, que creadas durante la infancia duran toda la vida.

Corrieron y jugaron Rosa y Marta por las mismas praderas y á la sombra de los árboles, y más adelante fueron juntas con un cestito bajo el brazo á la misma escuela en la que Rosa, como más fuerte protegía á su amiga Marta, criatura débil y delicada, de cabello rubio y sedoso y grandes ojos azules que iluminaban una carita pálida. Pres-tábanse las niñas sus libros, sus juguetes, ricos ó pobres, participaban de la misma rústica vida, respirando el mismo aire campestre, bebiendo la leche de una robusta vaca contentina, disputando alguna que otra vez, tuteándose, creciendo y calentándose al mismo sol.

Al cumplir los diez años se separaron para no volverse á ver en mucho tiempo.

Un día, por esa época, presentóse en la aldea de Fresnes una mujer elegante, la que á la legua revelaba que era doncella de una buena casa de París y que pidió que la presentasen á Marta.

Comprendiendo ésta que habia llegado la hora de la separación, se arrojó llorando en brazos de su amiga y compañera para despedirse de ella.

A los dos días entró en un triste y sombrío convento de Tours, cuyas pesadas puertas pareciéronse las de una cárcel, y allí echó de menos los días de la libertad y sus alegrías de la aldea; empero el estudio distrajola al fin de esos recuerdos, y el tiempo se encargó de borrar poco á poco el de la que fue la compañera de sus primeros años.

Teresa Godin, por su parte, llevóse á su casa á Rosa, y la inició siendo muy niña aún en las miserias que pasa el pobre que se ve obligado á ganar su pan con una ruda labor.

El capitán Kerhoët volvió á su patria muy pocas veces, viéndose obligado á permanecer en lejanos países prestando el servicio de cruceros ó mandando estaciones navales.

Cuando la casualidad le obligaba á vivir durante algunos días en el hotel Fontanet, convertido en hotel de los condes de Kerhoët, daba pruebas de exquisita cortesía para con la Condesa pero evitando siempre el intimar con ella.

Encerróse Valentina en su aislamiento, lloró á solas y no intentó destruir el muro de hielo que se habia, al parecer, elevado entre los dos esposos, y esperó una reconciliación que no llegó nunca.

En las cartas del marino revelábase una melancolía creciente é inquebrantable en su resolución, que Valentina no tardó en comprender sin que su marido hiciese ninguna alusión á las causas que le impulsaban á obrar de esa manera; no se conmovió Jacobo ni por la eterna escultural belleza de su esposa, por la que pasaban los años sin dejar huella alguna, ni por sus cartas llenas siempre de tiernas protestas.

Así pasaron veinte años, y el drama preparado por los acontecimientos que hemos narrado iba á dar principio.

VII

A eso de las diez de la mañana de uno de los últimos días del mes de Julio de 1879, estaban en completa tranquilidad los grandes Mercados, ese inmenso palacio, ese enorme vientre, templo de provisiones, gigantescos docks, en los que se almacenan los viveres que consume ese prodigioso monstruo que se llama París.

Las vendedoras descansaban de sus fatigas de primera hora de la mañana enjugándose la frente, ó charlaban de puesto á puesto, apostrofando de vez en cuando con bufonas ofertas á las raras parroquianas que se atreveían á atravesar á aquellas horas las estrechas calles de la capital de las provisiones.

—¡Eh! ¡Parroquiana! ¡Venga aquí!

—¿Qué queréis? ¿Una trucha? ¿Un barbo grande y coleando?

—¿Una langosta viva?

—¡Acercáos aquí, que nos arreglaremos!

Al principio esas voces son dulces cual sonido de flauta, más melosas que el almíbar: pero á medida que se aleja la parroquiana con desdén y contemplando con desconfiada mirada los pescados caldeados por un sol ar-

diente de verano, cuyos rayos atraviesan el techo de cristales hasta llegar al suelo por el que se deslizan mil arroyuelos de agua nada limpia, cámbianse de tono, alguna vez tórnanse amargas, y más de una parroquiana oyó á sus espaldas un burlón concierto que no tenía nada de agradable.

—¡Adiós parroquiana, otro día será!

—¿A qué vinistéis aquí? ¿A recrear la vista y dar un paseo?

—¡Os puede hacer daño, no está bueno para vos!

—¡Adiós, marquesa! ¿Queréis diez céntimos para un panecillo?

Y la siguen las risas ahogadas y dicharachos de las jóvenes mientras que las viejas con los brazos en jarras hablan de sus asuntos.

—¡Mal día nos hace hoy, señora Bocher!

—Sí, muy mal día para el pescado; lo que es hoy nos cuesta el dinero, señora Brejot,— contestóle su vecina.

Tenía razón la obesa señora Bocher; hacía un calor insoportable y el asfalto se fundía bajo los pies en los rincones expuestos al sol y por los que no circulaba el aire.

Se necesita estar dejado de la mano de Dios y de los hombres para permanecer en ese horno cuando hay por el mundo tantas y tan pintorescas playas con fina arena y refrescadas por la sana brisa del mar, ríos sombreados por olmos y sauces, bajo los que debe ser muy agradable oír el murmullo de la corriente, tendiéndose sobre la espesa hier-

ba de los bosques, ó esas casitas modestas con verdes persianas y tejados de bálago ó de teja, y edificadas en medio de agrestes campiñas.

Maldecían su destino y juraban á su manera lamentando su suerte más de un dependiente inclinado sobre el pupitre, ó una pescadera dando vueltas á sus géneros para que no se echasen á perder.

A pesar de ese calor, en la tercera fila, y á la derecha del pabellón de los pescados, hacia San Eustaquio, veíase una joven de elevada estatura y agradable aspecto, que sentada tras un tablero de piedra lleno de pescados, sonreía amablemente á todos.

Al pié del tablero hallábase una niña de unos doce años que arreglaba los cestos de mimbre llenos de cangrejos, mientras que la joven alta y sonriente, con la punta de los dedos enrojecidos por el agua helada, y con un ademán displicente y lleno de gracia, revolvía las anguilas que entrelazadas unas con otras como un manojo de oscuras cuerdas, se movían en una pila de piedra cuya tapa estaba levantada.

Encima del tablero de piedra veíanse algunos sollos al lado de menudos gobios y en otros viveros alimentados con el agua fresca de los surtidores, agitábanse gruesas carpas y rojizas tencas, esperando al cocinero que debía prepararlas con salsa marinera.

La pescadera podía pasar en realidad por idealmente hermosa.

No tenía el cabello negro, rubio ni casta-

ño, y si rojo, pero de ese rojo de que tanto aprecio hacen los pintores y tan raro y seductor en todas las épocas, que las coquetas de todos los países hacen grandes gastos y recurren á mil artificios y afeites para imitarlo.

Era tan abundante su sedosa cabellera, que se veía obligada á peinarla en trenzas que la caían sobre la nuca á pesar de sujetarla con numerosas horquillas.

Su rostro, sonrosado y de tonos vivos, era sumamente expresivo con sus labios muy rojos y un poco gruesos, la nariz ligeramente remangada, rasgados ojos negros sombreados por oscuras pestañas, sus orejas finas y bien diseñadas y su frente elevada respiraban salud, franqueza é inteligencia.

Esbelta, á la par que vigorosa, tenía anchos hombros, busto bien proporcionado, que evocaba el recuerdo de la perfecta belleza femenina, siendo lo más notable en la joven pescadera y lo que más llamaba la atención, la delicadeza de la forma de sus manos y pies, delicadeza bien fácil de apreciar, porque por esa coquetería innata en todas las mujeres, llevaba un poco corta la falda.

En lo demás, su traje era de una extremada sencillez: gastaba una pequeña cofia de tela blanca del mismo corte que las que suelen usar las doncellas de las buenas casas, que la sujetaba el moño, y un delantal tan blanco como la nieve cubría una falda de tela de lana que debía haberle costado á treinta sueldos el metro en los almacenes de

las *Fábricas de Francia*, que son los proveedores de la aristocracia del Mercado.

Tendría á la sazón unos veinte años, pero una de esas precocidades tan frecuentes en las mujeres que gozan de buena salud, hallábase en el completo desarrollo de su belleza, y no era posible creer que ésta pudiese mejorar más.

Al observarla con detención chocaba desde luego la extraña y soberana distinción de su porte, porque tenía una manera tan altiva de tocar con la punta de los dedos los pescados que sacaba del agua ó de darles la vuelta sobre el mármol del mostrador, que se había hecho célebre en el mundo de los pescaderos y cocineros, y al verla dijérase que era una altanera castellana enseñando á los aficionados una sortija rara ó una preciosa alhaja.

Su vecina más inmediata era la señora Brejot, una vendedora que sólo tenía pescados de los más caros y escogidos, y que adoraba á la joven.

—La conozco desde que tenía diez años,— solía decir afirmándolo la señora Brejot,—y jamás la vi hacer, ni la oí ninguna indignidad.

La hermosa joven llamábase Rosa Godin, pero entre la gente del Mercado nadie la llamaba ó conocía más que por la Rosa.

Entre sus conocidas ni una sola la tenía mala voluntad por su aspecto de Princesa, porque comprendían que no tenía ella la culpa, y que todas sus posturas carecían de

afectación, siendo por el contrario muy naturales.

Sucedía á veces que alguna parroquiana demasiado quisquillosa y avara discutía acaloradamente el precio de la pesca, y entonces, Rosa, lanzábala desde la altura de su grandeza una mirada tan despreciativa de lástima, que la parroquiana avergonzada escurriase entre los puestos y se alejaba sin ganas de preguntar nada más.

Siempre que estaba en su mano el hacerlo no recurría al vocabulario que empleaban sus compañeras, y sólo lo usaba en el último momento y cuando las represalias eran necesarias para defenderse de ataque demasiado violento; y entonces ¡oh! en esos casos, de aquella boca de encendidos labios, salía un diluvio de improperios é inventivas suficiente para hacer la felicidad de un escritor naturalista.

En uno de los momentos en que estaba más distraída sentada en su silla tras el tablero de mármol y tenía metidas las puntas de los dedos en el agua del depósito de piedra en que se movían las carpas, acercáronse al puesto dando voces dos individuos.

De estos, el de más edad, llevaba un terno muy holgado de un color gris que formaba muchas arrugas sobre su panzudo abdomen y cubría la cabeza con un sombrero hongo de fieltro y anchas alas.

Era un hombre como de unos cincuenta años, de color rubicundo, enorme boca, verdadera mandíbula de perro de presa, grande

de hombros, y casi tan alto como ancho, al que sus buenas carnes daban cierta apariencia de un tonel ambulante.

Su aspecto era muy jovial, y ruidosas sus carcajadas, lo que parecía indicar su condición de viejo alegre y avispado, pero examinándole más de cerca comprendíase que no era conveniente fiarse de él.

Antes de llegar al puesto de Rosa, y á unos quince pasos detúvose ante otro en un todo parecido, y en el que se vendían también pescados de agua dulce.

Era una competidora.

—¡Qué verano! ¡Es una lástima, porque no se hace ningún negocio!—dijo el recién llegado con voz sonora.

—Después de las nueve no pasa por aquí ni un gato, señor Meraud,—respondió la vendedora, mujer alta y huesosa, de rostro agradable y muy vivo llamada Clara Friloux, y á la que nadie conocía por este nombre, sino por la *Pintada*, por su voz chillona y áspera que hacía recordar la de ese ave.—Esto da pena.

—¡Bah! Hay que conformarse con todo, con los buenos como con los malos tragos,—replicó Meraud filosóficamente.—La culpa la tiene ese condenado sol que lo asa todo, pero tras un tiempo viene otro.

—Si fuese eso solo, pero las vecinas nos hacen también mucho daño,—añadió la morena dirigiendo una rencorosa mirada hacia el sitio ocupado por Rosa.

Nicolás Meraud, pues él era el interlocu-

tor de la *Pintada*, el jefe del *clan* de los Meraud, el primogénito, encogióse desdeñosamente de hombros; importábale muy poco la concurrencia, porque hacía años que había redondeado sus negocios.

—No sé lo que les pasa á los hombres con esa mujer,—siguió diciendo la *Pintada*;— todos se van hacia aquel lado, de modo que parece una procesión.

—Yo bien lo sé,—murmuró Meraud malhumorado entre dientes.

Su compañero le tiró de la manga diciéndole al oído:

—Apresúrate, que está sola.

—Cállate, ya lo veo, ¿te crees que no tengo ojos?

Entretúvose unos cuantos minutos hablando con las vecinas de la *Pintada*, tomando á peso unas langostas y cabrajos ó cangrejos de mar, y pasando el dedo por el lomo de un salmón.

—Buenos bocados tenéis, madre Grelu, ¡qué fresco está todo! ¡Qué lástima que haya necesidad de guardarlo entre hielo!

—Lleváos ese salmón, señor Nicolás.

—¿Y qué demonios queréis que haga con él? ¡Un pobre solterón como yo no come en casa!

—¡Vamos! ¡Que ya sabemos que tenéis amigas, regaládselo á una de ellas, esto nunca estorba.

—Veo á donde vais á parar; están muy malos los tiempos, madre Grelu, y esos á que os referís pasaron hace años; ahora soy

solo,—dijo Meraud, y se echó á reir con esa risa que parecía típica en él dejando al descubierto dos hileras de dientes que habrían dado envidia á un caimán.

Su compañero era un hombrecillo flacucho, enteco, de puntiaguda nariz y estrecha cara, cabello grisiento y escaso. Vestía un traje marrón y llevaba un delantal de tela azul muy ordinaria recogido bajo el brazo.

Llamábase este último Luis Meraud y vendía salazones en la calle de Montorgueil y el gordo era el antiguo corredor de pescado, amigo de los Godin y amo que fue de Teresa.

—Ven, pues, y acabemos, porque estás perdiendo el tiempo en bagatelas,—repitió Luis.

Y le arrastró hacia el puesto de la hermosa pescadera que les vió acercarse con soberbia é indiferencia.

Siguieron muy despacio su camino saludando á todos con signos más ó menos afectuosos considerándose en su casa porque el Mercado constituía una parte de sus dominios.

Al llegar delante de las cestas de cangrejos se pararon, y el más delgado acarició la barbilla de la niña que las abría, sacando de cada una los mejores que iba echando en otra preparada al efecto.

—Buenos días, Anita,—dijo.

—Buenos días, señor Luis,—contestó la niña.

—Este gusanillo va teniendo figura y no

va á ser del todo feo, pero por mucho que crezcas, muchacha, no llegarás nunca á descalzar á tu madre.

Púsose muy seria la pobre criatura y ocultó la cara en un cesto vacío.

Su madre había sido una infeliz mujer, á la que abandonó su marido hacia seis años y que murió en el barrio de miseria y de pena.

Cuando esto sucedió era vecina de Teresa Godin viviendo en el mismo corredor que ella, que se hizo cargo de la niña llevándola al lado de su hijo y diciendo:

—Hará lo que nosotras, aprenderá á trabajar y á ganarse el pan.

Mientras tanto que Luis acariciaba á Anita, entreteníase Meraud primogénito en examinarlo todo, contando los sollos, curioseando los cestos en que estaban los cangrejos y enterándose de lo que había en las pilas de las anguilas.

—¿Y tu madre dónde está?—preguntó de pronto dirigiéndose á la impasible joven.

—No ha bajado.

—¿Por qué?

—No se encuentra muy bien.

—Se cuida poco y no la conviene. Supongo que no será cosa de gravedad.

—Así lo espero.

—Debe estar ya cansada porque el trabajo es pesado.

—Bastante.

—¿Y de dinero cómo andamos? Porque la cosa parece que no produce mucho.

—No mucho.

—¿Sabes que tienes una gran virtud?

—¿Cuál?

—La de no ser habladora.

—Hay días.

—Vamos á ver, Rosa, si podemos hablar, — dijo Nicolás Meraud echándose de bruces al lado de los montoncitos de gubios ó pececillos de río. — ¿No habría medic de que nos entendiésemos? Hace un momento que la *Pintada* me lo dijo: esto se pone cada día peor, y tu madre se separó de mí para hacerme la competencia, lo cual es una tontería, cuando nos sería muy fácil ayudarnos unos á otros, ¿qué se necesita para conseguirlo? Nada más que un poco de buena voluntad. No sé por qué Teresa no me mira con buenos ojos y hace mal, porque yo no hice nunca daño á nadie, y si ahora te lo digo es por vuestro interés. Lo que es por mi parte puedo asegurarte que á mi nadie me tiene lástima, sino envidia, y me burlo del dinero, porque tengo más del que necesito; el estómago es sólido y mira como suena el cofre, — y se dió un fuerte golpe en el torax. — Estoy solo, no cuento para nada con mis primos y primas, que tienen ya bien forrado el riñón y no han menester mis zapatos para ir de paseo. Ahí tienes, sin ir más lejos, á Luis, que no se dejaría ahorcar por doscientos mil francos, y no porque quiera saber tus secretos, que no te pregunto, pero sé que no sois millonarias.

—Algo hay de eso.

—Pero ahora que ya eres crecridita y que sabes el oficio no habría ningún inconveniente en hacerte un buen lote.

—¿Y cómo?

—Lo veríamos, se buscaría; precisamente no son los medios lo que falta. Con el dinero se va á todas partes, hija mía, y por la mía no deseo otra cosa si...

—¿Sí, qué?

Contrajo la boca de cierta manera, guiñó los ojos mirándola de arriba abajo haciendo una mueca por demás expresiva.

No bajó Rosa la cabeza ni se ruborizó, limitándose á decir con acento reposado:

—No os comprendo, explicáos.

—Pues es muy sencillo, — contestó Meraud.

No debía ser, sin embargo, tan fácil de explicar como aseguraba, porque antes de hacerlo tosió ruidosamente dos ó tres veces del mismo modo que si tuviese algún gran estorbo en la garganta.

Se inclinó y para ganar tiempo cogió un cangrejo que Anita había sacado de uno de los cestos y exclamó:

—¡Oh! ¡Qué alhaja, Dios, qué hermoso!

—¿Y es eso todo lo que teniais que decirme? — preguntóle Rosa con acento frío.

Tosió otra vez Meraud y contestó:

—Allá voy.

VIII

Atravesando por toda la pescadería y siguiendo el mismo camino que los dos Meraud habían recorrido poco antes, acercábase un mozo de cordel con chaqueta de pana de algodón muy deslucida y remendada, en cuyo costado ostentaba la medalla del oficio, dirigiendo de vez en cuando á los dos primeros oblicuas miradas en las que se revelaba rencorosa desconfianza.

Al verle en aquella actitud, habríase dicho que los acechaba y que le impacientaba su insistencia en permanecer al lado del puesto de la joven.

Una de las veces se detuvo al pie del puesto de la pescadera, á la que Nicolás Meraud había llamado la *Pintada*.

—¡Eh! ¿Qué os parece, señora Clara? ¿No veis á vuestro amo cómo ronda á la señorita Rosa?

—¡Sí! ¡A la Rosa! ¡A la única!— respondió con destemplado acento la *Pintada*.—¡Y no es él solo, sino que son varios, á docenas!

—Perderá el tiempo.

—¡Bah! ¡Quién sabe! ¡Habría que verlo

para creerlo! — dijo entre dientes la pescadera.

Alejóse el mozo de cordel gruñendo y entre sus amenazas casi ininteligibles oíanse frases sin terminar:

—Le romperé una pierna... le daré un pie de paliza... se acordará toda su vida... granuja... que no se relama...

Si de las personas que hace veinte años frecuentaban la casa de Godin el pescadero, hubiese habido alguna en el Mercado no dejara de llamarle la atención el extremado parecido del mozo de cordel con aquel criado desgarbadote, y con pelo de color de zanahoria, que servía de mozo de cuadra al pescadero, y respondía por el nombre de Hipólito.

Era efectivamente éste, en el que apenas habían impreso su huella los años pasados, y que continuaba siendo tan desgarbado y descolorido como antes.

El mozo de cuerda se acercó á la señora Brejót.

—¿No tenéis nada que hacer, Juana?—la preguntó.

—Nada.

—Las ventas se echan á perder.

—Lo que se echa á perder es el género.

—¿Produce poco?

—Sí, por desgracia.

—Ayer, en todo el día, no gané más que treinta y cinco sueldos.

—Poco es, ¿y hoy?

—Aún no me he estrenado,—respondió.

Dió éste una vuelta por los alrededores, y con un bien calculado movimiento se acercó á Rosa en el momento en que los Meraud se separaban de ella.

Llegó á tiempo para oír á Nicolás que la decía.

—Pensadlo bien, hermosa.

—Lo pensaré.

—Es una fortuna lo que os propongo.

—No digo que no lo sea.

—Expresiones á vuestra madre.

—Se las daré.

Dirigióla Nicolás Meraud una mirada equívoca y dió media vuelta sobre sus talones.

—¿Qué es lo que os estaba contando ese viejo granuja, señorita Rosa?— preguntó el mozo de cordel.

—¿Acaso lo sé yo misma?— contestó la joven.—¿Creéis que hago caso de sus historias? Cada día me aburren más.

—Pero, ¿qué dice?

—Me ofrece una habitación en su casa de la calle de Rambuteau para mi madre y para mí, porque dice que no estamos bien en donde vivimos.

—¡Ah!

—Me habla, además, de la conveniencia de facilitarme dinero para ir al Mercado á las pujas y de que nos conviniésemos con esa.

—¿Con la *Pintada*?

—Con la misma, y la verdad es que no se gana nada con la guerra que nos hace desde algún tiempo acá ese tío. Si nos arreglába-

mos habría ganancias y las repartiríamos.

—¿Y es eso todo lo que os decía?

—Ni más ni menos.

—¿Qué tío! Creo que va siendo hora de que tenga una conversación con él,— murmuró Hipólito.

Cambiando de asunto preguntó:

—¿Os marcháis al fin esta noche, señorita Rosa?

—Sí.

—Si vieseis qué cambiado está todo allá abajo... La casa no la conoce nadie, y desde que se murió vuestra pobre abuela aquello se fue á la desbandada. El abuelo Godin se dió de tal modo á la bebida, que si antes bebía como uno, ahora lo hace como diez con el pretexto de consolarse, según me dijo un día; pero yo creo que es porque cada vez le gusta más emborracharse. ¡Qué desgracia más grande que se haya muerto vuestra abuela! ¡Y qué pronto! ¡Si aun me parece que la estoy viendo!

—¡Si, Hipólito, fue una desgracia, nos quería tanto la pobre!

—De esto hace ya ocho años, y cualquiera diría que fue ayer; me acuerdo como si lo estuviese viendo. Volviamos del Mercado de Lísieux y á pesar de que no habíamos hecho mucho negocio, estaba alegre y satisfecha, y de pronto, al bajar de la carreta, al pie de una cuesta, pues vuestra abuela estaba aún muy ágil, se llevó las manos al pecho diciéndome que se ponía muy mala. Casi puedo decir que no me dió tiempo de

volver la cabeza cuando ví que había muerto; no dijo ni ¡ay! Os aseguro que nunca, ni en la guerra presencié una muerte más rápida. El doctor Montel me dijo que eso era un nombre muy raro...

—Sí, un aneurisma.

—Eso mismo. Adiós comercio: con la muerte de la señora Francisca concluyó todo, y el padre Godin, que pasaba todo el día regañándola, no levanta cabeza desde entonces. De modo que será por esa causa por lo que vais á verle.

—Es mi madre quien me envía.

—Lo que me sorprendió mucho es que al morir vuestra abuela no se haya encontrado ningún dinero, lo que parece imposible tratándose de una mujer tan ahorradora y arreglada, ¿qué habra hecho del dinero? Durante algunos años se ganó mucho, y un poco de dinero no os habria venido mal ahora para vuestro comercio; pero no se encontró ni un céntimo en ninguna parte, si bien es cierto que quedó la hacienda. El abuelo hubiera obrado muy cuerdamente llevándoos á su lado para vivir como buenos campesinos en su casa.

—¿Y qué quiere que le hagamos si según dicen no le gusta?— replicó Rosa con resignación.

—Siempre fue muy cabezudo, amigo de salirse con la suya, y á cada momento ocurriáansele muy malas ideas, y ahora debe pensarle porque fue muy injusto con la pobre difunta. Creo que si bebe tanto es para atur-

dirse. ¡Ah! ¿No sabéis que vais á tener al lado un soberbio castillo?

—¿Qué castillo?

—Morville. Dicen que es magnifico y que se han gastado allí tanto dinero como en una iglesia, siendo hoy la maravilla del país. El vaquero Bouvent me lo contó la última vez que estuvo en Paris á traer ganado; *hijo mío*, me dijo, *jamás tendrás tú una casa como esa para alojarte!*

—¿Y el Almirante ha ido ya?

—Aún no pareció por allí.

—¿Qué extraño!— observó Rosa.— ¡Un marido y una mujer que viven cada uno por su lado.

—¡Oh!— replicó Hipólito con acento propio de un hombre convencido de lo que dice.— Para mí es indudable que existe algún misterio.

Una señora seguida de su criada se acercó al puesto.

—¿A cuánto están las anguilas?

—Según sean, señora.

—Esta,— dijo la compradora señalando una con el dedo.

—Cuatro francos.

—Cincuenta sueldos.

—No puedo darla por ese precio.

—Ahí al lado me la daban.

—Sería más pequeña que esta, no la habéis visto bien, señora,— dijo la joven.

Y metiendo la mano en el agua sacó con mucha ligereza la anguila, que se enroscó al dejarla encima del mármol.

—Ya lo veis,—dijo,—dentro del agua parecen más pequeñas.

—Doy cinco más.

—Imposible, señora, ofreced siquiera quince sueldos.

La compradora no sabía qué hacer y Rosa observó que Clara la *Pintada*, la revendedora de Meraud, estaba acechando á que se despidiese á la parroquiana para llamarla, y en el momento de que ésta última, seguida de su criada se alejaba, la llamó:

—¡Eh! ¡Lleváosla, señora, os la doy por lo que me cuesta! No gano nada.

Abrió la criada la cesta, echó Rosa la anguila, pagó la señora y se alejaron.

—Lo que es así pronto comprarás una cama en el hospital, pimpollo,—chilló la *Pintada* con su voz de carraca.

Hizo Rosa como que no la oía, y guardándose el dinero en el bolsillo siguió su conversación.

—¿No queréis que os lleve algo esta noche á la estación?—preguntó el mozo de cordel.

—Gracias, Hipólito; no llevo más que un saco de noche que pesa poco, y además, tomaré el ómnibus.

—No lo hagáis por temor de molestarme porque me daríais un disgusto muy grande.

—Sí, ya sé que nos queréis mucho, y que somos antiguos amigos.

—Saludad de mi parte al señor Godin, por más que no lo merezca mucho, por lo mal que se porta con vosotras.

—¿Y qué queréis que yo le haga? Es el amo,—respondió la joven.

—Si tenéis necesidad de alguien ó vuestra madre quiere alguna cosa, ya sabéis donde estoy.

—Sí, gracias.

—De noche como de día.

La Brejot, una vendedora muy rica y vecina de los Godin hizo una señal al mozo de cordel para llamarle.

—Adiós,—le dijo Rosa dándole un apretón de manos,—y si no os veo antes, hasta la vuelta.

—Adiós, señorita Rosa.

—¡Qué buen corazón tiene!—se dijo ésta.

Quedóse muy pensativa y durante un cuarto de hora apenas se fijó en los entrantes y salientes, mientras que Anita vendía cestillos de cangrejos y peces de río á algunas señoras.

De pronto una voz muy conocida la distrajo de sus cavilaciones, y se irguió bruscamente como quien despierta.

—¡Buenos días, hermosa entre las hermosas!—dijo á su lado una voz varonil.

Inclinó Rosa la cabeza sobre el hombro derecho volviéndose á medias, y una sonrisa de alegría iluminó su rostro momentos antes tan cejijunto.

—¡Ah! ¿Sois vos, Pedro?

—Sí, yo soy.

—¿Cómo es que estáis aquí á estas horas?

—Voy á explicároslo. El principal me mandó al registro para poner en claro una

dificultad, é hice un rodeo para saludar á mi madre, y también para...

Callóse durante un momento como si vacilase no sabiendo qué decir.

—¿Para?—interrogó maliciosamente Rosa.

—Para saludar á otra personita mucho más joven, á la que hace mucho tiempo no había tenido el gusto de ver.

—¡Bah! Entonces esa persona no soy yo, porque á mí hace dos días que me visteis.

—Sí, es verdad, el domingo en Nanterre ¡qué buen día y qué agradable! Tanto que me parece que desde entonces pasó un siglo.

—¡Oh! ¡No digáis tonterías!

—Puedo aseguraros que no son tonterías, señorita Rosa, y juraros por lo más serio que es verdad.

—¿Qué es esto entonces?

—¡Una declaración!

Era el recién llegado un joven de rostro redondo y lleno que rebosaba salud, completamente afeitado, de tez sonrosada y fresca cual la manzana verde en el árbol, y el pelo castaño muy corto.

En su conjunto tenía tal vez bastante vulgaridad faltando la distinción, pero en cambio cuantos le trataban comprendían á primera vista que tenían que habérselas con un hombre honrado á carta cabal y de carácter recto y leal.

Vestía con sencillez no exenta de elegancia y bajo el brazo llevaba unos cuantos fajos de papeles metidos en un cartapacio de tela negra.

No era aún un Notario, pero sí un aspirante á este cargo, llamábase Pedro Ragueneil, y tenía á su madre, rica hostelera de Argenteuil, en el Mercado, y trabajaba en concepto de segundo pasante en casa del Notario señor Durand de la calle Royale.

—¿Es verdad lo que me dijo mi madre?—preguntó Pedro.

—¿El qué?

—Que nos abandonáis.

—Sí, es cierto.

—¿Por mucho tiempo?

—Creo que por ocho ó diez días, tal vez algunos más.

—¡Una eternidad!

—No pongáis esa cara tan triste, que si os ven se van á burlar de vos.

—¡Qué triste voy á estar mientras estéis fuera!

—¡Qué locura!

—Voy á criar mala sangre.

—¡No exageréis tanto, señor Pedro!

—¡Como si lo viese vais á echaros un novio en Normandía!

—¿Y qué más os da?

—¡Es que me moriría de desesperación!

Sostenía esta conversación el pasante de Notario en alta voz, riendo y sin disimular lo más mínimo, como una persona que está de broma y no toma en serio lo que dice, pero á haberle observado de cerca y con detención comprendiérase, viendo su rostro encendido y cierta opresión fácil de adivinar, que no estaba tan á gusto al lado de la

hermosa pescadera, como quería aparentar.

Aparte de todo, ese joven, muy serio é instruido, y muy acostumbrado á la vida parisiense, era bastante tímido en el fondo.

Lo que sí era cierto es que deseaba declararse á la joven desde el día, hacia de esto bastante tiempo, en que la vió en casa de una tía suya, otra hortelana de Nanterre, amiga de la familia Godin, diciéndola que la amaba como un loco y que su única ambición era la de casarse con ella.

No se atrevía, empero, á hacerlo, primero por timidez y después por otra razón muy poderosa.

De Pedro Ragueneil no podía decirse que hubiese dado nunca un disgusto á su madre, ni tampoco que tuviese una inteligencia muy viva, pues generalmente los pasantes de Notario de París son más listos, despiertos é ingeniosos de lo que lo era él, y no es raro encontrar entre la grave clase notarial algún escritor de talento, y hasta un alegre sainetero.

En cambio Pedro Ragueneil poseía una gran dosis de sentido práctico y de esa astucia que no tiene igual, del aldeano, y con ambas condiciones, si el que las posee no hace milagros, se detiene al menos en la resbaladiza pendiente de las locuras.

Tan laborioso y aplicado como su padre, aunque en otro terreno y usando de la pluma con tanta asiduidad como aquel de su pala y de su laya, hizo estudios más sólidos que brillantes.

En Argenteuil poseían los Ragueneil una huerta muy bien cultivada de seis ó siete fanegas (1), y la viuda continuaba explotándola con la ayuda de sus antiguos jornaleros y llevando ella misma todos los días sus productos al Mercado.

Era una hormiga muy ahorradora y activa; pero una hormiga de gran volumen, gruesa, ancha de hombros y tan sólida sobre sus bases como una catedral sobre sus pilares.

Todos los años separaba á un lado una cantidad de importancia, producto de la venta de sus espárragos, alcachofas y zanahorias, diciendo con orgullo:

—Esto es para comprar una Notaria para mi hijo.

Por la noche metíase en su nicho, porque mal podíase llamar ni siquiera carricoche, el informe carromato que un penco bolonés arrastraba por calles y carreteras, y dirigíase al Mercado para llegar á la venta de la madrugada y primeras horas de la mañana, permaneciendo allí hasta medio día.

Con su corpulenta persona llenaba un pabellón destinado á sus legumbres y verduras, y allí arreglaba las cuentas con su parroquia, que era la mejor de París, y en la que figuraban los mayordomos de las mejores casas y los cocineros de los restaurants de más fama á los que vendía sus productos más escogidos.

(1) El *arpent* ó fanega francesa equivale aproximadamente á media de Toledo.

Terminada esa parte de la tarea regresaba á Argenteuil, haciendo sonar en las profundidades de sus bolsillos las monedas de plata ó de oro, ¡y siempre la misma vida!

Su hijo solía decirla con mucha frecuencia:

—Creo que ya es hora de que descanses.

Y la señora Brejot respondiale con su voz hombruna enronquecida por las nieblas y las heladas:

—¿Y en qué emplearía entonces el tiempo? ¡Déjame en paz! ¿Por ventura descansó algún día mi difunto? ¿No sabes que es muy bueno el ahorrar el dinero cuando se puede ganar honradamente?

El orgullo de la corpulenta señora Brejot estribábase en su honradez, pero ¡diantre! era tan severa y tan ruda consigo como con los demás.

Ese dinero al que dirigía amorosas miradas y que no bajaba de doscientos mil francos, sin contar lo que valían la casa y la huerta de Argenteuil, habíase ido reuniendo poco á poco, sueldo á sueldo, franco á franco, ganados leal y honradamente á fuerza de puños, con el sudor de la frente del padre muerto trabajando el último día tanto como el primero cuando no tenía nada.

Por esa razón decía la buena señora Brejot que podía presentarse con la cabeza muy alta en todas partes sin que tuviese que reprocharse ni una mala acción.

Este mismo orgullo contribuía á que su hijo no las tuviese todas consigo al pensar en la discusión que se instruiría el día

en que se tratase con esa inmaculada matrona el negocio de sus amores, porque eran bastantes las objeciones que se le podían hacer, entre ellas lo referente al nacimiento de Rosa, cuyo padre nadie conocía.

El enamorado joven estremeciase de antemano al pensarlo, ¡qué sermón le esperaba, Dios santo! ¡Y que tenía que prepararse!

Las otras hortelanas coloradotas y frescas bajo sus pañuelos de Madrás, que concurrían al Mercado, tenían envidia á la buena mujer cuando Pedro se presentaba allí con su sobretodo ó levita de buen corte, su ropa blanca bien planchada y su cartapacio bajo el brazo como un hombre de negocios muy atareado que daba un rodeo para pasar por el barrio.

En los días en que eso sucedía llegaba Pedro, y se colgaba del cuello de su madre lo mismo que cuando era un niño, besándola ruidosamente en las rubicundas mejillas, preguntándola cómo estaba, y qué tal iban las ventas, y la huerta y los trabajadores de Argenteuil.

—Tenéis un buen hijo, señora Raguenel,—decían las vendedoras que ocupaban los puestos inmediatos.

—Sí,—respondía la señora Brejot pavoneándose,—es de buena pasta y con el tiempo será Notario.

Vivía Pedro en un cuarto casi vecino de las tejas, pero muy cómodo y que tenía chimenea para calentarse en invierno y muebles muy limpios.

Era un muchacho muy ordenado y metódico, de buen carácter que, á pesar de su excesiva modestia, había tenido algunas aventuras, porque en las Notarías se presentan alguna que otra vez ocasiones, y el diablo no sería tan maligno como murmura la gente si no inspirase á los pasantes la idea de aprovecharse de ellas, y por otra parte Pedro Ragueneel no tenía el cuerpo de madera sino de carne y hueso.

No obstante, desde el día en que en Nanterre, en casa de su tía, en un alegre domingo de otoño, le colocaron en la mesa á la derecha de Rosa, todas las mujeres perdieron para él sus encantos.

En la época en que esto sucedía, Pedro Ragueneel contaba veinticuatro años, y Rosa diez y nueve, y á Pedro llamóle esta última la atención, por más que estaba acostumbrado á ver desfilar en casa de su principal las clientes más aristocráticas, el aire por todo extremo distinguido de la joven, la sencillez de sus modales, su gracia y el valor con que aceptaba una situación que no parecía hecha para ella.

Por la noche regresaron juntos á París y Pedro pidió permiso á madre é hija para acompañarlas, y no se separó de ellas hasta llegar á la calle de Mondetour, que era donde vivían.

Comprendió Rosa perfectamente que las visitas de Pedro, sus constantes rodeos por el Mercado y que las delicadas atenciones que tenía para con su madre y con ella, unas

veces llevándola un libro nuevo, un ramito de violetas, una rosa, ú otras, billetes para el teatro, tenían un objeto determinado: el de conquistarla. Y á Rosa la agradaba muchísimo ver el amistoso respeto con que la trataba siempre y que no olvidaba jamás, siendo indudable que no habría saludado con más deferencia á una Duquesa en el despacho de su principal.

—Debais ir pensando en casaros.

—Espero,—dijo Pedro balbuceando.

—¿A qué?

—¿A tener una buena posición para podersele ofrecer á mi futura! ¡cuando sea Notario!

—En ese caso necesitáis una dote para pagar la Notaría.

—Ya sé donde encontrarla; pero lo que me falta es la Notaría.

—¿Y la mujer?

—No me costará mucho trabajo el encontrarla,—respondió Pedro subrayando las palabras con una significativa mirada.

En la mañana á que nos referimos miróla Pedro mucho tiempo del mismo modo que si le costase trabajo separarse de Rosa.

—No sé por qué,—dijo,—me impresiona tanto el saber que vamos á separarnos ¡una semana!

—¿Y más!—respondíale Rosa con maliciosa sonrisa, y tendiéndole la mano fresca como la de una bañista al salir del agua.—No perdáis el tiempo, dadme un buen apretón de manos, pronto. ¡Ah! ¡No tanto!

—¡Y pensar que es por mucho tiempo!— replicó Pedro suspirando.

—En Paris no os faltarán distracciones.

Quiso Pedro echarse á reir como de costumbre, pero no pudo conseguirlo, porque tenía oprimido el corazón.

—¿Qué! ¿Os figuráis que va á descarrilar el tren?—preguntóle Rosa.—¡Bah! ¡Pronto os consolaréis!

—¡No! ¡No!

—¿Queréis marcharos ó no?—dijo Rosa haciendo un gesto encantador.

—Obedezco en seguida.

Dió una palmadita en la mejilla á Anita, que hablaba con tanta formalidad como si fuese una mujer hecha y derecha, con un carnicero. Era éste un mocetón que tenía la estatura de un tambor mayor.

Al pasar por delante de la revendedora de Meraud, que era paisana suya, saludóla el pasante deteniéndose un segundo.

—¡Adiós, Clara!—la dijo.

Marchóse con pena dirigiendo una prolongada mirada hacia atrás.

—Con seguridad que conmigo no se entretendría charlando un par de horas,—se dijo.

—Es el hijo de la madre Ragueneil, que con el tiempo tendrá mucho dinero y será todo un caballero. No conviene que deis oídos á esos pajarracos, señorita Rosa. Dicen que es un buen muchacho, pero os juro que si supiese que tenía malas intenciones, le aplastaba como si fuese una chuleta. ¿Queréis que os diga lo que debéis hacer?—preguntó.

—¿El qué?

—Casaros conmigo.

—¿De veras?

—Como lo digo lo siento,—replicó el carnicero.—¡A fe de normando os aseguro que tendríais un marido sólido y que os querría mucho! ¡Ya me lancé! Hace mucho tiempo que pensaba deciroslo, y ahora lo solté cuando menos lo pensaba. Tengo algunos ahorros, señorita Rosa, y allá abajo en el país, en el valle de Auge, al lado de donde nacisteis, mis padres tienen alguna hacienda que les produce bastante.

Al decir esto permanecía en pie delante del puesto, apoyando las manos en el mármol, y con su cuchilla sujeta al costado, como un puñal en la vaina, pero su delantal le desfiguraba un poco y quitaba elegancia al cuadro, y Vicente Ladurin le comprendió en seguida.

—Sé perfectamente,—dijo,—que una muchacha joven prefiere á un caballero, á un hombre que sepa manejar la pluma, pero esto es una tontería, porque la carnicería produce mucho cuando se sabe bien el oficio. Pensadlo bien, y después contestadme.

—Soy muy pobre, señor Ladurin, no peso ni un céntimo.

Echóse á reir Vicente de una manera franca, y alargando la mano señaló el rostro resplandeciente de salud de Rosa.

—¿Y esa carita de ángel, no vale más que todos los dotes del mundo? ¡Ah! ¡Si fuese millonario, señorita Rosa! No hay que pen-

sar en esto y sí en lo otro que os dije antes, para eso os lo manifesté. Lo que si os aseguro es que, tanto si la cosa os agrada como si no, podéis contar siempre con un amigo, y que es así bien lo sabe Hipólito, que es tan fiel como un perro, y á mi me sucede lo mismo. Sea como quiera, al fin y al cabo somos de la misma tierra, porque desde la Valle á Touque no es tan grande la distancia, y esto ya es algo.

Rosa se quedó pensativa, y sin saber qué responder, estando, además, muy conmovida.

—Me marchó á Normandía,—respondió pasado un momento,—y cuando vuelva podremos hablar con más calma. Creed, Vicente, que os agradezco con toda mi alma el interés que os tomáis por mí. ¿Qué estáis buscando ahí?

—Quisiera un ciento de cangrejos de los mejores.

—¿Para vos?...

—No os burléis, son para mi madre, á la que la gustan mucho, y es el mejor regalo que se le puede hacer. Quiero darla esa sorpresa, y mañana, por la mañana, los recibirá.

Con el dedo señaló Rosa uno de los cestos de Anita.

—Dale de esos,—dijo.

—¿Cuánto valen?—preguntó el carnicero.

—Para vos siete francos.

Pagó, cogió el cesto, saludó con la mano y se alejó.

A las tres se presentó Teresa para reemplazar á su hija.

Teresa debía haber sido muy linda; pero en su rostro se veían las huellas de los años y de los pesares, habiendo perdido su frescura, su cabello empezaba á encanecer por las sienes y su sangre habíase vuelto incolora.

—Tú si que debías irte á Touque, madre,—dijo Rosa;—aquellos aires te probarían mucho.

—No, ya sabes que no me quiere.

Referíase Teresa á su padre el anciano Godin.

—Pues bien, madre, consuélate tú, que iré por los dos,—añadió Rosa.

—¿Y la venta, cómo va?—preguntó Teresa.

Rosa meneó la cabeza, y las dos mujeres cambiaron una mirada de pena.

—Márchate; apenas tienes tiempo de qué disponer, ¿lo tienes todo arreglado?

—Sí.

—Dame un abrazo.

Hízolo así Rosa pasándola los brazos alrededor del cuello, y apoyó los labios en su frente. En el momento en que disponíase á marchar, dijo Rosa en voz baja:

—Meraud ha vuelto.

Estremeciése su madre.

—¿Qué es lo que quiere?—preguntó con mucha viveza.

—Nada; proporciones al aire. Cuando vuelva te lo contaré todo. Si necesitas algo

ahí queda Hipólito, no te apures y también puedes contar con Ladurin.

Dos horas después de ocurrir todo esto apeábase del ómnibus en la estación de Saint-Lazare y tomaba un billete de tercera para Trouville.



Conforme á lo que dijera Hipólito á Rosa Godin el día que ésta marchó á Trouville, los dominios de Morville estaban desconocidos. Quedaba el castillo que habian restaurado y conservado con todos los miramientos debidos á esa tan curiosa reliquia, y á su lado elevábase un suntuoso palacio, lo que hacía que el castillo quedase reducido al estado de un pequeño pabellón. Durante los veinte años transcurridos, la fortuna de los Kerhoët, ó mejor dicho la de Valentina Fontanet, habia aumentado de una manera considerable y dirigido todo por el Notario señor Durand, el mismo en cuyo Estudio estaba empleado como pasante Pedro Ragueneil, y gracias á la inteligencia y probidad del guía, llegó ese caudal á alcanzar una cifra mayor de la que indicamos al principio.

En 1878 poseía la Condesa más de cien mil francos de renta sin contar el castillo de

Morville y las grandes praderas convertidas en un precioso parque admirablemente trazado que no producian nada.

Jorge de Kerhoët, hijo único, era uno de los mejores partidos, y la elevada posición de su padre, á la sazón Vicealmirante, lo mismo que la cuantiosa fortuna de su madre, permitianle aspirar á la mano de las más nobles y opulentas herederas.

A los pocos días de emprender Rosa Godin su viaje, el calor expulsó de los boulevares á todos los que podian disponer de un poco de libertad en el fondo de su portamonedas, para pedir aire y frescura á las brisas del mar, ó á los ventisqueros de Suiza y de los Pirineos.

Trouville estaba lleno de gente, Villers, Beuzeval, Houlgate y Cabourg, parecían inmensos hormigueros. En las casas habia más gente de la que podian contener, y en los hoteles no se encontraba ni un solo cuarto desocupado.

En la carretera numerosos coches de todas clases levantaban nubes de polvo. Uno de esos coches salió á las dos de una elegante villa de Deauville, dirigiéndose hacia el camino de Pont-le-Evêque, arrastrado al trote por dos jaquitas de sangre que recorrían rápidamente la distancia.

Una señora que frisaba en los cuarenta y cinco años, dirigía con nerviosa mano el coche, y en cuya trasera veíase un lacayo con lujosa librea marrón con botones dorados, en los que se destacaba una corona ducal.

ahí queda Hipólito, no te apures y también puedes contar con Ladurin.

Dos horas después de ocurrir todo esto apeábase del ómnibus en la estación de Saint-Lazare y tomaba un billete de tercera para Trouville.



Conforme á lo que dijera Hipólito á Rosa Godin el día que ésta marchó á Trouville, los dominios de Morville estaban desconocidos. Quedaba el castillo que habian restaurado y conservado con todos los miramientos debidos á esa tan curiosa reliquia, y á su lado elevábase un suntuoso palacio, lo que hacía que el castillo quedase reducido al estado de un pequeño pabellón. Durante los veinte años transcurridos, la fortuna de los Kerhoët, ó mejor dicho la de Valentina Fontanet, habia aumentado de una manera considerable y dirigido todo por el Notario señor Durand, el mismo en cuyo Estudio estaba empleado como pasante Pedro Ragueneil, y gracias á la inteligencia y probidad del guía, llegó ese caudal á alcanzar una cifra mayor de la que indicamos al principio.

En 1878 poseía la Condesa más de cien mil francos de renta sin contar el castillo de

Morville y las grandes praderas convertidas en un precioso parque admirablemente trazado que no producian nada.

Jorge de Kerhoët, hijo único, era uno de los mejores partidos, y la elevada posición de su padre, á la sazón Vicealmirante, lo mismo que la cuantiosa fortuna de su madre, permitianle aspirar á la mano de las más nobles y opulentas herederas.

A los pocos días de emprender Rosa Godin su viaje, el calor expulsó de los boulevares á todos los que podian disponer de un poco de libertad en el fondo de su portamonedas, para pedir aire y frescura á las brisas del mar, ó á los ventisqueros de Suiza y de los Pirineos.

Trouville estaba lleno de gente, Villers, Beuzeval, Houlgate y Cabourg, parecían inmensos hormigueros. En las casas habia más gente de la que podian contener, y en los hoteles no se encontraba ni un solo cuarto desocupado.

En la carretera numerosos coches de todas clases levantaban nubes de polvo. Uno de esos coches salió á las dos de una elegante villa de Deauville, dirigiéndose hacia el camino de Pont-le-Evêque, arrastrado al trote por dos jaquitas de sangre que recorrían rápidamente la distancia.

Una señora que frisaba en los cuarenta y cinco años, dirigía con nerviosa mano el coche, y en cuya trasera veíase un lacayo con lujosa librea marrón con botones dorados, en los que se destacaba una corona ducal.

La dueña del coche no debía haber sido muy hermosa, pero en sus ojos grises brillaba una mirada inteligente y viva. Sus cabellos estaban casi blancos, conociéndose que habían encanecido demasiado de prisa y servían de remate á un rostro poco correcto como boceto de escultor muy apresurado, mas en él traslucíase la franqueza y una bondad brusca y ruda.

Luisa Escoubère, hija de un tratante en granos de Marsella, prima de los Fontanet, compañera de colegio de Valentina, que tenía algunos años menos que su protectora en el convento, se trataba con mucha intimidad con la condesa de Kerhoët, y en su casa conoció al duque de Rouévres, con el que casó antes de cumplir los veintinueve años.

En esa época estaba el Duque complementemente arruinado y se consideró muy dichoso al poder restaurar sus deslucidos blasones con los millones del tratante de trigos provenzales.

El Duque, que había sido presentado á Valentina por una de sus amigas, hizo en los salones de la Condesa la corte á Luisa Escoubère con una galantería tan refinada que la joven se dejó engañar, aparte de que no se hacía ninguna ilusión, porque creía á su espejo, cuando éste contestaba á sus interrogatorios, diciéndola que no era bonita y que lo que buscaban eran sus millones y no su persona.

Deslumbróla el título de Duque, y al se-

ñor de Rouévres, que era muy apuesto y seductor, y que además ostentaba un noble apellido había inspirado más de una pasión, y no le costó gran trabajo hacerse querer de la huérfana que se acercaba á la edad madura. Si Luisa se hubiese tomado la molestia de enterarse antes, averiguara cosas muy curiosas, entre ellas, que su Duque estaba enlazado por parentesco con las familias más nobles, formaba parte de una reunión de calaveras que no respetaba nada, por sagrado que fuese, siendo su único objeto entregarse por completo al placer bajo cualquier forma que se presentase.

Tuvo, sin embargo, la suerte de que su Notario, obrando con mucha previsión, la salvó de una ruina segura haciendo que el contrato se estipulase bajo unas condiciones que dejaban á Luisa la administración de su fortuna. Poco tiempo tardó en comprender que se había engañado, y que el Duque se casó con su fortuna, y que no hacía caso de su persona, y por parte de su esposo sólo recibió alguna que otra, y muy escasa satisfacción, lo que en el fondo no la sorprendió, porque Luisa era de esas mujeres que saben hacerse justicia.

Pasó algunos años antes de que consiguiese poner en orden los embrollados negocios del Duque, realizó grandes economías, consiguió que desapareciese el déficit, y cuando lo hubo logrado, habló de la siguiente manera al noble disipador:

—He pagado, amigo, todas vuestras deudas,

y os quedan unos treinta mil francos de renta, y de ellos podéis disponer para vuestros placeres y gastos. En adelante pienso sostener la casa con mis recursos personales, y espero que este arreglo os satisfará, pues no deseo otra cosa más sino que estéis contento.

Al oír esto el Duque se inclinó besando la mano de su esposa con una gracia tan galante, que un Richelieu ó un Lauzun no habrían desdeñado.

— Sois una perla de infinito valor, — contestó.

Desde aquel día el pacto se ejecutó fielmente por una y otra parte, y el Duque vivió con una libertad, ó mejor dicho, con una licencia, que no conocía freno de ninguna clase.

El Duque había tenido una hermana que fue muy desgraciada durante su corta vida, pues casada con un conde Restaud, que era uno de esos jugadores á los que domina ese vicio hasta la ceguera, su marido la arruinó gastando toda su fortuna, y levantándose la tapa de los sesos el día en que perdió el último billete de mil francos. La pobre señora, á la que no sólo había arruinado, sino hasta maltratado, precedióle algunos días, muriendo poco antes, á consecuencia de una enfermedad del pecho. De este matrimonio tan desgraciado no quedó más que una hija, la que habríase visto sola y sin ningún recurso en el mundo, á no proporcionarle la Providencia, en la persona de su tía, la duquesa de Rouévres un amparo maternal.

Fuése ésta en busca de la niña, que por entonces no tenía más que seis años, y llevándola á su casa encargóse de su educación, que adelantó mucho porque Elena estaba dotada de un espíritu precoz que se asimilaba á todo, y á creer á las notas del colegio, daba muestras de gran aplicación.

Era la primera en todo y por todo, en la música como en las labores, en idioma lo mismo que en aritmética, casi un genio diminuto y con faldas; pero entre sus compañeras no tenía fama de ser muy cariñosa.

Elena tenía la cualidad, entre otras varias, de ocultar los grandes defectos de su corazón bajo engañosas apariencias, y era una mujer encantadora, ó mejor, el encanto personificado viviente, que tratándose de su tía y ante ésta, mostrábase perfecta envolviéndola con sus caricias y deslumbrándola con la dulzura de sus adulaciones.

Tenía Elena poca estatura, era más bien bajita, muy blanca, rubia y un poco gruesa, muy cuidadosa de su persona, hasta en los menores detalles, siempre sonriente, indolente en la forma y en las actitudes, muella é hipócrita, ardiente cual brasa oculta bajo la ceniza, cubierta de flores en la superficie, llena de llamas en el interior, y constituía, para las personas poco observadoras que no llevan su examen más allá de la superficie, la encarnación de la gracia y de la dulzura.

Para aquellos que van más allá y analizan todos los detalles de una fisonomía, no pasaba desapercibido que de vez en cuando cru-

zaba por sus ojos verdes un reflejo metálico, un fulgor extraño que les comunicaba una expresión de dureza extraordinaria. Era muy peligroso oponerse á sus deseos, y para conseguir lo que se proponía, todos los medios la parecían buenos, y Elena de Restand no tenía más que uno; pero se había aferrado á él con tanta tenacidad como un ancla en el fondo fangoso del mar.

Pronto sabremos qué proyecto era ese.

Al llegar delante de la casa de Godin el carruaje de la Duquesa se internó en un camino enarenado y sombreado por dos hileras de olmos. No era aquel sendero áspero y lleno de surcos hechos por las lluvias, que recorrieran veinte años atrás el capitán Kerhoët y el doctor Montel, sino un camino ancho, al que para suavizar la pendiente habíanle hecho seguir una espiral á través de los prados, convertidos en parterre, en el que de trecho en trecho veíanse grupos de floridas plantas y bosquecillos de árboles.

No habían querido los condes de Kerhoët quedarse atrás ante las maravillas que surgían en las arenosas playas de Deauville, evocadas por la varilla de un encantador, y su palacio era espléndido, rodeándole magníficos jardines y bosques, y no estaba expuesto á desaparecer en el Sahara de una playa caprichosa y movediza.

A los pocos minutos las jaquitas de la Duquesa se detuvieron al pie de un peristillo. Apeóse la Duquesa con mucha lentitud, púsose los lentes sobre la aguilera nariz, diri-

gió una mirada de curiosidad hacia los alrededores, y viendo á un portero de gran librea que se asomó á la puerta del vestíbulo:

—¿Y Valentina?—le preguntó.

—La señora Condesa ha salido,—contestó el criado inclinándose.

—¿A dónde ha ido?

—La señora Condesa no me lo dijo.

—¿Y Jorge?

—El señor Jorge está paseando por el campo.

—Y como de costumbre habráse llevado su caballete y sus pinceles.

—La señora Duquesa lo adivinó.

—¿Cómo! ¿Me conocéis?—replicó la señora de Rouévres.—No he visto nunca vuestra cara.

—Sólo hace tres meses que entré á servir aquí.

—Y yo acabo de pasar cuatro en Marsella, de modo que todo se explica. Aquí han cambiado todo de arriba á abajo.

—No hace más que tres semanas que acabaron todos los trabajos.

—Está muy bien todo ello, ¿y el Almirante? ¿Qué es de ese intrépido navegante?

—Se le espera de un momento á otro.

Inclinóse el criado.

—Vengo á tiempo y caigo como el maná en el desierto.

—Si la señora Duquesa quiere pasar al salón y descansar...

—No tengo ningún inconveniente.

Subió los escalones con paso algún tanto varonil, cruzó el vestibulo y entró en un inmenso salón en el que se respiraba un aire fresco gracias á estar muy entornadas las ventanas y corridas las persianas.

— ¡Oh! ¡Qué bien se está aquí! — exclamó sentándose en un diván. — Es una lástima que no haya nadie.

— ¡Ah! ¡Se me había olvidado! — dijo el criado al oír los lejanos acordes de un piano. — Está arriba la señorita Marta, y si la señora Duquesa quiere verla iré á avisarla.

La Duquesa hizo un ademán para detenerle antes de que saliese del salón.

— ¿Quién es esa señorita Marta? — preguntó.

— ¿No conoce la señora Duquesa á la señorita Marta?

— ¿Cómo os llamáis?

— José, para servir á la señora Duquesa.

— No conozco ni de vista á esa señorita.

— Es extraño, ¿la señora Condesa no dijo nada?

— Estuve viajando. Estuve en el Mediodía, os lo repito otra vez.

— Ya me extrañaba que la señora Condesa no hubiese dicho nada, porque desde que entré en esta casa oí decir que no tiene secretos para la señora Duquesa.

— ¿Y quién es esa señorita Marta? ¿Qué clase de persona?

— La lectora y señorita de compañía.

— ¡Oh! ¿Valentina tomó una señorita de compañía?

— Si, señora.

— ¿Y desde cuándo?

— Hará poco más ó menos unos cuatro meses.

— ¡Qué reservada! Y no me habia dicho nada antes de que me marchase; pero, ¿de dónde viene y quién es esa joven?

— Una joven á la que la señora Condesa trajo de Inglaterra.

— ¿Qué edad tiene esa señorita Marta?

— No tiene arriba de veinte años.

— ¡Vaya! Pues me va interesando esa joven; ¿decís que es una huérfana, señor José?

— Así parece, señora Duquesa.

— ¿Es muy linda?

— La señora puede juzgar por sí misma.

— ¿Rubia ó morena?

— Entre los dos, tiene el pelo castaño claro.

— ¿Alta?

— Más bien baja, señora Duquesa, muy delgada y débil.

— ¿Guapa y bien formada?

El portero de estrados se pavoneó:

— ¿Puedo tener opinión acerca de ese punto? — contestó.

Calóse los lentes la duquesa de Rouévres y le miró con esa impertinencia de las grandes señoras para las que los criados no significan nada.

— No sois tonto, — dijo, — y puede que hagáis vuestro camino. Hacedme el favor de ir en busca de la señorita Marta, á quien tengo grandes deseos de conocer.]

Inclinóse José y salió del salón.

Admirábala que su amiga no la hubiese dicho nada de ese proyecto ni de la huérfana, porque Valentina la trataba con intimidad, y generalmente no la ocultaba nada.

El proyecto que tanto acariciaba Elena de Restaud, la sobrina de la Duquesa, era precisamente el de casarse con Jorge de Kerhoët, y con seguridad que la entrada de una huérfana de veinte años en la familia del Almirante, no constituía un peligro inmediato para los proyectos de la bella Elena, como la llamaban sus admiradores, pero en el fondo era una imprudencia, y la presencia de la recién llegada causó bastante inquietud á la Duquesa.

Aquella mañana había manifestado Elena á la Duquesa sus temores y su poca seguridad en el porvenir; amaba á Jorge con toda la pasión de que era capaz su alma, se creía amada, y después de cambiarse hacia algunos meses amorosas promesas, observó que el carácter y manera de presentarse del que consideraba como á su prometido, habían cambiado bastante.

Tenía Jorge veinticinco años y no reunía quizás todas las condiciones que se exigen á un joven muy atildado; pero en cambio poseía carácter varonil y bastante talento para halagar la vanidad de la señorita Restaud, gracia para complacerla, y al mismo tiempo que un apellido ilustre que le abría todas las puertas, una fortuna cuantiosa que le permitía sostener su esplendor.

Elena lanzó sus redes sobre esa presa, y la intimidad que existía entre las dos familias, permitía visitas casi continuas y favorecía esas relaciones, y desde hacía mucho tiempo los dos jóvenes encontrábanse en todas partes, tratándose, además, con la confianza propia de dos hermanos.

En cuanto á Jorge, habíase dedicado nada más que á la pintura, habiendo conseguido que admitiesen sus cuadros en el Salón ó Exposición oficial, y obtenido una tercera medalla, lo que le había dado cierta notoriedad como pintor.

Conforme á lo que manifestara Elena á la Duquesa, Jorge, que poco antes daba muestras de estar muy enamorado, había cambiado, mostrándose más reservado y enigmático, por lo que la Duquesa concibió algunas dudas y quiso averiguar si tenían ó no fundamento.

¿A qué obedecía ese cambio? ¿A qué ese silencio y esos aires tan sombríos con que de vez en cuando presentábase Jorge?

Su ardiente sangre meridional empezaba á impacientarse, cuando se abrió una puerta en el fondo del salón, y en su umbral se presentó una joven vestida con mucha sencillez.

Al verla tranquilizóse inmediatamente la señora de Reuévres.

—¡Encantadora! ¡Perfecta!—murmuró.—Aspecto modesto, exquisita sencillez. Fisonomía que no dice nada. Hay que confesar que Valentina tiene buena mano.

—Según me dijeron deseabais verme, se-

hora Duquesa, — dijo sonriendo la joven.

—Si, me hablaron de vos, y me considero dichosa al veros.

—La señora Condesa no tardará mucho en volver. Está en los lindes del parque adónde fue á visitar á unos aldeanos vecinos, y si lo deseáis, iré á buscarla.

—No, hija mía, es inútil, porque si queréis hacerme compañía, me parecerá más corto el tiempo.

Al mismo tiempo que esto sucedía, observaba la Duquesa á hurtadillas, y cada vez se consideraba más satisfecha, pues la señorita de compañía no era de esas que pueden inspirar á primera vista sospechas á una mujer recelosa.

Animaba, sí, su rostro, una amable sonrisa; la sonrisa triste y suplicante de la joven desvalida que pide protección, la comunicaba cierto encanto y lo iluminaba á la manera que un rayo de sol da realce á un paisaje vulgar.

Púsose al pie de una ventana, y cogiendo un bordado empezado púsose á trabajar sin ninguna afectación, mientras que la Duquesa examinábala atentamente sin perderla de vista ni un momento y con creciente interés.

—Es muy graciosa, — se dijo, — pero no puede constituir nunca un peligro. ¿Cómo os llamáis? — preguntó de pronto la señora de Rouévres levantando la voz.

—Marta, señora Duquesa.

—Ya lo sé, pero, ¿gnada más que Marta?

Una nube de tristeza extendióse en un momento por el rostro de la joven.

—No tengo más nombre ni más apellido, señora, — contestó llenándose la los ojos de lágrimas.

—De modo que según se ve, estáis al servicio... dispensadme la palabra...

—Es la que expresa la verdad, señora.

—¿De la Condesa?

—Sí, señora Duquesa.

—¿Como lectora, señorita de compañía ó como quiera llamársele?

—Así es, señora.

—Me parece bien, y creo que no debéis tener mucho trabajo.

—No, señora.

—Supongo que la almiranta, cuando estábamos en el colegio, no figuró nunca entre los ensueños de Valentina, el de que había de llegar un día en que fuese esposa de un Almirante, os dejará bastante libertad.

—Bastante, señora, — contestó Marta, más atenta en la apariencia á su labor que á la conversación.

—¿Y cómo se la ocurrió á mi amiga la idea de traeros á esta casa?

—La señora Condesa estaba casi siempre sola, y el Almirante, al que su cargo obliga á viajar con mucha frecuencia, va muy poco á Paris.

—Ahora está allí.

—Así lo oí decir.

—Y yo le he visto. Vengo ahora de allí. Me explicó sus proyectos, y aunque algo

tarde se convirtió y desea pasar el verano en compañía de su familia. Esto es nuevo, porque dicho sea entre nosotros, es un sér bastante original.

Sonrióse Marta y no contestó.

—¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

—Cuatro meses.

—¿Qué edad tenéis?

—Veinte años.

—¿En dónde nacisteis?

—No lo sé á punto fijo.

—¿Cómo! ¿No lo sabéis?

—No, por desgracia, señora Duquesa.

—Pero...

—Creo que fue en este país.

—¡Ah! ¡Creéis! ¿No estáis, pues, segura?

Inclinó Marta la cabeza y encendido rubor cubrió su rostro.

—¿Sabéis que es muy novelesca vuestra historia?—replicó la Duquesa.—¿Cómo se llamaba vuestro padre?

—Lo ignoro.

—¿Y vuestra madre? A la madre se la conoce siempre.

—No lo sé tampoco.

—¡Ah!—exclamó la Duquesa sin poder dominar su asombro.

El acento conmovido, amargo, con que la señorita de compañía pronunció estas palabras enterneció á la Duquesa oprimiéndola el corazón. Pesóla el haber hablado, pero ya era tarde, y volviéndose hacia otro lado se puso á mirar con fingida atención una estatua colocada sobre una tallada consola.

—¡Qué bonito es ese barro!—dijo por decir algo.

La nube de tristeza que por un momento enrojeciera el rostro de Marta habiase disipado, y otra vez vagaba por sus labios su melancólica sonrisa.

—Creo que sueño cuando os escucho,—añadió la Duquesa,—¿en dónde pasasteis vuestra infancia?...

—En los primeros años en una aldea situada á algunas leguas de aquí, y después en un convento de Tours, en que estuve durante seis años.

—¿Y quién se cuida de vos?

—No me lo han dicho nunca.

—No podréis menos de convenir conmigo en que cuanto os sucede es extraordinario.

—No lo niego.

—Pero al menos recibiríais algunas visitas.

—Sí, en efecto; las recibí una ó dos veces.

—¿Quién fue á veros?

—Una señora enlutada, que además llevaba cubierto el rostro con un espeso velo, y que desaparecía sin decir ni una palabra.

—¿Y no fue nadie más?

—Nadie, señora.

—¿No os visitó algún hombre?

—Jamás.

—Esa señora sería indudablemente la que pagaba todos vuestros gastos, vuestra madre quizás.

—No lo creo, porque si hubiese sido mi madre habríalo adivinado.

—¿Lloraba al separarse de vos?

—Un día me pareció que sollozaba.

—Era vuestra madre; ¿no visteis nunca su rostro?

—No.

—¿Ni oído su voz?

—No.

—A lo que veo recibisteis una educación muy esmerada.

—Sí, excelente. Con mucha frecuencia decíame la superiora del convento: *Trabajad mucho y aplicáos, hija mía, que puede que más adelante necesitéis lo que hoy aprendéis.*

—Dispensadme si mis preguntas os molestan, hija mía,—contestó la Duquesa acercando su silla á la de Marta;—pero todo lo que me decís me llama la atención y me interesa de una manera extraordinaria. ¿En dónde estabais cuando la Condesa os trajo á su casa?

—En casa de lady Ellington, en sus haciendas de Brighton.

—¿Y qué hacíais allí?

—Daba lecciones á sus dos hijas.

—¿Hacia mucho tiempo que estabais al lado de lady Ellington?

—Unos dos años.

—Lady Ellington, ¿no es una amiga de la condesa de Kerhoët?

—Sí, señora. Se han conocido en París.

—¿Os trataban bien en su casa?

—Muy bien, señora Duquesa.

—¿Y accedió á separarse de vos?

—A la señora de Kerhoët la interesó mu-

cho mi historia y la suplicó á lady Ellington que permitiese que me fuese con ella, y milady no quiso negarse.

—Como es natural, ¿hablaréis el inglés?

—Y el alemán y el italiano.

—Está bien,—contestó la Duquesa.—Una palabra nada más,—añadió, fijando en la joven una escrutadora mirada,—según veo estáis muy instruida y tenéis veinte años, pues bien, no podéis ignorar que existen en todas partes documentos con los cuales se prueba la identidad de una criatura, y para vos como para los demás, deben existir en alguna parte, ¿los habéis visto alguna vez?

Hasta entonces había respondido Marta con conmovedora sencillez, y sin separar los ojos del bordado, y al oír la última pregunta de la Duquesa levantó la cabeza y con voz que temblaba á pesar de sus esfuerzos:

—Sí, señora,—respondió.

—¿Y quién se presentó en el registro á declarar vuestro nacimiento?

—Un Médico que vive aquí; el doctor Montel.

—¿Y qué dice ese documento?

—Que no tengo padres conocidos.

Hacia Marta penosos esfuerzos para dominar su emoción mientras daba esas contestaciones, pero al decir las últimas palabras, no pudo contenerse más, oprimióse la garganta, y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos.

—Siento mucho, hija mía, haber renovado vuestros pesares,—dijo la duquesa de

Rouévres con acento cariñoso,—perdonadme, y creed que agradezco en el alma vuestra confianza. Vuestra historia conmovió mi corazón, y os prometo que jamás saldrá de mis labios ni una sola palabra referente á ella.

—Mi deseo es el de que no se ocupe nadie de mí, y mi posición me relega á desempeñar un papel secundario con el que estoy muy resignada, y creo que haría muy mal en quejarme, porque sé que hay personas que son más infelices que yo.

Acordóse Marta al decir esto de su antigua amiga Rosa Godin, cuyo recuerdo no se separaba ni un solo instante de su memoria.

—¡Pobre Rosa!—pensó.—¿Qué habrá sido de ella?

La Duquesa, compadeciéndose de Marta, quiso distraerla hablando de las bellezas de Morville, de lady Ellington, de la casa de Brighton y de la isla Wight, pero su pensamiento tampoco estaba acorde con sus palabras, porque también la preocupaban graves cavilaciones.

La Duquesa perdiase en un mar de confusiones y conjeturas, cuando de pronto abrióse una de las puertas del salón.

—Aquí está la señora Condesa,—dijo la señorita de compañía poniéndose en pie, saludando á la Condesa y retirándose discretamente.

X

En los años transcurridos había cambiado muy poco el aspecto de Valentina de Kerhoët. Su rostro de rasgos delicados conservaba aún toda su frescura con un no sé qué de nuevo realce y con esa plenitud que constituye el colmo de la belleza y el perfeccionamiento de la forma. Sus ojos conservaban la misma viveza, sus labios el encendido carmín, su completa dentadura los reflejos del marfil, su piel ambarina la tersura, y en su negra cabellera no se veía ni una sola cana, ni en su rostro una arruga.

Al entrar y ver á su amiga fuése directamente á su encuentro, tendiéndola las dos manos.

—¡Estás de regreso y no me dijiste ni una palabra! ¡Cuánto siento haberte hecho esperar!

—No me tengas lástima, porque el tiempo se me hizo muy corto gracias á que lo empleé charlando con la señorita de compañía.

—¡Con Marta!

—Sí, ese creo que es su nombre. No me habías dicho nunca nada acerca de tu proyecto.

Rouévres con acento cariñoso,—perdonadme, y creed que agradezco en el alma vuestra confianza. Vuestra historia conmovió mi corazón, y os prometo que jamás saldrá de mis labios ni una sola palabra referente á ella.

—Mi deseo es el de que no se ocupe nadie de mí, y mi posición me relega á desempeñar un papel secundario con el que estoy muy resignada, y creo que haría muy mal en quejarme, porque sé que hay personas que son más infelices que yo.

Acordóse Marta al decir esto de su antigua amiga Rosa Godin, cuyo recuerdo no se separaba ni un solo instante de su memoria.

—¡Pobre Rosa!—pensó.—¿Qué habrá sido de ella?

La Duquesa, compadeciéndose de Marta, quiso distraerla hablando de las bellezas de Morville, de lady Ellington, de la casa de Brighton y de la isla Wight, pero su pensamiento tampoco estaba acorde con sus palabras, porque también la preocupaban graves cavilaciones.

La Duquesa perdiase en un mar de confusiones y conjeturas, cuando de pronto abrióse una de las puertas del salón.

—Aquí está la señora Condesa,—dijo la señorita de compañía poniéndose en pie, saludando á la Condesa y retirándose discretamente.

X

En los años transcurridos habia cambiado muy poco el aspecto de Valentina de Kerhoët. Su rostro de rasgos delicados conservaba aún toda su frescura con un no sé qué de nuevo realce y con esa plenitud que constituye el colmo de la belleza y el perfeccionamiento de la forma. Sus ojos conservaban la misma viveza, sus labios el encendido carmín, su completa dentadura los reflejos del marfil, su piel ambarina la tersura, y en su negra cabellera no se veía ni una sola cana, ni en su rostro una arruga.

Al entrar y ver á su amiga fuése directamente á su encuentro, tendiéndola las dos manos.

—¡Estás de regreso y no me dijiste ni una palabra! ¡Cuánto siento haberte hecho esperar!

—No me tengas lástima, porque el tiempo se me hizo muy corto gracias á que lo empleé charlando con la señorita de compañía.

—¡Con Marta!

—Sí, ese creo que es su nombre. No me habías dicho nunca nada acerca de tu proyecto.

—Fue una idea que se me ocurrió de pronto y que puse inmediatamente en planta.

—¿Sabes que me gusta mucho y que la encuentro muy apropiada al cargo? Hiciste una elección excelente.

—¿Te parece bien?—preguntó Valentina.

—Te felicito por ella y no puedo menos de comprender que te intereses tanto.

—¿Por qué?

—Por lo conmovedora que es su historia.

—¿Te la contó?

—En pocas palabras y al verse abrumada por mis preguntas confesóme al cabo que no conoce á sus padres, ¡pobrecilla!

—¡Sí, pobre niña!—dijo la condesa de Kerhoët.

Y con acento indiferente preguntó á continuación:

—¿Hace mucho que os instalasteis en Deauville?

—Dos días.

—¿Y el Duque?

—No es á mi á quien puede hacerse esa pregunta, sino á sus amigos del Círculo, á sus camaradas de alegres francachelas, á los que apuestan en las carreras, á los *bookmakers*, y sobre todo á su amigo el señor de Breynes. Ahí tienes uno, amiga mía, por el que no saldría yo garante en punto á jovialidad, pero es un pariente de Rouévres y no hay medio de desembarazarse de su compañía. ¡Ah! ¡En cuanto al Duque, ese sí que es un extraño personaje! ¡En la apariencia mucha cortesía, y en el fondo mucho desdén

hacia mi plebeya condición! Ahí tienes lo que aportó al matrimonio; en tu casa le conocí, y no vayas á creer que por eso te tengo mala voluntad, porque te opusiste mucho á que se saliese con la suya aconsejándome que no aceptase sus proposiciones, ¡le juzgabas mejor que yo! Tengo la culpa de lo que me sucede y no puedo echarla á nadie, habiendo después de todo recibido mi merecido; quise ser Duquesa y lo logré, y al mismo tiempo la esposa de un hombre voluble y antojadizo.

Hizo Valentina un movimiento de despecho, del que la Duquesa hizo como que no se apercibió ó realmente no se apercibió de ello.

—¿Y nuestros proyectos?—preguntó.

—¿Qué proyectos?—contestó distraidamente la Condesa.

—El referente al casamiento de Jorge con Elena.

—Es preciso ver á mi hijo, hablarle del asunto,—replicó Valentina con un embarazo que esta vez no pasó desapercibido para su amiga.

—Creía,—dijo ésta,—que era cosa convenida entre nosotras, que estábamos de acuerdo y que tan sólo faltaba fijar la fecha del enlace.

—Es cierto.

—¿Y entonces qué significa lo que dices?

—Escúchame, puesto que sabes perfectamente que no oculto nada á tu amistad. Es cierto, sí, que Jorge ama á Elena, y sin em-

bargo de eso, observo en mi hijo un cambio que no acierto á explicarme.

—Súcédeme á mi lo propio, y eso es lo que me inquieta.

—Le gustan las mujeres, —siguió diciendo la Condesa, —más temo mucho que le desagrade el matrimonio, y dicho sea entre nosotras, sin rodeos, opino, amiga mía, que nuestro ejemplo no debe animarle mucho.

—¡Oh! ¡Es indudable! —respondió la Duquesa con el acento propio de la persona que está íntimamente convencida de lo que dice. Vengo observando un cambio desde el día que dimos una fiesta íntima, hará aproximadamente unos tres meses hallándonos en mi casa de Savineux en Seine-et-Marne. El Duque y su sobrina hallábanse en Vilesnes, en tus posesiones, muy cerca de las mías, mientras viajabas por los alrededores de Marsella. En esa reunión se bailó mucho, y asistieron á ella los de Chesnaye, Rigny y la Dupont, todos nuestros convenidos, en una palabra, y al parecer todos se divirtieron mucho, y el Duque se marchó solo á Vilesnes, y Elena, que estaba muy cansada, quedóse en la quinta. ¿Qué pasó? Es lo que ignoro. Había bailado mucho con el más joven de los de Chesnaye; Elena es muy coqueta, lo que debe á su carácter y á su edad, y al día siguiente tuve ocasión de observar que mi hijo Jorge estaba como contrariado, y que entre ambos existía algún desacuerdo, sin duda por celos. Observélos sin que lo supiesen, y averigüé que en el parque habían

tenido una explicación muy viva en uno de los cenadores, y cuando Elena volvió á mi lado tenía los ojos encarnados.

—¡Pobre niña! —murmuró la Duquesa. Creo que si no se verificase ese casamiento sería una gran desgracia para Elena. A tí no hay ningún inconveniente en confesártelo, ama á Jorge; está loca por él. ¿Qué sabes del almirante?

—Que llega un día de estos.

—Le vi.

—¿En dónde? ¿En París?

—Sí, y me pareció muy alegre, tanto que me llamó la atención, porque no le había visto nunca tan contento.

—Le estoy esperando de un momento á otro: tal vez llegue hoy ó mañana.

La duquesa de Rouévres exhaló un profundo suspiro.

—¡Ah! ¡Qué extraño es nuestro destino! —exclamó. —Si me casé con una mariposa, con el más voluble de los coleópteros, tú te uniste á un Cristóbal Colón, con un Capitán Cook de nueva especie, y has vivido muy abandonada.

Mordióse los labios la Condesa. Había comprendido desde hacía mucho tiempo, á pesar de la impenetrable reserva de su esposo, que si éste se desterraba voluntariamente, era por desprecio y por odio. Acostumbróse al cabo á su ausencia, y se hallaba muy satisfecha con su aislamiento, y el regreso de su esposo, ese probable regreso del que se hablaba con vaguedad, la asustaba

tanto como la afectara su separación, porque su enigmático silencio, su rostro frío y rígido como si fuera de mármol y la fría cortésia con que la trataba durante sus cortas apariciones, hacíanla estremecer á impulsos del terror.

Salieron las dos amigas del salón y se asomaron á una balaustrada de granito azul que cerraba las terrazas de Morville desde las que se gozaba la vista de un paisaje delicioso.

—Esto es una maravilla,—dijo la Duquesa,—es difícil encontrar una cosa mejor. Hay aquí puntos de vista admirables, sombras deliciosas y la orilla de un mar siempre animada. El sitio es encantador y en él se han podido realizar verdaderos milagros.

—Todo lo dispuso mi hijo, al que agradan mucho estos sitios. Hizo los planos y dirigió la construcción.

—Os felicito á ambos.

—Puedes cumplimentarle á él, ahí le tienes.

Así era, en efecto; en un sendero inmediato sombreado por dos hileras de plátanos apareció un nuevo personaje que llevaba un chaquetón de pana oscura, tan descolorida como usada, y cubría su cabeza con un mal sombrero de palma de esos que vulgarmente llaman de Yokoama y que los segadores pagan á veinticinco céntimos y por todo adorno tenía una cinta que valdría diez céntimos. El recién llegado iba cargado con una porción de utensilios á cual más raros y compli-

cados, entre los que desde luego llamaba la atención una caja manchada de colores y un enorme quitasol de tela muy ordinaria. A medida que se acercaba distinguíanse con más claridad los rasgos de su rostro adornado con toda la barba cortada á la inglesa lo mismo que el pelo. Todo en su aspecto revelaba un carácter franco y leal, así que atraía desde el primer momento al comprenderse que era hombre de naturaleza honrada y buena.

Al ver á la duquesa de Rouévres apresuró el paso, y su fisonomía expresó la satisfacción que experimentaba, dejó á un lado parte de la carga con mucho cuidado, sobre todo un lienzo que formaba parte de ella.

—¡Ah! ¡Cuánto me alegro de veros!

—¿Y por qué?

—Por una porción de razones: la primera de todas porque siempre gusta tratar con una persona que sabe posee un carácter leal.

—¿Tan rara es la lealtad?

—Sí.

—¿Y después?

—Para pedirnos vuestra opinión.

—¿Sobre qué?

Dió Jorge bruscamente la vuelta al lienzo presentándolo con aire de triunfo á la Duquesa.

—Sobre esto.

—¿Y qué es eso?—contestó la Duquesa calándose los lentes.

Al artista divirtióle mucho la sorpresa de su madre y de la Duquesa.

El cuadro representaba la cabeza de una joven de extraordinaria belleza. No estaba terminado, y aun cuando no era una obra notable, comprendíase que el modelo que lo había inspirado debía ser hermosísimo.

—¡Peste!— exclamó la Duquesa después de examinar durante algunos minutos y con mucha atención el cuadro.

—Es una linda joven á la que descubri hace poco en las cercanías, ¡asombráos, esa pintura no llega ni con mucho á la hermosa á que representa!

—¿En dónde la encontrasteis?

—En casa de Godin.

—¡Bah!

—Es lo mismo que tuve el honor de manifestaros. Ya los conocéis, madre mía, á los Godin, á esos antiguos pescaderos que viven ahí cerca de la costa.

—¿En esa especie de casucho normando que se ve en un recodo de la carretera?— preguntó la Duquesa.

—Lo estáis viendo, es una cabeza divina y lo demás un poema.

—¿Y á qué se dedica?

—Está en el Mercado de París y vende pescado y cangrejos.

—¡Oh!

—Ni más ni menos.

—Entonces debe ser la Venus de la pescadería. ¡Una perla!

—¡Una perla! ¡Os quedáis muy corta, Duquesa! Decid más bien un brillante de agua pura.

—¿Qué nos decís?

—Lo que es, porque no supe jamás mentir, aparte de que podéis juzgar por vos misma; os garantizo la semejanza, pero el original vale mucho, muchísimo más.

La condesa de Kerhoët contempló silenciosamente el cuadro.

—¿Qué os parece? — la preguntó su hijo.

—Que tiene una mirada muy franca.

—Sí, sus ojos se parecen mucho á los vuestros, madre mía,— contestó Jorge,— y vuestra sonrisa, cuando sonreís, que es muy pocas veces.

En estas palabras encerrábase un cariñoso reproche, porque la Condesa, no obstante sus esplendores, conservaba en el fondo de su corazón heridas que ningún bálsamo podía curar. ¡Era madre y no se atrevía á besar á su querida hija, esposa y no tenía marido!

A Jorge habíale llamado muchísimas veces la atención el observar en el rostro de su madre las huellas de un dolor y desesperación tan profundos como si la dominase algún secreto pesar. ¡Cuántas veces acusó al Almirante, siempre taciturno y enigmático durante sus cortas visitas!

La Duquesa, por su parte, estudiaba el retrato y el rostro del pintor.

—¿Hace mucho tiempo que esa joven vive en el país?— preguntó.

—Hace poco llegó de París y ahora vuelve. El anciano Godin, que vive en esa casa, es su abuelo.

—¡Ah! ¿Y vuelve á París á seguir con su limpio oficio?— preguntó la Duquesa.

—Sí, sin duda alguna.

—Es muy duro eso para una mujer tan perfecta.

—No siempre se hace lo que se quiere.

Las jaquitas corsas de la Duquesa piafaban y golpeaban el suelo con impaciencia levantando el polvo con sus herraduras.

—¡Bah!— exclamó la Duquesa tomando asiento en su cochecillo.— La barrica conserva siempre el olor del arenque.

Siempre que para hacer esta clase de bromas empleaba la duquesa de Rouévres su tonillo de la Canebière, sonreíase malignamente, y sus dichos resultaban muy intencionados.

Echóse Jorge á reír, pero no pudo menos de pensar en su fuero interno que la hija del antiguo tratante en granos no era muy indulgente con los que como ella procedían de una clase humilde.

—En eso estáis equivocada,— replicó el joven con mucha viveza,— porque la barrica de aquí sólo huele á rosas y violetas de las más exquisitas, y eso dejando á un lado el que no hay oficio que sea vil ni feo.

Para la Duquesa, generalmente bondadosa y tolerante con todo el mundo, no había más cariño que el de su sobrina, y ese obstáculo que se oponía, aunque hipotéticamente, á los deseos de su Elena, la irritaba.

—Sí, tenéis razón,— contestó con acento seco.

Jorge se hallaba aún bajo el encanto de la hermosa visión é hizo frente á la Duquesa.

—Sois muy injusta con una pobre joven y no os reconozco.

—¡Son tan intrigantes esas parisienses, lo mismo las de alta que las de baja posición!

—Protesto en favor de esa, ¡si la conocierais no hablaríais así!

—¿Cuánto tiempo tardaréis en hacer esa obra maestra?

—Tres días.

—¿Y la concluiréis?

—Mañana.

—¿Tan pronto?

—No hay más remedio, se marcha mi modelo.

—¿A su puesto del mercado?

—Sí, conforme lo decís, Duquesa, á su puesto del Mercado.

—Debe estar aburrida de esa vida.

—No, porque está resignada con su suerte.

—Es mucha virtud.

—No la necesita, porque la tiene.

—¿Lo habéis probado?

—¡Vamos, Duquesa, hoy no queréis ser justa con nadie!

—En fin, ¿os sirvió ó no complacientemente de modelo?

—Sí, con muy buena voluntad.

—¿Y no la habíais visto antes?

—Nunca.

—Voy viendo que esa sardinera es una hada y que os embelesó.

—Estamos de acuerdo; es una hada y me encantó.

—Será preciso que os protejan, y cuando os caséis podéis mandarle un buen regalo.

—¡Oh! Es que en ese caso las cosas, arregladas uno mismo sin necesidad de extraños auxilios,—respondió Jorge.

—¡Esto es edificante!

La Duquesa había recobrado su buen humor, porque la próxima partida del modelo, la tan reciente amistad de los jóvenes y sobre todo la lealtad del pintor, excluían toda idea de una intriga.

—Adios, Jorge,—dijo,—haced lo posible por olvidar vuestra visión y el oficio que tiene, y acordaos que bajo la capa del cielo hay más mujeres que esa hermosa pescadera.

Hizo una amistosa señal á Valentina al mismo tiempo que la decía:

—Hasta mañana, hermosa.

Aflojó las riendas á las jaquitas, que echaron á correr con la furia de los *barberi* en las calles de Florencia en un día de carreras, y bajó la cuesta hasta llegar á las orillas del Touque con una velocidad que daba vértigos.

Al dar la vuelta al recodo que formaba la carretera refrenó la Duquesa sus jaquitas y dirigió una mirada de curiosidad á la casa ocupada por la familia Godin.

XI

En ésta todo revelaba una gran decadencia; la casa del antiguo pescadero estaba convertida casi en un montón de ruinas, y su aspecto era de los más tristes que pueden imaginarse. Los cobertizos que en tiempos servían de cocheras habíanse venido abajo, y á las cuadras y establos pasábales lo mismo, y en aquella casa en que antaño todo respiraba la alegría propia del trabajo y el movimiento, respirábanse aires de desorden y miseria.

Al ver semejante espectáculo comprendíase que por aquellos sitios habían soplado los malos vientos de la pereza ó de la miseria.

La familia Godin prosperó muy poco y después de la muerte de Francisca, que conforme dijera Hipólito murió de repente á consecuencia de la ruptura de un aneurisma, desesperóse su esposo que, á pesar de su carácter áspero é insociable, la amaba á su manera, y también debió desesperarse con la pérdida de su dinero, pues Francisca debió ocultarlo, pero tan bien, que no se encontró la menor huella de él.

Llegó una época en que no tuvo más que

pérdidas en sus ventas, que los ferrocarriles, aumentando la facilidad de comunicaciones, acabaron de anular, y no tuvo más recurso que vivir de su hacienda, que una mano misteriosa libraba de los gravámenes á que él la sometía para pagar sus excesos.

Esa vida gastó muy pronto su naturaleza y desde entonces dejóse dominar Godin por una pereza tan cobarde como incurable, entregando los cuidados de todo á la dirección de una criada sexagenaria, avara, incapaz de hacer nada, calmosa como una tortuga y á la vez ladrona y derrochadora, y de estos ejemplos vense más de uno.

Los defectos de Mariana inquietaban muy poco á Godin, que á los setenta y cinco años no se cuidaba de nada, pasando fuera de su casa la mayor parte del tiempo, durmiendo ó rodando por las zanjas abiertas á los lados del camino y lleno de barro ó de polvo.

El cansancio y la vejez bastan para explicar ese exceso de indolencia en un hombre al que algunos años antes citaban todos en el país como modelo de actividad incansable y de una afición desmedida al lucro.

Acontecía con mucha frecuencia que la misma Mariana, cansada de las escenas que presenciaba, le aconsejaba que se reconciliase con su hija la revendedora del mercado; pero el rencor que la tenía el viejo era tan grande, que resistía todas las razones.

La vieja insistía, diciéndole repetidas veces:

—Debíais mandarla á buscar, amo. Es muy buena y hacendosa.

—¡Raza de bastardas!—contestaba el viejo entre dos hipadas.

Si la vieja insistía, entonces el pescadero, poniéndose furioso, entregándose á grandes arranques de cólera:

—¡Aquí no hay de sobra para que nadie pueda vivir sin trabajar!—decía vociferando y dando puñetazos sobre la mesa.—¡Que se gane allá abajo el pan para ella y para su cría, aquí no las necesito!

Y en este tono y aun mucho peor, continuaba sus denuestos contra la ausente.

Por esta razón, á contar desde la muerte de su madre, Teresa, que después de la triste noche del 27 de marzo de 1858, habíase establecido en París y regañado con los Meraud, gracias á una cantidad que á escondidas la diera aquélla, no oía hablar apenas de su casa y de su padre.

Ante todo debemos manifestar que, á excepción de tres billetes de mil francos que la dió su madre, y que Teresa quiso devolverla más adelante, no recibió nada más y crió y educó su Rosa con el fruto de su trabajo.

De vez en cuando y sólo á grandes intervalos enviaba Teresa á su hija á Touque y consideraba estas visitas de la nieta al abuelo como el cumplimiento de su deber, y se privaba de la compañía de Rosa para no faltar á él, pareciéndole muy largas esas cortas ausencias de su hija.

Era entonces cuando sentía más y más su aislamiento, á pesar de tener en su compañía á Anita, á la pobre niña recogida por caridad, y las tres mujeres podían considerarse tan aisladas en medio del poblado París, como tres islotes en medio del Océano.

Al llegar Rosa recibíala el inflexible viejo sin arranques de ternura, no conmoviéndole ni la belleza de su nieta, ni su valor y su alegría, que resistían lo mismo que su salud á toda prueba, todas las fatigas y los peligros de la atmósfera deletérea de los barrios más populosos de París, á las noches casi sin sueño y á la asfixia de los apestosos calores del verano en la insalubre bohardilla en que habitaban.

La llegada de su nieta no le hacía cambiar en lo más mínimo de vida; salíase á las mismas horas de la casa y andaba dando vueltas al azar por los caminos, pasando horas enteras en los prados contemplando los rebaños que pastaban ó rumiaban en ellos, ó bien durmiendo la borrachera en alguna zanja de la carretera tendido boca arriba al sol.

Mientras tanto Rosa permanecía encerrada en casa acompañada de la criada que tenía á su cargo el cuidado de tres vacas, el cultivo del huerto y los quehaceres de la casa y cocina.

En el momento en que la Duquesa refrescaba sus fogosas jaquitas y éstas cruzaban al paso por delante del porche de la casa de Godin, oyóse el estribillo de alegre canción,

abrióse una de las hojas de la puerta, y por la abertura asomó el rostro de Rosa sacando la cabeza y animándose su rostro al ver tan precioso carruaje.

—¡Peste!—dijo la señora de Rouévres.— Veo que Jorge no se equivocó; ese original vale más que la copia.

La mirada de la joven siguió con curiosidad al carruaje, que arrastrado velozmente otra vez por el diminuto tronco, desapareció entre una nube de polvo, y entre la que sus ruedas al reflejar los rayos del sol parecían despedir luminosas chispas.

—¡Qué cosa más bonita!—se dijo Rosa.— ¡Hay en este mundo personas que son felices! ¡Poseen caballos, coches, alhajas y buenos vestidos!

Al terminar esta concesión á la coquetería hizo con la punta de los dedos un gesto al aire como queriendo decir:

—¿Y de qué me sirve á mí el desearlo?

Y las notas de su canción resonaron otra vez entre las agrietadas paredes de la casucha.

¿No poseía unos bienes que valían más que muchos otros ó que todos los demás juntos? ¿No tenía salud y la sonreía el amor y el porvenir? ¿Qué más quería?

XII

Al día siguiente, y muy temprano, Jorge de Kerhoët bajó por la cuesta de Morville cargado, como de costumbre, con todos sus trebejos y recorrió el camino con el paso suelto y vivo del hombre al que no abruman graves pensamientos y que además se promete pasar un buen día. A la mitad del camino se detuvo y se sentó á descansar al pie de una corpulenta encina.

Ocultábase Trouville á la derecha, tras un repliegue del camino al pie de un promontorio de rocas, bajo las que extiéndense los hoteles y nuevas calles llenas de tiendas más ó menos elegantes, en las que, comerciantes procedentes de París, se han instalado para explotar la credulidad de los bañistas y venderles á un ojo de la cara antigüedades normandas fabricadas en el faubourg Saint-Antoine, ó alhajas, imitación perfecta de lo antiguo, recientemente salidas de los talleres de la calle de Popincourt.

A lo lejos, las barcas de los pescadores, mecidas por las olas, parecía que no se movían del mismo sitio, lo mismo que los patos cuando descansan en una charca ó estanque, y á la entrada del puerto el vapor del Ha-

vre silbaba á lo largo de la entrada con su pito enronquecido, como voz de bebedor tomada por el vino.

No era la contemplación de ese espectáculo realmente maravilloso lo que preocupaba á Jorge, sino que fijaba sus miradas á tres ó cuatrocientos metros debajo de él, en los deteriorados techos de la casa de los Godin, en sus paredes agrietadas, en esas ventanas que se caían á pedazos, en una palabra, en todos los detalles de esa vivienda miserable cuyo dueño no se preocupaba de nada más que de beber aguardiente que se vertía de su mano temblona y encendíale la sangre embruteciéndole.

Desde el día en que Jorge encontró á Rosa en el camino, sentada sobre el tronco de un árbol abandonado por la incuria de un leñador descuidado, no había podido olvidarla y un sentimiento, cuya naturaleza no acertaba á explicarse, atraíale con fuerza irresistible hacia el humilde casucho habitado por los vendedores de cangrejos y anguilas.

Ni por un momento se le ocurrió la idea de analizar ese sentimiento, sino que se dejó dominar y arrastrar por él, siendo suficiente para todo artista prendado de la belleza el encanto que se desprendía de Rosa y de cuanto la rodeaba, fuese cual quisiese el sitio en que se encontrase. Su apellido abría de par en par las puertas del derruido porche, y cuando pocos días antes pidiera á Rosa que le sirviera de modelo, respondióle ésta con sonrisa bondadosa que no se podía

negar, é inmediatamente empezaron las sesiones.

Después de descansar echando una siesta de las más cortas, el artista se puso en camino otra vez, y al llegar al porche, tiró de la cuerda del pestillo de madera y empujó la puerta. Rechinó una de las hojas de ésta sobre sus goznes, medio arrancados del madero en que en otro tiempo los clavarán, y el castellano de Morville se encontró cara á cara con el anciano pescadero que se disponía á salir de casa para emprender una de sus acostumbradas correrías. Al ver al hijo de los condes de Kerhoët hizo el viejo una mueca muy significativa.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Sois vos, señor Jorge? ¡Demonio, como madrugáis!—exclamó el pescadero quitándose de la boca la pipa negra y corta.—¡No os creía tan trabajador!

—Es preciso trabajar, señor Godin.

—¡Trabajar! ¡Decís vos eso cuando no lo necesitáis! A lo que venis es á ver á la chica.

—Sí.

—Ya me lo figuraba, pues ni á Mariana ni á mí teniais para qué veniros á ver. ¡Es natural, la juventud atrae á los que son jóvenes, y á los animales viejos, como somos nosotros, se les deja rumiarse en paz en un rincón, porque no somos buenos para nada!

Al decir esto el buen hombre retorció los labios de una manera excesivamente burlesca.

—Sí, tenéis razón, los viejos como vos no son buenos ni para cuidar de su casa, señor

Godin; mirad esas pasedes llenas de grietas, no sé cómo no se os cae la cara de vergüenza.

—¡Bah! Eso no vale la pena de que nadie se preocupe. ¿Que llueve aquí dentro como afuera? ¡Qué importa, así no hace tanto calor! Cuestan muy caras las obras, señor Jorge, y si al menos pudiese disponer del saco de los amos de Morville... Los que ponen las tejas no suben al tejado sin que se les pague, y un albañil no hace la masa sin que tenga la seguridad de cobrar, y creedme, el sudor de todas esas gentes cuesta muy buenos francos, ¡já! ¡já!

—¡Si al menos no bebieseis tanto!

—¡Beber menos!—replicó el pescadero acariciándose el exófago.—Eso se dice muy pronto. Un vaso puede que os baste á vos, señor Jorge, pero los pobres necesitamos algo más que probar, á cada uno lo que más le agrade, y en cuanto á mí, me gusta buen trago y la pipa bien cargada, siempre que tengo ocasión para hacerlo, y fracamente, se me haría muy cuesta arriba privarme de nada.

—No lo hacéis porque no pensáis en los que os rodean, en vuestra nieta, por ejemplo.

—¡Bah!—exclamó el viejo haciendo un gesto indescriptible.—¡En ese! ¡No os apuréis, no faltará quien piense en ella y muy pronto! Como hay Dios que es una hermosa muchacha como lo fueron su madre y su abuela mi difunta esposa, que según decían

en sus tiempos eran muy hermosas; pero yo no me fiaba en ello, porque me cuidaba más de lo que podía sacar de una cesta de atunes ó de arenques, que no son pescados de los más escogidos, pero no todo el mundo se puede permitir el lujo de comer salmón ó lenguado. Hoy no pasa lo mismo.

—Será preciso que me mezcle en todo esto, señor Godin,—dijo Jorge.— porque nos deshonráis á todos vuestros paisanos. Voy á mandar que arreglen esta casa.

—No me parece bien porque estoy á gusto en ella aunque no haga juego con el magnífico castillo de lo alto de la cuesta.

—Me encargo de pagar todos los gastos que origine.

—¿De veras?

—Os lo prometo.

—¿Y los pagaréis? ¿No lo decís en broma?

—Repito que lo pagaré todo.

—Chocad, la cosa vale la pena de aceptarla. Sois un buen muchacho, señor Jorge, pero confesad que á pesar de eso no es por los hermosos ojos del viejo Godin por lo que hacéis esa obra.

—Sí; es por vos, señor Godin, porque vuestra esposa cuidó á mi padre durante su orfandad, y era además una hacendosa y honrada madre de familia. Sí, lo hago también por la pequeña, que estará muy contenta si algún día, más adelante, cansado el cuerpo y el alma con tanto trabajo, porque su abuelo quiere beber más de lo necesario sin cuidarse de nada, desea retirarse aquí. No pensáis

en vuestros hijos y obráis muy mal,—añadió Jorge con acento enérgico.

Irguióse el pescadero.

—Supongo, señor Jorge, que no vendréis dispuesto á echarme un sermón.

—Algún día, cuando sea tarde, os pesará haber bebido tanto, porque vuestra afición os costará la vida.

—Lo mismo me dice el Médico señor Montel cada vez que me encuentra. Bien miradas las cosas, no hago daño á nadie, y no se muere más que una vez de una manera ó de otra. El día en que tenga encima cuatro pies de tierra me importa muy poco que sobre mí bailen ó hagan los demás lo que se les antoje; ya lo sabéis. Hasta la vista, señor Jorge, ahí os quedáis con la chica, y estoy seguro que preferiréis su compañía á la de un viejo gruñón.

Separóse así de Jorge y se alejó masculando entre dientes su cantinela favorita.

—¿Raza de bastardas! ¿Atraéis á los hombres como la miel á las moscas, como un montón de trigo los gusanos en el granero! ¿Bastardas! ¿Bastardas!

Hacia un momento que Rosa habíase asomado á la puerta y era la primavera la que se mostró, porque en Rosa reuníanse el esplendor de la forma, la frescura de los veinte años, el encanto de la paz del alma y la distinción natural, esa distinción que no se adquiere jamás. Su sencillo tocado no era el más á propósito para realzar la belleza de la joven, pero siendo ésta grande, podía pres-

cindir de ese detalle. Todo su lujo consistía en un par de zapatos bajos que dejaban al descubierto unas medias rayadas muy estiradas y de color gris como el traje, que se moldeaba sobre una pierna de artística forma.

Ante aquella aparición detúvose Jorge quedándose suspenso, y Rosa fue la primera que habló acercándose al artista.

—¿Qué es lo que hoy queréis?—preguntó sonriendo. ¿Mi cabeza?

—Vengo á pediros la.

—Tomadla; pero despachad pronto.

—¿Y por qué he de daros tanta prisa?

—Porque sólo dispongo de algunas horas.

—¿Os marcháis?—preguntó Jorge al mismo tiempo que abría su quitasol y lo clavaba en el suelo en un rincón del patio.

—Esta noche.

—¡Tan pronto!—suspiró.

—Es preciso. Recibi una carta de mi madre en que me dicé que sufre mucho y que no puede pasar sin mí.

Al decir esto meneó la joven la cabeza.

—Sí, voy á continuar mi trabajo, mi vida de miserias.

—¿Os dá mucha pena el hacerlo?—interrogó Jorge.

—Sí y no. Después de todo, ¿qué más me dá estar aquí ó allí?

—Debe ser un trabajo muy pesado.

—Es necesario hacerse á él, en los primeros días parece muy duro, pero después... lo peor de todo es el encontrarse con una habi-

tación tan pobre y tan triste cuando se vuelve á casa por la noche. De día, menos mal, el movimiento, el ir y venir y la charla de los compradores y vendedores, distrae; más al llegar la noche abrumba la pobreza; si no fuese el cansancio que nos rinde, creo que no podríamos dormir como lo hacemos sin que nada nos despierte. ¿Cómo queréis que me coloque?

—Así estáis divinamente, no os mováis.

—¿Buscáis alguna cosa?... ¡Ah!... ¡ya sé lo que es... una silla! esperad un momento.

Entró Rosa corriendo en la casa y salió llevando colgada del dedo meñique un pesada silla de madera.

—¡Demonio, qué fuerzas tenéis!—exclamó asombrado Jorge.

—Tantas como un mozo de cordel,—contestó Rosa echándose á reír.

—Seguid riendo así.

—¿Para qué?

—Para que me enseñéis esas perlas.

—No os burléis de la miseria.

—Es una miseria que envidiaría más de una marquesa de las que trato.

—Me aduláis, pero seguid vuestro trabajo porque va muy despacio, y dejáos de esas insulseces.

—Me temo mucho que debéis estar muy acostumbrada á oírlas.

—Tengo que escuchar todo lo que me dicen,—respondió Rosa no sin un asomo de tristeza.

Puso manos á la obra, retocando algunos

detalles de la fisonomía y bosquejando el traje á grandes rasgos.

—Cuanto más os miro más me convenzo de una cosa, —dijo Jorge, —de que os parecéis...

—¿A quién?

—A una señora amiga nuestra.

—No digáis tonterías, las grandes señoras y yo no estuvimos juntas jamás guardando carneros. Decidme quién es.

No tenía ninguna razón Jorge que le impidiese decirlo y ocultar á Rosa que se trataba de la condesa de Kerhoët, y se disponía á decírselo cuando la llegada de un nuevo personaje le distrajo de su propósito.

XIII

Era éste un jinete montado en uno de esos caballos rechonchos y robustos cuya raza casi desapareció y que no se encuentran más que en los alrededores de Hagne, á poca distancia de Cherbourg, y que son notables por su paso cadencioso é igual que evita todo cansancio al que le monta.

El doctor Montel, que era el recién llegado, poseía uno de esos caballos para sus correrías á través de los campos, para poder

seguir los caminos ó veredas que no podía en coche.

Estaba sumamente encorvado de la misma manera que si sobre sus hombros llevase una carga muy pesada, y bajo su sombrero de anchas alas y pequeño de copa asomaban algunos mechones de cabellos completamente blancos.

Con mucho trabajo apeóse del caballo, cuyas riendas ató á una oxidada anilla clavada en uno de los pies derechos del porche, y los dos jóvenes salieronle mientras al encuentro.

—Buenos días, Doctor, —dijole Jorge. —No descansáis ni un momento visitando enfermos sin cesar.

—Volviame á mi casa y al pasar os ví.

Dirigió una prolongada mirada á Rosa, y sus labios temblaron con violencia á impulsos de su excitación nerviosa.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Un retrato? El de la señorita Rosa Godin, —contestóse él mismo con indefinible acento.

—Lo acertasteis, Doctor.

—Está muy bien, ¿no la conocíais antes, Jorge?

—Hasta hace poco no nos habíamos visto nunca.

—Es vuestra... vecina cercana, —replicó el Médico. —Por lo demás, todo es muy sencillo; no vivís en el mismo mundo; el uno es rico como Crespo y la otra pobre como Job.

Callóse el Médico y á los pocos segundos llamó con voz cascada:

detalles de la fisonomía y bosquejando el traje á grandes rasgos.

—Cuanto más os miro más me convenzo de una cosa, —dijo Jorge, —de que os parecéis...

—¿A quién?

—A una señora amiga nuestra.

—No digáis tonterías, las grandes señoras y yo no estuvimos juntas jamás guardando carneros. Decidme quién es.

No tenía ninguna razón Jorge que le impidiese decirlo y ocultar á Rosa que se trataba de la condesa de Kerhoët, y se disponía á decírselo cuando la llegada de un nuevo personaje le distrajo de su propósito.

XIII

Era éste un jinete montado en uno de esos caballos rechonchos y robustos cuya raza casi desapareció y que no se encuentran más que en los alrededores de Hagne, á poca distancia de Cherbourg, y que son notables por su paso cadencioso é igual que evita todo cansancio al que le monta.

El doctor Montel, que era el recién llegado, poseía uno de esos caballos para sus correrías á través de los campos, para poder

seguir los caminos ó veredas que no podía en coche.

Estaba sumamente encorvado de la misma manera que si sobre sus hombros llevase una carga muy pesada, y bajo su sombrero de anchas alas y pequeño de copa asomaban algunos mechones de cabellos completamente blancos.

Con mucho trabajo apeóse del caballo, cuyas riendas ató á una oxidada anilla clavada en uno de los pies derechos del porche, y los dos jóvenes salieronle mientras al encuentro.

—Buenos días, Doctor, —dijole Jorge. —No descansáis ni un momento visitando enfermos sin cesar.

—Volviame á mi casa y al pasar os ví.

Dirigió una prolongada mirada á Rosa, y sus labios temblaron con violencia á impulsos de su excitación nerviosa.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Un retrato? El de la señorita Rosa Godin, —contestóse él mismo con indefinible acento.

—Lo acertasteis, Doctor.

—Está muy bien, ¿no la conocíais antes, Jorge?

—Hasta hace poco no nos habíamos visto nunca.

—Es vuestra... vecina cercana, —replicó el Médico. —Por lo demás, todo es muy sencillo; no vivís en el mismo mundo; el uno es rico como Crespo y la otra pobre como Job.

Callóse el Médico y á los pocos segundos llamó con voz cascada:

—¡Mariana!

—¡Voy!

Presentóse la anciana en el umbral de la puerta de uno de los establos.

—Hacedme el favor de darme un vaso de agua. He tenido un vahido. Dicen que los Médicos se encuentran siempre mejor que los demás, y eso no es cierto.

Adelantóse Rosa á la criada y sirvió el vaso de agua al Médico, mientras que Jorge se apresuraba á instalarse en su silla.

—No me encuentro bien desde hace algún tiempo á esta parte,—dijo Montel,—y es que la máquina empieza á descomponerse.

—¡Oh! ¡No digáis semejante cosa, querido Doctor!

—Sé muy bien lo que me digo.

Y dirigiéndose á Rosa después de dar esta contestación, la dijo:

—¿Por dónde anda vuestro abuelo, hija mía? ¡Qué! ¡No quiere ese testarudo de Godín hacer caso de buenas razones? Sin duda se habrá ido á beber y pasar el rato en esa abominable taberna, ¡detestable y estúpida pasión!

En el tono con que el doctor Montel dijo estas palabras, traslucíase secreta irritación que hizo colorear su rostro, muy pálido de ordinario.

—De modo que á lo que se ve, sois conocidos,—dijo cambiando de conversación y dirigiéndose á Jorge.—¿Cómo os hicisteis amigos?

—Por una casualidad. En una de mis ex-

curSIONES ví al pasar por el camino de Val á esta señorita, sentada en el tronco de un árbol caído. Sin duda soñaba, porque parecía medio dormida y su rostro me llamó la atención al notar que tenía una notable semejanza con...

—¿Con quién?—preguntó Rosa con mucha curiosidad.

—Con mi madre.

—¡Ah!—exclamó el Médico con acento balbuciente.—Os figuráis que se parece.

—Es que es una semejanza notable, casi increíble, Doctor; ¿hice mal en pedir que me permitiese hacer un boceto de su retrato?

—En lo que consentí inmediatamente,—contestó Rosa.

—Era preciso apresurarse, porque esta señorita puede permanecer poco tiempo aquí, y desde hace algunos días que no abandonamos ni un momento el trabajo. Aquí tenéis el boceto, comparad ahora, Doctor, porque me avergüenza el no poder dar á la obra todo el realce que se merece el original. Con todo, creo que podrá ser el principio de nuestra amistad...

—Pasajera,—interrumpió el Médico con acento muy rudo,—amistad que pronto se olvidará, porque supongo que ni el uno ni el otro estáis destinados á encontraros con mucha frecuencia, porque seguís caminos muy distintos.

—Tenéis mucha razón, señor Montel,—dijo Rosa.

Jorge no se conformó con las palabras del Médico.

—Los hombres no son montañas,—repliqué,—y desde Cours-la-Reine al Mercado no hay tanta distancia.

Miróle Montel con extraordinaria severidad.

—No conviene que os hagáis muchas ilusiones,—dijo bruscamente.

—Sí, no conviene hacerse ilusiones, porque á las veces son muy contrarias á la tranquilidad de las jóvenes.

—Os juro, Doctor, que no me hago ninguna,—respondióle Rosa.

—Porque lo que os rodea y veis, no es lo más á propósito para ilusionaros, y en cambio la vida os da lecciones muy duras, hija mía, ¡pobre niña!

—Ya concluí!—dijo Jorge.

—¿A quién destináis ese cuadro?

—¿A quién? Pues le quiero para mí, porque me recordará los mejores días de mi vida.

—¿Y me voy á quedar sin nada?—dijo Rosa.

—¿Me permitís que os lleve una copia?

—¿Vos?

—En persona, sin más vehículo que mis pies.

—Mi madre tendrá gran alegría al recibirlos; pero veréis una casa muy pobre y que no se parece en nada á vuestros lujosos salones de Morville ó de Paris. Somos muy pobres, señor Jorge.

—Con el tiempo podéis no serlo, ¿quién sabe?

El Médico moviase en su silla al oír esta conversación con tanto frenesí como si bajo el asiento tuviese un brasero encendido.

—Me olvidaba de mis enfermos,—dijo,—é hice muy mal; hasta otro rato, hija mía, tened valor para soportar las pruebas de la vida, y conservad siempre vuestro buen humor.—Volvióse hacia el pintor.—Tengo que hablaros, Jorge, ¿queréis tener la bondad de acompañarme?

Cogió una mano de la joven que estrechó muy emocionado entre las suyas al mismo tiempo que la contemplaba con acendrada ternura.

Alejóse luego bruscamente y acercándose al caballo desató las riendas echándosélas sobre el cuello.

—Nos seguirá como un perro. Venid, Jorge.

Alejáronse de la casa del pescadero y al poco rato exclamó el Médico encarándose con Jorge:

—¿Sabéis lo que estáis haciendo de algunos días á esta parte? Estoy seguro de que vais á decirme que un retrato.

—Eso mismo que decís.

—Pues no es así, sino que estáis cometiendo una mala acción.

—Permitidme, querido Doctor, que os manifieste que no estamos conformes.

—Os repito que cometéis una mala acción.

—Os ruego que os expliquéis.

—¡Estáis trastornando la cabeza á esa pobre joven, despertando en ella una porción de sentimientos que hoy están adormecidos, y la deslumbráis con vuestro lujo!

Jorge de Kerhoët apoyó una mano en el brazo del Médico para interrumpirle.

—¿Queréis decirme, señor Montel, — preguntó haciendo una mueca muy expresiva, — en dónde está mi lujo? ¿En mi sombrero de paja de los más ordinarios y en mi chaquetón de pana propio de un pescador ó marinero? ¡Mi lujo!

—Se trata de cosas muy serias, amigo mío, y por mal vestido que os presentéis sois y seréis siempre el hijo del almirante conde de Kerohët y heredero de una docena de millones. Si, es preciso que tengáis presente que esta tarde esa joven se dirá al sentarse en las duras banquetas de un coche de tercera, que por la noche, al entrar en su pobre habitación, y mañana, por la mañana, al levantarse para ir al trabajo, se dirá no sin amargura: *¡Y á pesar de esto tengo amigos que me adulan quedándose extasiados ante mis gracias, que se embelesan contemplando mi belleza, y esos amigos tienen miles y miles de francos, y si no, ahí está, por ejemplo, el señor Jorge de Kerohët, mi vecino, el amo de Morville, y como ese podría presentar otros muchos si quisiese. ¿Os parece, querido Jorge, que esas reflexiones son buenas para inspirar valor á nadie? ¿Lo creéis?*

Expresóse el doctor Montel con mucha animación.

—¡Doctor!—exclamó el joven interrumpiéndole al observar su acaloramiento.

—Conozco mucho á los hombres y sé, por haberlos tratado á fondo, el aprecio que merecen y hasta donde pueden llegar; son muy aficionados á hacer daño porque sí, y no hay necesidad de que nadie les impulse.

—Pero señor Montel...

—Soy para esa joven una especie de tutor secreto, y tengo mis motivos para defenderla. ¡Ah!—añadió después de una pausa.— ¡Si se tratase de una de esas señoritas á las que guarda su madre y rodean institutrices y doncellas, me guardaría mucho de intervenir ni de decir ni una palabra! Pero no, aquí se trata de una desventurada joven que está entregada á sus propias fuerzas, y me da lástima, aparte de que, como ya os dije antes, tengo mis razones para preocuparme con lo que hace ó deja de hacer.

—No os pregunto qué razones son esas,— repuso Jorge.

—¡Oh!—replicó.—Esas razones no tienen nada de misterioso. En otros tiempos fui amigo de la familia Godin, y tuve ocasión más de una vez de presenciar las miserias por que pasó la madre desdichada de esa joven, y soportó esas miserias con una resignación que en mi concepto es una de las formas de la virtud. En cuanto á Rosa está dotada de una energía y de un valor muy superiores á sus años; la sigo desde lejos y sé que jamás se quejó ni desfalleció, y á pesar de lo rudo del oficio á que se dedica

nunca perdió su buen humor, ¡y bien sabe Dios que no la faltaron motivos para ello! En una palabra, Jorge, que no quiero que nadie la mime ó la adule, y vos menos que ninguno, porque por vuestra parte la falta tendría muchísima gravedad, seríais un criminal...

— ¡Ah! Entonces, ¿es un crimen el amar?

Al oír esta contestación púsose muy pálido, casi livido el Médico. ¡Amarla Jorge! ¡Amarla su hermano! ¡Esto era imposible!

— Tranquilizáos, querido señor Montel, — dijo el joven, — que no tengo la menor intención de amarla: pero si lo hiciese, mis intenciones serían tan puras como lo es el azul del firmamento.

— ¡Ya lo sé, pardiez! Está bien; pero el espíritu es demasiado rápido en el obrar y débil la carne. Creo que no ignoráis cuanto os aprecio, pues que os considero como á mi hijo por serlo de mi mejor amigo. Fundándome en esto, no puedo menos de deciros que no debéis tener relaciones de ninguna clase con esa joven de la que todo os aleja. Prometedme que seguiréis mi consejo y que no trataréis de verla.

— ¡Eso es pedirme un sacrificio, Doctor!

— ¡Tan pronto lo calificáis de sacrificio!

— Me inspira una profunda simpatía, una amistad casi fraternal, y me causaría una pena muy grande el darla el menor disgusto.

— Veo con gusto, Jorge, que soís un hombre de honor, y me entrego en vuestras ma-

nos. Prometí velar por ella, y por desgracia no puedo estar á su lado para cumplir con más eficacia mi promesa.

Llegaron en esto muy cerca de la casa de Montel y se separaron.

Volvióse Jorge muy cabizbajo á la casa de Godin devanándose los sesos, como se dice vulgarmente, para adivinar el enigma que encerraban las palabras del Médico. En el momento en que se disponía á penetrar en el porche oyó en el camino y á su espalda, el galope de un caballo, y se volvió para enterarse de lo que ocurría. El que se acercaba era uno de los lacayos de la Duquesa, que al ver á Jorge de Kerhoët le alargó una carta.

— Es para vos, señor Jorge, — dijo.

— ¿Espera contestación?

— No lo creo.

— Esperad, por si acaso.

Con un brusco movimiento rompió Jorge el sobre y rápidamente leyó la carta.

— Está bien, podéis marcharos, no tengo nada que contestar.

El lacayo espoleó el caballo y se alejó á escape de aquellos lugares.

La carta era muy lacónica. He aquí su contenido:

No vivo ni respiro desde que, á pesar de amarte con toda mi alma, Jorge de mi vida, dudo de tu cariño, y la incertidumbre en que paso la vida me mata, y quiero de una vez me tranquilices ó me condenes.

Esta noche va mi tía á Morville, en donde comerá y pasará la velada, y naturalmente irá con ella. Creo que no nos han de faltar ocasiones de encontrarnos á solas y así podrás decirme si tengo motivos para desesperarme ó si son vanos mis temores.

¡No olvides, Jorge de mi alma, que te amo y no amaré á nadie más que á ti!

ELENA.

—Bien mirado tiene razón,—murmuró Jorge;—es preciso decidirse y vale más que sea ahora que dentro de algún tiempo.

Rasgó la carta en menudos pedazos que arrojó al viento y se alejó de aquellos pintorescos lugares.

Entró en casa de Godin y halló á Rosa sentada bajo el quitasol é inclinada la cabeza sobre el pecho. Al oír el ruido que produjera Jorge al entrar, irguióse con mucha viveza.

—Me habéis asustado,—dijo,—estaba durmiendo, ¡qué calor más pegajoso! Estoy segura de que en París deben asarse.

—¡Lloráis!—la dijo Jorge.

Nególo Rosa, ¿por qué había de llorar? A decir la verdad, las palabras del Médico habíanla ofendido recordándola con extremada dureza la inferioridad de su posición, y esto, á pesar de mostrarse siempre cariñoso é indulgente con ella.

Rosa no podía por menos de confesarse á sí misma que en algunos momentos faltába-

la valor; esto era una lástima; pero, ¿quién podía remediarlo? ¡Se vivía tan bien en aquellos feraces campos!... En ellos y en compañía de su madre habría necesitado tan poco, una praderita, una casa tan modesta como pequeña, rosales y verde, y sobre todo aire, mucho aire. ¿A qué conduce desear lo que no se puede obtener? Era necesario que regresase á París y estaba decidida á hacerlo.

—¿De modo que estáis muy decidida á Marcharos?—dijo Jorge.

—Ya no me queda otro recurso, no soy libre.

—¿Me permitiréis al menos que os acompañe á la estación?—preguntóla.

Negóse Rosa, manifestando que iría á pie porque su equipaje no era muy pesado; pero insistió Jorge y al cabo tuvo que acceder á los deseos de éste.

—Vais á contribuir á que me haga engañosas ilusiones,—contestó la joven recordando su maliciosa alegría.

Sucedía esto poco antes del medio día, y Jorge se marchó llevándose todos sus utensilios, y francamente su aspecto era muy poco elegante y si más bien grotesco.

—¡Tengo todo el aire de un mozo de cordel!—se dijo.—¿Y mi lujo?

Al llegar á Morville la primera persona á quien encontró fue á Marta, la señorita de compañía, la inglesa, como la llamaban los criados.

—¡No os mováis, miss!—exclamó Jorge

al verla.—Ahi tengo asunto para hacer otro cuadro.

—¿Queréis que os ayude á desembarazaros de todos esos chismes?—le respondió en inglés la joven.

—La oferta es de esas que no pueden rechazarse, miss,—replicó Jorge en el mismo idioma.

Marta era francesa, pero había llegado hacia muy poco de Inglaterra y hablaba el inglés con una pureza extraordinaria, tanto que al oírla habriase equivocado creyéndola inglesa.

Cogió Marta el cuadro y al ver el retrato lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Cómo me agradaría ser tan linda como el original de ese cuadro!—dijo.

—¿Lo sois tanto como ella, miss!

—¿Oh! ¡Sé perfectamente, señor Jorge, lo que valgo, pues tengo un amigo que todas las mañanas me lo advierte con entera franqueza, y es un amigo que jamás mintió.

—¿Y quién es?

—Mi espejo.

Fijábase Marta con extraordinaria insistencia en el cuadro, y no le era posible separar los ojos de él. De pronto se volvió y dirigiéndose á Jorge preguntóle con gran ansiedad:

—¿Queréis hacerme el favor de decirme cómo se llama la persona que os sirvió de modelo?

—Rosa Godin.

—¿Decis que Rosa Godin?

—Sí.

—¿Oh! ¡Dios mío!

—¿Qué tenéis miss?

—Ese nombre, esa semejanza tan notable... debía haberlo adivinado... es ella.

—¿Ella! ¿Y quién es ella?

—Una niña con la que me crié en una aldea, y con la que viví hasta que cumplí diez años. ¿Qué es de ella?

—Sigue el mismo oficio que su madre, es vendedora en el mercado.

—¿No está en el gran mercado de París?

—Sí.

—¿Pobre Rosa! ¡Cuán dichosa me consideraría pudiéndola ver!

—No hay nada más fácil que verla, pero es preciso que os apresuréis, porque hoy, por la tarde, vuelve á París.

—¿En dónde está?

—Al pie de la cuesta de Morville, en esa gran casa destartalada y derruida que es de su abuelo.

—¿Es la que llaman de los Godin?

—Sí, esa misma.

—Gracias.

A eso de las cuatro, Jorge de Kerohët, vestido á la sazón con traje elegante, apeóse de un lindo carruaje de campo, al que estaba enganchado un buen caballo de raza, y se detuvo asombrado ante el umbral de la medio derruida casa de los pescaderos.

Ante sus ojos tenía un asunto á propósito para un tercer cuadro. Las dos pobres jóvenes educadas en la aldea de Fresne estaban

abrazadas y llorando de alegría al volverse á ver tras largos años de separación.

Ambas, al oír el ruido del carruaje, comprendieron que había llegado el momento de separarse.

—Nos escribiremos,—dijeron á una.

—Te lo prometo,—dijo Marta,—porque puedo disponer de más tiempo que tú.

—Sí, escíbeme, y así tendré con frecuencia noticias de la tierra.

Jorge interrumpió estas expansiones de cariño diciéndolas:

—Los señores viajeros que van á París pueden subir al coche.

Mordióse Rosa los labios, y á pesar de sus esfuerzos para reprimirlas, asomaron á sus ojos las lágrimas.

—Estás muy triste,—la dijo Marta.

—¿Acaso no me sobran motivos para estarlo?—contestó Rosa.—Puedo considerarme como completamente abandonada de todos; mi abuelo sabe que voy á marcharme, y no obstante no se halla aquí para que me despida de él.

—¡Ahí le tenéis!—dijo haciendo un gesto de disgusto la anciana que servía de criada al pescadero.

Presentóse, en efecto, el antiguo pescadero, vestido con una blusa azul rota por los codos, remendada por muchos sitios, llena de polvo y barro que aún no estaba seco, y recogido todo sin duda en el fondo de alguna zanja, porque el cielo estaba muy despejado y el barómetro fijo en el buen tiempo.

El estado de aquel desdichado, su canción y su voz vinosa y cascada no podían ser más lamentables.

Al atravesar la carretera por en frente de la puerta de su casa, lo hizo describiendo una serie de arabescos en vez de seguir la línea recta de la que era un decidido adversario.

Paróse al ver el carruaje delante de la puerta de su casa, y trató de ponerse derecho, pero sus piernas no le obedecieron y se acercó tambaleándose y llevando la mano al agujereado sombrero.

—Servidor vuestro,—balbuceó,—dispensadme... me fui á tomar el sol... no esperaba visitas... desde que esa guapa chica está aquí, viene mucha y buena gente á verla.

—Adios, abuelo,—dijo Rosa poniéndose tan encendida como la grana y ardiéndola el rostro con los colores de la vergüenza.

El borracho se llevó las manos al bolsillo y buscó en ellos con aire de consternación.

—Hubiera querido,—dijo, hacerte un regalo, pero no tengo ni un céntimo, hija mía; todo me lo bebí, y me quedé sin blanca. Y ahora que lo pienso, no necesitarás nada puesto que arrastras coche. ¡Diablo! Eres hermosa como un sol, y te aseguro que no te ha de faltar nada, tendrás todo lo que quieras.

—Adiós, abuelo, lo mejor que podéis hacer es marcharos á dormir.

—Tiene razón la chica; parece que las nieblas me obscurecen los ojos y que tengo pe-

sada la cabeza: dormir es una cosa muy buena, pero el beber es mucho mejor. Adiós.

Echóse sin más cumplimientos en el talud cubierto de hierba al lado de la casa, y balbuceando repitió su estribillo:

—¡Raza de bastardas!

—Vámonos,—dijo Jorge deseando terminar aquella escena que impresionaba dolorosamente á la joven.

Mientras tanto Mariana tiraba con violencia del brazo del viejo, que se había quedado completamente dormido con ese sueño le-tárgico propio de los borrachos y le daba voces diciéndole:

—¡Es una mala vergüenza lo que estáis haciendo! ¡Un hombre de vuestra edad! ¡Y delante de gente extraña y de vuestra nieta!

El borracho cuidábase tan poco de los extraños como de una brizna de paja, y continuó roncando lo mismo que un abejorro.

Desde lejos despidióse Marta de Rosa enviándola un beso con la punta de los dedos, y el caballo arrancó llevándose tras sí el carruaje lo mismo que si le pesase tan poco como una pluma.

Echóse Rosa á llorar no pudiendo contenerse, y Jorge se conmovió al ver su pena.

—¿Por qué os afligís de esa manera?—la preguntó con acento cariñoso.

—Si, tenéis razón, me affijo demasiado; pero es porque ese espectáculo me apena mucho, muchísimo.

Un sollozo, que no quiso contener, hinchó su pecho de escultural forma.

—La miseria no es nada y se sufre con resignación,—dijo;—pero el presenciar esas escenas y oír lo que me dicen, es superior á mis fuerzas. ¡Hasta mi abuelo, ya lo oísteis, me cree lo mismo que los demás, capaz de cualquier cosa, y sin embargo!...

Prefirió callarse porque iba á añadir:

—Bien sabe Dios que no merezco esas injurias.

A los pocos minutos, y al acercarse á las primeras casas de Trouville, secóse las lágrimas que humedecían sus mejillas, é hizo un esfuerzo para tranquilizarse y sonreír.

—Esa es una de las desgracias que suceden á los que no son ricos,—dijo la joven,—nadie quiere creer que una mujer pueda ser honrada cuando no tiene bienes de fortuna. No pensemos más en semejante cosa.

—Podéis contar con mi adhesión y estad segura de que jamás os faltará mi amistad.

—¡Ah! ¿Y qué queréis que se figuren? ¿Por qué os interesáis por mi madre y por mí? El señor Montel tiene razón y es preferible que no volvamos á vernos. Quedaos en vuestra esfera y nosotros en la nuestra.

—Veo que hoy son muy sombríos todos vuestros pensamientos.

—Es cierto, jamás fueron tan sombríos como hoy al marcharme de estos lugares.

—¿Y por qué?

Dió el coche la vuelta alrededor del patio de la estación, y al pararse delante de la puerta, Rosa cogió su equipaje, que se reducía á un poco de ropa blanca envuelta en

un pañuelo viejo de seda, y saltó al suelo.

—¿Vamos á separarnos tan pronto?— preguntóla su conductor.

—No tardaréis mucho tiempo en olvidarme, ¡hace tan poco que nos conocemos!

—A mí me parece, por el contrario, que hace un siglo, y sin embargo, las horas pasan como segundos.

—No os empeñéis en echarme flores, porque no me gustan. Dejadme en paz.

—Si algún día tenéis quebraderos de cabeza acordáos de que podéis disponer de un amigo verdadero.

—¡Sois muy bueno!

—No tengo ningún mérito para haceros ese ofrecimiento; basta miraros.

—Adiós,—dijo Rosa.

—Adiós, no; hasta la vista.

—Como queráis,—contestó la joven con una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Cambiaron la última mirada y estrecháronse la mano confundiendo después Rosa entre la muchedumbre que llenaba la estación, que estaba muy animada porque empezaba la semana de las carreras.

Al mismo tiempo que Rosa entraba en la estación llegaba á ésta un tren procedente de París.

Dos caballeros que habíanse apeado de un vagón de primera clase detuviéronse á pocos pasos del carruaje del señor de Kerohët para mirar de pies á cabeza y con marcada persistencia á la joven.

De los dos, el de más edad tendría unos cincuenta años, pero nadie habría dicho tenía más de cuarenta. Con su elegante terno gris, una rosa en el ojal de la americana y su sombrero hongo, tenía un aire muy juvenil. Conservaba aún todo el cabello en el que hacia las sienas asomaban algunas canas; tenía el cutis muy terso, sin una sola arruga, y todo en él era irreprochable y de una extremada distinción.

Su compañero, mucho más joven, era de aspecto más grave y vestía levita abrochada resaltando sobre el negro del paño la roseta roja de una condecoración, y al parecer no contaba más años que treinta ó treinta y cinco. Era muy rubio, parecía un escéntrico inglés con sus patillas un poco largas, resto del rostro afeitado, nariz recta, delgados los labios y ojos grises, de mirada un tanto dura.

Este último llevaba al brazo con elegante indolencia un sobretodo claro, y en todo su conjunto presentaba él tipo correcto del diplomático, pero su fisonomía distaba mucho de ser tan franca como la de su compañero. En ella traslucíase un no sé qué de falsedad y socarronería que no era lo más á propósito para inspirar confianza á nadie. Ambos permanecieron en observación hasta el momento en que habiendo tomado Rosa su billete en el despacho de la primera sala, penetró en el andén.

De los dos recién llegados, el más joven era el marqués Roberto de Breynes, antiguo

Secretario de embajada, y el otro su primo hermano, el duque de Rouévres.

Al desaparecer Rosa dirigiéronse los dos hacia el coche de Kerhoët que no les había visto hasta aquel mismo momento.

—¡Voy aquí, Duque!—dijo Jorge al señor de Rouévres.—No os esperaba esta noche, la Duquesa está en Morville.

—¡Ah!

—Y ya que vuestra esposa y sobrina comen en mi casa, os suplico que vengáis conmigo.

El Duque y su compañero se consultaron con la mirada.

El marqués de Breynes hizo algunas objeciones que Kerhoët procuró refutar, y los recién llegados ocuparon el lugar de la pobre viajera que á la sazón se dirigía á París.

El caballo describió una gran curva impulsado por la mano de su conductor en el patio de la estación, y al gran trote siguió el camino de Pont-l'Évêque.

Pasados unos minutos y apenas recorridos cien metros, el Duque se encará con el amable conductor, preguntándole sin ambages:

—¿Quién era esa aldeana que acompañasteis á la estación?

—¿Qué aldeana?—replicó.

—Vamos, amigo Kerhoët. No empecéis ahora á hacer misterios. Esa joven del vestido gris.

—No es una aldeana, sino una verdadera parisién.

—Lo habría jurado,—observó el Mar-

qués.—¡Bah! ¡Descendéis mucho, querido!

—¿Qué estúpido soy!—exclamó el Duque.—Debi haberlo conocido en seguida, ¿en dónde demonio tenía yo la cabeza? Una aldeana no puede tener nunca esa apostura, esos ojos, y sobre todo, ese color de la tez que sólo se adquiere en París, ¿qué venía á hacer aquí?

—Vino á visitar á su abuelo.

—¿En dónde vive?

—Vamos á pasar por delante de su casa y os la enseñaré.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué falta os hace el saberlo?

—¿Y qué inconveniente podéis tener en decírmelo?—replicó el duque de Rouévres.

—Se llama Rosa Godin.

—¿En dónde anida?

—Os vais á asombrar mucho cuando os lo diga, querido Duque.

—¡Asombrarme yo! ¡Cá! Estoy hecho á prueba de bomba, y os aseguro que aun cuando en París viese salir una Venus de una alcantarilla, ni siquiera pestañearía.

—¡Demonio!

—¡Se ven cosas tan extrañas amigo Kerhoët! Pará que veáis que no os engaño, os voy á contar lo siguiente: Una noche me hallaba en un palco de un teatrillo de cuarto ó quinto orden, y con la ayuda de mis gemelos descubrí una maravilla, allí no había ni afeites de ninguna clase, ni falso oropel, sino naturaleza y verdad; nada de arte; ¡la hermosa naturaleza en todo su esplendor!

¡Una cabeza de ángel que servía de remate á un cuerpo de formas esculturales!

— ¡Un modelo entonces!

— Si, y me informé sin discreción y supe que descendía en línea recta de una familia fundada por un trapero y una barrendera y que había tirado la espuerta y la escoba y no deseaba más que emprender nueva vida por distinto camino.

— Y por supuesto, vos no tuvisteis ningún inconveniente en enseñárselo.

— Es natural.

A Jorge Kerhoët no le era muy simpático el duque de Rouévres, y sin embargo, al oírle hablar de esa manera no pudo menos de sonreírse.

— ¿Y la pusisteis en camino? — preguntó Kerhoët.

— El marqués de Breynes, aquí presente, me ayudó de una manera muy eficaz, y ahora esa joven tiene cuanto necesita, un hotel, criados, coches, diamantes... Confieso que siempre fui muy débil ante esos pájaros de espléndido plumaje, pero francamente, conozco muy pocos que valgan tanto como vuestra hermosa protegida.

— ¿De veras?

— ¡Os doy la palabra más sagrada de que es así! Y tengo la vanidad de creer que soy de los más inteligentes en la materia, ¿á qué se dedica?

— Adivinadlo.

— No lo intentaré siquiera, son tantos y tan poco lucrativos los oficios á que una mu-

jer puede dedicarse en París, que no quiero devanarme los sesos.

— Está en el Mercado.

— ¿En algún escritorio?

— No, es una pescadera.

— ¡Con esas manos! ¡Porque la verdad es que son soberbias como el resto del cuerpo!

— ¿Cómo es posible que os hayáis fijado en ese detalle?

— No se me escapa ninguno cuando se trata de una mujer bonita.

— Siempre tendréis veinte años, querido Duque, — dijo Jorge de Kerhoët.

— Hasta que exhale el último suspiro.

— Mirad, ahí tenéis su cuna, el domicilio de sus abuelos.

— ¿Esa cabaña tan fementida?

— La misma.

— Una zahurda en la que yo no metería mis perros, ¿y decís que es virtuosa?

— Es una mujer honrada.

— Tendría castillos si quisiese.

— ¿Lo creéis así?

— Por mi parte no tendría inconveniente en darla uno... pequeñito.

— Será posible; pero como ella no quiere no hay caso; á eso queda reducido todo.

— No hagáis caso, — dijo el Duque á Jorge, — las damas de la baraja no le son muy favorables, y las otras hace tiempo que le volvieron la espalda, hasta la descendiente del trapero y la barrendera, y sólo Dios sabe cuánto le cuesta!

El Marqués quiso hacerle callar con una

señal de inteligencia, mas no lo consiguió porque el Duque estaba de buen humor, y añadió á manera de consuelo:

—Sé perfectamente lo que es eso, porque pasé por ello más de una vez. Creedme, amigo mío, un buen casamiento os proporcionará los medios de tapar todas las brechas de vuestra fortuna, ¿qué mejor empleo puede desear una rica heredera?

El caballo se detuvo ante la escalinata del palacio de Morville.

El día había sido de los más ardientes del estío, pero á aquellas horas las brisas de la costa refrescaban algo la atmósfera.

La Duquesa y la señora de Kerhoët estaban sentadas en la terraza tomando el fresco, y al ver al Duque cambió de color el rostro de Valentina. Saludó el Duque, y acercándose á la Condesa apoderóse de una de sus manos, que llevó á los labios.

—Aquí al menos creí que estaría libre de vuestra presencia,—dijole en voz baja,—y no esperaba veros.

—Fue vuestro hijo el que me hizo venir, hermosísima Condesa.

Con algún esfuerzo reprimió la Condesa un gesto de despecho al observar que el Duque de Ronévres hallábase frente á ella con la misma tranquilidad que si estuviese en su butaca de la Opera ó en el foyer del cuerpo de baile.

—Contenéos, amiga mía,—dijo, dándose aire con su pañuelo,—os lo aconsejo, porque si no cualquier día vais á venderos.

Dicho esto hizo una pirueta sobre los talones, encarándose con la Duquesa y el marqués de Breynes, que hablaban formando un grupo aparte.

—Para mí, es cosa indudable que no se encuentran en el mundo dos sitios tan agradables como Morville,—les decía.—¡Esto es un verdadero Paraíso! ¡Encantador bajo todos los aspectos! ¿No os parece lo mismo, de Breynes? ¡Y pensar que ese marino prefiere á esto el andar recorriendo el mundo y sufriendo los antojos del mar en barcos llenos del polvo del carbón de piedra! No es que sea malo, pero sí que tiene una extraña pasión por los viajes.

La Condesa pretextó que tenía que dar algunas órdenes y se retiró.

Jorge hizo que el coche diese la vuelta á un macizo de flores y lo llevó á las cocheras donde echó las riendas en manos de un palafrenero.

—Venid, tengo que hablaros.

Volvióse Jorge y hallóse cara á cara con Elena de Restaud, casi tan descolorida como su traje de color blanco marfil, con cintas azules. La joven tenía contraído el rostro é inquieta la mirada, y esto la afeaba un poco, por más que era encantadora, pero ó sufría mucho ó la dominaba gran ansiedad.

—Habréis leído mi carta,—dijo fijando su mirada en Jorge con expresión de temor ó de súplica.

Jorge cogió la mano de la joven é hizo que se apoyase en su brazo, y procuró ale-

jarse de allí sin responder hasta llegar á bastante distancia de la terraza, á un lugar en que los copudos árboles desparramaban sus ramas á treinta pies del suelo.

—Van á tocar la campana para la comida, —objetó.

—No necesito mucho tiempo para pedirós una explicación, pues con una sola palabra podéis, Jorge, hacerme la más feliz ó desventurada de las mujeres, ¡con una sola!

—¿Es tan grave, —murmuró Jorge, —y vuestra felicidad depende de un capricho mío?

—Sí, mi dicha, mi felicidad, —contestó Elena.

—No os comprendo...

—¿No veis que desde hace tiempo no vivo y que me estoy muriendo de pena?

—¿Por qué?

—¡Y tenéis valor para preguntármelo! ¡Porque comprendo que nos separa un misterioso obstáculo, y que ya no me repetís vuestros juramentos y promesas, que quizás vais olvidando! Cómo siendo, en fin, que entre nosotros se interpuso alguien que me roba vuestro cariño, que para mí es más que la vida, que es mi única esperanza.

—¡Sois muy exaltada!

—¡No! ¡Es que adivino lo que sucede!

—¿Y qué es lo que sucede?

—¡Que tal vez amáis á otra! Lo que si es seguro que no me amáis á mí.

Quedóse silencioso y pensativo Jorge, que en el fondo de su alma no sabía cómo defi-

nir los sentimientos que le dominaban á la sazón.

Elena aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban para hacer ostentación de su cariño hacia el heredero de los condes de Kerhoët, y en vista de sus libertades y franquezas nadie dudaba acerca de que su casamiento con Jorge era un hecho, y este mismo no ocultaba sus preferencias.

Cuatro meses antes de ocurrir la escena que narramos, la señorita de Rouévres tuvo que emprender un viaje al Mediodía y á Italia, en donde tenía que resolver graves asuntos, y Elena se quedó en París con su tío.

Sucedió esto durante la primavera, y pasaron algunas semanas hasta llegar un día en que la condesa de Kerhoët dió una fiesta campestre en su magnífica quinta de Savinex en Seine-et-Marne, muy cerca de Corbeil. El baile se prolongó hasta las dos de la madrugada, y la Condesa no permitió que Elena se retirase de su casa á una hora tan avanzada.

Retiróse Jorge á su cuarto é iba á quedarse dormido en el momento en que la puerta se abrió y cerró bruscamente, y ante sus ojos se presentó la señorita Restaud con uno de esos vaporosos trajes de noche, y al ver al joven lanzó un grito fingiendo que se había equivocado de cuarto y queriendo huir.

A la media hora y con las demostraciones de la más ardiente pasión, murmuraba al oído de su amante de un momento:

—¡Estoy perdida para siempre, pero te adoro!

Desde ese momento la amistad de Jorge hacia Elena, que tan viva era antes de una hora de locura, empezó á amenguar de día en día, de la misma manera que si el desprecio hubiese matado al amor.

No por eso dejó Jorge de mostrarse galante y deferente, pero en cambio encerróse en una reserva que semejábase más á un mudo reproche que á otra cosa, y no habló más del casamiento.

Observando esto comprendió Elena que tal vez la amistad sobreviviría á la desaparecida estimación, y que el hijo de los condes de Kerhoët no quería para esposa á una mujer que había sido bastante débil para llegar á ser su querida. A pesar de creerlo así, trazóse un plan proponiéndose no separarse ni un solo instante de él.

—¿Qué era lo que antes me prometiais cuando vagábamos juntos durante esas noches de invierno tan semejantes á las de primavera de otros países, por las orillas del azulado mar Mediterráneo?—dijo Elena expresándose con mayor vehemencia.—¿Qué fue lo que me repetisteis en París cuando bailábamos estrechamente abrazados entre la brillante multitud ó en el fondo de vuestro palco de la Opera mecidos por los acordes de la música que llegaba hasta nosotros? ¿Que seríamos el uno del otro, que nos amaríamos, que no amaríais á nadie más que á mí! ¿Eso fue lo que me dijiste!

—¡Elena!

—Me lo juraste,—prosiguió diciendo la joven con voz vibrante,—en los paseos del Bosque cuando galopábamos el uno al lado del otro durante las mañanas de abril.

—¡Es verdad!

—¡Ah! ¿No lo has olvidado?

—No.

—Y en aquella noche tan funesta como encantadora me prometiste que no serías de nadie más que mío.

—Elena, os suplico por favor...

—¿Por qué callas ahora?...

—No os engañé entonces...

—¡Con qué frialdad lo dices!

—Os sigo amando siempre...

—Sí, como si fuese una amiga, una hermana,—interrumpió Elena expresándose con amarga ironía.—Ese amor, pasión ardiente en Niza, tan ardiente al despertar de la primavera, tan grande entonces, apagóse de pronto, ¿no es eso lo que quisisteis decir, Jorge? Convirtiéndose en un cariño fraternal, frío como una nevera, frívolo como esas amistades de colegio ó de taller. ¡Dime! ¿Es eso lo que yo podía esperar cuando juntos, entrelazadas nuestras manos soñábamos despiertos ambos bajo los naranjos, y cuando, aún me parece que oigo tu voz, me dabas cuenta de cuales eran tus proyectos para el porvenir.

Inclinóse Elena al decir estas últimas palabras hasta tocar casi en el oído á Jorge, y añadió con ardiente pasión:

—Sí, te amo, y tu frialdad me desespera... me mata...

Estaban tan juntos que Jorge podía sentir las palpitations del corazón de la joven, y ésta temblaba del mismo modo que la hoja en el árbol á impulso de violenta racha de viento del Oeste.

—¡Jorge, por Dios, respondedme pronto con toda sinceridad!

—Sea, escúchame, Elena: Paréceme que sufro los ataques de extraña é incomprensible enfermedad.

—¿Cuál?

—¡De la duda! Dudo de todo, de los demás y de mí, y casi hasta de la justicia de Dios, quisiera defenderme y no puedo, ¿qué es lo que veo á mi alrededor? A mi pobre madre abandonada, á mi padre desterrándose voluntariamente, alejándose de los goces de la familia, no viendo á ésta más que á largos intervalos, deteniéndose en su casa tan poco como el viajero se detiene en la hospedería. Esa es una separación verdadera, disfrazada bajo una conveniencia mundana con una habilidad y unos subterfugios que no engañan á nadie, ¿á qué causa se debe? Lo ignoro, pero os puedo asegurar que, á medida que trato de penetrar ese misterio que me rodea, póngome más triste y creo menos en todo. ¿Acaso no sucede, Elena, lo mismo en vuestra propia casa? El duque de Ronévres es en ella un huésped, no el amo, y pasa las noches en claro en un círculo, en las reuniones ó en cualquiera otra parte, y

siguiendo el ejemplo de sus semejantes, es un desertor del hogar. Si, Elena, la familia se disloca, los esposos huyen unos de otros y se reúnen únicamente por forma, para que la sociedad que les rodea y observa no diga nada de ellos; se unen nada más que para no dar pábulo á la murmuración, y porque así conviene á sus intereses, y ¡qué queréis que os diga! semejante espectáculo me descorazona y me turba de mala manera. ¿Qué marido sería yo si bastase el ruido de una alegre fiesta, ó una pasión irreflexiva para olvidar y profanar lo que hay más sagrado para el hombre de corazón, la juventud de una niña confiada á nuestros cuidados y el honor de su prometida? Porque tenéis razón, Elena, vos continuaréis siendo la misma.

Estremeciéndose la señorita Restaud al oír estas palabras, y su brazo apoyóse con más fuerza y ternura en el de Jorge.

—Me sucede,—siguió diciendo éste,—que hay momentos en que dudo de mí mismo y sospecho si llegará un momento en que no tendré fuerzas para contener mis arranques; en una palabra, que estoy contagiado, que sufro la enfermedad de la época, y que temo cargaros con una cadena demasiado pesada.

—Es que yo quiero que sea así.

—¡No me atrevo á resolverme!

—¡Sé franco, y acaba de una vez!—exclamó Elena con apasionado arraque.—Dime que no cuento con tu estimación, que me desprecias pesándote tus juramentos, y

que quieres volverte atrás de tus palabras...

—Te juro que...

—¡No jures, porque no te creo! Ahí tienes lo que tanto miedo tenía de oír. ¡Sé libre y tu libertad es mi perdición!

—¡Tu perdición!

—Sí, porque el mundo querrá saber en qué se funda esa negativa; la promesa era pública y romper una intimidad de la que quizá adivino la causa. ¡Ah! ¡Desventurada de mí, por qué te habré escuchado! ¿Por qué habré dado fe á tus engañosas palabras?

—¡Es una locura lo que estáis diciendo, Elena!

—Pues bien; sí, estoy loca, porque yo, que accedí á todo, que fui tan débil que no supe negarme á nada en esa noche tan hermosa como funesta, y de la que no me atrevo apenas á acordarme, te creí cuando de rodillas me jurabas eterno amor. ¡Ah! ¡Aun cuando viviese cien años me acordaría de ese momento de locura!

Callóse sofocada, rechinando los dientes y descoloridos los labios.

—Acaba, —dijo Jorge.

—Me mataré; ó no, será mejor que viva para vengarme, no de tí, sino de las personas que me robaron tu amor.

—¡Quimeras!

—No son quimeras, comprendo que amas á otra.

Meneó Jorge la cabeza con aire de duda.

—¿A Marta, sin duda, á esa extranjera que vive á tu lado?

—¡Pobre niña!

—O bien, á esa otra, á esa vendedora de plazuela, de la que tanto alabaste los encantos y perfecciones.

—¡Rosa Godin!

—¿Y por qué no? ¡Esa es una mujer hermosa! La he visto, sí, quise verla porque tengo celos; soy celosa, será una estupidez, ¿no es verdad? Todo lo que quieras, pero tengo celos de cuantas se acercan á tí desde el día en que te alejaste de mí. No sé de donde procede el golpe que me hiere, pero no ha de dolerme el trabajo que emplee para descubrirlo; buscaré y encontraré, tranquilízate, y el día en que lo sepa, te juro que no retrocederé ante nada para devolver todo el daño que me hicieron.

—Nunca os ví así ni os oí explicaros de esa manera, confieso que me asustáis, Elena.

—Es que antes no tenía que defender mi honor el cual te entregué y lo quiero, ¿lo oyes? y te juro ser una mujer tan honrada como la que más. Si quieres te amaré de rodillas, y si me rechazas no sé lo que será de mí. Acuérdate únicamente de que te amo, y que si reniegas me inferirás una herida que será la causa de mi muerte.

Pronunció Elena las últimas palabras con tanta ternura, que Jorge se afectó.

Habíanse alejado por uno de los senderos del parque olvidándose de la hora que era y que les recordó la campana del castillo.

Detúvose Jorge y dirigiendo una mirada compasiva á Elena la dijo:

—Eres una niña enferma y oyéndote me parece que estoy soñando.

—¡Respóndeme!

—Concédeme algún tiempo para meditarlo.

—¡Necesitas pensarlo!

—De aquí á mañana no hay tantas horas, — contestó Jorge eludiendo la pregunta.

—Sea, esperaré.

Dijo Elena y no añadió ni una palabra más, y únicamente al llegar delante de la escalinata, le preguntó:

—¿En dónde te veré?

Quedóse Jorge pensativo un momento contestando luego.

—A las diez de la mañana en la playa.

Era la señorita de Restaud de esas personas que saben dominar sus pasiones cuando es preciso, y dar en caso de necesidad á su rostro las apariencias de la tranquilidad más absoluta hasta aquellos momentos en que el fondo de su alma desencadenábase violenta tempestad, para que su transformación ó su calma pudiesen ser completas.

En el momento en que se presentó, era de noche, en el espléndido comedor de Morville, tenía su rostro una expresión de seráfica tranquilidad: ni una sonrisa más cariñosa que la con que acogió el saludo de su tío el duque de Ronévres podía expresarse.

Al marqués de Breynes dióle la mano con esa que se puede llamar la expresión de cordial simpatía.

La comida fue de las más alegres, y el

Duque dió pruebas de gran jovialidad y notable ingenio contando una porción de anécdotas de las más escabrosas, sin que durante sus relatos se le escapase ni una palabra de mal gusto ni una alusión que pudiese molestar los oídos más delicados.

El marqués de Breynes adornó la conversación con alguna palabra intencionada, y Elena de Restaud acudió en ayuda de su tío y de su primo para acribillar á los amigos ausentes con las saetas de su ingenio.

Al levantarse de la mesa los rojos resplandores del sol poniente cubrían el horizonte, y después de pasar un rato charlando en la terraza y contemplando el espléndido panorama que desde ella se divisaba, la Duquesa pidió su coche y la señorita de Restaud y el marqués de Breynes tomaron asiento en él.

El Duque se separó de su familia al llegar á la mitad de la cuesta manifestando que tenía deseos de dirigirse á pie y fumando un cigarro hasta Deauville, y la Duquesa accedió porque no estaba acostumbrada á contrariar sus caprichos.

Elena de Restaud aprovechó el momento en que el carruaje iba á arrancar, para decir al oído de Jorge: *¡hasta mañana!* mientras que el Duque por su parte dirigía una mirada que podía pasar por una orden á la Condesa.

Quedáronse solos madre é hijo, y Jorge dió un beso á su madre, que se volvía al castillo, quedándose durante algunos minutos apoyado sobre la balaustrada de granito

de la terraza, escuchando las notas del piano de Marta, que estaba encerrada en sus habitaciones, y conmoviéndole aún el recuerdo de la entrevista celebrada con Elena.

Para distraerse salió de los parterres y se internó en el parque.

¿Era sincera Elena y le amaba realmente con tanta pasión? Creyó Jorge que no había nacido para inspirar tanto amor, porque su carácter era demasiado poco alegre y caballeresca su actitud, y si tan vulgar como un pintorzuelo y alegre como un colegial. ¿A qué obedecía aquella repentina explosión de violencia y de celos?

Estas eran otras tantas preguntas que inquietaban á Jorge.

Echóse sobre la seca hierba y se abismó en la contemplación del horizonte en que se veían las purpúreas tintas de los últimos fulgores del astro del día.

¡Cuánto tiempo permaneció Jorge tendido allí entregado á sus cavilaciones y creyendo ver en sueños unas veces la casta y angelical cabeza de Marta y otras el rostro franco y leal de Rosa Godin ó la mirada llena de fogosa pasión de Elena de Restaud! Ni él mismo hubiera podido decirlo, y sólo un ruido de pasos que se aproximaba fue lo que le distrajo de sus meditaciones. Levantó la cabeza para enterarse de quién andaba por allí á aquellas horas y esperó.

XIV

Oprimiósele el corazón al contemplar el aspecto de las sombras que á él se acercaban indecisas en medio de la obscuridad que iba en aumento por momentos bajo la bóveda formada por el follaje.

Sin gran trabajo reconoció en una de ellas por su talle esbelto y apostura, á su madre. ¿Qué hacía á semejante hora acompañada de un hombre en las soledades del parque? ¿Quién era su acompañante?

La persona que acompañaba á la Condesa era el duque de Rouévres, que á la cuenta volvió sus pasos, y ese alejamiento fingido con los demás convidados obedecía sin duda á una extratagema convenida de antemano.

Encogióse Jorge como un gato entre las malezas y hierbajos que crecían entre los árboles del bosquecillo y que con sus frondosas copas impedían el paso de los últimos fulgores del crepúsculo vespertino que ya se confundían con el de las estrellas.

El grupo se detuvo á pocos pasos de Jorge de Kerhoët.

—Gracias á Dios,—empezó á decir el Duque,—que nos hallamos á solas, ¿seguiréis siendo tan intratable como siempre?

de la terraza, escuchando las notas del piano de Marta, que estaba encerrada en sus habitaciones, y conmoviéndole aún el recuerdo de la entrevista celebrada con Elena.

Para distraerse salió de los parterres y se internó en el parque.

¿Era sincera Elena y le amaba realmente con tanta pasión? Creyó Jorge que no había nacido para inspirar tanto amor, porque su carácter era demasiado poco alegre y caballeresca su actitud, y si tan vulgar como un pintorzuelo y alegre como un colegial. ¿A qué obedecía aquella repentina explosión de violencia y de celos?

Estas eran otras tantas preguntas que inquietaban á Jorge.

Echóse sobre la seca hierba y se abismó en la contemplación del horizonte en que se veían las purpúreas tintas de los últimos fulgores del astro del día.

¡Cuánto tiempo permaneció Jorge tendido allí entregado á sus cavilaciones y creyendo ver en sueños unas veces la casta y angelical cabeza de Marta y otras el rostro franco y leal de Rosa Godin ó la mirada llena de fogosa pasión de Elena de Restaud! Ni él mismo hubiera podido decirlo, y sólo un ruido de pasos que se aproximaba fue lo que le distrajo de sus meditaciones. Levantó la cabeza para enterarse de quién andaba por allí á aquellas horas y esperó.

XIV

Oprimiósele el corazón al contemplar el aspecto de las sombras que á él se acercaban indecisas en medio de la obscuridad que iba en aumento por momentos bajo la bóveda formada por el follaje.

Sin gran trabajo reconoció en una de ellas por su talle esbelto y apostura, á su madre. ¿Qué hacía á semejante hora acompañada de un hombre en las soledades del parque? ¿Quién era su acompañante?

La persona que acompañaba á la Condesa era el duque de Rouévres, que á la cuenta volvió sus pasos, y ese alejamiento fingido con los demás convidados obedecía sin duda á una extratagema convenida de antemano.

Encogióse Jorge como un gato entre las malezas y hierbajos que crecían entre los árboles del bosquecillo y que con sus frondosas copas impedían el paso de los últimos fulgores del crepúsculo vespertino que ya se confundían con el de las estrellas.

El grupo se detuvo á pocos pasos de Jorge de Kerhoët.

—Gracias á Dios,—empezó á decir el Duque,—que nos hallamos á solas, ¿seguiréis siendo tan intratable como siempre?

—Siempre.

—¿No me perdonáis?

—Jamás.

—Entonces será preciso que me resigne,— contestó filosóficamente,— y aparte de todo, tomé mi partido desde que me tratáis con tanto rigor, ¡hacé veinte años!

Entretúvose al dar esta contestación en trazar en el aire con su bastón un caprichoso arabesco que quería significar:

—¡Ahí tenéis una ridícula obstinación!

Con más viveza que anteriormente apresuróse á añadir:

—¡Pues bien, no me resigno! Me preguntásteis por qué tenía tantos deseos de hablaros y por qué os perseguía en el retiro en que os condenasteis huyendo de mí, y voy á deciroslo: Deseo que tengamos una explicación que sea definitiva. Va á volver el Almirante, que debe instalarse en París, renunciando de una vez á sus viajes, á lo menos ese es el rumor que circula por todas partes, y hagamos que nuestra situación se defina con claridad. Sin contar con que no se trata solo de mí, sino de una tercera persona.

—¿Qué es lo que queréis decir?

—Vais á saberlo.

Hizo el Duque que la señora de Kerhoët se sentase en un banco inmediato que se destacaba sobre el fondo obscuro de la noche.

—¡Tened cuidado, que pueden oírnos!— murmuró Valentina.

—¡Eh! ¿Y quién demonios queréis que ande por aquí á estas horas?

—¡Hablad!—dijo la Condesa con acento breve.

—¿Convenís en que me odiáis?

—¡Con toda mi alma!

—Ahí tenéis una exclamación que sale de lo más íntimo de vuestro sér.

—Y no solo os odio, sino que además os desprecio.

—¡Ah!

El Duque estaba muy tranquilo, quizás sonreía en aquellos momentos, y en el tono de su voz adivinábase que las injurias de la Condesa no le afectaban en lo más mínimo.

—Me odiáis y despreciáis,— contestó con acento burlón y desdeñoso.—¿Por ventura tenéis razón al hacerlo? Ese odio y esa aversión no deben contribuir al fin y á la postre á divertirme. ¡Reflexionadlo bien! ¿Cuál fue mi crimen? Estabais sola en el gran París en el que la soledad y el abandono son tan pesados, que se puede creer gravita sobre ellos el peso del placer de la muchedumbre que se divierte á nuestro lado, y en ese caso el aburrimiento es mortal para una mujer joven y bonita destinada á oír adulación y galanterías. Erais muy hermosa, rica, divina, y el Capitán de fragata, al que encadenasteis vuestro destino, ese insensato marino, al que adorabais, os dejó abandonada obrando como un necio, un tonto ó un ciego, ¡palabra de honor! Al observar esa conducta de vuestro esposo cualquiera la habría comparado con la de un hombre que estando en posesión de una mina inagotable de bri-

llantes se echase á correr por el mundo para recoger en los antipodas unos cuantos guijarros sin valor alguno; en aquella época erais, y lo sois aún, encantadora, sí, Valentina, esa es la verdad.

—Menos palabras, y al hecho.

—No vayáis tan de prisa; esta entrevista, á pesar de vuestra cólera, es para mí de lo más agradable.

Acercóse el Duque á Valentina y quiso cogerla una mano, que la Condesa retiró con violencia.

—Valentina...—dijo con acento suplicante.

—Aquí no hay Valentina ni para vos ni para nadie, no soy más que la señora de Kerhoët.

El Duque no pudo contener una burlona exclamación.

—¡Oh! ¡Por tan poca cosa!

La cólera de la Condesa estalló y su odio se desbordó en un arranque de indignación.

—Por haberos cruzado en mi camino soy desgraciada,—dijo,—era dichosa, honrada y todos me respetaban; mi marido me adoraba y estaba orgullosa de él, idolatrándole como vos mismo me dijisteis, y os presentasteis vos, el tentador, el vago, el miserable, cuyo único pasatiempo consiste en romper, ajar y deshorrar, y me aturdisteis con vuestros sofismas, y engañada con vuestros embustes... Tendisteis una emboscada á mi estúpida credulidad, y acechasteis con paciencia la hora en que la debilidad, la en-

fermedad ó la fiebre me entregasen á vos, y un día de mortal aburrimiento, y bajo un pretexto que era una mentira, creo que para visitar una exposición de pinturas, me llevasteis á una casa destinada á vuestras locuras y en la que os gastabais vuestra fortuna consumiéndola en vergonzosas orgías. ¡Ah! ¡Qué castigo más cruel fue el que sufrió mi curiosidad! Una vez encerrada allí me amenazasteis con llamar á vuestros criados y dar un escándalo para hacerme perder mi reputación; tuve miedo y no sé aún qué vértigo se apoderó de mí. Conseguisteis lo que os proponíais, vuestro plan salió, y podíais en adelante contar con una víctima más; y para que veais lo que son las cosas, comprendo perfectamente y me explico las faltas que se cometen, vencida la mujer por un amor tiránico, irresistible, que extravía y obceca la razón; pero no esa cobarde hazaña de un miserable ocioso, de un libertino que apela á ese arte indigno de la seducción y pierde á una mujer llevando la desgracia á su hogar...

—¡Ah! ¡Condesa, por Dios, no digáis vulgaridades!...

—Sí, al hogar,—repitió la señora condesa de Kerhoët,—es decir, á una unión honrada y feliz de dos seres que viven juntos estimándose y sosteniéndose mutuamente sin grandes y estruendosas dichas; pero al menos sin violentas sacudidas y sin tempestad, y cuyos intereses, alegrías y penas son los mismos, debiéndose el uno al otro el ho-

nor que enaltece, el cariño que embellece sus existencias. No me quejo ni tengo derecho á hacerlo, ni trato siquiera de excusarme, sino que sufro en silencio la pena merecida por mi locura, tuve fe en vuestro honor creyendo lo teniáis y me equivoqué pagando ahora la pena. Sois de esos hombres para los que no hay nada sagrado, y por vuestra culpa no soy ni esposa ni madre, pues no tengo derecho á abrazar á la criatura que debe la vida á esa falta estúpida, á esa cobardía de un momento.

—¿En dónde está?

—¿Qué os importa su paradero á vos que no tenéis cariño á nada?

—¿Y si me empeñase en saberlo?

—¡Extraño empeño después de pasar tantos años en la más completa indiferencia!

—Suponed que lo exijo.

—Seguiría callándome á pesar de todo. La guardo en un lugar del que estoy segura que nadie la arrancará.

—Como gustéis, pero creo que exageráis el peligro y el daño.

—¡Exagerar el daño causado!—exclamó con profunda amargura la Condesa.—¡Como si aún fuese poco!

—Sois mujer y como tal nerviosa, y fácilmente os dejáis arrastrar por vuestros arranques. ¡Calmáos, amiga mía! Reflexionad, y estad segura de que el Almirante no sabe nada.

—¡Lo sabe todo!

—¡La prueba! ¡Venga esa prueba!

—¿Acaso la necesito? Desde el momento en que cometí esa falta se operó en él un cambio notable, y esto lo sabéis perfectamente. Ni un solo momento dejó de tratarme con todos los miramientos á que me tenía acostumbrada, y así salvó el honor á los ojos de la sociedad. ¡Ah! ¡Y me preguntáis si tengo pruebas! ¡Qué más pruebas queréis que mi vida durante esos veinte años! ¡Esa es la más terrible y abrumadora de todas!

—Si lo sabe todo, ¿cómo es que no buscó una ocasión para provocarme?

—Ignora que sois mi cómplice; nadie más que nosotros dos poseemos ese secreto, y esa ignorancia es la que os salvó...

—¡De un desafío! ¡Bah! No me asustan ni asustaron nunca.

—Habriais sido capaz de matarle, ¡ah! ¡me inspiráis horror!

—¡Palabrería! Sois mujer y tengo por necesidad que escuchar cuanto se os antoje decirme; y después de todo, ¿qué culpa tengo de que ese intrépido navegante os abandonase durante meses y años enteros para satisfacer su pasión dominante por los viajes? Cuando se posee un tesoro no se expone en medio de la calle á la disposición de cuantos puedan verlo, sino que por el contrario, se guarda bien escondido. Creedme, amiga mía, sois aún muy joven y hermosa; sed, pues, feliz, y no os quejéis de vuestra suerte ya que vuestro destino os permite gozar de tantos privilegios; si el Almirante os abandona, si no os ama, tanto peor para él,

¡se priva de goces divinos! y esto es lo que hace deplorar su ceguedad.

—¡Y si yo le amo!—exclamó la Condesa.

—¡Extraño capricho! ¿Por qué, entonces, le engañasteis?

Palpitándole el corazón de una manera extraordinaria, y en un estado de ánimo imposible de describir, escuchó Jorge esa conversación en la que halló la clave del enigma de la extraña separación de sus padres.

—¡Por qué le engañé!—respondió con acento enérgico la Condesa.—¡Porque somos unas criaturas vanas y frívolas! Lo sabéis muy bien y en eso precisamente consiste vuestra ciencia.

—¡Por Dios, Condesa, calmaos!

—Os presentáis ante mí como un demonio tentador, porque no teníais una víctima á quien hacer caer, ni bailarinas ó figurantas á las que arrojar vuestro oro para entretener vuestra ociosidad maldita. Os maldigo por el daño que me causasteis y tiemblo más de una vez creyendo volverme loca ante ese marino, juez impenetrable, y mi hijo que debe sospechar la verdad, pues es indudable que bajo su cariño se oculta la duda; y en fin, ante mi pobre y desheredada hija á la que tengo que tratar como á una desconocida cuando todo en mí ser me impulsa á arrojarle en sus brazos diciéndola: ¡Soy tu madre! ¡Ven á mis brazos! ¡Qué vida, Dios mío! ¡Todo lo que me sucede os lo debo! ¡Cuánto daría por poderlo olvidar todo!

—De modo que no hay esperanza de que esa aversión desaparezca algún día...

—¡Jamás!—interrumpió la Condesa.—¡Y con frecuencia me pregunto qué marido ultrajado será el que nos vengue á todos!

—El deseo no puede ser más caritativo ni v os más cruel.

—¡Menos que vos y de lo que merecéis!

—¿Sois, pues, inflexible?

La Condesa de Kerhoët no contestó.

—Hágase lo que queráis,—añadió el Duque,—pero ahora tengo por necesidad que hablaros de otra persona.

—Así es.

—¿No os dijo nada esta noche la Duquesa acerca de un casamiento?

—Sí, es cierto, esta noche me habló del asunto.

—Pues bien; vuestro hijo, que al principio estaba muy entusiasmado con esa unión, vacila hoy y parece que duda.

—Jorge es libre y no veo por qué razón he de obligarle á que contraiga ese matrimonio si no es de su agrado el hacerlo.

—Es que si no lo hiciese no sería hombre de buen gusto, porque Elena reúne todas las condiciones necesarias para agradarle.

—Pero...

—Es rubia, su cabello dorado como la mies...

—Y...

—Tiene su rubio ese matiz tan apreciado por los artistas, y sus ojos una dulzura excesiva... excesiva, sí, esa es precisamente la

palabra, y el óvalo perfecto de su rostro no deja nada que desear, siendo además una criatura seductora, casi tanto como vos, querida Condesa, y este es el mejor elogio que puede hacerse de ella.

—Pero, ¿á dónde queréis ir á parar?

—Posee también una inteligencia notable y un espíritu muy vivo siendo á la vez una gran señora y una verdadera parisién, y creo, por tanto, que habrá pocas como ella para honrar á un marido como perfecta señora de su casa.

—¡La conclusión!

—¡Qué prisa tenéis, Dios mio! No os apuréis tanto, Condesa. En cambio de todas esas ventajas, al presente su fortuna es muy escasa y su padre, un jugador incorregible, lo mismo que el marqués de Breynes y que yo, se trata de un vicio de familia, no la dejó más que deudas. En verdad que vuestra buena amiga de colegio es una mujer incomparable y que bendigo á la casualidad que hizo que la encontrase en vuestra casa, y os aseguro bajo palabra de honor que entiende más de negocios que cualquier Notario. De modo que fundándome en todo esto creo que Elena será su única heredera, y por mi parte podré dejar á mi sobrina un título bastante respetable, si el suyo no le basta; de modo que bajo todos los puntos de vista Elena es un buen partido.

—¿Quién lo duda?

—Pues es preciso que ese casamiento se lleve adelante.

—¿Y por qué?

—Porque así lo deseo.

—Pero...

—Es que no permito que se me hagan objeciones de ninguna clase; podéis colmarme de injurias dirigiéndome los más sangrientos reproches, no me rebelaré, y os prometo escucharos con calma, pero respecto á ese casamiento soy inflexible.

—Mi hijo, sin embargo, tiene...

—Para complaceros hará cuanto le mandéis. Tengo en mi favor las más poderosas razones para que ese casamiento se haga; primero porque la alianza entre las dos familias me agrada mucho, siendo inmensas sus ventajas, aparte de que contribuirá ó será la causa de que nos unamos más; soy hombre de mucha paciencia, y creo que con el tiempo conseguiré convenceros de que no obráis bien.

—¡Nunca!

—¡Bah! Ya hablaremos. Mi sobrina está ciegamente enamorada de vuestro hijo, y para decirlo de una vez y sin rodeos le ha dado pruebas mil de que es así. No quiere esto decir que haya yo recibido su confesión, mas no podéis por menos de concederme que soy una de esas personas á las que los ojos sirven para ver, y francamente, adiviné que entre ellos existían comprometedoras intimidades. Creo también que Jorge es un perfecto caballero, y que si contrajo algún compromiso no será hombre capaz de faltar á él olvidándolo.

— Es á él y no á mi á quien toca juzgar esa materia.

— Es que también soy yo Juez, ¡quiero que se celebre ese casamiento! ¡Lo quiero! ¿Lo oís? ¡Lo quiero!

Acercóse á la Duquesa, cogiéndola una mano, y con amenazadora insistencia repitió:

— ¡Lo quiero! ¿Lo has oído?

Al oír al Duque hizo Jorge un movimiento para arrojarse sobre él, pero contúvole el pensamiento de que su madre se avergonzaría en su presencia.

— Y si me niego á acceder á vuestros deseos, — contestó Valentina, — ¿de qué manera podréis obligarme á que os obedezca?

— No me apuro por tan poca cosa, porque soy hombre de recursos. Lo que puedo hacer es muy sencillo, sé en donde ocultas á esa niña á la que crees al abrigo de todas las pesquisas, y el Almirante va á volver de un momento á otro, de modo que una carta puede enterarle de todos los detalles de ese tenebroso asunto, y así sabrá en donde escondes á la hija de tus criminales amores. A él le toca lo demás.

Expresábase el Duque al decir esto con sardónica é insultante calma.

— ¿Y seríais capaz de hacerlo? — preguntó aterrada la Condesa.

— Sin pestañear.

— Sería una infamia más.

— ¿Qué me importa si el éxito es seguro?

— ¿Qué clase de hombre sois?

— Un hombre como hay muchos, que cuan-

do se proponen una cosa no cejan ante nada para conseguirla. Nadie sabe mejor que vos cuan frágil es la reputación de una mujer, y Jorge comprometió á mi sobrina, á mi heredera, á la niña que recogimos y educamos en mi casa, y devuelvo á la madre la injuria del hijo. ¡Esa es la pena del Talión!

Jorge de Kerhoët estuvo á punto de presentarse para decir al duque de Rouévres:

— ¡Es una infame cobardía amenazar á una mujer, á una madre, cuando se puede pedir cuenta de sus actos á un hombre!

Quiso, no obstante, saber más, y una curiosidad que le hacía sufrir atrozmente impedíale moverse de su sitio y deseaba averiguar donde se ocultaba á todas las miradas la hija del adulterio, esa criatura infeliz que había crecido rodeada del mayor misterio y que era inocente de toda culpa.

La Condesa, abrumada por su pesar é inclinada la cabeza no contestó en el primer momento.

Pasados unos segundos dominóse un tanto é intentó el último esfuerzo.

— Es indigno lo que estáis haciendo, — dijo, — y son vanas todas vuestras amenazas, ¡qué razón tuve al desconfiar siempre de vuestro carácter y guardar con celoso cuidado á esa desdichada criatura á la que yo sola era la única que podía amar!

— ¡Qué equivocada estáis! Bastará una sola palabra para que os convenzáis de lo contrario.

Crejó Jorge que iba á enterarse de todo

mas sus deseos quedaron sin satisfacer, porque inclinándose el Duque hasta tocar casi al oído de la Condesa murmuró en voz muy baja unas cuantas palabras que no llegaron hasta su escondite.

Con trabajo ahogó la Condesa un grito de terror pronto á escaparse de sus labios.

—¡Oh! ¡Callaos!—exclamó.

—Sea, pero hablemos razonadamente, ¿es tan difícil hacer lo que os pido? No me obliguéis á recurrir á deplorables extremos, que no niego que lo son. Os mostré el peligro, pues era mi deber hacerlo, ¿no os toca á vos el evitarlo?

Inclinóse y besó la muñeca de Valentina con esa galantería que no abandonaba ni un solo momento.

—Dejadme,—dijo la Condesa poniéndose en pie,—sois el origen de la desgracia de toda mi vida.

—En cambio yo os debo la más agradable de la mía. Adiós.

Miróle la Condesa mientras se alejaba, y cuando el ruido de sus pasos se dejó de oír á lo lejos, marchóse á su vez desesperada, dirigiéndose con paso vacilante al castillo.

Jorge, fuera de sí, no abandonó su escondite hasta que tuvo la seguridad de que su madre se hallaba lejos. Dominábale sorda cólera que iba en aumento al ver que no podía hacer absolutamente nada ni sabía qué partido tomar, experimentando irresistibles deseos de venganza, y retrocediendo ante un escándalo del que la primera víctima se-

ría su padre. ¡Ah! ¡Cuán injusto había sido con éste! ¡Cuántas y cuantas veces y en secreto había acusado á ese padre, al que juzgaba con severidad, al ver que jamás sonreía ni abandonaba la mirada su ordinaria dureza! ¡En cuántas ocasiones había sentido en el fondo de su alma fermentar un sentimiento de cólera, al pensar en el aislamiento de su madre, al sorprender en medio de las amorosas caricias que le prodigaba ardientes lágrimas!

Quedóse Jorge inmóvil, con la mirada fija, vacilando entre el deseo de hacer tragar al Duque las amenazas que profiriera, y el temor de perder á su madre, y al mismo tiempo el deseo de no remover ese fango que le causaba náuseas y repulsión, hasta que al fin cedió á los impulsos de su indignación y echó á correr tras el Duque.

Hacia mucho rato que había dejado de oír el ruido de los pasos de éste, pero Jorge creyó que no podía equivocarse acerca del camino seguido por aquel, que debía llegar á la carretera por una senda que desembocaba en ella por las inmediaciones de la casa del pescadero Godin. Para atajar atravesó Jorge por las verdes praderas y bosquecillos, sobre las que la frescura de la noche extendía á manera de una plateada gasa, tal parecía la ligera bruma.

Al llegar al extremo del parque, cerca del sitio en que estaba situada la casa de Godin, y en el ángulo formado por un bosque de castaños, presentóse una sombra ante él

y se cruzó en su camino. Detúvose Jorge porque no era el Duque la persona que se hallaba en su presencia.

¿Quién era la persona que vagaba á una hora tan avanzada por el parque de Morville?

A la misma hora en que el duque de Rouévres y su primo el marqués de Breynes apeábanse del tren de París en la estación de Trouville hacíalo otro viajero procedente del mismo punto.

Vestía una americana de tela negra muy flexible; pantalón y chaleco de la misma clase y cubría su cabeza un sombrero de paja negra, de ala recta é igual forma que los que suelen usar los aficionados á regatas. Adornaba el ojal de la americana una microscópica roseta de la Legión de Honor, y era muy fácil reconocer en él á un Oficial de marina, lo mismo en sus cortas patillas grises, que en su aspecto y en un no sé qué sencillo y marcial que les distingue y denuncia. Su rostro, á pesar del tinte gris de su cabello y barba, era el de un hombre aún joven.

Al ver al Duque de Rouévres volvióse

con mucha viveza como temiendo que le reconociese, haciendo al mismo tiempo una señal al criado que le seguía, y éste se aproximó.

El criado vestía poco más ó menos lo mismo que su amo, y su rostro enérgico era más propio de un gabiero que de un atildado ayuda de cámara. No tenía al parecer arriba de cuarenta años; su cabello era rudo, enmarañado y crespo, la mirada viva é inteligente, bronceado el rostro, tenía cuadrados los hombros y sólidas y fuertes las piernas.

Dióle su amo algunas órdenes que comprendió en seguida, y saludando militarmente llevándose la mano al borde del sombrero, desapareció entre la gente, llevando bajo el brazo un saquito de noche de chagrén por todo equipaje.

Esperó á que se marchasen los que al parecer le estorbaban, y desaparecieron tras el recodo de la carretera de Pont-l'Évêque, y entonces salió de la estación y siguió el mismo camino que ellos, dirigiéndose sin apresurarse hacia el camino de Touque, á donde llegó al mismo tiempo que el reloj de la iglesia daba las siete.

Al sonar la última campanada abrió la empalizada que separaba el jardín del doctor Montel del camino.

El Médico, muy pálido y abatido, hallábase sentado en un banco arrimado á la pared, esperando llegase la hora de la comida, y al ver entrar la inesperada visita le-

y se cruzó en su camino. Detúvose Jorge porque no era el Duque la persona que se hallaba en su presencia.

¿Quién era la persona que vagaba á una hora tan avanzada por el parque de Morville?

A la misma hora en que el duque de Rouévres y su primo el marqués de Breynes apeábanse del tren de París en la estación de Trouville hacíalo otro viajero procedente del mismo punto.

Vestía una americana de tela negra muy flexible; pantalón y chaleco de la misma clase y cubría su cabeza un sombrero de paja negra, de ala recta é igual forma que los que suelen usar los aficionados á regatas. Adornaba el ojal de la americana una microscópica roseta de la Legión de Honor, y era muy fácil reconocer en él á un Oficial de marina, lo mismo en sus cortas patillas grises, que en su aspecto y en un no sé qué sencillo y marcial que les distingue y denuncia. Su rostro, á pesar del tinte gris de su cabello y barba, era el de un hombre aún joven.

Al ver al Duque de Rouévres volvióse

con mucha viveza como temiendo que le reconociese, haciendo al mismo tiempo una señal al criado que le seguía, y éste se aproximó.

El criado vestía poco más ó menos lo mismo que su amo, y su rostro enérgico era más propio de un gabiero que de un atildado ayuda de cámara. No tenía al parecer arriba de cuarenta años; su cabello era rudo, enmarañado y crespo, la mirada viva é inteligente, bronceado el rostro, tenía cuadrados los hombros y sólidas y fuertes las piernas.

Dióle su amo algunas órdenes que comprendió en seguida, y saludando militarmente llevándose la mano al borde del sombrero, desapareció entre la gente, llevando bajo el brazo un saquito de noche de chagrén por todo equipaje.

Esperó á que se marchasen los que al parecer le estorbaban, y desaparecieron tras el recodo de la carretera de Pont-l'Évêque, y entonces salió de la estación y siguió el mismo camino que ellos, dirigiéndose sin apresurarse hacia el camino de Touque, á donde llegó al mismo tiempo que el reloj de la iglesia daba las siete.

Al sonar la última campanada abrió la empalizada que separaba el jardín del doctor Montel del camino.

El Médico, muy pálido y abatido, hallábase sentado en un banco arrimado á la pared, esperando llegase la hora de la comida, y al ver entrar la inesperada visita le-

vantóse con mucha viveza para recibirla.

—¡Jacobó!—exclamó.

—Sí, soy yo.

—¡Cuánto deseaba verte!

—¡Y yo también, querido Antonio!

—¿Recibiste mi carta?

—Sí, su lectura fue lo que me decidió á regresar.

—¿Quieres comer conmigo?

—No tengo ningún inconveniente puesto que me invitas.

—Convenido entonces.

Dijo el Médico, y volviéndose hacia la casa llamó:

—¡Julia!

Acudió al llamamiento una criada anciana.

—Poned, —la dijo el Médico, —un cubierto para el Almirante y esmeráos en el servicio.

El almirante Kerhoët, pues él era, contempló con asombro á su camarada de la niñez.

—Te asombra el verme, —dijo el Médico, —¿no es verdad que estoy muy cambiado?

—Los años, que no pasan en vano, y el cansancio que te produce el visitar tantos enfermos.

—No, amigo mío, no es nada de eso, sino el remordimiento, el pesar de haber cometido una mala acción, —contestó el Médico.

—¡La que te aconsejé, la que arranqué á tu buena amistad!

—Es verdad, —dijo Montel quedándose callado; pero pasados unos minutos añadió con mucha viveza: —Dejemos ahora ese asunto, más adelante hablaremos de él: quiero entregarme por completo á la alegría de verte y no ocuparme más que de ti, ¿estás tranquilo y satisfecho de tantos honores como recibes?

—¡Satisfecho!—replicó el Almirante. —Lo estaría á no ser por ese acontecimiento que emponzoñó mi vida.

—¿Sigues pensando en él?

—Ni por un segundo pude olvidarlo; es un pensamiento tan tenaz que me siguió á todas partes, hasta el otro extremo del mundo.

—¿Y por qué no perdonas?

—¿Puedo hacerlo?

—¡Terco como buen bretón! ¡Cabeza de granito!

Inclinó el Médico la suya al decir esto; esa venganza, á la que tanto había contribuido hacia veinte años, y cuyas consecuencias lloraba aún, le aplastaba bajo su peso.

—¿Y vienes?...

—Porque esos son tus deseos.

—¿Piensas aún permanecer aquí mucho tiempo?

—El necesario para tranquilizarte y darte fuerzas para que tengas más firmeza.

—¿De modo que te obstinas en no separarte ni un ápice de tu plan?

—Estoy más decidido que nunca á llevarlo adelante, —dijo el marino.

Exhaló Montel un suspiro que más parecía un gemido, y levantó los brazos al aire con ademán de desesperación.

— ¡Quieres acabar con mi vida!

— ¿Acabar con tu vida?

— ¿Quién lo duda? Mirame, apenas me quedan quince días de vida, ¡en fin! creo que te convenceré, ahora vamos á comer y luego hablaremos.

Mientras comieron frugalmente los dos antiguos camaradas de la niñez hizose de noche, y ésta les encontró sentados frente á frente á la mesa en el comedor que apenas estaba iluminado por dos bujías cuya luz vacilante dejaba los rincones en la obscuridad.

Obedeciendo á una señal del Médico la criada se retiró discretamente.

Montel se puso en pie y acercándose á la puerta echó el cerrojo.

— ¿Qué haces?—le preguntó Jacobo de Keroët.

— ¿No te dije que teníamos que hablar?

— Sí, es verdad.

— Tengo que hacerte una súplica y no quiero que nadie me oiga.

— Dí lo que quieras.

— Pues bien, Jacobo, cediendo á la presión de tu voluntad, — empezó á decir el Médico, — consentí é hice todo lo que me pediste, presintiendo que esa debilidad iba á ser causa de mi pérdida y no me equivocaba, porque hasta entonces no tenía que ocultar en el fondo de mi conciencia nada

que me hiciese enrojecer, y habría podido evitar, sin tener que avergonzarme, la historia de mi juventud. Sabes mejor que nadie cuan inapreciable es para nosotros el reposo de una conciencia tranquila; no hay cosa mejor, y por todo el oro del mundo no lo habría sacrificado para nada ni por nadie. Te obedecí, porque para mi, Jacobo, eres más que mi hermano, y desde el día en que lo hice, esa felicidad de que goza el que es hombre de bien desapareció al dejarlo yo de ser; esa falta, ese crimen, porque es un crimen, no lo olvides, pesó sobre mi existencia cual eterna pesadilla, ¡hace veinte años que estoy sufriendo, Jacobo! y sólo resistí por complacerte. Intenté en vano convencerte de que tú mismo habías de recobrar tu calma perdonando, y en cien cartas que te escribí agoté todos mis argumentos; no quisiste creerme, y mis fuerzas y mi salud se gastaron en esa lucha y hoy comprendo que me queda muy poco tiempo de vida.

— ¡Error!—dijo el Almirante queriendo tranquilizar á su amigo.

Este no le dejó continuar con un gesto.

— Estoy seguro de que no me equivoco, — siguió diciendo, — es indudable que muchas veces los Médicos no puedan curar, pero sí pueden prever y hay síntomas que no fallan; la máquina se desorganiza, y en el momento caerá hecha polvo, tan gastados están sus engranes. No quisiera marcharme de este mundo llevando tan pesada carga sobre mi alma, tal vez sea esto una debilidad que no dudo

comprenderás, ¿quieres que te diga lo que siento?

—Sí.

—Pues creo que participas de ella. No estás tranquilo ni eres dichoso, ni es posible que lo seas.

El marino no contestó nada y su silencio tenía algo de uraño, y con la mirada fija, contraído el entrecejo y los dedos crispados nerviosamente sobre la mesa, esperó inmóvil á que el Médico continuase.

Este prosiguió diciendo:

—No te puedo echar nada en cara, porque sé cuales son los agravios que recibiste y atenúan tu conducta, pero yo que te auxilié para castigar sin haber recibido ninguna ofensa, ¿qué es lo que podría decir á esa madre que, depositando en mí toda su confianza la robé á su hija... y ésta, á la que ví hoy, amigo mío, condenada á vegetar, cuando es la distinción personificada, en ese París de cuyo fango no podrá quizás evitar las salpicaduras? ¡Hemos hecho el mal, debemos, por tanto, repararlo! ¡Aún es tiempo! ¿Quién sabe si dentro de algunos días podremos hacerlo? ¡Muéstrate generoso y compasivo, y conseguirás que los demás, y yo mismo, te bendigan y te amen!

—No, —contestó el Almirante.

—¿Me niegas ese consuelo?

—Sí.

—Y sin embargo, eres mi amigo.

—Tu mejor amigo, el más fiel de todos.

Pídemelo todo lo que quieras, mi sangre si es

preciso, y no te negaré nada, pero ¡perdonar! ¡Imposible! ¡No, no puedo hacerlo! ¡Me niego!

Apoyó el Médico la cabeza en la palma de la mano, y de su garganta escapóse un ronco quejido y se quedó como desfallecido.

El Almirante se asustó y poniéndose en pie acudió en su auxilio.

Montel se repuso á los pocos segundos.

—Esto no es nada, —dijo. — Aún no sonó la hora.

Quedóse silencioso respirando con dificultad, y luego prosiguió:

—Escúchame, es la indulgencia para mí y para los tuyos lo que te pido, ¿quieres que me arrodille á tus pies para pedirtela? ¡Cuan feliz no serías tú mismo si pudieses descargarte de ese peso tan abrumador! Escúchame, Jacobo, es la razón la que va á hablarte ahora; cuando el hombre se acerca á su hora postrera ve con más claridad, parécele que empieza un nuevo día, y yo no estoy tan lejos de la mía.

El Almirante estaba en pie delante del Médico contemplando á éste.

—Pues bien, hágase como desees, —respondió Jacobo asustado al observar los estragos que el tiempo había causado en el rostro de su amigo, y que á pesar suyo tenía que reconocer, ó tal vez atormentado en el fondo de su alma por secreto pesar ó por las miserias de su aislamiento contra el que su energía hacia tantos años que luchaba. Te devolveré tu palabra y repararemos ese da-

ño que tanto deploras, pero antes he de cumplir un deber, ¡concédeme un mes!

—¡Un mes!—murmuró el doctor Montel, cuyo rostro se serenó un tanto.

—¿Qué te cuesta, si esperaste veinte años!

—¿Y me juras que perdonarás?

—Te juró que repararé el daño causado... perdonaré quizás... pero hasta que llegue ese momento, silencio y déjame obrar á mi solo!

Había cerrado por completo la noche, y las dos bujías iluminaban con opaco resplandor la habitación en que se hallaban los dos amigos.

—¡Ven, amigo mio, ven!—dijo el Almirante.—Vamos á respirar un poco de aire puro.

Salieron de la casa y apoyándose el Médico en el brazo de su amigo, paseáronse por la carretera, por cuyo centro pasaban continuamente carruajes llenos de gente bulliciosa que daba ruidosas pruebas de su alegría.

La promesa del Almirante habia contribuido á que el Médico se tranquilizase un poco, y por el momento, y en la apariencia al menos, recobrase algunas fuerzas.

—¿No te esperan en Morville?—preguntó.

—No me esperan en ninguna parte.—contestó con tristeza el Almirante.—Antes adoraba á Valentina, y desde el día en que perdí su cariño, vivo en el mundo lo mismo que si éste fuese un desierto. En mi casa, y á dos pasos de ella estoy tan lejos de los míos como si me separase de ellos la inmensidad del Océano Pacifico; así que entro en mi ca-

sa á cualquier hora como un extraño en una posada; llevo, ábreme la puerta un criado, otro me acompaña hasta mi cuarto, y cuando me marcho, nadie me pregunta nada ni se inquieta por mi suerte, ni por el camino bueno ó malo que voy á recorrer, y al regresar no encuentro quien se atreva á interrogarme de donde vengo. ¡Y quieres que deje en la impunidad á los que contribuyeron á que cambiase mi vida antes tan feliz, por semejante infierno!

—Y esa falta pesó sobre mi existencia de una manera horrorosa, mi pobre Jacobo. A no ser por esas personas habríame yo podido considerar como el más feliz de los mortales que vegetan sobre la tierra; mi casa pareciase al tranquilo retiro del filósofo y gozaba de la reputación de un hombre justo y honrado. En esa época no me costaba ningún trabajo hacer el bien, y al pasar saludábanme mis vecinos con cariñosa mirada diciendo: *¡ahí va el doctor Montel á visitar á sus enfermos!* porque los visitaba á todos, pobres y ricos, lo mismo á los que pagaban que á los que no; todos me querían y era yo dichoso porque no tenía ni necesidades ni pasiones.

El Almirante se inclinó sobre la arrugada frente de su amigo, y le besó en ella con tanta ternura como un hermano.

—¡Si, tienes razón!—dijo.

—¡No lo olvides! ¡Me has prometido que un mes!... ¡A cuántas personas puedes hacer dichosas!

Paseáronse así durante largo rato por una frondosa senda sombreada por copudos árboles, á través de cuyas ramas terminábase la luz de la luna, trazando fantásticos dibujos en el suelo, y el Almirante sintió en más de una ocasión que el brazo de su amigo apoyábase pesadamente en el suyo, por lo que quiso tranquilizarle acerca del estado de su salud, hablándole al Médico con fraternal cariño, combatiendo sus escrúpulos y temores.

Contóle, además, sus viajes, y después de prolija conversación, que sirvió de consuelo á Montel, á manera de bálsamo reparador, acompañóle el Almirante á su casa, en la que se separó de él, dejándole más tranquilo y sosegado por el encanto de esa amistad tan inalterable como antigua, que le unía á Jacobo de Kerhoët.

Hecho esto, encaminóse lentamente hacia el castillo de Morville, en cuyos techos de pizarra reflejábanse en la altura los rayos de la naciente luna.

XVI

Al ver á un extraño detúvose Jorge hasta que un rayo de luna, que se filtró á través de las ramas de los árboles, iluminó de pronto el rostro del Almirante.

—¡Padre mio!— exclamó el joven.

—¿A dónde vais corriendo de ese modo?

—Es que...

—Me parece que estáis muy turbado.

—Me impresionó vuestra presencia... la emoción... la sorpresa natural... la alegría de veros... perdonadme... no esperaba veros aquí á estas horas...

—¡Y qué! ¿No queréis darme un abrazo?

En los muchos años transcurridos, aquella fue la primera vez que Jorge se arrojó con entrañable efusión en los brazos que le tendía el Almirante. Y debíase esto á que en un instante, el hombre, al que tan injustamente acusara por su desvío, habíase convertido en un mártir del honor, y comprendió la delicadeza y la dignidad que se encerraba en su conducta.

—¿Cómo es que venís tan tarde, sólo y á pie?— le preguntó.

—Para hacer ejercicio, pues tenía deseos de dar un paseo.

—¿Por qué no me avisasteis? Habría salido á recibirlos.

—No me gusta molestar á nadie y quería, además, detenerme en el camino.

—¿En casa del señor Montel?

—Sí.

—Cada día está más débil.

—Si, tan débil le encontré, que me afectó mucho. Sería su muerte una gran pérdida, porque es hombre que vale mucho.

Apoyóse el Admirante en el brazo de su hijo, y ambos encamináronse hacia Morville.

—¡Qué noche más hermosa!—exclamó,—
¡Qué silencio más majestuoso!

Calló, y á los pocos minutos añadió:

—Aún no me dijisteis cuál fue el motivo
que os obligó á correr de esa manera.

—Voy á explicároslo,—respondió el joven
con algún embarazo.—Es muy agradable y
á mí me gusta mucho el pasear durante las
harmosas noches del estío, y estándolo ha-
ciendo ví á un quidam allá arriba delante
de la terraza... sin duda era algún curioso
que había venido de Trouville... quise
ver el rostro de ese intruso, que de noche
entreteniase en vagar tan cerca de nosotros,
sospechando que tal vez sería un amigo, un
vecino, el doctor Montel, y traté de averi-
guarlo, y me convencí de que se había eclipsado
desapareciendo como si se le hubiese
tragado la tierra. ¿No encontrasteis á nadie
en vuestro camino?

—¿A quién?

—A ese nocturno paseante.

—¿En el parque?

—Sí.

—No he visto á nadie.

—Dejemos al importuno, la verdad es que
no sé por donde diablo se descabulló. ¿Pen-
sáis quedaros con nosotros, padre mío?

—Pasaré aquí algunos días, los que me
dejen en libertad, ¿y vuestra madre?

—Espera con impaciencia vuestro regre-
so, ¡os prodigáis tan poco! Con mucha fre-
cuencia háblame de vos, y siempre con gran
desconsuelo por vuestro alejamiento.

—El deber es el que me obliga.

No dió el Almirante más que esta lacóni-
ca explicación, preguntando algunas noti-
cias respecto á las familias amigas que acu-
dían á Morville y extrañándose ante el buen
gusto con que estaba dirigida la instalación.

—Deseo,—dijo,—que nadie se entere
hasta mañana de mi llegada; no quiero que
se molesten por mí.

Los criados habianse retirado á sus cuar-
tos, y en el solitario vestibulo ardía única-
mente una lámpara, cuya suave luz, al atra-
vesar los opacos cristales, caía á plomo sobre
una de las banquetas del vestibulo. Este ob-
jeto fue el primero que llamó la atención del
marino.

—¿Quién es el hermoso original de este
retrato?—interrogó.

—Una pobre muchacha á la que vos no
conocéis, padre mío. Rosa Godin.

—¿La hija de Teresa?

—La misma.

Contempló el marino el retrato con mucho
interés durante un rato.

—Es muy hermosa,—dijo.

Y á esto se redujeron todas sus observa-
ciones del momento.

Llegaron al primer piso y Jorge abrió una
puerta, entrando en una habitación severa
y lujosamente amueblada, con el techo arte-
sonado, formando preciosos cuadros, en me-
dio el lecho con retorcidas columnas, y á uno
de los lados monumental chimenea de encina
esculpida. En toda la habitación no se veía

más que un solo cuadro; el retrato de Valentina Fontanet, cuando tenía veinticinco años y se hallaba en todo el esplendor de su belleza.

—He sido yo el que ha dirigido todo lo referente al arreglo de esta habitación que es la vuestra, padre mio,—dijo Jorge,—y es la única que hasta ahora permaneció desocupada.

Y empañándole las lágrimas los ojos, y delante de ese retrato que le recordaba la conmovedora escena á la que hacía poco asistiera, arrojóse al cuello de su padre y abrazando á éste permaneció así largo rato.

Sorprendióse el Almirante, y conmovido hasta el fondo de su alma, comprendió lo que sucedía en el ánimo de su hijo.

Este le pedía así perdón de tantos años de frialdad y duda.

XVII

Al ocupar su asiento en el tren hallábase Rosa Godin sumida en una tristeza dolorosa y bajo el peso de una humillación y descomodidad muy grandes, y su orgullo rebelóse al acordarse de la escena que acababa de presenciar.

El doctor Montel había estado con su co-

nocimiento del corazón humano, muy acertado al decir que la tentación del lujo no es buena para una joven pobre.

En el vagón en que Rosa tomó asiento hacían el viaje una porción de labradores que se dirigían á las poblaciones inmediatas, chalanes y tratantes en ganado de toda casta, soldados que iban á incorporarse á sus cuerpos después de pasar con licencia algunos días en sus casas durante la recolección, ó erizados que iban en busca de colocación á París, á ese abismo en el que todo cabe, se arremolina y pierde.

No tardó mucho rato en convertirse en el punto de mira de una media docena de boyeros, soldados y palafreneros, que viajaban juntos y que empezaron á dirigirla halagüeños cumplimientos, algunos de los que pasaban de excesiva crudeza.

No hizo caso de ellos, y volviéndoles la espalda se puso á mirar por la ventanilla; preocupábanla demasiado en aquel momento sus quebraderos de cabeza, ¿qué la importaban los insolentes requiebros de unos desconocidos?

El verdadero aldeano es generalmente respetuoso con las mujeres y no suele traspasar los límites de una galantería decorosa y de ordinario agradable á la persona que es objeto de ella, pero no sucede lo mismo al lacayo corrompido en las antecámaras ó en las cocheras de los hoteles parisienses, y por desgracia, para Rosa, dos de estos ocupaban asientos inmediatos.

más que un solo cuadro; el retrato de Valentina Fontanet, cuando tenía veinticinco años y se hallaba en todo el esplendor de su belleza.

—He sido yo el que ha dirigido todo lo referente al arreglo de esta habitación que es la vuestra, padre mio,—dijo Jorge,—y es la única que hasta ahora permaneció desocupada.

Y empañándole las lágrimas los ojos, y delante de ese retrato que le recordaba la conmovedora escena á la que hacía poco asistiera, arrojóse al cuello de su padre y abrazando á éste permaneció así largo rato.

Sorprendióse el Almirante, y conmovido hasta el fondo de su alma, comprendió lo que sucedía en el ánimo de su hijo.

Este le pedía así perdón de tantos años de frialdad y duda.

XVII

Al ocupar su asiento en el tren hallábase Rosa Godin sumida en una tristeza dolorosa y bajo el peso de una humillación y descomulgamiento muy grandes, y su orgullo rebelóse al acordarse de la escena que acababa de presenciar.

El doctor Montel había estado con su co-

nocimiento del corazón humano, muy acertado al decir que la tentación del lujo no es buena para una joven pobre.

En el vagón en que Rosa tomó asiento hacían el viaje una porción de labradores que se dirigían á las poblaciones inmediatas, chalanes y tratantes en ganado de toda casta, soldados que iban á incorporarse á sus cuerpos después de pasar con licencia algunos días en sus casas durante la recolección, ó erriados que iban en busca de colocación á París, á ese abismo en el que todo cabe, se arremolina y pierde.

No tardó mucho rato en convertirse en el punto de mira de una media docena de boyeros, soldados y palafreneros, que viajaban juntos y que empezaron á dirigirla halagüeños cumplimientos, algunos de los que pasaban de excesiva crudeza.

No hizo caso de ellos, y volviéndoles la espalda se puso á mirar por la ventanilla; preocupábanla demasiado en aquel momento sus quebraderos de cabeza, ¿qué la importaban los insolentes requiebros de unos desconocidos?

El verdadero aldeano es generalmente respetuoso con las mujeres y no suele traspasar los límites de una galantería decorosa y de ordinario agradable á la persona que es objeto de ella, pero no sucede lo mismo al lacayo corrompido en las antecámaras ó en las cocheras de los hoteles parisienses, y por desgracia, para Rosa, dos de estos ocupaban asientos inmediatos.

En la banqueta más cercana hallábase un descolorido galopin, sentado al lado de un hombrón grueso y de anchos hombros, de rostro rubicundo y patillas cuadradas á la inglesa, y vestido con un terno rojizo por el que era fácil reconocer á un cochero, y su compañero debía ser indudablemente un mozo de cuadra ó lacayo. En el rostro descolorido de este último, adornado con una nariz remangada y el pelo caído sobre la frente, todos los vicios erapulosos habian dejado sus huellas. Cubría su cabeza un sombrero redondo de ala tan estrecha, que parecía no tenía ninguna, y sus piernas, delgadas como un huso, un pantalón de color de tierra tan estrecho, que con ser ellas delgadas, debiale costar mucho trabajo el ponerlo, completando su traje un chaleco de pana á rayas negras y encarnadas y una americana de paño del mismo color de sus botones.

Al principio no hizo Rosa caso alguno de su conversación.

—Decíale el cochero al lacayo:

—Según dicen, las cosas no andan muy bien en casa del Marqués; he oído asegurar que la bolsa está vacía.

—Por mi parte no puedo quejarme, porque aún no lo noté; lo que te aseguro es que se lleva muy buena vida; los tenderos fían.

—¿Y el salario?

—¡Oh! Ese, algo retrasado; el primero del que viene me deberá seis meses, pero en cambio paso el tiempo divertido.

—Haz de modo que pueda entrar en esa casa, amigo Minard. No te apures por el salario, porque las personas de esa clase siempre encuentran plebeyos enriquecidos que se dejan desplumar á gusto. Lo mismo hizo su primo el duque de Ronévres; era hombre al agua, y una heredera riquísima le salvó. Aprovecha la primera ocasión que tengas para hablar de mí.

—No tengo ningún inconveniente, pero dudo de que se presente.

—¿No serviría de nada el que tu me recomendases?

—Sí; mas ¿qué quieres? El Marqués está entusiasmado con su inglés, con *master John*, que es una bestia, pero que hay que hacerle justicia; en el pescante y con las riendas en la mano hay pocos que le igualen, y el Marqués, aunque se arruine, le conservará por vanidad hasta el último momento.

—Quisiera entrar de todos modos,—contestó el cochero insistiendo,—porque cuando una casa como esa se deshace, no siempre sale uno con las manos vacías; los deshechos valen á veces buenos francos.

—Ten paciencia y ya veremos lo que se puede hacer en tu obsequio. Sabes que estoy siempre á tu disposición, porque no puedo olvidar que hemos tomado juntos muchas copas y que somos antiguos compañeros.

—Cuento con tu promesa.

Terminada esta parte de su conversación, los dos compinches dejaron de ocuparse de sus asuntos y á fijarse en su vecina.

Minard era, á la cuenta, un ferviente admirador del bello sexo, y durante diez minutos manifestó su entusiasmo valiéndose de los términos más encomiásticos.

—¡Dios de Dios! ¡Vaya una mujer bonita!—dijo al cochero dándole un codazo para llamarle la atención.—¡De qué buena gana entonaba un dúo con ella! ¡Diantre! ¡No sería polvareda la que levantase si se presentase en el boulevard! ¡Peste! ¡Lo que es el peluquero bien poco debe haberle cobrado por su pelo! ¡Ahí sí que no puede presentar la cuenta!

—¡Buena mujer! ¡Vale un imperio!

—¡Y qué ojos! ¡Son tan grandes como claraboyas!

—¡Y qué fachada! ¡Ahí sí que no hay estuco!

—¡Esa mujer al menos no parece un espárrago tieso como algunas que van tan encorsetadas dándose tono!

—¡Qué lástima que no tenga tren, y te juro que si fuese banquero habría de ponérselo!

Y no fue esto solo, sino que á estas exclamaciones añadieron otras de un género tan naturalista, que no es posible reproducirlas.

—Anda, atrévete con ella y á á ver si os hacéis amigos.

—¡No hay cuidado! Estoy seguro de que se daría tanto tono como una Duquesa.

Rosa estaba avergonzada y se mordía los labios, y en vano buscó alguien que la pro-

tegiese, porque no oyó más que risas ahogadas.

Los demás viajeros que iban en el vagón eran quizás muy honrados; pero aquellos dos galopines bastaban para imponerse á los demás; esto sucede en el mundo con mucha frecuencia.

En la estación de Lisioux subió al tren un muchacho de unos diez y seis á diez y siete años, muy robusto, con un lío de ropa en una mano y en la otra una vara de acebo de cuatro pies de larga, y que, á la cuenta, salía por primera vez de su aldea. Este nuevo viajero se colocó en el banco inmediato á Rosa. Llevaba una blusa flamante, nueva, muy ancha y larga, de color azul obscuro con mucho lustre, y grandes adornos bordados en los hombros. No era esto, sin embargo, lo que más llamaba la atención en él, sino su gorra de seda, nueva también, de una altura casi incomensurable, derecha como un cilindro y adornada en la costura del costado con botoncitos blancos. Tenía tanta elevación, que los tres puentes del baillío de Sufren comparado con ella no valían nada.

—Normando de fijo,—dijo Minard á su compañero y disponiéndose á entablar conversación con el recién llegado, al que preguntó:

—¿Vais á Paris?

—Creo que lo estáis viendo, puesto que el tren va allá,—contestó el lugareño.

—¿En qué pensáis ocuparos?

—Aunque no creo que os interese gran

cosa el saberlo, no tengo ningún inconveniente en decirlo, si os puede ser agradable. Voy á entrar en una carnicería.

—¡Buen oficio!

—Bastante bueno, algo mejor que el de vaquero. En el mercado se vende muy barato el ganado y muy caro en las carnicerías, así que es mejor ser carnicero. ¡Vaya! ¡Buenas noches, que me estoy cayendo de sueño!

Dirigió una mirada á Rosa y el aspecto de ésta inspiróle mucha confianza.

—¿Váis también á Paris, señorita?—la preguntó.

—Sí.

—Si tuvieseis la amabilidad de despertarme en cuanto llegásemos, no sabéis lo que os lo agradecería.

—Lo haré con mucho gusto.

—¡Qué! ¿Pensáis dormir durante todo el viaje?—dijole Minard.

—¿Qué es lo que decís?

—Que si pensáis hacer el viaje durmiendo.

—Si no hay ningún inconveniente en ello, sí, porque tengo mucho sueño.

—¿Roncáis?

—No lo sé, porque no me oigo.

Tendióse encima del asiento con la misma tranquilidad que si estuviese en su casa, apoyando la cabeza en un rincón en el atillo á manera de almohada, y sin preocuparse ni por sus vecinos ni por la dureza de la madera y se preparó á hacer lo que había dicho.

—¡Buen tipo!—dijo Minard.

—¡Y qué blusa!

—Lo que es con esa no se necesita camisa de dormir.

—¡Y qué gorra!

—Con seguridad que hará sensación en la Villette.

El vaquero no les hizo caso, y al ponerse en marcha el tren habiase quedado dormido con esa indiferencia propia de la juventud, que no se preocupa por nada. Mientras tanto continuaban las bromas, que cesaban de vez en cuando para seguir luego con más fuerza, y los groseros requiebros del lacayo y del cochero llegaban directamente, aunque á la sordina, á los oídos de Rosa, que antes había tenido que acostumbrarse á oír otros, ¿por qué esas impertinencias no la habían molestado nunca tanto como en aquellos momentos?

Aquel viaje fue para ella un verdadero suplicio. De vez en cuando los dos compinches cesaban en sus soeces dicharachos para continuar su conversación respecto á los amos, de los que no pronunciaban nunca los nombres. Decíale Minard á su compañero que en casa del Marqués, y no le decía de Breynes, desde que se abrían las puertas hasta que se cerraban, presentábase ante ellas una porción de alguaciles, y que en la casa había tanto papel sellado que con él se podía formar un archivo. En el cuarto del amo se veía encima de todos los muebles que habían estado embargados más de quince veces; pero en el momento en que iban

á venderlos en pública subasta y cuando se ponían los edictos, pagaba sin rechistar y todo quedaba en sus penso.

Según Minard, el Marqués encontraba dinero en el último momento; pero en su concepto, sólo un casamiento podía salvarle de la ruina, y entre los rumores que corrían, uno de ellos era el de que iba á casarse con una joven polaca, por la que se había arruinado y que poseía un hotel en lo alto del boulevard Malesherbes, cerca de la plaza, y además grandes rentas. Este proyecto no se llevó á cabo, y nos aseguraban que por culpa del Marqués y otros porque la joven no quiso unirse á éste, y no era posible saber la verdad, porque el amo no era de esas personas que se espantean fácilmente con nadie.

El normando siguió durmiendo tranquilamente hasta llegar á Mantes, en donde el tren se detuvo de pronto, lo que produjo un pequeño y ruidoso choque de los topes de unos vagones con otros.

—¿En dónde estamos?—dijo dirigiéndose á Rosa y levantando la cabeza.

—En Mantes,—respondió la joven con mucha dulzura,—dormid, ya que sois tan dichoso que podéis hacerlo.

A las doce entró el tren en la estación de Paris. Rosa despertó á su vecino, que se estiró y bostezó, cogió su atillo y su vara, calóse la gorra y de un salto echóse al andén. Sigióle Rosa deseando escapar á sus perseguidores. Estos no quisieron pasar por

ello y empezaron á seguirla pegándose á sus talones, y mientras tanto que los viajeros se desparramaban por todas partes, atravesaron la estación sin perder de vista la que consideraban su presa, y al llegar á las aceras de la calle de Amsterdam la salieron al encuentro plantándose descaradamente ante ella.

—¡Dejadme, señores!—díjoles Rosa un tanto asustada al ver su conducta.

—¿Qué significa esto?

—¿Váis á haceros la señorita?

A un lado de la calle hallábase sola Rosa con sus perseguidores, y por la otra acera seguía su camino el joven lugareño del vagón en dirección paralela á la de su compañera de viaje, deteniéndose á cada momento y mirando á todas partes de la misma manera que si esperase á alguien.

Minard sacó un Luis de oro del bolsillo y se lo puso delante de un ojo.

—¿Te gusta esto, rubia? ¡Es el último, aprovéchate de la ocasión!—dijo.

La paciencia tiene límites, é irritada, exasperada, hizo un movimiento como si quisiesen escupirle á la cara.

—¡Cobarde!—exclamó.—¡Con una mujer sola!

Al oír esto el normando de la gorra sacudió su somnolencia, pues por su manera de andar parecía que continuaba el sueño del tren. Volvióse hacia Rosa y sólo comprendió que los dos granujas trataban de insultar á su vecina, y en dos saltos cruzó el arroyo

blandiendo su vara, arma terrible en sus manos, y cayó con impetuoso arrojo sobre los agresores.

—¡Esperad un poco, que voy á libraros de ellos!— gritó.

No tuvo tiempo de hacerlo, porque intervino un tercero, y con dos vigorosos puñetazos echó á rodar á los cínicos compinches, que se levantaron del suelo renegando y murmurando amenazas entre dientes.

—¡Nos veremos!— fue todo lo que dijo Minard estregándose el hombro.

—Que os vuelva á ver otra vez,—respondió el recién llegado,—y os aseguro que os doy una paliza que no os quedarán huesos para recibir otra.

Era el defensor de Rosa un joven de elevada estatura, americana gruesa y corta con botones de madera, sombrero hongo sin forma, bajo el que había un bosque de cabellos castaños muy rizados y lustrosos.

—Apoyáos en mi brazo, señorita Rosa,—dijo.

—¡Ladurin!

Era este, en efecto, el carnicero del Mercado, su vecino de la casa de la calle de Mondetour.

—Veo que llegué á tiempo para evitaros un disgusto,—dijo,—y os aseguro que si alguno de esos miserables os hubiese tocado habríalo pasado muy mal.

—¿A mí no me dices nada, Vicente?—preguntó el lugareño de la vara de acebo.

—¡Ah! ¿Estás ahí querido Renato? Te ha-

bía olvidado con estas cosas á que no está uno muy acostumbrado. Dame un abrazo y bienvenido seas.

—Aquí tenéis, señorita Rosa, á mi hermano Renato Ladurin, al que venía á recibir cuando tuve la suerte de encontrarme en vuestro camino en el momento en que más lo necesitabais. Vámonos juntos á casa.

—Os lo agradezco pienso tomar el ómnibus.

—¿Para qué? Hace una noche preciosa y así os ahorraréis unos cuantos céntimos.

Y con acento suplicante, que conmovió á Rosa por emplearlo ese Hércules que tan cariñoso se mostraba con ella, añadió:

—No es por los seis sueldos que podáis gastar, sino para que no me neguéis vuestra compañía, ¡me gusta tanto estar á vuestro lado!

—Entonces, vamos.

—Oye, tú, carga con el hatillo de esta joven,—dijo Ladurin á su hermano dándole el pañuelo en que Rosa llevaba su ropa.

—Poco trabajo cuesta el hacerlo,—contestó Renato.

—En marcha. Parece, señorita Rosa, que el muchacho no se portó mal.

—¡Bah! A no llegar tú les hubiera hecho correr más que á una vaca cerril,—respondió el normando.

Atravesaron las calles iluminadas con las numerosas luces del París nocturno, apoyando Rosa su brazo en el del honrado carnicero.

—Apoyáos con fuerza,—dijo éste,—y no tengáis cuidado, porque soy muy sólido.

De vez en cuando y con la mano que le quedaba libre acariciaba la de la joven; mas hacíalo con tanta timidez, que Rosa no pudo por menos de sonreír.

—Os prometo que toda mi vida me acordaré del paseo de la noche de hoy,—dijo,—y si alguna vez encontráis á uno de esos mequetrefes que os insulten, llamadme y os prometo, señorita, que los aplastaré como si fuesen babosas.

Mostróse muy satisfecho de su hermano.

—¡Bah! Es un novato, pero en el Mercado le quitaremos el pelo de la dehesa, por que ahora sale de los pastos.

A Renato le alentó el ejemplo de su hermano.

—Si no hubieses llegado á tiempo te aseguro que se acuerdan toda su vida de mi vara.

—¿A qué pensáis dedicarle?—preguntó Rosa dirigiéndose á Ladurin.

—Quiero que aprenda el mismo oficio que yo, que sea carnicero, que lo aprenda pronto, y cuando me establezca me servirá de criado durante algún tiempo. Es un buen muchacho; sus padres son unos honrados colonos allá abajo, ahorradores como unas hormigas y viven hacia Beuvron, ya sabéis donde está, en el valle, un país de bendición, en donde se encuentra la mejor hierba del distrito.

—Y las mejores vacas,—dijo Renato.

—Le aconsejé siempre á éste que se quedara allá abajo,—seguía diciendo Vicente Ladurin,—y que se encargase de la granja después de los viejos, pero ya lo véis, las ideas del día hicieron que no me escuchase; todo el mundo se deja arrastrar por ella, no hay quien se conforme sin venir á tomar el pulso á París, en donde se encuentran multitud de mujeres que solo se os parecen... de lejos.

Seguiales Renato con la cabeza baja y callado á pesar de sus grandes deseos de saber por donde pasaban y contemplándolo todo con los ojos tan abiertos como dos grandes puertas. Vicente escogió el camino más largo. Estaba muy contento, y al mismo tiempo muy orgulloso al sentir sobre su brazo la presión del de la *Rosa del Mercado*, y hubiera dado cualquier cosa porque fuese de día y todo el mundo pudiese admirarle. Aparte de ese orgullo amaba á Rosa Godin con una de esas ternuras tan humildes como admirables, que hacen que el que las siente desee con más vehemencia la felicidad del ser amado que la suya propia. Signieron su camino por los boulevares llenos aún de gente que aprovechaba la frescura de la noche para dar un paseo.

—Desde aquí tomaremos por la calle de Montmartre,—dijo Vicente,—y así llegaremos antes á nuestra casa.

Esta decisión de Vicente era muy semejante á la de uno que teniendo que ir desde París á Marsella hubiese dado un rodeo por

Strasburgo como si quisiera que el viaje durase muchos días.

Al llegar á la esquina de la calle de Fouquet, paróse el carnicero y enseñó á Rosa una tienda cerrada con una verja formada por hierros dorados en forma de lanza. En el centro de la verja y en medio de un escudo destacábase una cabeza de carnero con los cuernos dorados.

—Si quisiereis, señorita Rosa,—dijo el carnicero con acento conmovedor,—podríamos instalarnos ahí. El amo es muy amigo mío, me quiere mucho; y como hizo muy buenos cuartos, tiene renta y piensa retirarse, por lo que me ofrece el establecimiento en muy buenas condiciones y hasta dinero.

—Ya veremos, reflexionaré,—balbuceó la joven no atreviéndose á desilusionar á Vicente Ladurin, ó tal vez porque estaba indecisa, pues el carnicero era hombre de muy buenos sentimientos bajo una corteza que se podía desbastar con facilidad.

¿Quién es capaz, además, de saber cuales son las ideas que se agitan en una cabeza entre cuyas inquietudes no es la menor la de pensar en el mañana?

—No quiero abandonar á mi madre.

—Todo se puede arreglar, no la habia de faltar un lugar en mi casa. ¡A propósito! ¿Sabéis que está muy delicada?

—¿Sí?

—Sí, hoy no fue al Mercado, siendo Hipólito y Anita los que hicieron la venta, ¡qué chiquilla más lista es esa!

—¿Y no me deciais nada de mi madre?

—Las malas noticias se saben pronto, y después de todo, tal vez no sea de gravedad.

Obligóle Rosa á que alargasen el paso, y al poco rato llegaron á su casa. Cerca de esta y en la acera encontraron á una que estaba esperando á alguien, y que al ver al carnicero se retiró.

—¡Meraud!—exclamó Ladurin haciendo un gesto de cólera;—¿de dónde saldrá?

Al llegar al corredor del quinto piso se separaron.

—Aquí estáis en vuestra casa, señorita Rosa,—dijo el carnicero.—Buenas noches.

Antes de separarse de sus acompañantes dióles la mano. Estrechóla Renato con torpeza y tan fuerte que la lastimó, y Vicente, con una galantería propia de un gran señor, acarició la otra y se la llevó á sus labios.

Sonrióse Rosa.

—Buenas noches, y gracias,—dijo.

Por aquella sonrisa habriase dejado cortar el brazo el carnicero si se lo hubieran pedido. Esperó á que se cerrase la puerta del cuarto de Rosa para subir al otro piso, que era una bohardilla bastante espaciosa, amueblada con una gran cama de hierro, dos sillas, una mesa, una cómoda y dos inmensos barreños llenos de agua.

—Aquí vas á dormir como un rey,—dijo á Renato,—y desde mañana tendrás lo mismo que yo en la de al lado, de modo que sólo nos separará un tabique, así te podré despertar por la mañana; échate á dormir.

El lugareño no deseaba otra cosa á pesar de lo que había descabezado el sueño en el camino, y á los pocos segundos roncaba con el ruido de un órgano. Acercóse Vicente á la claraboya que servía de ventana, y sacó el cuerpo sobre el tejado inclinándose mucho á riesgo de estrellarse, y vió en el patio de la casa y en las ventanas de Rosa una silueta que se dibujaba entre los visillos.

Permaneció cinco minutos en su observatorio y no se movió de allí hasta que se apagó la luz de la ventana.

En aquellos momentos no habría cambiado su cuchitril por un hotel en Passy ó en el parque de Moncau.

Allí no habría estado tan cerca de Rosa.

La habitación de Teresa Godin y de su hija se reducía á un corredor no muy ancho que iba á parar á dos cuartos bastante espaciosos que comunicaban el uno con el otro, y en el primero y más grande existía una alcoba cerrada con puertas vidrieras, en la que dormían madre é hija, y en la que por la noche y en un rincón ponían un catre para Anita.

El único lujo consistía en una gran jofaina de loza y un inmenso jarro de igual materia y color colocados sobre una mesita forrada de hule, y encima, en la pared, su espejito en el que podía mirarse desde la barba hasta el nacimiento del pelo.

En el mismo instante en que Rosa entraba en el cuarto de su madre, dió la una de la madrugada el reloj de Saint-Merry. A pe-

sar de lo avanzado de la hora, Teresa no dormía. Estaba realmente enferma, haciendo mucho tiempo que, aunque joven aún, experimentaba un malestar que la abatía de una manera extraordinaria, imposibilitándola para toda clase de trabajo.

Los Médicos decían que estaba anémica, que es lo que suelen decir cuando comprenden que no pueden curar; lo que por desgracia sucédeles con mucha frecuencia.

En ese día habíase agravado la enfermedad que la impidió salir de su casa, y conforme á lo que dijera Ladurin, fue Anita con sus doce años é Hipólito, el mozo de cordel, los que habian bajado al Mercado para hacer la venta. El carnicero se acercó dos ó tres veces por la mañana, para ver cómo la chiquilla salía adelante con su empeño, y la vendedora más inmediata, la madre Brejon, le dió una mano para ayudarles, sobre todo á primera hora, en la subasta del pescado, de modo que las cosas no habian marchado del todo mal.

Hallábase Teresa en cama abrigada con una colcha muy ligera, porque el calor acumulado bajo los tejados sentíase allí lo mismo que si estuviesen en el centro de un invernadero. Pasó Rosa los brazos alrededor del cuello de ésta y permaneció mucho tiempo en esa postura besándola y acariciándola cariñosamente.

—¿Sufres mucho?—la preguntó.

—No será nada, ya pasará.

—¿Vino el Médico?

—¿Para qué? Háblame de tu viaje y de lo que pasa allá abajo, ¿están buenos?

—Si; pero en adelante no me vuelvas á enviar,—dijo Rosa con mucha viveza,—pues creo que es inútil.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que no nos quieren, y vale más, madre, que en adelante no nos separemos. Es preferible para todos.

Contestó Rosa y contempló con cariñosa mirada el rostro demacrado de la enferma...

Conservaba ésta aun los rasgos característicos de la normanda esbelta y guapa, rasgos que no habían desaparecido ni con la madurez de los años ni con los disgustos y pesares.

—Quiero dejarte dormir, madre,—añadió Rosa,—y es preciso además, que me levante muy temprano para bajar al Mercado. Así no te cansarás, porque ya estoy aquí.

Teresa no permitió que su hija se alejase, porque tenía necesidad de que estuviese á su lado para verla y acariciarla.

—No, no te marches,—la dijo;—háblame aunque sólo sea un momento; el oírte me cura y estoy tan contenta por tenerte á mi lado...

Contó á su madre lo que más la había impresionado acerca del estado de la casa, el desarreglo de todo, la odiosa indiferencia de Godin para con ella, ó mejor, su desprecio y su odio.

—Había pensado no decirte nada para

ahorrarte un disgusto,—dijo al terminar,—soy fuerte y puedo resistirlo todo, pero eso, ¡nunca! En adelante no quiero separarme de tí y el abuelo puede morirse cuando se le antoje.

—¿Rosa!

—No, no seré yo quien vuelva allí para presenciar esas escenas; bebe hasta emborracharse y quédase como un bruto para tenderse luego en las zanjas al sol; ¡es el ludibrio de todos los chicos y la vergüenza nuestra!

—¡Hija, por Dios!

—Es la verdad lo que digo, y estoy segura de que el día menos pensado vienen á contarnos que le mató un coche estando durmiendo enroscado como una oruga en la orilla de un camino.

—¡Ah! ¡Rosa! ¡Rosa!

—Hago muy mal en pensar así, lo comprendo, mas aquel espectáculo indigna á cualquiera, es humillante y no me gusta tener que bajar la cabeza ante nadie.

—¿Qué es lo que te pasa? Nunca te vi de esa manera, hija mía,—contestóla Teresa con mucha dulzura.

—Nada, no me pasa nada,—respondió la joven.

Dominóse, recobró alguna tranquilidad y contó á su madre lo que había visto en Touque, hablándola de Morville, de los señores de Kerhoët, que se mostraban muy atentos y cariñosos con ella, y de la felicidad de que hubiesen podido disfrutar, á querer su

abuelo ocuparse de su casa y de las tierras que poseía.

— ¡Necesitamos muy poco para vivir, si vieses qué rocas más hermosas hay allí en todas partes! ¿Qué es lo que le hiciste á tu padre para que se muestre tan poco cariñoso contigo? ¿Qué le pasa que no puede querer á sus hijas? ¡Y pensar que tú eres tan buena y que te tratan de ese modo!

Acaricióla durante un minuto con acendrada ternura como si así quisiese hacerla olvidar sus pesares y luego la preguntó por sus amigos.

— ¿Y Raguanel?— dijo.

— Vino con mucha frecuencia á preguntarme por tí. Ese muchacho está enamorado de tí, no lo puede ocultar, ¿te habló alguna vez de casamiento?

— Nunca.

— ¿Es de veras?

— Te lo aseguro.

— Lo siento, porque sería un buen partido.

— Demasiado bueno para mí. Su madre tiene fincas en Argenteuil, y además mucho dinero. Esto no lo ignoras, es rica y nosotras pobres, ¡y las ventas van de mal en peor!

— Sí, pero en cambio eres joven y hermosa.

— ¿Lo crees así? Y aun cuando así fuese, ¿te figuras que nos servirá de algo?

— No sabes cuán contenta me pondría si te viese casada y bien casada, ¡es tan triste vivir sola! Así viví yo durante diez años y creí morirme.

— ¿No te tengo á mi lado, madre?

— ¿Quién lo duda? ¿Y cuando yo falte, qué será de tí?

— ¡Cállate, por Dios, que esas son cosas de que no se debe hablar!

— La verdad es que no me encuentro muy bien de salud.

— Exageras, descansa unos días y verás como te repones.

— No lo creo,— contestó Teresa empañándose los ojos de lágrimas,— me parece que marchó... aunque muy despacio; tengo muchas pesadumbres y siento irme por tí.

— ¡Qué ideas se te meten á veces en la cabeza!

Dijo la joven con pena estas palabras y quiso cambiar de conversación para distraer á su madre.

— ¿No sabes,— dijo,— que antes de subir he visto á Meraud en la calle?

— ¡Siempre ese hombre!

— Sí, á Nicolás, á la cuenta salía del café, y Vicente también lo conoció.

— ¿Estaba Ladurin contigo?

— Sí, le encontré en la estación á donde fue á esperar á un hermano suyo que viene de la tierra y me sirvió de guardia de corps y puedo decir que pocos hay tan buenos.

Para no inquietar á su madre no quiso decirle nada de lo ocurrido en la calle de Amsterdam.

— Ahí tenéis uno que si yo quisiese se casaría conmigo aunque no tengo dote,— dijo.— Nos estableceríamos y tú vendrías con

nosotros, lo mismo que Anita. En el fondo me ama mucho y es un buen muchacho.

— Es cierto, ¿y tú estás conforme? ¿En quién piensas?

— En nadie; tengo tiempo de pensarlo más adelante. Hasta luego, madre, buenas noches.

Púsose en pie Rosa al decir estas palabras.

A Teresa asediábale una idea.

— ¿No dices que Meraud está en la puerta? — preguntó.

— Sí.

— Pues no salía del café, sino de aquí, de esta casa, á donde viene con mucha frecuencia de algún tiempo á esta parte.

— ¿A visitar á alguien?

— Sí, á los porteros, y también suele subir á casa de Florencia.

— ¿A casa de la señorita Carpiquel? ¿A qué? ¿Una solterona tan arrugada y seca como una pasa! ¿Qué me importa á mí? ¿Duerme y déjalos!

Besó por última vez á su madre, contempló á Anita que dormía con los brazos abiertos y la boca, con el sueño profundo y tranquilo de la adolescencia, y se metió en su cuarto.

Teresa se quedó muy pensativa, preguntándose qué clase de asuntos tenían Nicolás Meraud y Florencia Carpiquel.

La señorita Carpiquel era una mujer que vivía de sus rentas y habitaba en la misma casa, pero en un cuarto mucho mejor, que

tenía vistas á la calle, y desde una de las ventanas que daban al patio enterábase de cuanto pasaba en casa de Teresa Godin.

Las Godin, madre é hija, no podían asomarse ni una sola vez al patio de la casa; patio estrecho y profundo como un pozo, sin ver á la rentista en su puesto como una lechuza posada en una pared.

Respecto al pasado de la señorita Carpiquel permanecía envuelto en la mayor obscuridad, y nadie tenía sobre ese punto el menor dato, siendo la opinión más generalizada la que sostenían los porteros. Decían éstos que la señorita Carpiquel debía haber estado de doncella en una buena casa, y que á la sazón se sostenía con lo que la producían sus ahorros.

Tenia la costumbre de no abordar nunca de frente los asuntos, sino al soslayo, tocándolos, por así decirlo, con la punta del dedo, con la prudencia y delicadeza de la enfermera que está curando una llaga en carne viva.

En el Mercado conocíanla todos los vendedores de ambos sexos, porque no andaba con remilgos, escogiendo siempre los mejores manjares, que nunca pagaba más de lo que creía justo, y en cambio prestaba algunos servicios á las vendedoras, sobre todo á las jóvenes, dándolas consejos acerca de su tocado, cortando en caso de necesidad los cuerpos ó abrigos de sus favoritas, siendo indudable que poseía raras habilidades como modista.

Vestía, sin embargo, con una extremada sencillez, como una viejecita que quisiese pasar completamente desapercibida sin destacarse por ningún detalle de su tocado.

En broma decíanla muchas veces las vendedoras:

—¡Acordáos de mí en vuestro testamento!

—¡Bah! No dejaré de pasar mis apuros para dejar lo que tengo, porque hasta ahora no conozco á ningún heredero.

Al pensar Teresa en Meraud, que rondaba la casa, acordábase también de la señorita de Carpíquel y desconfiaba de ambos.

¿Por qué? No podía decirlo á punto fijo, pero aquel espionaje tan continuado la irritaba, y además temía todo por Rosa.

—¡Ah!—exclamó durante uno de sus accesos de fiebre.—¡Si tuviese la audacia de acercarse, la mataría como á un perro!

A pesar de lo avanzado de la hora, del cansancio del viaje, Rosa no había podido tampoco conciliar el sueño.

No podía olvidar el carruaje en que la acompañaron á la estación de Trouville, las palabras amistosas, casi cariñosas, que la dijera Kerhoët y Marta, las miradas que al momento de marchar el tren la dirigieron dos caballeros elegantemente vestidos que se detuvieron para verla pasar.

La mujer, por muy modesta que sea, comprende siempre cual es la naturaleza de los sentimientos que inspira.

El sol iluminaba con sus rayos esplendurosos el bosque de chimeneas que se elevaba

sobre los techos de la casa en que vivía Florencia Carpíquel.

Rosa no empleó mucho tiempo en su tocado, y en dos minutos estaba peinada, vestida y en disposición de salir á la calle.

Iba casi á terminar la subasta cuando llegó al Mercado, con la cabeza casi descubierta bajo su linda cofia blanca, y el pelo recogido en gruesas trenzas y rizándose sobre la frente y la nuca, su sencillo traje negro, que modelaba su cuerpo de estatua y su delantal blanco como el ampo de la nieve.

Terminó la subasta de los pescados de mucho precio, y á los lenguados y á los rodaballos de lechosa carne siguieron los salmones de azulado lomo cincelado como una cota de malla, los barbos ó las tencas, y los cientos de peces de río, y el sofocado voceador, sin abandonar ni un momento su tarea, lanzaba con voz estridente la última cifra de las pujas al grupo de vendedoras que le escuchaban sin perderle de vista.

Al ver entrar á Rosa tuvo tiempo para enviarla una sonrisa entre dos pujas y preguntas á las que la joven respondió con una mirada ó un signo afirmativo.

—¿Fué bien el viaje? ¡A veinticinco francos los barbos! ¡á veintiséis cincuenta! ¡Y madre, cómo sigue? ¡A veintisiete! ¡á veintisiete cincuenta! ¡á veintiocho!... ¿Quién da más? ¡Adjudicado!

Las pescaderas más antiguas habían conocido á Rosa cuando ésta era niña, pues á los diez años andaba cosida á las faldas por el

Mercado del mismo modo que lo hacía á la sazón Anita, y la consideraban como á hija del Mercado, y entre las más viejas, algunas la besaron en las mejillas con mucho cariño. Dos de sus amigas que ocupaban puestos inmediatos al suyo dijéronla al oído:

—La señorita Carpiquel vino dos veces á buscarte.

—¿Cuándo?

—Hace unos tres días.

—¿Qué me quería?

—No nos dijo nada; volverá probablemente.

—Está bien.

Llegó el turno en la subasta á las anguilas, peces de río, carpas, y después de estas á los cangrejos.

Por lo general era Teresa la que bajaba á la puja, y su hija se quedaba luego en el Mercado para la venta, y ese día, Clara, la revendedora de Meraud, disputó con encarnizamiento todos los lotes á su rival, y al ver semejante obstinación dijérase que durante la ausencia de ésta había jurado su pérdida y deseaba quitarle la parroquia.

Rosa hízola frente comprendiendo que la hostilidad iba en aumento.

—¿A dónde iremos á parar si antes de llevar los géneros al puesto hay que hacer aquí esta guerra pagándolos á lo que luego no los quiere pagar nadie?

Animáronla mucho las pruebas de amistad con que la recibieron, lo mismo que si volviese de un largo viaje.

Un chicuelo que pasaba la mayor parte del día dando vueltas por las calles del Mercado y que era hijo de una vendedora de recobería, vinda de un empleado de la Prefectura, que murió muy joven y sin dejarla un franco, se acercó á Rosa agarrándose á sus faldas y diciéndola con ese tono empalagoso propio de los chiquillos demasiado mimados.

—¿Dónde te habías metido, rubia? ¡Dime dónde te escondías!

Y esto diciendo arrimábase al delantal de la joven haciéndola caricias como un gatito; era una preciosa criatura con su cabello rubio rizado, su tez pálida ligeramente curvada, el cutis fino y rojos labios. Llamábanle Claudin porque su madre se llamaba Claudia, y entre las vendedoras y concurrentes al Mercado nadie le conocía con otro nombre ni se inquietaba por averiguar si tenía otro.

—¿Qué bien huelen tus bolsillos!—dijo el niño metiendo las narices en ellos.—Dame de lo que tienes aquí!

Metió Rosa la mano en uno de ellos y sacó una bolsita de seda llena de bombones y caramelos que le regalara Jorge de Kerhoët.

—Toma y márchate, que ahora tengo mucho que hacer,—le dijo.

Empezó á comérselos el chiquitín, guardando unos cuantos para su madre.

—Son muy ricos y tú también,—dijo,—y te quiero más que á todos.

Se escurrió por entre las faldas de las vendedoras, y se marchó á contemplar los grandes pescados y los montones de langostas.

Los mozos de cordel, que con la mayor facilidad habíanle podido aplastar bajo sus zaptones, no se atrevían á tocar al niño, tan delicado y débil era, y no debe extrañar que obrasen así, porque esos auverniese de cuadrados hombros y tan forzudos, tienen delicadezas de mujer para los seres débiles, á los que protejen con todas sus fuerzas.

Instalóse Rosa en su puesto, y al poco rato de hallarse entre las fuentes y pilas en que pululaban las anguilas y las tencas, vió de lejos á la señorita Carpiquel que se acercaba haciendo sus estaciones ante los otros puestos, diciendo alguna que otra palabra con voz atiplada, y su humildad de mujer sola que teme molestar á los vendedores para que la faciliten su modesta compra.

Contempló la solterona á los pobres animales que se movían lentamente medio asfixiados por el calor que se hacía sentir con fuerza desde por la mañana.

—¿No queréis hoy nada, señorita Florencia?—preguntó la vendedora.

—No, gracias, señora Brejot, necesito y gasto tan poco, que me da vergüenza bajar á la plaza para una compra tan mezquina.

—¿Qué buena sois, señorita Carpiquel!

—¡Calláos!—dijo Clara en voz baja.—¡Es una avara! Dicen que en su casa hay un cuarto lleno de napoleones, y no tiene criada. ¡Para mucho la servirá ese dinero en el otro mundo!

—No hay otro mundo,—dijo una librepen-sadora.

La solterona volvióse un momento hacia los salmones, lenguados y rodaballos, y señalándolos con el dedo:

—¡Qué alhajas!—exclamó para halagar á la señora Brejot.

Siguió andando y llegó al puesto de las Godin, deteniéndose ante una pila en la que se movían algunos enormes cangrejos.

—Son magníficos,—dijo señalándolos.

—Los pequeños tienen la carne más fina, ¿queréis que os ponga algunos?

Vaciló un momento la señorita Carpiquel y después dijo que no podía entretenerse.

—Os habréis levantado muy temprano,—observó Rosa.

—Vengo de misa, estuve en Saint-Merry. Hay en esa iglesia un Vicario que me es muy simpático, el señor Verduron, un hombre muy respetable.

Según afirmó Florencia, se entregaba con exceso á la devoción, pero que era un consuelo muy grande para las mujeres que viven solas y mucho mejor aún cuando se hacen viejas, y hablando de estas y otras cosas llegó dando rodeos á su objeto, lo mismo que un colegial que al salir de la escuela sigue el camino más largo.

—¿Estuvisteis fuera, amiga mía?—preguntó.

—Sí.

—¿En casa de vuestro abuelo señor Godin?

—Sí.

—¿Qué es de él?

—Nada bueno; ni nos quiere ni nos puede

ver siquiera; no trabaja, y como se come lo poco que queda nos arruina. La casa se está cayendo á pedazos y es una lástima, porque más adelante habríamos podido encontrar allí un refugio y pasar con muy poco.

—¿Es de verdad lo que me decís?

—No me habléis, porque me pongo furiosa,—respondió Rosa dejándose llevar por un arranque de cólera al pensar que su madre estaba enferma y que apenas podía respirar en su cuehitril de la calle de Mondetour, y comprendo que no debería decir por respeto ni una palabra, pero no puedo por menos, porque hay cosas que llegan al alma.

—Tanquilizáos, querida Rosa.

—¡Callad, por Dios, si aquello es una mala vergüenza! Continuamente está borracho y rodando como una pelota por todos los hoyos y zanjas; se pone en un estado lastimoso; me daba tanto asco y tanta pena, que á veces hubiese querido estar á cien leguas.

—Parece imposible.

—Pues no exagero, sino todo lo contrario.

—Dicen que tenía algunos ahorros, que era rico.

—¡Rico! Sí, tenía para pasar; pero no será su hacienda lo que nos saque de apuros.

—¡A propósito! Estos días pasados vine á dar una vuelta por aquí para veros.

—Ya me lo dijeron.

—Pero no corre ninguna prisa.

—¿De qué se trata?

—De una proposición que puede que os interese.

—Decidme qué es lo que deseáis.

La llegada de un parroquiano, dueño de uno de los mejores restaurants del boulevard, interrumpió la conversación. Encargó cinco cestas de cangrejos que pagó sin mirarlas, pero se inclinó sobre los cabellos de Rosa y los olfateó:

—Esto embalsama el ambiente,—dijo á la señorita Carpiquel,—es una primavera.

—Parece que allá abajo se hace el amor,—chilló la *Pintada*,—si, es un amor verdadero, hay que confesarlo.

El parroquiano se echó á reir y preguntó:

—¿Y las anguilas?

—Hay muchas y muy buenas.

Contestó Rosa y metió el desnudo brazo en el depósito del agua, y las anguilas enrolláronse á su muñeca como serpientes.

—No vengo al Mercado más que para ver esto,—dijo el fondista,—envíadme media docena de las medianas y los cangrejos, pero procurad que sea pronto.

—Ya tiene Hipólito un viaje,—dijo alegremente Anita yéndose en busca del mozo.

Cogió el parroquiano con la punta de los dedos la muñeca de Rosa y la contempló con mucha atención.

—¡Qué fresco y blanco es!—exclamó.—Parece raro, ¿á dónde fuisteis por ese cutis?

—No lo sé, porque no me pidieron mi opinión,—contestó la joven sonriendo, y al haberlo enseñó una dentadura preciosa.

—¡Guardadlo todo bien guardado, hija mía! Adiós, hasta otro rato.

Marchóse el fondista y las dos mujeres quedáronse solas, no habiéndose movido la señorita Carpiquel ni un solo momento de su sitio.

—¿Me dijisteis que teníais que hablarme de un asunto?

—Se trata de vuestro bien, y me figuro que ni por un solo instante dudaréis de que me intereso mucho por vos, hija mía, si, me intereso mucho,—repitió.

—Sois muy buena y amable conmigo, señorita Carpiquel.

Esta bajó mucho la voz como hacen las personas discretas que van á tratar de un asunto grave.

—El antiguo amo de vuestra madre estuvo á verme un día de estos.

—Me lo figuraba,—murmuró Rosa acordándose de su encuentro de la víspera.

—Y tienes algunos proyectos.

—¿Acerca de qué?

—Respecto á vos.

Meneó Rosa la cabeza con aire incrédulo porque esperaba muy poco, ó mejor dicho, nada de proyectos de Meraud.

—Veamos de qué se trata,—respondió.

—No me gusta mezclarme en los negocios de los demás,—dijo la señorita Carpiquel,—ni es tampoco de mi cuerda el hacerlo, me lo pidieron y quiero, además, vuestro bien.

—Ya lo sé.

—Dice Meraud que ganáis muy poco, y que á seguir así, muy pronto tendréis que dejar el comercio.

—¿Y qué más?

—Quisiera que os asociaseis con él y entonces en vez de perjudicaros os favoreceríais unos á otros poniéndoos de acuerdo para los precios, con lo cual ganaríais mucho.

—Mi madre no quiere consentirlo.

—¿Y vos?

—A mí me gusta mucho más ser libre.

—No ignoráis que Meraud es riquísimo.

—Veremos, lo pensaré.

—Desempeñé mi comisión, no es culpa mía si no salí bien, pero ahora quisiera decir reservadamente otra cosa.

Bajó aún más la voz la solterona, siendo indudable que un confesor no habría hablado con más reserva.

—Si es verdad,—dijo,—que vuestra bolsa está exhausta, no os apuréis por eso... ni es necesario tampoco que hagáis cosas que os desagraden. No soy una capitalista, más poseo algunos ahorros que pongo desde luego á vuestra disposición, ¿comprendéis lo que os quiero decir?

Esta salida de la señorita Carpiquel comprendió y conmovió á Rosa.

—¡Oh! ¡Señorita Carpiquel!

—Os repito una y cien veces que os aprecio muchísimo, y que antes que dirigiros á otra persona cualquiera, contéis conmigo.

—Así lo haré, señorita Carpiquel, creed que os agradezco infinito vuestro ofrecimiento, ¿no lleváis hoy nada?

—No, adiós.

—Buenos días, señorita Carpiquel.

Alejóse ésta del mismo modo que había ido hasta allí; pero siguiendo otra dirección y saliendo del pabellón destinado á pescadería, y entró en el de las verduras y frutas.

Entre las vendedoras había una muy gruesa, casi tan cuadrada como alta, que llevaba en la cabeza la marmota de seda gris muy limpia y decente, lo mismo que su traje negro y delantal azul con grandes bolsillos.

Entreteníase ésta en contar dinero sobre un tablero ya desocupado, y al ver á la solterona llamola con voz de bajo.

—¡Señorita Florencia!

—¿Qué queréis, señora Raguenel?

—¿Es verdad lo que dijeron de que vuestra vecina estaba enferma?

—¿La señora Godin?

—Sí, Teresa, ¿qué es lo que necesita para ponerse buena? Pues aire muy puro y mucha tranquilidad.

—Creo lo mismo, señora Raguenel.

—Mi hijo fue quien me habló del asunto, y si Teresa quiere ir á Argenteuil á pasar quince días la recibiré con mucho gusto en mi casa. Allí no hay muchos regalos, pero si la puedo ofrecer buenos caldos y abundante comida, prometiendo, además, cuidarla con esmero. Confío en que le ha de sentar bien una temporada en el campo.

—¿Qué buena mujer sois, señora Raguenel!

—No soy yo sola en el mundo, mirad á mi alrededor y veréis algunas; es preciso ayudarse unos á otros. Hacedme el favor de ir á decirselo de mi parte, yo no tengo tiempo.

—¿Y su hija? ¿Cómo la va á dejar sola?

—¿No es bastante crecida para que sepa lo que la conviene?

—Sí.

—¡Y es muy honrada!

—Tanto que no tendría ningún reparo en poner por ella las manos en el fuego.

—De eso podéis estar muy enterada, puesto que sois su vecina; encargaros de la comisión, y estoy segura de que mi hijo se pondrá muy contento. Las conoció en casa de su tía, la hermana de mi difunto, en Nanterre. La madre Teresa es una buena mujer á la que yo aprecio mucho, porque en tiempos demostró tener mucho ánimo y valor.

—¡Valor!—exclamó arrastrada por la curiosidad la señorita Carpiquel que era muy aficionada á enterarse de historias ajenas.

Hacia un minuto que se había acercado á la hortelana quedándose parado detrás de las dos mujeres, un caballero vestido con mucha elegancia.

Dejó la cartera llena de papeles encima del montón de verduras de una vendedora conocida, y tapó los ojos á la señora Raguenel al mismo tiempo que la daba dos ruidosos besos en las coloradas mejillas. El rostro de la buena mujer adquirió de pronto una expresión de extraordinaria placidez.

—Déjame en paz y estate quieto, porque pareces un chico,—dijo.—Sí, es una tontería si se quiere, pero la verdad es que no hay nada en el mundo como las caricias de los hijos, ¿nos estabas escuchando?

—Si, te doy las gracias, y ahora mismo voy á desempeñar ese encargo.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿A quién se lo vas á decir? ¿A la madre ó á la hija.

—A la hija, lo mismo da.

—No os apuréis, señora Ragueneil, yo se lo diré á la madre,—dijo la solterona.—Adiós hasta la vista.

—Decidla que en mi casa estará á gusto.

El pasante de Notario estaba radiante de satisfacción. Miróle su madre durante un momento, y su rostro franco y abierto reveló durante un segundo gran contrariedad.

—¿En que estás pensando?—la preguntó Pedro.

—En que quizás hice muy mal dejándome llevar de mi primer impulso. No queria hacerte caso hasta que vino Ladurin y me dijo que esa pobre mujer va de mal en peor. Espero que no cometerás ninguna imprudencia.

—¿Cometer una imprudencia?—replicó Pedro fingiendo sorpresa.

—Sí, observo que miras con mucha frecuencia hacia aquel lado.

—¿A cuál?

—Al que ocupa la rubia.

—Es una amiga.

—No te diré que no; la amistad no está prohibida, pero no vayas más allá.

—¿Más allá?

—No pongas esa cara ni te hagas el asombrado; demasiado comprendes lo que quiero

decirte. Tus padres han sido personas honradas, y esa niña, no se lo echo en cara, porque la pobre no tiene la culpa, no sabe quién es su padre. Esto es una mancha. Creo haberte dicho bastante, y francamente, me darías un disgusto muy grande si tuvieses algún proyecto por esa parte.

El tono que empleó no admitía réplica, y Pedro acostumbraba á respetar su voluntad.

—No hemos hablado nunca de nada... puedes tranquilizarte.

—¡Ojalá sea verdad! Esa pobre muchacha me interesa mucho, la quiero,—añadió la buena mujer,—porque veo cómo trabaja con fe y lo honrada que es, y es preciso ayudarla, animarla, tener buen corazón para ella y para su madre; pero fuera de eso no quiero más historias, ya me oyes.

Besó otra vez á su madre, pero ésta con un poco más de frialdad.

Alejóse, y antes de acercarse al puesto de Rosa, de la rubia, como la llamaba la señora Ragueneil, dió un rodeo por los puestos de los polleros, y al pasar por delante de Clara la *Pintada*, ésta le interpeló con voz tan chillona, como el graznido del ave cuyo nombre la habian dado.

—¡Eh! ¿Queréis algo? ¡Eh! ¡Ese de la cartera, el que está enamorado!

—No quiero nada. ¡Idos al demonio!

Al oír esto estalló la *Pintada*.

—¡Milord está incomodado! ¡Que le sirvan pronto una taza de tila!

La madre Brejot intervino á la sazón.

—Tienes unas cosas de á céntimo, mujer,—la dijo,—y como sigas así te respondo de que cuando menos lo pienses, te vas á encontrar con un par de bofetadas á cuenta, y me parece que otras las merecen menos.

Acercóse Pedro al puesto de Rosa, y como no le fue posible dominar su turbación, limitóse á transmitir la oferta de su madre.

—Confío en que aceptaréis nuestra oferta, que es hija de la amistad que os profesamos.

Bajó la voz y apresuróse á añadir:

—El domingo iréis á vernos y entonces podremos hablar, lo que hoy no puedo hacer, porque tengo mucha prisa.

Miróle Rosa y observó que estaba conmovido, teniendo, además, los ojos empañados por las lágrimas prontas á escaparse de ellos.

—Sí,—contestó,—os prometo que iré, señor Pedro.

No se atrevió éste á darle la mano, saludándola con un amistoso movimiento de cabeza y se alejó apresuradamente como si estuviese abrumado por los negocios.

XVIII

Al retirarse Jorge de Kerhoët á su cuarto después de separarse de su padre, hallábase en una situación de ánimo fácil de comprender, pues el misterio cuya existencia había

sospechado, habíase desvanecido á sus ojos.

Á la manera que una estatua cae de su pedestal y rueda al abismo, caía en él la mujer á la que trataba con profundo respeto, amaba con entrañable cariño, y de la que estaba orgulloso, como se puede estar á los veinticinco años, de una madre digna de todas las consideraciones que llega á ser el ídolo de la juventud. En su caída arrastraba ese ídolo la fe y entusiasmo de Jorge por el bien, ¿de quién fiarse en adelante, puesto que ni siquiera le estaba permitido creer en la virtud de su madre?

Encerrado en su habitación paseóse presa de nerviosa agitación, moviéndose precipitadamente unas veces para contemplar con dura mirada el retrato de la Condesa, cuadro admirable que representaba á ésta en todo el esplendor de su belleza peregrina.

Valentina había cambiado muy poco y conservaba su rostro ovalado, sus encantadores contornos, rojos labios, frente despejada y cejas arqueadas como las de una diosa. Miró con ira ese rostro admirable, y por un momento experimentó grandes deseos de rasgar el lienzo; empero al poco rato sobrevino la reacción y retrocedió ante semejante sacrilegio, arrojando sobre la mesa el cuchillo, un precioso puñalito japonés que cogiera de encima de la chimenea.

Después de pasar una noche de insomnio, levantóse muy temprano, salió de Morville haciendo el menor ruido posible para no llamar la atención, y á pie se dirigió hacia

—Tienes unas cosas de á céntimo, mujer,—la dijo,—y como sigas así te respondo de que cuando menos lo pienses, te vas á encontrar con un par de bofetadas á cuenta, y me parece que otras las merecen menos.

Acercóse Pedro al puesto de Rosa, y como no le fue posible dominar su turbación, limitóse á transmitir la oferta de su madre.

—Confío en que aceptaréis nuestra oferta, que es hija de la amistad que os profesamos.

Bajó la voz y apresuróse á añadir:

—El domingo iréis á vernos y entonces podremos hablar, lo que hoy no puedo hacer, porque tengo mucha prisa.

Miró Rosa y observó que estaba conmovido, teniendo, además, los ojos empañados por las lágrimas prontas á escaparse de ellos.

—Sí,—contestó,—os prometo que iré, señor Pedro.

No se atrevió éste á darle la mano, saludándola con un amistoso movimiento de cabeza y se alejó apresuradamente como si estuviese abrumado por los negocios.

XVIII

Al retirarse Jorge de Kerhoët á su cuarto después de separarse de su padre, hallábase en una situación de ánimo fácil de comprender, pues el misterio cuya existencia había

sospechado, habíase desvanecido á sus ojos.

Á la manera que una estatua cae de su pedestal y rueda al abismo, caía en él la mujer á la que trataba con profundo respeto, amaba con entrañable cariño, y de la que estaba orgulloso, como se puede estar á los veinticinco años, de una madre digna de todas las consideraciones que llega á ser el ídolo de la juventud. En su caída arrastraba ese ídolo la fe y entusiasmo de Jorge por el bien, ¿de quién fiarse en adelante, puesto que ni siquiera le estaba permitido creer en la virtud de su madre?

Encerrado en su habitación paseóse presa de nerviosa agitación, moviéndose precipitadamente unas veces para contemplar con dura mirada el retrato de la Condesa, cuadro admirable que representaba á ésta en todo el esplendor de su belleza peregrina.

Valentina había cambiado muy poco y conservaba su rostro ovalado, sus encantadores contornos, rojos labios, frente despejada y cejas arqueadas como las de una diosa. Miró con ira ese rostro admirable, y por un momento experimentó grandes deseos de rasgar el lienzo; empero al poco rato sobrevino la reacción y retrocedió ante semejante sacrilegio, arrojando sobre la mesa el cuchillo, un precioso puñalito japonés que cogiera de encima de la chimenea.

Después de pasar una noche de insomnio, levantóse muy temprano, salió de Morville haciendo el menor ruido posible para no llamar la atención, y á pie se dirigió hacia

Trouville. Llegó á este sitio, vagó largo rato por la playa esperando que llegase la hora de la entrevista solicitada por la señorita Restand. Por el entarimado que sirve de acera circulaban numerosos paseantes, viéndose allí preciosos tocados y caras muy lindas, que, si bien atraían las miradas de Jorge, no conseguían distraerle de sus sombrías cavilaciones.

Habiase vuelto de pronto, y no obstante de ser la personificación del carácter amable, jovial y conciliador por excelencia, en un hipocondriaco y misántropo, que envolvía á toda la especie humana en el mismo desprecio experimentando hacia ella los mismos celos. Pasó por delante del camino, y cerca de su puerta, iba tan distraído, que casi tropezó con un paseante que seguía una dirección contraria. Levantó la cabeza y reconoció al marqués de Breynes y ambos saludáronse, pero por parte de Jorge con alguna cortedad. No acertaba á explicarse por qué sentía, tratándose del marqués de Breynes, una antipatía instintiva; no le gustaba su compañía, y ese sentimiento del que antes no se diera cuenta, tenía entonces una cuenta justificativa.

El Marqués era pariente y amigo del conde de Ronévres, su compañero en las orgias, su confidente, quizás su cómplice.

—¡Cuánto madrugáis!—dijo el Marqués.

—¿Y vos?

—Me paseo.

El Marqués mentía ó á lo menos ocultaba

una parte de la verdad, porque su paseo tenía un objeto determinado, habiendo salido tan temprano para adquirir algunas noticias que creía podían serle de gran utilidad.

He aquí lo que había ocurrido la vispera.

En la conversación que la duquesa de Ronévres sostuvo con la señorita de compañía de la duquesa de Kerhoët, la prometió que guardaría el secreto y que no hablaría á nadie de ella. Pero era mujer y ese secreto pesábala de un modo extraordinario, y la historia de Marta parecíola tan extraña y tan conmovedora, que experimentó la necesidad de comunicar á los demás las emociones que sintiera al escucharla. ¿Y qué medio mejor para conseguirlo que contar á su vez esa historia? Creyó que con hacerlo no cometía ninguna indiscreción.

Al regresar de Morville, en compañía de su sobrina y del Marqués, manifestó, sin nombrar á la joven ni designarla con toda claridad, que estaba enterada de una aventura extraña, palpitante, la historia de una pobre niña sin apellido, pero que debía á la cuenta pertenecer á rica y elevada familia.

El marqués de Breynes se puso á escuchar con toda su atención, y lo mismo que un sabueso que busca caza, estudió cuál era la dirección del viento y buscó la pista.

—¿Dónde estaba esa huérfana que no tenía apellido?

Con una de esas sonrisas enigmáticas que muchas veces son más indiscretas que las palabras, indicó la Duquesa que no estaba

muy lejos, sino en los alrededores, muy cerca de ellos. Y es más que seguro que si la hubiesen hecho alguna indicación referente á Morville habríale dominado la tentación de gritar:

— ¡Que os quemáis!

¿Quién podía estar enterado allí de lo que pasaba? El Médico. ¿No es éste el confidente natural de todas las familias?

En su visita el Marqués se propuso hacer sus pesquisas por ese lado, y por la noche, acordándose de las palabras de la Duquesa y meditando acerca de su significado, ocurriósele de pronto una idea. Acordóse de la comida de Morville, y que precisamente había estado sentado al lado de la lectora de la Condesa, habiéndole llamado mucho la atención el porte distinguido de la joven y sobre todo su instrucción. La reserva de la joven excitó también su curiosidad, ¿sería de ella de quien quiso hablar la Duquesa? Era lo más probable que sí.

No estaba enterado de ningún detalle de lo ocurrido entre la Condesa y el Duque, porque éste, al menos en aquella ocasión, tuvo el pudor del silencio. En cambio parecióle que en la vida del Almirante debía haber algo extraordinario y que era el héroe de un drama desconocido, y tal vez esa joven era la causa de la separación de los esposos separados de hecho, si no de derecho.

Excitada en alto grado su curiosidad, resolvió el Marqués estudiar á fondo el asunto hasta ponerlo en claro con todos sus deta-

lles. Hay secretos cuya posesión equivale á una fortuna, y el Marqués, por su parte estaba dispuesto á explotar cuantas minas se le presentasen obligándole á hacerlo la más imperiosa de las necesidades. Había heredado de sus padres un patrimonio que se podía calificar de rico; pero en poco tiempo desaparecieron prados, bosques y granjas y á éstas siguieron dos casas situadas en París, y á los treinta y cinco años el Marqués estaba completamente arruinado.

Las citaciones caían sobre él como un diluvio y había apelado á todos los expedientes conocidos para evitar sus consecuencias, y hasta entonces consiguió de milagro escapar á la catástrofe final, al embargo, y no obstante, arrostraba la tormenta haciéndola frente con notable intrepidez. El señor Durand, su Notario, habíale cerrado la caja. Acercábase por momentos la catástrofe, y el Marqués lo comprendía; iban á hacerse públicos sus apuros, y después del escándalo, de la ruina y de llevarse á cabo la venta de su hotel y de sus lujosos trenes, lo mismo que de los últimos restos de su, en otros tiempos, pingüe fortuna, el mal sería irremediable, porque era la sepultura, el entierro. El hombre que cae tan bajo no consigue elevarse nunca.

El Marqués quiso apelar á un matrimonio de conveniencia, esa última carta que juegan los que, como él, se hallan arruinados, pero fue en vano. Por una de esas extrañas fatalidades que á veces se ven, no habían

caído en las redes ni las hijas de los comerciantes enriquecidos, ni las judías de la banca y del agio, ni las viudas de la opulenta clase media, no obstante de las buenas disposiciones del pretendiente para pasar por todas las apostasias con tal de conquistar una buena dote.

Los espejuelos de su título no atrajeron ninguna alondra, ya porque tuviesen noticias de su próxima ruina, ó bien porque los blasones de Marqueses, Condes y Barones, tan seductores para la vanidad femenina estuviesen en baja, y sus diligencias no produjeron ningún resultado.

Acompañó á su amigo á Deauville, y allí se entregó á sus meditaciones para salir del apuro, y no encontró medio alguno, pareciéndole que era imposible la salvación.

Habiale dotado la Naturaleza de un espíritu ingenioso y fértil en expedientes; pero habia usado tantos, que se veia acorralado ante una jauría de implacables acreedores, prontos á destrozarle con sus afiladas dentaduras. Por esa razón asióse con la desesperada energía de los naufragos á la tabla que sin querer arrojábale la Duquesa.

—¿Conocéis al doctor Montel?— preguntó sin más preámbulo á Jorge.

—Sí, mucho.

—¿Qué clase de hombre es?

—Uno como todos los demás.

—¿Qué edad tendrá?

—La de mi padre, probablemente unos cincuenta y tantos años.

—¿Es muy amigo del Almirante?

—Sí, mucho, son compañeros de la niñez y juntos fueron al colegio.

—Según tengo entendido, ese Médico goza de gran consideración en el país.

—La merece, porque es un hombre digno, para el que el honor es lo primero, inflexible, tratándose de principios de probidad, y muy desinteresado además.

—Entonces es un fénix.

—A fe mia que por tal le tengo; esa es la calificación. Nació aquí y volvió á establecerse después de terminados sus estudios.

—¿Es un sabio?

—Tan sabio como modesto.

—¿Le quieren mucho en Morville?

—Muchísimo.

Respondió Jorge lacónicamente á las preguntas del Marqués como pudiera haberlo hecho una persona que desea abreviar una entrevista, quedarse solo para respirar á sus anchas y entregarse á sus meditaciones.

Comprendió así el Marqués aparte de que ya habia conseguido lo que deseaba, y estrechando la mano de Jorge y pretextando que tenia que hacer, se alejó. Apenas habia recorrido diez pasos cuando se acercó otra vez á Kerhoët.

—Se me olvidó,— dijo,— preguntaros en dónde vive ese hombre tan notable.

—¿Deseáis verle?

—Tengo que consultar á un Médico y vale más que ya que es tan bueno lo haga á ese.

—Así es. Seguid en línea recta hasta Tou-

que y en seguida tomáis el primer camino que encontréis y que se dirige hacia el río, allí veréis una casa con muchos rosales trepadores, aquella es.

—Gracias.

—Cualquiera os dirá cuál es.

—Adiós.

—Adiós.

Jorge sacó el reloj, iban á dar las diez.

—Llegaré tarde quizás,—se dijo.

Dirigióse con rápido paso hacia el sitio en que se hallaba el barco que sirve para atravesar la embocadura del río y tuvo la suerte de hallarlo en su sitio. En pocos minutos llegó Jorge á la otra orilla, y dando la vuelta por la Aduana se dirigió hacia la explanada, limitada por un gran muro de defensa hasta el que en otros tiempos llegaba el mar y que ahora sólo sirve de límite á un inmenso desierto de arena y conchas. Era la hora del baño, y de las *villas* y hoteles alineados al lado de la terraza salían lecciones de mujeres y de niños que se perdían en ese arenoso desierto para ir á buscar á la distancia de un kilómetro á ese mar caprichoso que se aleja cada día más de los palacios construídos en su honor.

Atravesó Jorge por entre esa muchedumbre saludando á las personas conocidas que hallaba al paso, y al llegar al extremo de la hilera de casas detúvose ante un palacio estilo Enrique IV rodeado de diminuto y pretencioso parterre. Aquella era la residencia de la duquesa de Rouévres, un castillejo de

decoración de ópera cómica y al que rodeaba un muro terminado por una balaustrada de mármol blanco. En el piso principal estaba abierta una de las ventanas, y por entre el marco formado por las flores entrelazadas á los hierros y que cubrían las paredes le pareció ver el rostro diáfano de la señorita Elena, que saludó con una sonrisa al recién llegado. Hizole una señal para indicarle que bajaba inmediatamente, y á los pocos segundos se presentó y cogiéndose del brazo de Jorge murmuró con mucha timidez:

—¡Gracias por haber venido!

Arrastróle hacia la playa añadiendo:

—Aquí, entre tanta gente, estamos tan solos como si nos hallásemos en el Sahara.

Creyó Elena que podía estar segura del éxito, y que la presencia de Jorge en aquellos lugares era una prueba de que la amaba. Dirigió á éste una mirada que habría bastado para inspirar compasión á una dura peña, pero éste hallábase en una situación de ánimo tan extraña, en una de esas horas en que la resoluciones más enérgicas dominan al hombre y éste toma un partido, que no le hizo ninguna mella. Entre él, y cuanto de cerca ó de lejos tocaba al Duque de Rouévres, no podía existir en adelante ningún lazo de unión.

—Vine hasta aquí, Elena,—dijo,—porque considero como un deber poner en claro cuanto hace referencia á nuestra situación, precisando ésta de una manera que no deje lugar á ninguna duda. Confieso que os amé

sinceramente, y en adelante podréis contar siempre con mi amistad.

—¿Decís con vuestra amistad, Jorge?

—Sí; esta noche ocurrió un acontecimiento que trastorna por completo mi vida, y ese suceso nos separa para siempre.

—¿Qué decís?

—No me pidáis explicaciones que no puedo daros, porque se trata de un secreto que no me pertenece. Mi voluntad depende de otra cosa superior á mi, está encadenada y no soy libre.

—¡Ah!—exclamó Elena.—¡Lo presentí! No me pertences, amas á otra.

Sonrióse amargamente Jorge oyéndola expresarse de ese modo.

—Lo que decía está muy lejos de la verdad, pero si os obstináis en creerlo no seré yo quien intente disuadiros. Lo único que temo es que algún día lleguéis á sospechar la verdad, si bien gracias á Dios, espero que jamás la conoceréis.

—¿De modo?...

—Que en adelante seré para vos el más adicto y fiel de vuestros amigos, y nunca podré olvidar que siempre os mostrasteis conmigo amante y generosa. No me exijáis nada más.

—¿Os casaréis con otra mujer?

Encogióse de hombros y estaba dispuesto á contestar.

—Las desprecio demasiado á todas para que se me ocurra el pensamiento de unir mi suerte á ninguna, así sea la más pura.

Contúvose á tiempo, sin embargo.

La señorita de Restaud se puso descolorida.

—¿De modo,—dijo apretando los dientes y temblándola las manos,—que todas las palabras de amor que me dijisteis eran falsas y vanos vuestros juramentos y protestas? ¡Me habéis engañado odiosamente!

—También yo me engañé, ¿no os he dicho que os amaba sinceramente?

—¡Palabras!

—Palabras no, verdades sí. No tratéis de averiguar de qué naturaleza es el obstáculo que se eleva entre nosotros; no debéis conocerlo nunca, y el honor me prohíbe daros la menor explicación.

—¡El honor!—replicó Elena poniéndose lívida.—¡Y á mí qué me importa el honor de los demás, si el mío está irrevocablemente perdido! Sí, ese honor, que vale tanto como el de un hombre, no podía revivir más que con la condición de que le pusieseis á cubierto con vuestro apellido.

—¿Cómo?

—Sólo podía salvarse gracias á un casamiento que deseaba con toda mi alma, no por interés, sino por cariño, porque yo os amo con toda la vehemencia de que es capaz mi alma... Si, sólo podía salvarse así, sobre todo si...

Calló Elena sofocándola la vergüenza que la daba el tener que hacer la confesión á que sus labios se negaban.

—Decidlo de una vez.

—Si... llegaba á ser madre.

Separó bruscamente su brazo del de Jorge, y se cubrió la cara con las manos.

Jorge retrocedió un paso.

—¡Desventurada!—murmuró.

—¡Si, muy desdichada!—balbuceó Elena entre sollozos.

—¡Vamos, lo que dices es imposible y lo haces para probarme!

—Ojalá que fuese así...

—Vaciló Jorge como si la locura ó la embriaguez del odio que se apoderara de él durante la pasada noche se le subiera al cerebro.

—¿Comprendes ahora,—dijo Elena apoyándose en su brazo porque estaba muy débil para sostenerse,—cuáles son mis temores ante tus vacilaciones? Durante algunos meses podré disimular mi estado, pero, ¿y después? ¡Qué humillación! ¡Qué vergüenza!

—¡Elena!

—¿Crees, por ventura, que soy capaz de sobrevivir á mi ignominia? Es cosa para matarse por cualquier medio, levantándome la tapa de los sesos como un jugador que lo ha perdido todo... como mi padre,—añadió con creciente irritación.—Mi suerte está en tus manos; óyeme, te amaré toda mi vida, tus mejores deseos serán leyes para mí, ¿en dónde encontrarás una amante más sumisa y más fiel? ¡Sálvame, Jorge! ¡Es imposible que comprendas cuán grande será mi reconocimiento á cambio de la salvación! ¡Serás mi amo, mi Dios, pero dame la hon-

ra, que es más que la vida! ¡Si te niegas te juro que me mataré á tus pies!

Expresábase Elena con gran vehemencia y temblándola mucho la voz, y á pesar de todo eso no consiguió herir la fiebra sensible del corazón de su amante. ¿Qué hacer?

Comprendió Elena que vacilaba y quiso intentar el último esfuerzo para triunfar.

—¡Ya verás qué felices somos!—dijo.—Nada más fácil que ocultar los indicios de esa falta, y durante el invierno viajaremos solos por esa Italia en que se sabe amar tan apasionadamente. El día en que regresemos á París, en donde solo tendré ojos para tí, ¿quién pensará en pedirme cuenta de lo que pasó allá abajo? ¡Por Dios, no me abandones, Jorge, y á no ser por la gente que nos rodea, ya estaría de rodillas á tus pies suplicándote! ¡Respóndeme! ¡Dime que consientes! ¡Que quieres que sea tu esposa ya que todo lo sacrifiqué por tí!

No contestó Jorge.

—¡Oh!—murmuró Elena.—¡Veo que es inútil que me humille y me baje tanto! ¡Estoy condenada sin apelación!

Si Jorge se hubiese vuelto hacia la joven habría podido observar en los ojos de ésta un fulgor extraño, una llamarada que iluminaba á intervalos los ojos de la señorita Restaud que comprendió que no iba á conseguir nada, y las amenazas estaban prontas á salir de sus labios.

—¡Ah!—exclamó Elena hollando con rabia el suelo porque el silencio de Jorge la

ponía furiosa. — ¿Qué es lo que hay entre los dos?

Al oír esta pregunta irguióse Jorge.

¿Qué había? ¡Y se lo preguntaba!

Era una revancha; los Rouévres habían perdido á su madre y el hijo les devolvía la deshonra.

¿Podía olvidar el largo y cruento martirio del Almirante?

El honor, sin embargo, reñía aún su última batalla, y de allí nacían las dudas de Jorge.

Era éste demasiado caballero y digno para decir brutalmente de buenas á primeras á la joven, á la que había amado, y que con acento quejumbroso le imploraba, *¡sálvame!* que la dejaba abandonada á su suerte.

Habíanse acercado lentamente al mar, y las olas deshacíanse blandamente á sus pies.

Jorge estaba quizás dispuesto á ceder, pues era demasiado débil y generoso para destrozar un corazón cuya inmensa desesperación comprendía fácilmente; pero en el mismo momento en que iba á dejarse arrastrar por ese impulso de generosidad, vió al duque de Rouévres que se dirigía hacia donde ellos estaban con la ligereza y el aspecto de un joven; traje claro, una rosa en el ojal de la americana y un delgado bastoncillo en la mano.

Al verle apoderóse otra vez la cólera de Jorge.

— Viene gente, dijo.

— Elena bajó la cabeza.

— Esta noche os enviaré una carta.

Mientras tanto el Duque se acercaba.

— Queréis escribirme, — dijo Elena, — porque no os atrevéis á decirme una palabra. ¡Qué infamia!

— El mundo está lleno de ellas.

Estremecióse Elena porque el dardo dió en carne viva.

Saludó Jorge al Duque con su acostumbrada cortesía, dió algunos pasos en su compañía por la playa, pretextó la hora y se alejó dejándole con Elena.

— ¡Ah! ¡Qué desgraciada soy, querido tío!

— ¿Se niega?

— Vacila al menos; ¡todo está perdido!

— ¡Aún no! — contestó el Duque de Rouévres. — Esperemos, y después de todo, ¿qué daño causaría si no se casase?

— ¿Y si yo estuviese enamorada de él?

— ¡Juventud! — exclamó jovialmente el Duque. — Ahí tienes tus debilidades. — Inclínóse hacia su sobrina y en voz baja añadió: — ¡Y yo que te creía más fuerte!

Elena sólo respondió con un suspiro.

XIX

El marqués Roberto de Breynes era un hombre de acción y de esos que una vez concebido un proyecto no tardan mucho en ponerlo en práctica.

ponía furiosa. — ¿Qué es lo que hay entre los dos?

Al oír esta pregunta irguióse Jorge.

¿Qué había? ¡Y se lo preguntaba!

Era una revancha; los Rouévres habían perdido á su madre y el hijo les devolvía la deshonra.

¿Podía olvidar el largo y cruento martirio del Almirante?

El honor, sin embargo, reñía aún su última batalla, y de allí nacían las dudas de Jorge.

Era éste demasiado caballero y digno para decir brutalmente de buenas á primeras á la joven, á la que había amado, y que con acento quejumbroso le imploraba, *¡sálvame!* que la dejaba abandonada á su suerte.

Habíanse acercado lentamente al mar, y las olas deshacíanse blandamente á sus pies.

Jorge estaba quizás dispuesto á ceder, pues era demasiado débil y generoso para destrozar un corazón cuya inmensa desesperación comprendía fácilmente; pero en el mismo momento en que iba á dejarse arrastrar por ese impulso de generosidad, vió al duque de Rouévres que se dirigía hacia donde ellos estaban con la ligereza y el aspecto de un joven; traje claro, una rosa en el ojal de la americana y un delgado bastoncillo en la mano.

Al verle apoderóse otra vez la cólera de Jorge.

— Viene gente, dijo.

— Elena bajó la cabeza.

— Esta noche os enviaré una carta.

Mientras tanto el Duque se acercaba.

— Queréis escribirme, — dijo Elena, — porque no os atrevéis á decirme una palabra. ¡Qué infamia!

— El mundo está lleno de ellas.

Estremecióse Elena porque el dardo dió en carne viva.

Saludó Jorge al Duque con su acostumbrada cortesía, dió algunos pasos en su compañía por la playa, pretextó la hora y se alejó dejándole con Elena.

— ¡Ah! ¡Qué desgraciada soy, querido tío!

— ¿Se niega?

— Vacila al menos; ¡todo está perdido!

— ¡Aún no! — contestó el Duque de Rouévres. — Esperemos, y después de todo, ¿qué daño causaría si no se casase?

— ¿Y si yo estuviese enamorada de él?

— ¡Juventud! — exclamó jovialmente el Duque. — Ahí tienes tus debilidades. — Inclínóse hacia su sobrina y en voz baja añadió: — ¡Y yo que te creía más fuerte!

Elena sólo respondió con un suspiro.

XIX

El marqués Roberto de Breynes era un hombre de acción y de esos que una vez concebido un proyecto no tardan mucho en ponerlo en práctica.

Después de separarse de Jorge de Kerhoët, dirigióse á la administración de correos á recoger sus cartas, y en ellas encontró, como de costumbre, muchas amenazas y reclamaciones. Terminado el examen de su correspondencia, se apresuró para llegar á la aldea, empleando unos veinte minutos en el camino.

—¿Queréis hacerme el favor de decir donde vive el doctor Montel?—preguntó á un aldeano.

—¡El doctor Montel! Ahí enfrente, precisamente estáis muy cerca.

—Gracias.

Reconoció, efectivamente, Roberto de Breynes los rosales de que le hablara Jorge.

La puerta de la casa hallábase abierta. Después de unos cuantos minutos, decidióse el Marqués á entrar, creyendo que el amo de la casa no debía estar muy lejos.

—¡Eh! ¿No hay nadie?—preguntó.

No le respondió nadie y se orientó.

El mobiliario del vestíbulo, con el que tenía comunicación por una puerta entreabierta un despacho, el del Médico, reducíase á unos cuantos bancos de encina.

Volvióse hacia el despacho y se le figuró que oía un gemido, y creyó que sería de algún enfermo que estaba en la consulta; sin embargo, no oyó rumor de voces ni se repitió aquella queja.

Breynes podía considerarse como el amo de aquella casa, en la que sólo se oía el zumbido de las moscas, y cansado de esperar,

decidióse á llamar, y al observar que no recibía ninguna contestación, abrió la puerta de par en par.

En un sillón de elevado respaldo, hallábase el Médico presa de fuerte estertor.

Delante de él, y encima de la mesa, veíase un pliego de papel blanco, en el que la frescura de la tinta probaban que un ataque había sorprendido al Médico hacía muy poco. Al lado del papel había un sobre que decía:

Para que se lo entreguen á la señora Condesa de Kerhoët después de mi muerte.

Inclinóse el Marqués, y las primeras palabras que leyó en el papel llamáronle la atención de una manera extraordinaria:

Esta es mi confesión y mi testamento.

El Marqués abrió desmesuradamente los ojos. Dirigió una mirada oblicua al moribundo, al que no hizo caso ni socorrió, y se enteró con avidez del contenido del documento.

Presiento, decía el Médico, que me quedan muy pocos días de vida, y no quiero morir sin borrar antes una grave falta, la única de que soy culpable en esta vida; es casi un crimen cometido contando con la complicidad de uno de los hombres más dignos y respetados en su país: con la del conde Jacobo de Kerhoët.

Para obrar de ese modo, el Almirante podía alegar en su favor una atenuación, yo no puedo presentar ninguna.

En la noche del 27 de marzo de 1858, ocu-

rrió en el castillo de Morville un trágico acontecimiento.

La condesa de Kerhoët, que estaba en cinta, dió á luz, rodeada del mayor misterio, una niña, fruto de unos amores adúlteros, y esto ocurrió durante una larga ausencia de su esposo. ¿Por qué medios se enteró el Almirante del estado en que se hallaba su esposa? Eso es lo que no sé ni supe jamás.

El conde de Kerhoët, Capitán de fragata á la sazón, desembarcó en Bret, cuando nadie le esperaba, y á las pocas horas se presentó en mi casa suplicándome que le ayudase para llevar á cabo un cambio, que en su concepto constituía su venganza y un castigo.

Era entonces Jacobo de Kerhoët mi mejor amigo, y continuó siéndolo aún y tuve la debilidad de acceder á sus instancias.

Un ruido casi imperceptible llamó la atención del Marqués.

Volvióse y vió con terror que el moribundo fijaba en él sus miradas. En vano se movieron los labios del Médico, porque de ellos no salió ningún sonido articulado, y no obstante, figurósele al Marqués que oyó con toda claridad una sola palabra:

—¡Ladrón!

Hizo el moribundo un esfuerzo desesperado y se levantó para defenderse; pero el Marqués le obligó á sentarse en el sillón, en el que cayó inerte.

Y sin hacer caso del Médico acercóse á una ventana y continuó su obra.

Media hora antes de que ocurriese esto en el castillo de Morville, una pobre joven, vendedora del Mercado de París, Teresa Godin, engañada y abandonada por un hombre indigno que la deshonoró, dió á luz, en la casa de sus padres en donde se había refugiado, una niña.

Contando con el auxilio de la madre de Teresa, sometida por completo á la voluntad del conde de Kerhoët, y que más tarde murió llevándose su secreto á la fosa, cambiamos el Conde y yo las dos niñas de Morville, en el cuarto tocador de la Condesa. Por esta causa la condesa de Kerhoët crió y educó á la hija de Teresa Godin, de la pobre pescadera del Mercado, que vive aun, y Teresa á la hija de la Condesa.

Esta llámase Rosa Godin, vive con la mujer á la que considera como su madre en la calle de Mondetour en una de las habitaciones más humildes y baratas. La hija de Teresa Godin recibió en cambio todos los cuidados de la Condesa después de haberla yo presentado en el registro de la Alcaldía de Touque el 28 de marzo de 1858 como hija de padres desconocidos, y manifestándole que debía ponerse los nombres de Marta María.

Hasta hoy el Almirante y yo somos los únicos depositarios de ese secreto. Ignoro cuáles son sus proyectos, y le suplico que me perdone la revelación de ese secreto que hago al borde de la tumba, rogándole no olvide que su acción no turbó en lo más mínimo la profunda estimación y el cariño sin límites que siempre le profesé.

Habiente ofendido, y obrando como Juez en su familia, escogió el castigo que le sugirió su

justa indignacion, pero yo no tengo esa disculpa y no puedo comparecer ante el Tribunal de Dios sin reparar el daño que causé á una criatura que es irresponsable de la falta que cometiera su madre. Declaro solemnemente que Rosa Godin es la hija de la condesa de Kerhoët, que nació en Morville la noche del 27 de marzo de 1858.

Declaro, además, que soy culpable por haber llevado á cabo la sustitución con que salió tan perjudicada, y que el remordimiento que eso me causa es lo que abrevia mi vida.

Ruégola que me perdone, y para indemnizarla en cuanto está á mi alcance, la dejo todos mis bienes lamentando mucho no poder proporcionarle con ellos más que una honrosa medianía, asegurándola que los pobres fueron los que más participación tuvieron en mis rentas. La recomiendo á mi anciana criada suplicándola no la abandone.

Confío en que Dios, teniendo en cuenta el bien que hice á cuantos me rodeaban, tendrá compasión de mí.

A esta declaración hecha en una hoja separada sujeta á la otra con un alfiler, había añadido el moribundo algunas palabras.

Instituyo por mi única heredera á Rosa Godin, hija de Teresa, y que vive con su madre en París en la calle de Mondetour.

Esta es mi última voluntad, en fe, la que sello, y firmo la presente en mi casa de Touque á 2 de agosto de 1878.

DOCTOR ANTONIO MONTEL.

La letra con que el Médico escribió ambos documentos era clara, y el papel tenía el sello en seco con que acostumbraba á timbrar sus recetas.

Al terminar el Marqués el examen de los documentos, exhaló el Médico su último suspiro.

Aseguróse el Marqués de la autenticidad de esos documentos, y una vez hecho esto, metiéndolos en el sobre que les estaba destinado, guardándolo todo con mucho cuidado en su cartera. El único testigo que había presenciado aquel robo no podía hablar.

Empezó en seguida una procesión de habitantes de la aldea y una serie de lamentos.

—¡Pobre señor!

—¡Quién lo había de decir!

—¡Lo que somos!

—¡Y qué bueno era!

—Un hombre que parecía que no se había de morir.

Y no faltó, como siempre, el profeta de desgracias que lo tiene previsto todo.

—Bien lo decía yo que no había hombre para mucho tiempo.

—Sí, trabajaba mucho, importándole tan poco el mal tiempo como el bueno.

—No era tan viejo; no había cumplido aún los sesenta años.

—De todos modos es una pérdida.

—Sí, es verdad; era un Médico hábil como pocos, y muy cariñoso con los pobres.

—Dicen que era un sabio, por más que nosotros no somos quién para juzgarle.

—¡Buena herencia deja!

—¿A quién, si no se le conoce ningún pariente?

Al Doctor queríanle todos mucho, y no existía en los alrededores ninguna familia que no se honrase con su amistad.

El Marqués procuró marcharse en seguida después de hacer todo lo posible para demostrar que no había podido socorrer al pobre enfermo.

La criada del Médico lamentábase diciendo que se había visto obligada á marchar á Trouville para hacer sus compras, y que no se consolaba jamás de lo que había ocurrido.

Rosa Godin era hija de la condesa de Kerhoët, había nacido durante su matrimonio sin que el marido negase judicialmente la paternidad; tenía, por tanto, los mismos derechos que un hijo legítimo, debiendo, además, restituírsela su estado civil y participar con su hermano y con los mismos títulos que éste de los bienes de la familia.

Al llegar el Marqués á las puertas de Trouville cruzóse con Jorge de Kerhoët que regresaba á Morville, y le manifestó en pocas palabras cuanto acababa de suceder.

—Mi padre lo vá á sentir mucho, —contestó Jorge, —porque quería como á un hermano al doctor Montel.

Separáronse, y Breynes, por fórmula, díjole antes algunas palabras de consuelo que en él equivalían á lágrimas de cocodrilo. Llevaba en el bolsillo la prueba de esa amistad del Almirante con el Médico.

—Y ahora, —pensó dirigiéndose á sí mismo ese apóstrofe mental, —si no eres un tonto puedes decir, amigo mío, que tienes la fortuna entre tus manos.

En el mismo correo que llevó al Marqués las numerosas cartas con reclamaciones de sus acreedores fue otra dirigida al almirante Kerhoët. El sobre demostraba que procedía de una mano femenil. Llevóla á su amo Noël Trediou. Era el único criado que no se separaba jamás del Almirante.

Rompió el Almirante el sobre, y mientras su amo leía la carta, permaneció Trediou á dos pasos de él en una actitud á la vez familiar y respetuosa. Hacía veinte años que el marinero estaba á las órdenes del Almirante por el que habriase dejado hacer pedazos.

La carta era muy expresiva no obstante su sencillez.

Señor Conde.

Hace algún tiempo que la madre de esa joven hállase molestanda por los ataques de una enfermedad de consunción; cada día que pasa pierde más. Rosa está ahora sola en París con Anita, esa niña á la que, como sabéis, recogieron de limosna. La madre marchóse á pasar unos días en Argenteuil, á casa de unos hortelanos para ver si allí se repone un poco.

Rosa es muy prudente, pero creo que será hora de tomar una resolución, es una criatura hermosísima, no lo ignoráis, y bien vestida dudo que se encontrasen muchas que se la pareciesen, ni aun entre la sociedad más elevada.

Sé de lo que soy capaz; pues bien, señor Conde. en un abrir y cerrar de ojos, me comprometo á convertirla en una señora, sin más que veinte metros de tela. Es de temer que, por más que sea muy honrada y altiva, se deje arrastrar algún día por la tentación, porque son muchos los que la solicitan. Las ventas no marchan tampoco como fuera de desear; á pesar de la vida modesta que hacen: no tienen ahorros, sino todo lo contrario; me consta.

Esto es todo lo que puedo deciros por ahora. Si ocurre algo extraordinario procuraré informaros inmediatamente y vuelvo á repetir que me parece muy conveniente que os decidáis si es que tenéis algún proyecto respecto á esa joven. Vuestra servidora,

FLORENCIA CARPIQUEL.

—Está bien,—le dijo el Almirante,—puedes marcharte.

Quedóse solo y muy pensativo.

—Tiene razón Florencia,—murmuró,—es preciso obrar.

Encaminóse hacia la casa, y entrándose en su despacho le preparó todo para ponerse á escribir.

Apoyada la cabeza en las palmas de las manos meditaba el Almirante en cuál sería la mejor determinación que podía tomar, y en el momento en que levantó la cabeza vió á la Condesa parada en el umbral de la puerta, y que tenía los ojos enrojecidos, é hizo un movimiento para retirarse, pero la Con-

desa extendió la mano con un gesto suplicante.

—Os ruego que os quedéis,—dijo al mismo tiempo.

Era la primera vez que en los veinte años transcurridos hacia una súplica á su esposo.

—¿Qué deseáis?—preguntó éste.

—Hablaros.

—Decid lo que queráis.

Cerró la puerta la Condesa con mucho cuidado y se acercó á su marido, que le indicó con la mano que se sentase.

—Os escucho,—dijo.

—¡Ah!—exclamó Valentina furiosa contra sí misma.—Hace tanto tiempo que no nos hablamos, que no sé qué deciros.

—Tranquilizáos.

—Estáis jugando con mi turbación; comprendéis que sufro mucho y gozáis; creo, sin embargo, que tantos años de sufrimiento debían haber amortiguado vuestros resentimientos, justos, sin duda.

—¿A qué sufrimientos os referís?

—¡No disimulemos más!—replicó Valentina animándose.—¡Ese es un juego indigno de vos y de mí! Desde hace veinte años que no tenéis para mí ni una palabra amistosa.

—¿Os quejáis?

—No me quejo ni recrimino á nadie.

—Pues entonces...

—Ya os lo dije; sufro, y esa es la verdad.

—¿Sufrís? ¿Y de qué?

—De vuestro abandono y desdenes.

—No os desprecio, Valentina; si os des-

preciase habríalo arreglado todo de manera que no pudieseis llevar mi apellido.

—Es que ese apellido es lo que me queda de una unión de que estaba orgullosa...

—Si tan orgullosa estabais, ¿por qué no permanecisteis conservándolo sin mancha?

—¡Ah!—balbució Valentina cayendo de rodillas.—¡Lo sabéis todo!

—Levantáos. ¿Qué se figurarían si os viesen así?

—Sois implacable.

—No soy tan cruel como otras personas, podéis estar segura de ello. Si tenéis penas que no me confiasteis, emplead vuestro orgullo, ese orgullo de que hablabais hace un momento en disimularlas. Respecto á ese punto puedo poner un ejemplo.

—¿Cuál?

—El mío.

Levantóse Valentina esperando hallar en el rostro de su esposo alguna emoción.

—¡Decíais que lo sé todo! No sé nada; como no sea que necesitabais toda vuestra libertad y os la devolví; ¿es ó no cierto? Una sola razón habríame podido hacer variar de conducta: un escándalo. Lo cortasteis y os lo agradezco infinito. El apellido que lleváis, es un apellido honrado. Mucho os agradezco que no lo hayáis arrastrado por el lodo; y ahora, ¿qué más queréis que os diga? ¿A qué conducen inútiles explicaciones que sólo servirán para abrir mal cicatrizadas heridas? ¿no es esa vuestra opinión?

—No.

—¿Qué es lo que esperáis?

—Que á mi vez quiero saberlo todo,—replicó acaloradamente la Condesa.—La vida que llevo es intolerable. Sois una esfinge, y vuestra mirada hiela mi sangre en las venas; quiero conocer vuestro secreto.

—Hacéis muy mal. Porque si os oculto alguna cosa, es porque os tengo lástima, Valentina.

—No quiero que me déis pruebas de esa compasión cruel que hace daño. La incertidumbre que me agobia es el peor de los males, ¿tanto me odiáis que no os atrevéis á darme?

—Confieso que en los primeros tiempos experimenté una cólera terrible; pero el tiempo que calma tempestades más furiosas, se encargó de calmar esa ira. Ultrajado por vuestra conducta creí que debía castigar, y no me atrevo á revelaros el castigo por temor de causaros mucha pena.

—¿Será mayor que la que experimento á causa de vuestro abandono?

—¡Quién sabe!

—Pues bien, hablad; por muy grande que sea el dolor que me produzcan vuestras palabras, os bendeciré por vuestra franqueza.

—Si cedo y hablo, ese resto de tranquilidad de que hoy gozáis y que os concedo, desaparecerán; y así como ahora os arrojáis á mis pies para pedirme que ceje en mi propósito, entonces derramaríais lágrimas de sangre para pedirme que retirase mis palabras.

—¿Qué es lo que queréis decir?—preguntó la Condesa.

—Tal vez, y á pesar de todo, tengáis razón. La hora de las explicaciones ha de llegar antes ó después, ¿exigís que hable?

—Os lo suplico.

—Sea; ese secreto me pesa también á mí, ¿os acordáis, Valentina, de las protestas de amor que me hicisteis durante ese fatal viaje que me impuso mi deber, y de las cartas que me escribisteis? ¿Me jurabais amarme siempre y no amar á nadie más que á mí! ¿No teníais un pensamiento, una mirada para otro? Vuestras cartas mentían, ¡teníais un amante! lo supe y me vengué con tanta crueldad, que á veces no puedo menos de deplorarlo.

—¡Acabad, por Dios!

—¿Os acordáis del 27 de marzo de 1858?

—¡Sí!

—Estabais en Morville; vinisteis aquí á profanar esta modesta casa en la que murió mi santa madre y en donde exhaló su último suspiro mi padre, hombre noble y honrado. Aquí disteis á luz haciendo que desapareciese la prueba de vuestra falta.

—¡Me vendieron!

—¡No! Fue la casualidad la que me dió á conocer el hecho.

—¡Perdón!

—Entonces fue cuando debisteis pedirme-lo, no ahora. A la media noche disteis á luz una niña, y esa bastarda vive bajo el mismo techo que mi hijo.

—¡Tenedme compasión!

—¡Vacilo en heriros, tan profunda temo que ha de ser la herida!

—¿Qué es lo que tenéis que decirme?

—Esa joven, á la que tanto queréis, á la que educasteis...

—¡Marta!—exclamó la Condesa.

—No es vuestra hija.

Valentina se puso en pie.

—Si no fueseis vos el Almirante Kerhoët quien habla, os diría que mentís. Sí, confieso que Marta es mi hija.

—¡No!

—¡Probadme lo contrario!

—Es muy fácil.

Ni un solo instante había perdido el Almirante su impasibilidad, y sucediese lo que quisiese en el fondo de su alma, no se revelaba nada en su fisonomía fría.

—Puesto que tanto empeño tenéis en saberlo todo, tened alma y escuchadme con paciencia. Seguid mi ejemplo. Vale más que acabemos de una vez, ya que como supongo vinisteis con ese objeto. En la noche del 27 de Marzo estaba yo ahí, oculto en ese cuarto, muy cerca de vos, oí el único grito que os arrancó el dolor. En vuestra habitación y á dos pasos de mí, hallábase una mujer, Benita, y un hombre, el doctor Montel.

—¡Vuestro amigo! Y Benita no os reconoció entonces?

—Ni por un solo instante se figuro nada, ni me vió, ni lo supo. Cuando nació vuestra hija me la entregaron en ese gabinete. Era una niña como la que traje por la torrecilla.

—¿Decís que otra niña?

—Sí, la hija de una pobre mujer del pueblo que me la cedió, vendió si queréis, importa poco la palabra, el resultado es que cerré un trato con esa mujer. El dinero con su poder permite muchas cosas. Quería que llegase un día en que pudiese deciros: *Me robasteis el honor, la tranquilidad, destruyendo la felicidad de mi vida que confíe en vuestras manos emponzoñando una existencia sin reproches, y os devuelvo mal por mal.* Sí, os robé á vuestra hija y expulsé, porque para hacerlo tenía derecho, á esa extraña de mi familia en donde queriais introducirla, y lo hice sin dar ningún escándalo. Desde lejos vigilaba mi casa y sabía cuanto pasaba en ella, ¿por qué medios? No hacen ahora al caso, y lo que me figuré sucedió. No puedo por menos de reconocer las buenas cualidades de Marta, que parece haber nacido para el papel que desempeña. Hija de humildes padres, ocupa un puesto que muchas semejantes suyas envidiarían, y del que es digna por su instrucción, honradez y modestia, reuniendo todas las condiciones necesarias para agradaros, por lo que os ruego que no la retiréis vuestra protección.

Dijo el Almirante estas últimas palabras con mucha dulzura, pero cada una de ellas caía como plomo derretido en el corazón de la Condesa.

—¡No! ¡No puedo, no quiero creerlos!— exclamó con extravío.—¿Queréis ponerme á prueba! ¡Lo que me contáis es imposible!

De ese modo tratáis de averiguar mi secreto y obtener una confesión. Me habéis arrancado esa confesión. ¡Marta es mi hija! Me someteré á cuanto me exijáis, la alejaré de esta casa, ocultándola en una choza, y allí al menos me será permitido hablarla, diciéndola lo que siente mi corazón. ¡Tened compasión de mi, Jacobo! ¡Qué amargamente expié esa falta! Marta es inocente. ¡Decidme, por Dios, que no es verdad! ¡Que es un lazo que me tendéis!

—No acostumbro jamás á mentir. Os dije la verdad sin ocultaros nada.

—¿Marta?

—No es vuestra hija.

—¿De quién lo es?

—De un hombre, al que no conozco.

La Condesa quedóse durante un momento sin saber lo que la pasaba.

—Pero mi hija, ¿dónde está?

—Es muy sencillo, Marta ocupa el puesto que la estaba destinado, y desempeña, por necesaria reciprocidad, el papel que la tocaba á la que reemplaza.

—De manera que mi hija vegeta quizá en la pobreza.

—Lo mismo que las hijas del pueblo, trabaja para ganarse la vida.

—¿Dónde?

—¿Por ventura creéis que lo tuve oculto hasta ahora para revelároslo en el momento y en el día en que se os antojase?

—Es una infamia lo que estáis haciendo.

—¿Lo creéis así?

—¡Y además una cobardía!

—Acusadme si os atrevéis, creerán que os habéis vuelto loca.

—¡Oh! ¡Qué desdicha la de no poderse defender!— murmuró Valentina desesperada.

—Tened mucho cuidado, señora, que podrán oiros.

—¡Ah! ¡mi hija! Robármela, privarme de su compañía, es un acto execrable.

—¿No podéis decir ni una palabra, exhalar ni una queja sin ostentar públicamente vuestro deshonor?

Levantóse el Almirante, y apoyándose en la chimenea quedóse silencioso. Su actitud era altanera y desdeñosa, mientras que la de Valentina, revelaba lo íntimamente convencida que estaba de su propia debilidad.

—Me acusáis de un crimen,—dijo el Almirante,—¿y cómo juzgáis vuestra conducta? ¿Quién os obligó á casaros conmigo, á prometerme con juramento que nadie os pedía y que pronto olvidasteis, una felicidad que no queríais guardar? Era á vos á quien os idolatraba con toda la lealtad de mi alma, y por vuestro cariño hubiera sacrificado la vida de á bordo, á la que amaba apasionadamente. No quisisteis aceptar mi sacrificio y tuve que acceder á vuestros deseos retirando mi dimisión, y esto hizo que os estimase cien veces más que antes. Entonces pasé años que me parecieron cortos de una dicha que no olvidaré jamás; os debo esa dicha y á ese recuerdo es preciso atribuir mi silencio, mi voluntario destierro.

La emoción vencióle al cabo. Con voz vibrante continuó:

—Es difícil encontrar un hombre cuyo corazón latiese á impulsos de una pasión más avasalladora que la mía.

—¡Jacobó!

—Sí, y mientras tanto que yo permanecía fiel á ese único amor que personificábais vos y servía á mi patria pasando largos meses en las ansiedades, peligros y trabajos de un deber valerosamente cumplido, vos, la condesa de Kerhoët, os entregabais á no sé qué amante, á uno de esos desocupados para los que es cosa de juego deshonorar á una mujer. ¡Qué! ¿Habíais creído que dejaría ese insulto sin represalias? Sería juzgarme muy mal. ¡No me habléis de vuestros sufrimientos ni de vuestras torturas! Acordaos, señora, de que el amor, cuando es fuerte y único como el mío, no muere sin convulsiones; que, ¿los desgarramientos del corazón de un hombre no son tan dolorosos como los de la mujer? Quise castigar y escogí la pena que se presentaba al alcance de mi mano, la más terrible de todas, porque aun en aquellas horas en que me dominaba la locura de la venganza, no os despreciaba lo bastante para suponer que no teniendo respeto al honor de esposa, no tendríais tampoco el corazón de una madre, y ese grito que hace un momento salió de vuestra alma me prueba que acerté en mis previsiones.

La Condesa le cogió una mano.

—Ahora escuchadme á mí,—dijo,—no me

defiendo; si falté, fui imprudente y cobarde, no os podéis formar idea de lo que me sucedió. El aislamiento es terrible, hay momentos en que se pierde la cabeza, extravíase la razón y amenaza la locura. Tal vez no querréis creerme, Jacobo, pero jamás amé á otro hombre que á vos, por más que sea cierto que una imprudencia me deshonoró. Aun cuando os contase cómo fue, creeríais que era mentira; me castigasteis y no me quejo; pero, ¿no era bastante pena el alejarme de vuestro lado, haciéndome sentir vuestro desprecio sin concederme ni siquiera el honor de una explicación, ó de manifestarme vuestra indignación? ¡Condenadme á mí! ¡Imponedme todas las condiciones que queráis, por duras que sean, me someto de antemano á ellas, y os juro que no intentaré siquiera resistirme! Pero mi hija, ¿qué hizo para merecer vuestros reproches? Ya estáis viendo que no intenté siquiera darla un puesto en la familia, porque Marta no es ni más ni menos que una criada. ¡Acordaos, Jacobo, de lo que os amé, de lo que aún os amo, y no os mostréis cruel y despiadado conmigo!

—¿Tuvisteis compasión de mí?

Arrodillóse á los pies del Almirante. Inclinóse éste para levantarla, y á no haber estado emocionada, se apercibiera de que su esposo se ablandaba al calor de sus súplicas.

—¿A qué pruebas queréis someterme para que os convenzáis de lo verdaderos que son mis remordimientos?—añadió la Condesa.—

Hace veinte años que estoy arrepentida. ¡Veinte años es una vida entera!

Quedóse pensativo Jacobo de Kerhoët y pasado un instante respondió:

—¿Qué es lo que quiero? ¡El nombre de vuestro cómplice!

Al oírle púsose lívida la Condesa. Hasta entonces había defendido á su hija contra su marido, y á la sazón tenía que defender á éste contra sí mismo.

—¿Y de qué os servirá el conocer ese nombre?—replicóle.

—Eso es cuenta mía.

—Escuchadme, Jacobo, es un hombre que pertenece á nuestra clase, y estoy segura de que cuando le conozcáis, con un pretexto cualquiera le provocaréis, y á la provocación seguirá un duelo. En ese encuentro podéis morir, y no quiero que perdáis la vida, ¡algún día volveréis á mi lado! ¡Confío en ello!

—¿Tan humilde es vuestro amante?—dijo el Almirante con profunda amargura.

—Es un hombre sin honor, cuya única ocupación consiste en hacer daño, tirar al sable, al florete ó al blanco, un ser inútil por el que no podéis comprometeros.

—¿Y qué os importa?

—¡Sois implacable!

—¡Su nombre!

—No me creéis, lo comprendo, y sin embargo os digo la verdad; sí, os amaba y caí en una embozada, y allí tuve miedo del escándalo con que me amenazaban, y tuve un acceso de locura.

—¡Su nombre!

—Creí que ese hombre era leal y me perdió; tanto él como yo somos unos miserables, y vuestra vida vale mucho más que las nuestras. Por mí os batiréis con él.

—¡Su nombre!

—No os lo diré! No puedo ni debo decirlo, pero os juro que no quería engañaros.

—Su nombre, y si me lo decís puede que os crea.

Cruzó la Condesa las manos en ademán de súplica, y murmuró:

—Te estoy defendiendo á ti!

Miróla el Almirante, y con acento glacial replicó:

—Dejadme á mí ese cuidado!

—Pues bien, me callaré.

—Conformes, guardaré mi secreto, guardad el vuestro ya que tanto empeño tenéis.

Pasóse la Condesa la mano por la ardorosa frente.

—Creo que va á estallar mi cabeza,—balbuceó,—y que me voy á volver loca. ¡Dios mío! ¿Qué hacer?

De pronto se reanimó como si la hubiese ocurrido una nueva idea.

—Creo que no obrasteis solo, que debisteis contar con la ayuda de alguien para llevar á cabo esa obra de venganza. Desde luego contasteis con el Médico, que me acuerdo estaba allí. Soplabá con furia el viento, viento de tempestad que hacía crugir los techos y rechinar las veletas en medio del silencio de la noche. El doctor Montel es el único

que pudo ayudaros, le veré y hablaré, y conseguiré lo que me propongo, siempre fue muy bondadoso y me trató con cariño.

—El doctor Montel tiene conciencia,—dijo interrumpiéndola el Almirante.

—Sí, es cierto; pero hablará. Es un hombre, y ese secreto debe pesar mucho sobre su alma. Voy ahora mismo,—dijo Valentina dirigiéndose hacia la puerta.

—No os mováis, que viene alguien.

Así era; en el mismo momento llamaron precipitadamente á la puerta.

—¡Adelante!—dijo el Almirante.

Presentóse el marinero Trediou.

—¿Qué ocurre?

—Que os envían á buscar, mi Almirante.

—¿Quién?

—El señor Jorge.

—¿Le ha pasado alguna cosa?

—No, mi Almirante, vuestro hijo está en casa del doctor Montel y os aguarda.

—¿En casa del Médico?

—Sí, mi Almirante.

—¿Qué es lo que pasa?

—Que el Doctor está muy malo, quizás haya muerto á estas horas.

—¡Antonio muriéndose!

—Según parece, ha muerto de repente, esa es la verdad, mi Almirante.

—Voy en seguida.

Contestó el conde de Kerohët y acudió presuroso al mismo tiempo en auxilio de la Condesa, que se tambaleaba y caía medio desvanecida en un sillón.

—Manda á Benita que venga,—ordenó el Conde.

El marinero se retiró.

—Reanimáos, señora,—dijo el Conde á su esposa.—Tened valor y guardad vuestros dolores para vos sola, ¿acaso fui contando los mios á alguien?

Alejóse con rápido paso dejando á la Condesa medio desmayada entregada á los cuidados de la provenzala, que habia acudido.

XX

El Marqués de Breynes se dirigió hacia la villa habitada por los duques de Rouévres, y al entrar en ella estregábase muy satisfecho las manos creyendo haber descubierto una mina. Lo importante para él era no perder tiempo y tomar posesión cuanto antes.

Empujó la enverjada puerta, y la primera persona que vió en la terraza fue á la señorita de Restaud, sentada en un banco y entregada á cavilaciones, que á juzgar por su ceño cejijunto y contraído, no debían tener nada de agradables. La ira hacia centellear su mirada, la cólera hervía en su pecho.

El Marqués la tocó con mucha delicadeza en un hombro, y por muy ligero que fuese el choque determinó la explosión.

—¡Ah! ¿Estáis ahí?—dijo con acento mordaz.—Precisamente deseaba veros.

—Sin duda para abrumarme con vuestros reproches,—replicó el Marqués con acento irónico.—Podéis seguir cuando gustéis, qué, ¿fracasa vuestro plan?

—¡Ah!—murmuró Elena haciendo un gesto de disgusto.—¡Qué vergüenza!

—¡Qué! ¿Se muestra reacio el futuro?

—¿En qué abismo de infamia me metí?

—En un abismo moral, se entiende, hermosísima amiga. Creo que es eso preferible á verse en una angustia continuada, como vuestro servidor, perseguido y acorralado por una jauría de rabiosos acreedores.

—¿Y gracias á quién?

Inclinóse el Marqués casi hasta tocar con sus labios la sonrosada oreja de la joven.

—¿El culpable, el feliz criminal, el ladrón de la honra, no está pronto á reparar su falta?

—¿Quién? ¿Vos?

—¡Yo!

—¡Me inspiráis horror!

—Me parece demasiado fuerte lo que decís. No siempre sucedió lo mismo.

—Llegar hasta el extremo de mentir apellidando á una falsedad, y no retrocediendo ante nada por indigno que sea para cubrir el oprobio con un apellido respetable y robar ese apellido valiéndose de una infame estratagemá, me parece siempre que es la última de las villanías. ¡Ahí tenéis á donde me condujisteis! He llegado á tal extremo que

—Manda á Benita que venga,—ordenó el Conde.

El marinero se retiró.

—Reanimáos, señora,—dijo el Conde á su esposa.—Tened valor y guardad vuestros dolores para vos sola, ¿acaso fui contando los mios á alguien?

Alejóse con rápido paso dejando á la Condesa medio desmayada entregada á los cuidados de la provenzala, que habia acudido.

XX

El Marqués de Breynes se dirigió hacia la villa habitada por los duques de Rouévres, y al entrar en ella estregábase muy satisfecho las manos creyendo haber descubierto una mina. Lo importante para él era no perder tiempo y tomar posesión cuanto antes.

Empujó la enverjada puerta, y la primera persona que vió en la terraza fue á la señorita de Restaud, sentada en un banco y entregada á cavilaciones, que á juzgar por su ceño cejijunto y contraído, no debían tener nada de agradables. La ira hacia centellear su mirada, la cólera hervía en su pecho.

El Marqués la tocó con mucha delicadeza en un hombro, y por muy ligero que fuese el choque determinó la explosión.

—¡Ah! ¿Estáis ahí?—dijo con acento mordaz.—Precisamente deseaba veros.

—Sin duda para abrumarme con vuestros reproches,—replicó el Marqués con acento irónico.—Podéis seguir cuando gustéis, qué, ¿fracasa vuestro plan?

—¡Ah!—murmuró Elena haciendo un gesto de disgusto.—¡Qué vergüenza!

—¡Qué! ¿Se muestra reacio el futuro?

—¿En qué abismo de infamia me metí?

—En un abismo moral, se entiende, hermosísima amiga. Creo que es eso preferible á verse en una angustia continuada, como vuestro servidor, perseguido y acorralado por una jauría de rabiosos acreedores.

—¿Y gracias á quién?

Inclinóse el Marqués casi hasta tocar con sus labios la sonrosada oreja de la joven.

—¿El culpable, el feliz criminal, el ladrón de la honra, no está pronto á reparar su falta?

—¿Quién? ¿Vos?

—¡Yo!

—¡Me inspiráis horror!

—Me parece demasiado fuerte lo que decís. No siempre sucedió lo mismo.

—Llegar hasta el extremo de mentir apellidando á una falsedad, y no retrocediendo ante nada por indigno que sea para cubrir el oprobio con un apellido respetable y robar ese apellido valiéndose de una infame estratagema, me parece siempre que es la última de las villanías. ¡Ahí tenéis á donde me condujisteis! He llegado á tal extremo que

yo misma me inspiro aversión y quisiera haber muerto.

—De ese país de la muerte no se vuelve jamás, al menos que yo sepa, y creo que el remedio sería peor que la enfermedad.

—Es absurdo, sobre todo cuando tenéis á mano un remedio tan sencillo para arreglarlo todo.

—Sería un crimen imperdonable destruir así tantos encantos, —contestó el Marqués suspirando y con la misma actitud que un tenor cuando se prepara á entonar un ária.— Todo os sonríe, y os halláis, querida Elena, en la primavera de la vida, y vuestra juventud y belleza brillan como la del lirio que se abre á los rayos del sol y á las primeras brisas de mayo. Tenéis sedosas pestañas, que sirven de marco á ojos de turquesa, y vuestros purpúreos labios al sonreír dejan al descubierto una dentadura de deslumbrador esmalte. Y no es esto todo, sino que el resto es primoroso. ¡Y pensar que tanto encanto podría perderse! ¡Bah! ¡No digáis locuras.

—¡Cuánto vá á odiarme Jorge!

El Marqués hizo un gesto desdeñoso.

—Es demasiado honrado para tener clara la vista. Razonemos y discutamos, ¿por qué os obstináis en correr tras ese novio más frío que una mole de hielo del mar glacial ó un ventisquero de Suiza, tras ese ciego al que vuestros atractivos no deslumbran hasta el extremo de no permitirle reflexionar, que medita y vacila en arrojarse á vuestros pies? ¿Reflexiona? ¿Si? ¡Luego no os ama!

—¿Y si yo le amase?

—Ahí es donde empiezo á no comprenderos; pero confieso que las mujeres tuvieron siempre el privilegio de producir en mí los asombros más grandes. Reasumamos para concluir pronto, porque puede venir é impedirnos que continuemos esta conversación en este tono tan libre. He llegado á uno de los momentos más decisivos de mi vida.

—¡Vos!

—Sí, descubrí el filón de una mina de oro y quiero explotarlo, pues mis recursos no me permiten desperdiciar las raras ocasiones que para ello se me presentan.

—¿Acaso una heredera?

—Tal vez, ¡una heredera riquísima!

—La tengo lástima si es que llega á esucharos.

—Os mostráis hoy muy agresiva conmigo y hacéis muy mal, porque, si se me antojase, podría perderos. Tengo armas para conseguirlo si quisiese, y creo que no lo ignoráis.

—¡Usadlas!

—No me impulséis á hacerlo. Tened presente que vuestras negativas pueden exasperarme. Estoy acorralado por todas partes, y el ciervo, cuando le acorralan los perros es á veces peligroso para los que le atacan.

—Dejémonos de comparaciones y decidme qué deseáis, si es que no lo habéis olvidado.

—Es lo siguiente: os doy la preferencia sean cuales fuesen las ventajas que me propone un poderoso protector.

—¿Y cómo se llama?

—La casualidad.

—¿Qué nueva infamia os proponéis cometer?

—No os apuréis, y podéis hablar con entera franqueza, tomo nota de todo para el porvenir. Me gusta mucho probar fortuna, y estoy prevenido.

—Vuestras amenazas no me asustan.

—Hacéis mal.

—¿Por qué?

—Porque esta será quizás nuestra última entrevista antes de que tome una resolución; escuchadme, pues, con toda vuestra atención y os suplico que no llaméis en vuestro auxilio ni á los gritos ni á los nervios.

—¡Hablad!

—Confieso que en medio de mis vicios, que son muchos, tengo una cualidad de primer orden por lo buena, la franqueza; no he sido nunca hipócrita, es un papel ese que nunca entró en mis costumbres para poderlo representar. Hablemos con entera claridad; sois joven y muy encantadora, y gracias al cariño que os profesan el Duque, y sobre todo, vuestra tía, seréis rica, y yo confieso que tenía que reparar las brechas que en mi fortuna hizo una juventud borrascosa que toca á su fin. He tenido ocasión de deciros que me gustasteis siempre, bajo todos los aspectos, y la moral fácil de mi primo, el duque de Rouévres, no es la enseñanza más á propósito para una joven, y vuestra tía obró con muy poca cordura dejándoos entregada durante algún tiempo á sus cuidados,

ó mejor dicho á su incuria, de modo que encontré un terreno muy bien preparado para cualquier locura. Sabéis que me apestan las marchas lentas, y después de una correspondencia capaz de arder sola, tan ardiente era, y que duró algunas semanas, os convertisteis en mi querida. No encuentro otra palabra para expresar con toda claridad mi idea, había conseguido mi objeto, y estaba, además, seguro, de que vuestra tía os idolatraba demasiado para no acceder á todos vuestros caprichos. No sé lo que de pronto os pasó; os acordasteis cuando menos lo creía de que debíais adorar al amigo de la infancia, al señor Jacobo de Kerhoët, se os ocurrió un poco tarde á la verdad, pero de los caprichos femeninos hay que esperarlo todo. Ese rival me privó de todas las ventajas con que creía poder contar bastante legitimamente, puesto que me perteneciais por derecho de conquista, ¿os contrarié en alguna cosa? ¡Creo que no! A pesar de mi amarga decepción estoy resignado; obrasteis como se os antojó; si el otro rechaza esa mano que con tanta generosidad le ofrecéis, tomad la mía, estáis á tiempo, pues con tal de teneros á mi lado, renuncio á todos mis designios y planes futuros. ¿Está bien claro lo que os digo?

—Me niego rotundamente á aceptar vuestra proposición.

—¿Lo habéis pensado bien?

—Prefiero antes sufrir toda clase de humillaciones, que pasar por lo que me proponéis.

—Haced lo que gustéis.

—¿A qué conduce el unir á dos personas que no pueden verse en un casamiento semejante? ¿De qué barro estaré yo hecha para haber caído tan bajo?

—¿Conque no?

—¡Os he dicho que no, y cien veces no!

—Entonces buscaré por otra parte y os dejaré abandonada á vuestro destino, ¡no me lo echéis nunca en cara, porque vos fuisteis quien lo quiso!

Al mismo tiempo que esto decía el marqués de Breynes, un carruaje se acercó á la puerta de la villa, y la señorita Restaud reconoció con sorpresa los caballos de Jorge de Kerhoët y la librea de la casa de éste.

Un criado se acercó á la balaustrada de la terraza en que se apoyaba la joven y le presentó una carta. Al ver el papel experimentó Elena una angustia horrorosa. En aquella carta se encerraba su sentencia ó su salvación y vaciló antes de abrirla.

Cogió el Marqués la carta arrancándosela por decirlo así, y sin que la señorita de Restaud tratase de oponerse á semejante violación.

—Os doy mi enhorabuena,—dijo.

—¡Cómo!

—Sí, seréis condesa de Kerhoët.

La carta era muy clara á pesar de su lacónismo.

—Hé aquí lo que decía:

Querida Elena:

Lo que me dijisteis me sorprendió y aterró, pues ni por un momento quiero pensar en que hayáis dicho una odiosa mentira, y en ese caso los millones de mi padre y su respetado apellido, sería demasiado caro para vos.

Dentro de tres meses me casaré con vos, si en esa época continuáis exigiéndomelo, y os doy mi palabra de honor de que así lo haré.

Os escribo esta carta á la cabecera del lecho de muerte de un hombre que durante toda su vida fue modelo de hombres honrados y fieles amigos, y su recuerdo haría que no olvidase mi deber, si por un momento se me ocurriese alguna vez la idea de sustraerme á él.

JORGE DE KERHOËT.

¡Ni una sola palabra de ternura ó de cariño!

Terminada la lectura inclinó la señorita Restaud, la cabeza, dolorosamente impresionada. Entre ella y el hombre que sólo la ofrecía su apellido, todo había concluido.

Por la noche el marqués de Breynes manifestó á los Duques que tenía que emprender un viaje precipitado, porque le llamaban á Paris asuntos imprevistos. A las doce de la noche se apeó de un coche de alquiler ante la puerta de un hotel de la calle de Prony.

Hacia muchísimos meses que su ayuda de cámara no le había visto nunca tan alegre.

A la misma hora en que esto sucedía, y en Deauville, hacía Elena de Restaud esfuerzos para ahogar sus últimos suspiros, mientras que el Almirante, encerrado en la modesta habitación del doctor Montel, velaba al lado del cadáver del más fiel de sus amigos, cuya muerte prematura pesaba sobre su pecho como un cruel remordimiento.

En casa del Médico no se encontró ni testamento ni documento de ninguna clase en el que hiciese revelaciones.

La muerte se llevó a la tumba el secreto del Médico, y el Almirante debió creerlo así.

Sabemos, sin embargo, que ese secreto no lo estaba para todos.

FIN

El episodio en que termina esta novela se titula, CORAZÓN DE ORO.



UA

DAD AUTÓNOMA DE
CIÓN GENERAL DE BIB

TEC